

REVELACIONES OSCURAS

EL REY DE LA MAFIA LIBRO 2

NATÁLIA LEE

REVELACIONES OSCURAS

Natália Lee

Derechos de autor © 2024 Natália Lee

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
Mailing list
CAPÍTULO VEINTICINCO
CAPÍTULO VEINTISÉIS
CAPÍTULO VEINTISIETE
CAPÍTULO VEINTIOCHO
CAPÍTULO VEINTINUEVE
CAPÍTULO TREINTA
CAPÍTULO TREINTA Y UNO
CAPÍTULO TREINTA Y DOS
CAPÍTULO TREINTA Y TRES
CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO
CAPÍTULO TREINTA Y CINCO
CAPÍTULO TREINTA Y SEIS
CAPÍTULO TREINTA Y SIETE
CAPÍTULO TREINTA Y OCHO
CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE
CAPÍTULO CUARENTA
CAPÍTULO CUARENTA Y UNO
CAPÍTULO CUARENTA Y DOS
CAPÍTULO CUARENTA Y TRES
CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO
CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO
CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS
CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE
CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

MAILING LIST

¡Suscríbete a mi lista de correo! ¡Recibirás noticias sobre mis próximos lanzamientos y promociones especiales!

subscribepage.io/nataliaes

CAPÍTULO VEINTICINCO

Alexa

La policía aún no ha venido a investigar lo ocurrido. Llamé hace horas para informar sobre la persecución, el cuchillo enarbolado y la presencia en el jardín comunal. Nadie vino. No soy una prioridad. Soy una víctima de trauma poco creíble pagando por las mentiras de su pasado. Ojalá hubiera revelado más cuando me interrogaron hace años. Tal vez los detectives se habrían tomado el asunto más en serio si ese fuera el caso.

Me sentía insegura tras las cuatro paredes de concreto asediado.

Hice preguntas sobre la persona desconocida empeñada en acosarme.

¿Es alguien que conozco?

¿Fue nuestro primer encuentro esta mañana?

¿Cuánto tiempo lleva observándome?

¿Pensaba usar el cuchillo?

¿Quién puso la foto de Kathy en la mesita de noche?

¿Entró en el piso mientras trabajaba?

La frialdad mordía mis brazos desnudos.

Flamur Bajramovic.

¿Es él el hombre tras la máscara?

¿Es él el hombre que me persiguió esta mañana?

¿Es él el hombre que puso la foto de Kathy en la mesita de noche?

¿Se está burlando de mí? Si es así, ¿por qué? No es que le haya dicho a la gente sobre sus susurros en la cena benéfica. Nunca lo expuse ante su esposa, Zamira, o su enemigo, Liam.

Las lágrimas punzaban la parte trasera de mis ojos. —Yo escuché.

Me comporté.

Siempre me comporté.

Observé la pantalla rota del móvil y abrí el navegador. Por tercera vez hoy, escribí su nombre en Google. Según Wikipedia, Flamur ha recaudado unos veinte millones para organizaciones benéficas. Se le elogia extensamente por sus cualidades personales y a menudo se le considera un adorno excéntrico. Es una cara omnipresente para el público británico.

Flamur nació y se crió en Albania.

Mi captor tenía un fuerte acento albanés.

Ahora recuerdo.

El monstruo de mi pasado lleva una doble vida. Es una figura pública reconocida de día y un enfermo retorcido de noche.

Hice una llamada ya atrasada. Fue directamente al buzón de voz. —Hola, Liam. Soy yo. —Cerré los ojos. —Soy Alexa. No me siento muy bien hoy, así que no iré a trabajar esta noche. —La lluvia salpicaba la ventana de la sala en suaves gotas. —Espero estar mejor mañana. Te veré entonces.

Terminé la llamada.

El hombro de Chloe se apoyaba en el marco de la puerta de la cocina. —¿Estás bien?

Soy más fuerte de lo que solía ser. —Sí.

—La policía es inútil. — Tiró de las mangas de su jersey, inquieta y nerviosa. —Son casi las seis de la tarde. Cualquier cosa pudo haber pasado ya. — Sus flequillos rubios enmarcaban su tez clara. —Estamos sin bolsas de té de nuevo.

Movía las rodillas ansiosamente. —Compré algunas la semana pasada.

Chloe se pasó una palma por la cara. —¿Soy yo, o todo está desapareciendo últimamente?

Coloqué ambas manos sobre las rodillas para calmar la inquietud. —¿Qué quieres decir?

—Todo el tiempo. — Expulsó un suspiro audible. —Pongo leche en el frigorífico antes de acostarme. En la mañana ya no está. Compro cosméticos, los uso una vez, y luego no los encuentro. La semana pasada trabajé horas extras, así que me di un capricho con un bolso nuevo. Lo dejé en el dormitorio mientras me duchaba. Cuando regresé, no pude, por nada del mundo, encontrarlo por ningún lado. Estaba un noventa y nueve por ciento segura de que lo dejé en la cama. Cariño, aún no he encontrado el bolso. — Estaba al borde de las lágrimas. —¿Crees que ese tipo entra aquí?

Sí, había considerado la posible magnitud de sus capacidades espeluznantes.

Pero odiaba verla disgustada, así que la tranquilicé. —No, creo que es paranoia. Sabemos que alguien está jugando extraños juegos, y eso es preocupante.

—Tal vez. — Un par de ojos verdes y escépticos aterrizaron en el móvil en mi mano. —Necesito aire fresco. Reventaré si me quedo más tiempo aquí dentro.

—¿Eso es una buena idea? — Pregunté mientras se calzaba unas botas de piel de oveja bronceadas. —¿No deberíamos esperar a que llegue la policía antes de salir otra vez?

—¿La policía? — Sus brazos se metieron en las mangas de un abrigo Parka. —No los veo por ningún lado. No podemos quedarnos encerradas para siempre.

Me sentía extremadamente incómoda con su partida. —Sólo espera una hora más.

—No. — Bolso en mano, se enfundó los dedos en guantes de lana. —Alexa, está bien. Sólo iré a la tienda de la esquina para reabastecer y comprar comida china para llevar.

Mi estómago escuchó y gruñó. —Voy a agarrar mi abrigo y te acompaño.

—No. — Su dedo señaló el sofá. —Quédate aquí hasta que regrese. Y cierra la puerta con llave detrás de mí.

Seguí las órdenes, cerrando la puerta principal con llave y revisando dos veces el pomo. Sin nada mejor que hacer, me acurruqué en el sofá y decidí ver programas de televisión basura hasta que llegaran los fideos.

***

Apenas pasaron unos minutos cuando escuché golpes indistintos. Abrí un ojo y me encontré con la oscuridad.

¿Cuándo apagué la televisión?

Todo era muy confuso. Agarré el móvil del suelo para comprobar la hora y casi me caigo del sofá. Habían pasado más de dos horas desde que Chloe salió a la tienda.

Tenía dos llamadas perdidas de Liam y una llamada perdida de un número desconocido. Nada de mi compañera de cuarto, sin embargo. Marqué su número y fui desviada a su buzón de voz. Intenté con un mensaje de texto.

Yo: ¿Chloe?

Yo: ¿Volviste?

Llamé una vez más.

Yo: Contesta tu teléfono.

Y otra vez.

Yo: Esto no es gracioso.

Arrojé el móvil en el sofá.

Mis pies descalzos tocaron la alfombra. Lánguidamente fui a la cocina para ver si había regresado y puesto comida en el microondas. Sólo que no había sobras en ningún lado, ni bolsas de té ni leche. Sus zapatos, pensé mientras andaba por el pasillo. Mi amiga es desorganizada. Si hubiera llegado a casa, las botas estarían en el suelo en lugar del zapatero. Su abrigo estaría sobre la cómoda en lugar de en el perchero de segunda mano.

Volví a revisar la puerta principal.

Estaba cerrada con llave.

Dios, hoy estoy obsesivamente ansiosa.

El viejo y desgastado suelo de madera crujió dentro de mi habitación.

La trepidación desencadenó piloerección. Tenía la piel de gallina en los brazos y el cuello. Incapaz de respirar, estudié la puerta, la oxidada cadena de seguridad unida al marco de madera, y alcancé con cuidado el cerrojo mecánico.

La puerta de mi habitación chirrió al abrirse.

Cerré mis ojos y viví en la oscuridad de la negación.

Todo está en tu cabeza, Alexa.

Nada de esto es real.

No es real...

Sentí el aliento cálido de alguien en la nuca.

Gritando a todo pulmón, me deslicé al suelo y, escondiéndome detrás de mis dos brazos, me acobardé en la esquina. No era lo suficientemente valiente para correr o luchar contra la persona para abrir la puerta.

Mi cuerpo entró en modo de vuelo. Los pulmones se desinflaron. La cabeza palpitaba. El oxígeno funcionaba mal. Las lágrimas brotaron. Temiendo lo inevitable, lloré en el aire cargado de humedad hasta que las risitas suaves del intruso se convirtieron en una risa maníaca y luego en un silencio ominoso.

Reprimí el miedo.

—"Someday, I'll wish upon a star. And wake up where the clouds are far behind me", — la canción susurrada por Kathy me desgarró el corazón en pedazos. —"Where troubles melt like lemon drops. High above the chimney tops. That's where you'll find me."

Mis pulmones ardían. —¿Y si no eres real?

Su mano se cerró alrededor de mi rodilla levantada. —Soy real, Alexa.

El inmenso dolor me destrozó. Rompí en histeria, sollozando inconsolablemente en mis palmas. En la yuxtaposición de felicidad aliviada y angustia mental, me limpié las lágrimas de las mejillas y miré a mi hermana con ojos borrosos. Una persona irreconocible se acuclillaba frente a mí. Sus ojos color avellana, eran la única característica distinguible. La piel falsa enterraba su delgado y cadavérico cuerpo. Su rostro lleno de cicatrices estaba delgado y demacrado, y círculos oscuros delineaban sus ojos hinchados y enrojecidos. El cabello rubio enmarcaba su pálido y granulado rostro, y un azul plomizo apagado teñía sus labios agrietados. —No parece que estés feliz de verme. — Su voz era áspera y rasposa, como si algo le irritara la garganta. —¿Hice algo mal?

—Te teñiste el cabello. — Mi hermana tenía el cabello negro hasta la cintura. Solía ser

salvaje e indomable. —¿Estás enferma?

—No. — Rastrilló uñas afiladas y sucias a través de su pecho, lo que rompió costras incrustadas. —¿Por qué? ¿Estás diciendo que parezco una mierda?

Su delirio literalmente rompió mi corazón.

—No. — Sonreí tristemente. —No, eres hermosa, Kathy.

—Sí, — asintió, aunque hizo una mueca de desacuerdo. —Supongo que todavía me parezco a mamá. Si quitas el cabello rubio y esas cosas.

No, Kathy. Dejaste de parecerte a nuestra madre en el momento en que te inyectaste heroína en las venas. —Estoy realmente triste, — murmuré, y sus cejas desordenadas se fruncieron. —Pensé que te había pasado algo malo.

—Necesito una cerveza. — Cuando Kathy fue a la sala de estar, me quedé en el suelo para controlar los pensamientos dispersos. —Consígueme esa cerveza, Alexa.

—Claro. — La seguí. —En realidad, estoy preocupada por Chloe. — Desde el umbral de la sala, eché un vistazo a la puerta principal. —Se fue hace siglos a buscar comida.

—Seguro que está bien. — Se quitó su abrigo, y me hizo un gesto despreocupado. —Tengo sed.

La cabeza de Kathy parecía desproporcionada en relación con su cuerpo cadavérico. Incluso su jersey y la falda de cuero negra amenazaban con despegarse de sus huesos salientes.

Escondiendo la decepción, fui al frigorífico, agarré una cerveza embotellada y se la entregué. Utilizando su canino inferior como abrebotellas, escupió la tapa metálica en el suelo. —¿Tú no querías una?

—No. — Mi mirada alternó entre ella y la puerta principal. —No, estoy bien.

—Espero que pague su parte. — Los moretones descoloridos y las marcas de agujas desfiguraban sus brazos y piernas. —Quiero decir, de las cuentas y eso.

—¿Por qué estás cubierta de marcas de agujas? — Pregunté, y ella ni siquiera parpadeó. —¿Eres una adicta? ¿Qué pasó, Kathy?

—No sé, — dijo desanimada. —Solía fumar, ¿verdad?

Fruncí el ceño. —Ocasionalmente.

—Bueno, probé diferentes drogas y... — Su felicidad se apagó. —Creo que probé heroína una noche. Ahora estoy atrapada en ella.

Mis labios temblaron. —Kathy...

—No, — murmuró. —No me mires así, Alexa. Estoy bien.

No estás bien, pensé.

Ella se mordió las uñas. —¿Hay comida aquí?

—¿Comida? — Pregunté totalmente sorprendida. —No puedes entrar aquí y pretender que todo es normal. Debemos hablar.

—¿Por qué? — Aunque carente de sentido, su pregunta fue genuina. —No veo nada anormal.

Necesitaba un minuto para reflexionar. —Merezco respuestas.

—No, — no estuvo de acuerdo con una mueca de dolor. —Mereces muy poco por la forma en que te has comportado.

—Lloré tu pérdida, — murmuré, y sus ojos rodaron hacia atrás en su cabeza. —Perderte me

rompió. Pensé que estabas muerta.

—No seas tan melodramática. — Se desplomó sobre la mesa de café. —Tenía cosas que hacer.

—Tenías cosas que hacer, — repetí incrédula. —¿Qué, y no se te ocurrió informarme antes de despertar y desaparecer, eh? Así, de la nada. — Hice un chasquido con los dedos. —Saliste de mi vida y nunca regresaste. — Me miró inexpresiva. —Eres una perra egoísta.

—Alguien creció. — Se rascó el cuello, y algo brilló en su oreja. —Qué bien por ti.

Miré con desconfianza los diamantes en forma de pera en sus orejas, los que Liam me había regalado. —¿De dónde los sacaste?

Su uña golpeó los diamantes blancos. —Oh, estas viejas cosas. — Su sonrisa pérfida profundizó el cuchillo de la traición en mi espalda. —No lo recuerdo.

La perorata anterior de Chloe me golpeó en la cara como un mazo. —¿Hace cuánto que te cuelas en nuestro piso? — pregunté acusadoramente. —¿Qué haces? ¿Preparas tazas de té y ves la televisión mientras juegas al escondite con mis cosas?

Se rió como una niña pequeña. —Chloe bebe demasiado té.

—Estás enferma, — dije, y el órgano muscular en mi pecho aceleró sus latidos. —Y no sé cuándo pasó eso o cómo me lo perdí, pero quiero ayudarte.

—No estoy enferma. — Tiró la botella de cerveza en el sofá, y las burbujas efervescentes empaparon los cojines. —Soy lo más feliz que he sido en mi vida. Bueno, lo era hasta que te metiste. No entiendo, hermanita. Te dejé todo: el piso, el dinero, tu fea compañera de cuarto. — Sacudió un dedo acusador hacia mí. —Nada es suficiente para ti.

—No seas perra. — Mis fosas nasales se ensancharon. —Chloe es una buena amiga para mí.

Como si se maravillara ante un chiste interno, se rió estruendosamente. Y luego su júbilo se transformó drásticamente en una mueca siniestra cuando su brazo se retorció detrás de su espalda

para mostrarme algo
—el diario. —Mira lo que encontré.

Mi corazón saltó de mi pecho. —¿Qué es eso?

—Estaba debajo de tu cama. — Kathy chasqueó la lengua, su pulgar peinando las delicadas páginas. —¿Hasta dónde llegaste?

De nuevo a punto de llorar, negué con la cabeza.

—Querido Diario, — dijo ásperamente mientras sus dedos trazaban las entradas escritas. —Hice algo malo...

No la reconocí. —Kathy, por favor.

—¿Y este? — Su dedo golpeó la página. —Esta noche, me follé a mi jefe hasta que no pude caminar.

Los celos inundaron mi interior. —No me importa.

—Estoy adolorida, — recitó con malicia. —Creo que me ama
— — Solté una risotada, y ella me clavó una mirada de desprecio. —¿Tienes algo que decir, Alexa?

Mi corazón no podía soportar más. —Creo que deberías irte.

—Pero estábamos llegando a la mejor parte. — Las páginas pasaban rápidamente. —Mira. Me degrada, y me encanta. Es la sensación de ser estirada mientras me penetra por detrás. Verás, Liam es
—

—Kathy, basta, — reprendí, y ella sonrió triunfante. —Lo entiendo. No debo buscar ninguna cualidad redentora en ti.

—Pero se trata de Liam. — Sus ojos me desafiaban a revelar verdades. —¿Ya no estás

enamorada de él?

Puse una cara de desconcierto.

—Es tu compañero de cama, ¿verdad? — preguntó, y yo me erguí. —Te vi con él. Fuisteis a la cena benéfica
—de la mano. — Sacó la lengua como si le repugnara el recuerdo. —¿Por qué te acostarías voluntariamente con ese monstruo? Warren es asqueroso.

Me invadió el espíritu defensivo. —La falta de atracción no te detuvo a ti de meterte en su cama. Prefiero vender mi alma a un hombre como Liam Warren que caer a los pies de Flamur otra vez.

Sus ojos color avellana se oscurecieron. —¿Qué dijiste?

—Lo sé todo, Kathy. Nunca me ayudaste a escapar esa noche para protegerme. Me liberaste por razones egoístas. Pensaste que era una amenaza. — Los recuerdos de nosotras corriendo por el bosque me invadieron. —Nunca pediste trabajo a Liam para descubrir a nuestro captor de la infancia ni salías con él por amor.

Señaló el diario. —¿Sacaste todo eso de aquí?

—No, — dije, y ella frunció el ceño. —Le pregunté directamente a Liam. — Por supuesto, omití los eventos entre medias. No le daré la satisfacción de ridiculizarme más. —Él nunca te amó. Nunca pasó la noche contigo. Nunca te compró regalos caros ni fue romántico contigo. Mentiste sobre todo para proteger al enemigo.

—Flamur no es el enemigo. — El dolor brilló en sus ojos. —Nos ayudó, Alexa. Si tan sólo pudieras verlo.

—No nos ayudó. Nos robó de nuestra madre.

—Mamma. — Su labio inferior tembló. —Mamma nos falló. Estuvimos expuestas a mucho más peligro bajo su cuidado.

Me negué a creer cualquier cosa que dijera.

Su mirada se estrechó. —No recuerdas.

Un nudo se alojó en mi garganta. —No importa, Kathy.

—Eres una ingrata. — Impulsándose sobre sus pies, se cuadró frente a mí. —Hice todo por ti.

—¿De veras? — dije con la voz quebrada, sin darme por vencida. —Pensé que te habías enfadado porque era su favorita
— — Su mano chocó contra mi mejilla, la sensación ardiente causando inmediatamente enrojecimiento en mi cara. —Me golpeaste.

—No eres su favorita. — Gruñó con pura repulsión. —Ya no.

Toqué mi mejilla dolorida. —¿Por qué fingiste amarme?

Las lágrimas llenaron sus ojos nostálgicos. —Intenté hacerlo bien por ti. Lo intenté mucho, Alexa.

—Siempre hemos sido nosotras contra el mundo, — lloré, y ella gimió. —No es demasiado tarde para nosotras, Kathy. No quieres oírlo, pero estás enferma. — Su cabeza se sacudió en negación. —Podemos detener esto juntas. Tú y yo. Como siempre.

Ella agarró dos puñados de cabello enmarañado. —No estoy enferma.

—Mi hermana mayor es una adicta, — susurré mientras su frente se apoyaba en la mía. —Necesitas ayuda. Por favor, déjame ayudarte.

—Él me matará, — dijo, y supe que se refería a Liam. —Warren me matará, Alexa. Le robé.

—Lo sé. — Froté sus brazos, las costras oscuras y crujientes mancharon de sangre mis dedos. —Pero podemos huir, Kathy. Muy lejos

—adonde tú quieras. Será difícil, pero te rehabilitarás, y podemos empezar una vida nueva juntas.

—¡No puedo! — Sus manos apartaron las mías. —No voy a dejar a Flamur.

—Kathy, lo que sientes por él no es real. — Quería sacudirle algo de sentido. —Es un depredador sexual. Se aprovecha de los jóvenes y vulnerables. Tú y yo fuimos dos de muchas víctimas.

—No, — tartamudeó, las lágrimas corriendo por sus mejillas manchadas. —No, no es así. Flamur me protege. Siempre me ha protegido.

Me ahogué en aire. —¿Incluso ahora?

—Especialmente ahora, — lloró, rascándose la sangre incrustada entre sus nudillos. —Él está esperándome.

Temiendo que pudiera aparecer, miré hacia la puerta de entrada. —¿Él sabe que estás aquí?

—No. — Kathy gimoteó. —Me mataría si supiera.

—Kathy, lo que sientes por él no es amor.

—Déjalo, Alexa, — interrumpió, y gruñí de frustración. —Sólo estás celosa. Siempre estabas celosa.

Mis oídos me engañaban. —¿Qué?

—Vamos, ya sabes a lo que me refiero, Lexi.

Me estremecí.

—Oh, no me mires así. Te encantaba, ¿verdad? Tiene una gran polla. Seguramente, puedes admitirlo.

—Eres repugnante, — bufé. —Mentira tras mentira. Fingiendo que nos salvaste de ese agujero infernal. Fingiendo odiarlo. Predicando injusticia. — La empujé en el pecho, y ella retrocedió tambaleándose. —¡Me abrazabas cuando lloraba! Dijiste que siempre me protegerías. ¡A mí, Kathy. ¡Tu hermana! — Un sollozo crudo se alojó en mi garganta. —Éramos las mejores amigas.

—No lo soltabas, — escupió, su saliva flotando entre nosotras. —Era sólo cuestión de tiempo antes de que lo buscaras y arruinaras todo para mí.

—No, — discutí, deseando que me escuchara. —Kathy, yo
—

—¡Te alejé! — Sonaba impotente. —¿No fue suficiente para ti?

—Sí, — dije en total devastación. —Fue suficiente. Ahora por favor vete. — Señalé la puerta. —Vete y sé feliz. No te detengo.

—Ya es demasiado tarde. — Se rascó las lágrimas ensangrentadas de su mejilla. —¿Por qué involucraste a Liam? Flamur tiene una recompensa sobre su cabeza, y todo es tu culpa.

Mi confusión aumentó.

¿Qué estaba diciendo Kathy?

—Exhaló un aliento entrecortado. —No necesitabas ponerlo de tu lado.

—El problema de Liam con Flamur no tiene nada que ver conmigo. Parece que Flamur hizo un buen trabajo ganándose enemigos por sí mismo. No vengas aquí a señalarme con el dedo. Incluso si le conté a Liam lo que ese monstruo vil me hizo, no me disculparía por ello. Después de lo que hizo a nuestra familia, merece todo lo que le viene.

—Bien. — Metiéndose la mano en su bota, sacó un cuchillo romo, y el ataque de esta mañana volvió a mi mente. —Muy bien.

—Fuiste tú. — Emergieron lágrimas frescas de tristeza. —Ibas a hacerme daño.

—Matar, — corrigió, y yo jadeé de indignación. —¿Por qué no pudiste dejarlo ir? — Las lágrimas de culpa prematuras caían de las comisuras de sus ojos. —Todo esto se podría haber evitado si lo hubieras dejado ir.

Mi espalda se pegó a la pared. —Soy tu hermana.

—Lo sé. — Sus sollozos se convirtieron en hipidos. —Por eso duele más. No puedo soportar la idea de que me odies.

—No te odio, — dije sinceramente. —Kathy, te quiero muchísimo. Sé que es difícil. Sucedieron muchas cosas, y todo ha sido muy confuso y cambiante, pero eso no define nuestro futuro. Hay más en la vida que nuestro pasado. Lo superaremos
—juntas. Por favor, no hagas algo estúpido. Nunca te perdonarás si me haces daño.

Sus ojos tristes se fijaron en el suelo. —Nunca me sentí amada hasta que lo conocí.

—No es cierto, — lloré, secándome la humedad de los ojos. —Olvídate de nuestros padres. Olvídate de él. Me tenías a mí. Siempre me tuviste a mí. Te amé igual entonces como ahora.

—¿Por qué? — me preguntó con las cejas fruncidas. —Te mentí. ¿Cómo podrías preocuparte después de todo lo que te he hecho?

—Baja el cuchillo y déjame ayudarte. — Deseaba abrazarla, pero temía la hoja en su mano. —Te perdono. Eres mi hermana. Es así de simple.

Usó el punto más afilado de la hoja para picar sus nudillos escabrosos. —Él no te ha olvidado.

Me sentí mareada. —Bueno, no me importa lo que él recuerde.

—Habla de ti todo el tiempo, — dijo en un tono aburrido. —Asistir a la gala fue un mal movimiento, Alexa. Causaste una gran impresión. Para que conste. Te aprobó. — Mirándome de arriba abajo, añadió, —Es por el bien común. No dejaré que te lleve allí.

—¿Llevarme a dónde? — Una picante ansiedad aumentó a alturas peligrosas. —¿De qué

estás hablando?

Cuando me miró, supe que la había perdido. Sus ojos estaban casi negros, oscuros y sin alma. —Al complejo.

Me estremecí. —Nunca volveré.

—No tendrás elección. — El mango del cuchillo golpeaba su palma. —Cuando esté listo, volverá por ti. — Su dedo acariciaba la hoja afilada. —Tengo que eliminar el problema, Alexa.

Mi hermana está aquí para matarme.

Negué con la cabeza. —Kathy...

—Sólo cierra los ojos, — lloró. —Por favor cierra los ojos, Alexa.

—Flamur se enfadará. — Intenté con psicología inversa. —Si me haces daño, también lo lastimarás a él.

Esperé conteniendo el aliento.

—No. — Su mano se apretó alrededor del mango marrón de la hoja. —Estoy dispuesta a arriesgarme.

Kathy fue hacia mí. No tuve tiempo de desbloquear la puerta principal, así que me lancé directamente hacia el dormitorio, cerré la puerta en su cara y deslicé el cerrojo de acero en su lugar.

—¡Alexa! — Sus palmas golpeaban la puerta, los golpes determinados agrietaban la madera y sacudían las viejas bisagras. —¡Desbloquea la puerta!

Con fuerza hercúlea, arrastré la cómoda por el suelo, mientras el hilo deshilachado de las alfombras esparcidas se enredaba en las ruedas de plástico, y la respaldé contra la puerta para dificultar el proceso de su entrada.

Aparté a tirones la cortina y abrí de un tirón la ventana. —¡Ayuda! — grité en la noche, mientras el sonido de gritos aterrados resonaba por la oscura calle. —¡Por favor! ¡Ayúdenme! — La puerta crujía, astillándose. —¡Oh, Dios! ¡Alguien, ayúdeme!

—¡Alexa! — Tum, tum, tum. —¡Abre la puerta!

Observando a Kathy intentar entrar en el dormitorio, me llevé las manos al cabello. —Kathy, — sollozé mientras la madera se astillaba en el aire. —Por favor. Te lo ruego. — Empujando su brazo a través de la madera astillada, ella tanteó la puerta a ciegas y desenganchó el cerrojo. —Éramos las mejores amigas.

Su hombro chocó contra la puerta, empujando la cómoda hacia adelante.

Adentrándome en su mente caótica, la guié hacia la luz. —Mamá se estará revolviendo en su tumba.

Kathy cayó en el dormitorio, aterrizando en sus manos y rodillas. —Adaline ha sido olvidada hace mucho.

—¿Y qué hay de nuestro padre? — me lamenté, y algo equivalente al miedo dilató sus ojos. —¿Y si lo descubre?

¿Qué haces, Alexa?

Por lo que sabemos, el hombre está muerto.

No tienes memoria de él.

—No, — tartamudeó, y yo sentí inquietud. —Él murió.

Mis ojos se clavaron en el cuchillo en su mano. —Nunca vi su cuerpo.

Kathy desenrrolló su columna y se puso de pie.

—Mátame si es necesario. Enfréntate a los juicios por asesinato. Sé noticia de última hora. — Me rendí ante la derrota. —Esperemos que él pueda pasar por alto tus crímenes.

—La manipulación es inútil. — Su cuerpo temblaba. —Sus hijas fueron secuestradas de Newquay y devueltas siete años después en Londres. No recuerdo haber visto su rostro entre la multitud, ¿verdad?

—No, — susurré. —Sólo recuerdo el tuyo.

—Ojalá pudiera ser diferente. — Se limpió la nariz con el dorso de la mano. —Te amo. Pero no es suficiente. — Cuando dio un paso adelante, cerré los ojos. —Lo siento, — sollozaba mientras su mano se envolvía alrededor de mi garganta. —Lo siento mucho, Alexa
—

La sangre salpicó mi rostro.

Un silbido fuerte resonaba en mis oídos.

En cámara lenta, vi cómo la hoja resbalaba de los dedos de Kathy mientras sus rodillas, una por una, descendían al suelo, exponiendo al tirador en la puerta. Su cuerpo se desplomó hacia adelante, con una herida de bala en el costado de su cabeza, goteando sangre, carne rota y lacerada.

—No. — Cayendo de rodillas, agarré su cabeza para detener la hemorragia. —No, no, no. — Un sollozo rasgó mi pecho. —No, por favor. — Ojos sin vida me miraban fijamente. —Kathy, no te atrevas a dejarme… Te ayudaré… Quiero ayudarte.

—¡Shh! — Kathy presionó dos dedos contra mis labios. —Tenemos que estar calladas.

Asentí, abrazando el osito de peluche contra mi pecho. —¿A dónde me llevas?

Se arrastró hacia la puerta, señalando al desván. —Es una sorpresa.

—No, — lloré, enterrando mi nariz en su pelo mojado. —No es real.

—Da miedo aquí arriba, Kathy, — me quejé, esquivando telarañas. —Y está oscuro.

—Mira. — Kathy señaló la ventana del techo. —Puedo ver la luna.

—¿De verdad? — Agarré su bata de noche, estirando el cuello para ver el cielo oscuro. —Wow.

—Increíble, ¿eh? — Golpeando la linterna contra su palma, iluminó la cama improvisada en el suelo. —Es más grande que el mundo.

—No puede ser, — dije asombrada, dejándome caer en el puff. —¿Se enfadará mamá?

Encogió los hombros mientras abría la ventana del desván.

—Alexa, — la voz áspera de Liam suspiró contra mi oído. —Mírame.

Acurrucándome cerca, Kathy apuntó la linterna hacia el cielo. —Observa.

Fascinada, rodeé su cintura con un brazo. —¿Qué haces?

—Saludando, — la linterna parpadeaba hacia el cielo, —a las estrellas.

—Este es el mejor cumpleaños de todos. — Como si las estrellas escucharan, brillaron, y sonreí. —Gracias, Kathy.

—Soy tu hermana, Alexa. — Su mano encontró la mía bajo la manta, y entrelazó nuestros dedos. —No tienes que darme las gracias. — Nuestros narices se rozaron. —¿Cuánto me quieres?

—Demasiado, — lloré mientras Liam apartaba la cabeza de Kathy de mis manos. —¡No la toques! — El enfado mezclado con la tristeza aumentaba la adrenalina. —¡Tú la mataste! — Mis brazos se cerraron alrededor del cuerpo sin vida de mi hermana. —¡Te odio! ¡Te odio, maldito Liam! — Su mano cubrió mis ojos mientras levantaba mi cuerpo pateando del suelo. —No, no puedo dejarla. ¡No me hagas dejarla!

—Alexa, — me reprendió. —Es suficiente.

Me retorcí en sus brazos hasta que nos enfrentamos. Se detuvo en el pasillo, sin apartar sus preocupados ojos de mi rostro. —Alexa…

—¿Por qué? — Las lágrimas corrían por mis mejillas. —Estaba enferma.

—Te elegí a ti. — Sus fríos ojos azules miraron por encima de mi hombro. —Es por tu propio bien.

Brad agarró la nuca de mi cuello. —Sólo tiene un rasguño.

Apreté la camisa de Liam. —Suéltame de inmediato.

—Está bien, Alexa. — Nate inyectó algo en mi cuello. —Cinco segundos.

El pulgar de Liam rozó mis labios antes de que la oscuridad me envolviera.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Liam

Hombres armados llevaban las pertenencias embaladas de Alexa al ático mientras su amiga y compañera de cuarto preparaba café en la cocina. Kathy había seguido a Chloe por la calle, la había golpeado hasta dejarla inconsciente en el suelo antes de enfrentarse a su hermana menor. Abrasiones con apariencia iracunda marcaban las pálidas mejillas de la chica. Sus ojos cansados estaban grotescamente hinchados. Laceraciones profundas dolían en sus labios teñidos de morado. Su rostro adolorido y golpeado necesitaba atención médica para evitar infecciones. Incluso extraer una botella de leche del frigorífico le resultaba demasiado difícil. Sus extremidades agotadas estaban flácidas y marchitas.

Todo se movía a mi alrededor, sin embargo, me quedaba en la yuxtaposición de habitaciones de invitados variopintas, preguntándome si había perdido la cabeza. Había invitado a dos pobres mujeres a mi hogar privado. La presencia de Alexa aquí no me perturbaba. Chloe era una historia diferente, sin embargo. Apreciabaque ella fuese amiga de Alexa, pero no la conocía. Por lo que a mí concierne, no era de fiar hasta nuevo aviso. Debía estar en guardia y vigilante mientras Chloe deambulaba libremente por el lugar. Siendo justos, almaceno contrabando y armas ilegales en el ático, sin mencionar el dinero no declarado escondido en una localización secreta.

Nate percibió la dificultad de Chloe. Abrió la bolsa negra, se puso un par de guantes de látex y dispuso el equipo médico sobre el mostrador de granito.

Mientras Nate atendía las heridas de Chloe, pasé junto al grupo de hombres en el pasillo, esquivando cajas esparcidas en el suelo, y seleccioné el dormitorio más alejado del ala oeste. Podía tolerar su estancia si había una distancia generosa entre su habitación y el dormitorio principal.

—No, — dije calmadamente, y el hombre que desempacaba su maleta levantó la vista. —No revises las posesiones personales de una mujer. ¿Tu madre no te enseñó nada?

Brad resopló, entrando en el dormitorio. —Las madres son malditamente inútiles.

—En efecto. — Mis manos se metieron en los bolsillos del pantalón. —Estoy de buen humor. Puedes continuar.

El joven me miró en silencio.

—Sólo era una broma, — Le explicó Brad por mí. —Se llama chiste, imbécil. Desempaca sus cosas y vete.

Manipulando torpemente la caja, vació la ropa sobre la cama king-size y las dobló en pilas ordenadas para el cajón.

Brad bebió Jameson directamente de la botella. —¿Dónde está Alexa?

Alexa estaba completamente dormida la última vez que revisé. Había llevado su cuerpo inconsciente al dormitorio principal hasta que la inyección sedante desapareciera. Ponerla a dormir era la mejor opción. Su hiperventilación le causaba dificultad para respirar. La angustia se convertía en un estado psicológico perturbado. Estaba hecha un mar de lágrimas. Si hubiera podido evitar la muerte de Kathy, se habría arrojado a la línea de fuego y recibido la bala.

Alexa no estaba preparada para mi llegada. Después de escuchar su mensaje de voz y recibir la noticia sobre su atacante no identificado esta mañana, ¿cómo podría no pasarme? Por supuesto, cuando entré en el piso y vi a Kathy con las manos alrededor del cuello de su hermana, la escena me tomó por sorpresa. Pearl era la última persona que esperaba ver esta noche. No me arrepiento ni lamento el disparo a quemarropa en la parte trasera de su cabeza. La perra merecía una muerte despiadada por traicionar al sindicato, por vaciar la caja fuerte, por su interminable lista de engaños y por burlarse de cada gramo de generosidad que le otorgué. Su muerte era inevitable. No obstante, la maté por una razón completamente diferente: para proteger a la hermana menor, Alexa Haines.

Acepté la botella de Jameson. —Durmiendo.

—Necesitas averiguar qué pasó. Primero, un tipo persigue a Alexa por la calle y luego Kathy aparece para qué, ¿continuar donde él lo dejó? ¿Cuál es la conexión entre los ataques premeditados? Algo apesta y no me gusta. O Kathy intentó matar a Alexa dos veces, o hay otra amenaza.

El licor fuerte calentó mi pecho.

—Vamos, jefe. — Caminó a mi lado por el pasillo. —Debes estar intrigado.

Sí, quería respuestas. —Todo a su debido tiempo.

Leyó una notificación en su teléfono. —La comida ha llegado. ¿Debería servir algo de pizza para Alexa?

Dudé en la entrada. —Sí.

Brad se dirigió al vestíbulo para pagar al repartidor mientras vertía whisky puro en un vaso. Anhelaba algo más fuerte para adormecer los músculos tensos, pero el alcohol hizo el truco por ahora.

—Estoy cansada. — Chloe se sentó en el sofá. —¿Puedo tomar algo para reducir el dolor?

Nate le arrojó una caja de codamol. —Desmáyate.

Rasgando el paquete, se tragó dos pastillas con agua embotellada. —Estoy tan triste por Alexa. Temo el momento en que despierte. Kathy, — susurró, lamiendo lágrimas siempre presentes de sus labios magullados. —Ella idolatraba a su hermana mayor.

Nate chasqueó los dedos. —Era Kathy o Alexa. Le guste o no, Warren tomó la decisión correcta.

—Lo sé. — Se sonó la nariz con un pañuelo arrugado. —No me importa Kathy. Nunca nos gustamos, de todos modos. Pero Alexa nunca dejó de creer. La desaparición de Kathy la consumió. Era todo lo que tenía para vivir.

Yo no estaba de acuerdo, pero permanecí callado.

—¿Y ahora qué? — preguntó, mirando de Nate a mí. —Meses y meses de investigación tirados por el desagüe en menos de treinta segundos. — Su mirada se fijó en Brad mientras él cruzaba el salón para colocar las cajas de pizza en la isla de la cocina. —Nunca te perdonará.

Mi sangre hervía. —¿Parezco que me importe una mierda?

Chloe me dio una media sonrisa. —Es sólo una opinión.

—Guárdate tus jodidas opiniones. — La fijé con una mirada helada. —Sólo estás aquí por Alexa, así que no te acomodes.

—Créeme. — Se puso de pie. —Si tuviera otro lugar donde quedarme, no estaría en este ático esta noche. No confías en mí, ¿verdad? Lo veo. Está bien. Y es recíproco. Yo tampoco confío en ti.

—Escucha, habladora. No obtendrás una intervención de nosotros si él va por ti. — Brad mordió una porción de pizza doblada. —Quizás quieras callarte.

—Sabemos de qué va todo esto. — Contra el consejo de Brad, me lanzó una mirada despectiva. Tu relación cercana con la metropolitana puede protegerte del castigo, pero los policías sobornados no pueden engañar las calles de Londres. Tu nombre es agua sucia. Es inmundicia. La gente sólo te tolera porque te temen.

—Ahora, no sé cuál sea el trato entre tú y Alexa, pero si tiene algún sentido, te dejará y pondrá tal locura a un lapso de juicio antes de que su cuerpo termine en la misma zanja que el de su hermana.

Apreté con fuerza el vaso de whisky. —Quien tiene tejados de vidrio no debe tirar piedras —, recité el proverbio. —Las personas vulnerables deben evitar insultar a otros a menos que puedan manejar una represalia articulada. Puedo destrozarte en una sola frase. Tu padre se folló a su actual esposa mientras tu madre escuchaba desde su lecho de muerte. — Ella se puso pálida y demacrada. —¿Cáncer, no?

Ella jadeó buscando aire. —Estás mintiendo.

—No, — dije con arrogancia. —Sin embargo, soy honesto en exceso. Aunque tu madre, en paz descanse, no era inocente. Su relación amorosa con el tío John causó problemas controvertidos en la casa. ¿Cómo puede el queridísimo papá amar verdaderamente a su única hija cuando lleva el nombre de su hermano en el certificado de nacimiento?

Sus ojos recorrieron mi rostro. —¿Quién te lo dijo?

—Como tan amablemente señalaste, soy odiado en todo Londres. Me he propuesto saber todo sobre posibles dilemas, y tú, Chloe, eres un enorme y jodido dilema. — Enderecé los hombros. —Estoy en cama con Alexa. ¿Realmente pensaste que descartaría las capacidades de su dócil amiga? Puedo estar cegado por el deseo, pero no soy tan insensato como para quitarle el ojo al trabajo.

Nate tenía una expresión inescrutable, pero incluso en silencio, reflexionaba sobre conversaciones anteriores. Después de todo, su trabajo era hacer una verificación de antecedentes de la compañera de cuarto, y lo hizo. Su expediente no levantó ninguna bandera roja. Aunque fue una lectura interesante.

—Eres una pieza de mierda. — Sus lágrimas reaparecieron. —¿Te hizo sentir mejor todo eso? ¿Estás feliz ahora? Más te vale que esto sea una puta mentira, Warren. Si no, bueno, gracias por el aviso insensible. ¿A quién llamo primero? ¿A mi padre? ¿Al tío John? — Con furia, se limpió la humedad de los ojos. —Dios, te odio.

—Como mencioné anteriormente, — dije mirando el vaso. —Quien tiene tejados de vidrio no debe tirar piedras. Tal vez quieras considerar eso la próxima vez que me ataques. — Sus labios temblaron. —Vete a tu habitación.

No tuve que repetir la orden dos veces.

La puerta del dormitorio de Chloe se cerró de un golpe que hizo temblar las bisagras.

—Bueno, eso salió bien. — Brad deslizó tres rebanadas de pizza en un plato para Alexa. —Podría ser un caballero y consolarla.

Nate soltó una carcajada. —Mantente alejado de la puerta, Brad.

—¿Qué? — Brad nos mostró una sonrisa maliciosa. —Me gusta el sexo emocional.

—¿Qué mierda? — Nate vertió ginebra en un vaso. —No vengas llorando a nosotros cuando ella se te enganche al tobillo.

Brad murmuró en acuerdo. —Supongo que mejor me resisto.

—Necesito que uno de ustedes se deshaga del cuerpo de Pearl.

Ambos hombres se quejaron.

—Esta noche, — añadí, y cayeron en un silencio exasperado. —¿Quién será?

Brad cruzó los brazos. —Fui la última vez.

—Ni de coña lo hiciste.

—Echémoslo a suertes.

—No voy a echarlo a suertes.

—Sólo echa una puta moneda.

—Está bien. — Nate sacó una moneda de una libra de su billetera. —¿Cara o cruz?

Intentando predecir lo impredecible, Brad fijó la mirada en la moneda en la mano de Nate. —Cara.

Tumbando la moneda, Nate la golpeó en su mano y comprobó el resultado. —Obviamente.

—Disfruta el viaje. — Brad se desplomó en el sofá, pateando sus zapatos de cuero. —Estaré contigo en espíritu.

Dejando a los hombres discutir, me dirigí al dormitorio principal y vi una cama vacía.

Alexa no estaba donde la dejé.

Detectando agua corriendo, coloqué el plato en el aparador. Sabiendo que debía proceder con cautela, entreabrí la puerta del baño en suite, donde el vapor se ondulaba sobre los azulejos de mármol y la condensación dejaba gotitas en el panel de vidrio esmerilado. Invadí su privacidad. Pude distinguir vagamente la figura de Alexa en el cubículo. Ella estaba sentada en el suelo debajo del chorro de agua caliente, con las rodillas hacia su pecho, sollozando entre sus dos palmas.

Deslizándome fuera de la chaqueta del traje, la colgué en el respaldo de la puerta y arremangué mi camisa hasta los codos. Agachándome detrás del vidrio empañado, entrelacé mis dedos, con los codos colgando ligeramente sobre mis muslos y contemplé formas tácticas y no confrontacionales para ayudar en su hora de necesidad.

Desafortunadamente, no era el mejor simpatizante, especialmente en lo que respecta a Kathy Pearl. Dicho eso, por alguna razón inexplicable, los sollozos entrecortados de Alexa me tocaban los nervios. No pertenecía al suelo, quería levantar los pedazos de su corazón roto.

—Alexa, — dije, y ella se ahogó en una inhalación temblorosa. —No soy bueno en esto.

Poniendo su cabeza contra el vidrio, se limpió frenéticamente las lágrimas. —¿En qué?

—Empatía. — Giré mi anillo de pulgar. —No entiendo ni tengo la capacidad de sentir como tú en este momento.

—¿Por qué? — se preguntó en voz alta. —¿Es porque odiabas a Kathy?

En parte, pensé. —Nunca he experimentado el duelo.

Dejó que esas palabras se asimilaran. —Sin embargo, presencias la muerte a diario.

Deslizándome por la pared azulejada, me senté en el suelo, —Esa no es una buena comparación.

—¿Alguna vez has perdido a alguien que te importaba?

Mis ojos se cerraron.

—¿Qué estás haciendo? — Me arrancó la navaja de la mano. —No puedes afeitarte con un cuchillo romo, Liam. ¿Y qué es esto? — Agarrándome la mandíbula, evaluó lo que parecía quemaduras de alfombra en mi línea de la mandíbula. —¿Lo hiciste en seco, verdad? Eso dolerá mucho mañana.

—Duele ahora, — me quejé, frotando mi mejilla adolorida. —¿Estoy sangrando?

—Ven aquí. — Sus botas pisoteaban a través de largas lanzas de hierba mojada. —Tengo un poco de espuma de afeitar en la bolsa. Podemos engrasarte.

Lo seguí hasta el cobertizo. —Prometiste enseñarme.

—He estado ocupado. — Buscó en la bolsa suministros. —Tengo tiempo si quieres darle la vuelta a esa cara.

Mostrándole una sonrisa sardónica, crucé los brazos, apoyando mi espalda sobre el interior de madera del cobertizo. —¿Por qué tienes crema de afeitar, de todas formas? Tu barba es más larga que la de un Yeti.

—¿Por qué el insulto? ¿No te gusta? — Sus dedos mugrientos acariciaron su barba desaliñada, en la que, recientemente, brotaban pelos grises. —Lo compré para ti, ¿no es así? — Con una ráfaga de espuma blanca en la palma de su mano, enjabonó mi cara, abrió una navaja afilada y, con cuidado, afeitó hacia abajo. —Ah, se está convirtiendo en hombre.

Mis ojos rodaron. —Tómate un descanso.

—El cabello está creciendo en el lugar adecuado, — siguió parloteando. —¿Necesitamos abordar algunas áreas grises?

Me puse a la defensiva. —¿Qué quieres decir?

—Ya sabes. — Pasó la navaja por mi mandíbula. —La pubertad.

Mi estómago se hundió. —Maldita sea.

—Mira tu lengua, — me reprendió, y yo hice una mueca. —Tiene que suceder en algún momento.

—No. Realmente no. — Mi rostro se calentó. —De todos modos, sé lo suficiente.

Su ceja se dobló. —¿En serio?

Asentí.

—¿Cómo? — Barrió la navaja por mi mandíbula. —Háblame.

—No soy un imbécil estúpido.

—Nunca dije que eras un imbécil estúpido.

—Lo insinuaste.

—Dime qué sabes.

Lo miré con desprecio hasta que se calmó.

—Bien. — Se recompuso. —Dime qué sabes.

Agradecido por sus esfuerzos para moderar el acento, tomé la toalla y sequé los restos de espuma de mi cara. —Sé sobre las chicas.

Sus ojos marrones se entrecerraron. —¿Qué sobre las chicas?

—Sólo que me gustan, supongo, — dije tímidamente. —¿Qué?

—¿Estás ahí ya, eh? — Se sentó en el saco de compost. —Pensé que había más tiempo para eso.

Mi cabeza comenzó a dar vueltas. —¿Tiempo para qué?

—Verás, me refería a hormonas y... un endurecimiento desconocido del pene.

—¿Pene? ¿En serio? — Lo miré con calma. —Se llama erección. Y lo descubrí hace años. — Pareció escandalizado. —Entonces, ¿cuál es el problema? ¿Pensaste que me gustaban los chicos o algo así?

Desenroscó una botella de sidra. —Esta conversación ha tomado un giro agudo.

Me pellizqué el puente de la nariz. —Me estás aburriendo hasta la muerte.

—Bien. — Frotó las palmas de sus manos. —Lo que te quiero decir es algo así. Conoce a tu chica, y no hagas bromas despectivas. Las mujeres no son una conquista. Aprende respeto. Evita lo que es, — sus manos se movieron buscando las palabras adecuadas, —amigos con beneficios. Aprende los peligros de la química sexual y practica sexo seguro, sin atajos. Lo más importante, sé fiel a ti mismo. Eso, ya he hecho mi buena acción del día. Vamos a buscar algo de forraje.

Mi mandíbula aún estaba en el suelo. —¿Por qué estamos hablando de sexo?

Tragó un trago de sidra. —Fin de la conversación.

—Uno, — conté con mis dedos, —soy demasiado joven para el sexo, aunque leí en algún lugar que no podré parar cuando empiece.

—¿Qué? — Su risa ronca se elevó. —Mírate, alardeando de resistencia. Vuelve a mí una vez que lo hagas, chico. Espero con ansias esa charla.

—Dos, — ignoré su broma, —dudo que alguna vez tenga sexo porque las chicas no me ven. — Su sonrisa divertida se desvaneció. —Soy una pista de aterrizaje, ¿recuerdas? Esa mierda no pasa desapercibida.

—Eres demasiado duro contigo mismo, — susurró, recibiendo la tapa de la botella de sidra. —Date tiempo para crecer. Las chicas te van a adorar.

—¿En serio? — pregunté, esperanzado. —¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Confío en ti. — Se levantó, lo que sólo lo hizo unos pocos centímetros más alto que yo. —Mira tus genes. — Su mano agarró mi mandíbula. —Ah, tiene esos ojos de cachorro y
—

Empujé su hombro. —Deja de hacer bromas.

—Rompecorazones. — Revolviendo mi cabello, se echó la mochila al hombro. —El mundo no está listo para ti, Warren. Ni siquiera te verán venir.

—Si tú lo dices, — murmuré bajo mi aliento.

—¿Dudas de mí?

—Todo el tiempo.

—He experimentado muchas pérdidas y he sobrevivido a todas. — Golpeando con los nudillos en el panel de vidrio, bebí el resto del whisky y observé su mano borrando la condensación hasta que su rostro se hizo visible. —Es lo que hay, — susurré, y ella mordió su labio inferior para contener los temblores. —¿Estás lista para salir?

Nos levantamos al mismo tiempo.

Alexa apagó la ducha y, cubriéndose los pechos, salió del cubículo.

Mis brazos se extendieron, y se giró para que le envolviera la toalla alrededor de su cuerpo. El champú masculino se desprendía de su cabello mojado. Deshaciendo el nudo en mi garganta, rodeé con un brazo la sección media de su cuerpo, atrayéndola de espaldas hacia mi pecho, y dejé caer un beso en su hombro.

—Tuve que lavar la sangre de Kathy de mi cara. — Sus ojos abatidos miraban hacia adelante. —¿Cómo puedo dejar de verla?

Contemplé mentir, pero la honestidad siempre prevalecía. —Aprenderás a vivir con ello.

En el dormitorio, Alexa se secó con la toalla mientras yo buscaba ropa cómoda. Poniéndole la camiseta de algodón por encima de su cabeza, tiré la toalla a la cesta de ropa sucia y le ofrecí la pizza, que rechazó. —Puedes dormir en mi cama. Yo usaré la habitación de invitados al lado.

Asintiendo en silencio, Alexa se sentó en la cama.

Incapaz de soportar su sufrimiento mental, y sus lágrimas silenciosas, cerré la puerta detrás de mí y me encerré en la habitación de invitados. Desnudándome hasta quedar en calzoncillos, coloqué el móvil, el reloj y las joyas en la mesita de noche.

Apagué la luz, corrí la cortina y entreabrí la ventana hasta que una suave brisa enfrió mi piel acalorada. Encendiendo el extremo de un porro pre-enrollado, dejé que la neblina embriagadora rodara por el fondo de mi garganta y exhalé un velo de humo fuera.

Alexa lloraba al lado.

Por primera vez en mi vida, sentí una emoción indescriptible y tenía una tensión pesada, incesante en mi pecho y malestar en el fondo de mi estómago.

No me arrepiento del asesinato de Kathy Pearl.

Pero odiaba la idea de que Alexa me culpara por la pérdida de su hermana.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Alexa

Estaba boca abajo en la cama king size más cómoda, disfrutando de la atmósfera masculina del dormitorio principal de Liam. Su habitación se había convertido en un refugio temporal durante la última semana. Siempre está oscura porque nunca corro las cortinas. Usé el baño en suite de vez en cuando para refrescarme, luego regresaba a la seguridad de las mantas. Escapaba de la realidad en sueños. Si cerraba la puerta a la vida, podía fingir, aunque sólo fuera por un rato, que Kathy nunca intentó matarme.

La humedad se acumulaba en mis ojos.

Sin embargo, no podía ignorar el enorme agujero en mi pecho.

Kathy está muerta.

Todos odiaban a mi hermana, así que lloré sola.

Nunca me había sentido tan sola en toda mi vida.

***

Liam hospedó a Chloe. Le permitió quedarse en una de las muchas habitaciones de invitados mientras yo lloraba en silencio. Los escucho discutir bastante a menudo, especialmente por la noche. Mi amiga despreciaba a Liam Warren y, a juzgar por su mal genio, el sentimiento era mutuo. Nunca se pasaba ni llevaba los insultos demasiado lejos, lo cual era poco característico. Es conocido por su insensibilidad arrogante, pero imagino que contenía su descontento por mi bien.

Mi amiga se sentó en la butaca antes, explicando cómo Kathy la siguió por la calle la noche que salió a comprar comida para llevar y la golpeó en la cabeza con un objeto pesado. Mi

hermana la golpeó hasta dejarla inconsciente y dejó su cuerpo magullado y maltratado en el suelo frío del callejón junto a la tienda.

Incapaz de excusar el comportamiento de Kathy, me disculpé por su cruel acto de brutalidad, a lo que Chloe respondió que no era responsable de la ferocidad de mi hermana.

Aún así, sigo amando a Kathy.

***

—¿Tienes hambre? — preguntó Brad desde la puerta. —Pedí pizza.

Negué con la cabeza.

—¿Qué tal una bebida?

—Estoy bien, — dije con voz ronca, enterrada bajo la cálida manta. —Gracias, de todas formas.

Se quedó dubitativo en el umbral. —¿Qué tal una bebida? No soy bueno con la tetera, pero puedo pedirle a esa compañera de habitación tuya que haga té o algo.

Suspiré en la almohada.

Brad cerró la puerta.

***

Chloe entreabrió la puerta esta mañana para decirme que tenía que trabajar.

Me di la vuelta y volví a dormir.

***

Escuché a Brad y a Nate cantar en la cocina. Enfurecieron a Liam con sus voces desentonadas y el irritante golpeteo de las cacerolas. Tirando del edredón sobre mi cabeza para ahogar sus voces, escuché a Chloe regañarlos antes de que Brad la persiguiera por el pasillo.

***

Sentí la vigilancia de Liam pero nunca abrí los ojos. Fijerándose junto a la cama mientras se quitaba el traje, se desnudó y se encerró en el baño. Escuché correr el agua mientras se duchaba y olí su colonia cuando arregló su apariencia para ir al trabajo.

Ni una vez me habló.

Nunca quise que me hablara.

O tal vez sí.

***

Un cuenco de sopa estaba en la mesita de noche.

La idea de comer me daba nauseas.

De todas formas, no tenía hambre.

***

Liam rara vez está en casa. Me preguntaba si el hombre alguna vez dormía. No puede pasar la noche en su dormitorio, eso formaba parte de nuestro acuerdo. Podemos usar el cuerpo del otro, pero no podemos compartir la cama. Y he robado su cama.

Debería irme pronto. Es lo justo. Después de todo, es su ático, no el mío, y yo no soy una

carga que deba soportar.

Ve a casa, Alexa.

Casa, pensé.

No quería poner un pie dentro de ese piso otra vez, no después de todo lo que pasó con Kathy.

Mi hermana.

¿Dónde enterraron su cuerpo?

Lloré.

***

—Necesitas levantarte. — Chloe intentó arrancar la manta de mi cuerpo, pero me aferré con fuerza, negándome a dejar la cama. —Esto no es saludable, cariño. Han pasado dos semanas. No comes, apenas te duchas. — Consiguió hacerse con el edredón, y me acurruqué en posición fetal. —Y, dicho de la manera más amable posible, te ves fatal.

Mirando la pintoresca vista de Londres por la noche a través de las ventanas panorámicas que iban del suelo al techo, me tumbé en el colchón frío.

—Mira, lo entiendo, ¿de acuerdo? — Lloró, dejándose caer en la cama a mi lado. —Amabas a tu hermana y estás herida ahora mismo. Alexa... — Sollozando en la nuca de mi cuello, me abrazó, y sentí sus cálidas lágrimas cayendo sobre mi hombro. —Odio verte así, cariño. Te extraño.

Mis labios empezaron a temblar. —Lo siento.

—Por favor, — rogó, acariciándome la mejilla. —Por favor, sal y come con nosotros. Los chicos están en la cocina con comida para llevar.

—Está bien, — mentí, secando las lágrimas bajo mis ojos. —Saldré en un minuto.

Nunca me moví.

***

—¿Ha salido del dormitorio?

La impaciente voz de Liam me hizo abrir los ojos.

—Lo intenté antes, — dijo Chloe mientras sus pasos avanzaban hacia el dormitorio principal. —Déjala en paz, Warren.

La puerta del dormitorio se abrió de golpe y se cerró en la cara de Chloe.

—Alexa. — Su voz autoritaria zumbaba en mi oído. —Levántate.

Subiendo mis rodillas a mi pecho, anidé mi cabeza en la almohada suave.

—No me gusta repetirme. — Tiró el edredón al suelo. —Ahora, Alexa.

Soy incapaz de sostener su brusquedad. —Vete. — De repente, estoy en el aire, lanzada sobre su hombro y llevada al baño en suite. —¡Liam! ¡Suéltame! — Empujándome a la cabina de vidrio, encendió la ducha y una cascada de agua helada me golpeó la piel. —Está congelada.

Liam perdió cada prenda de ropa. Se desabrochó el reloj de pulsera, dejándolo en el borde del lavabo de mármol flotante. Entrando en la espaciosa cabina, me quitó la camiseta, la tiró al suelo, luego se agachó, echando las mallas mojadas por mis piernas. —Gira, — ordenó, y cubrí mis pechos, girando para mirar los azulejos de la pared. —Ya lo he visto todo antes. — Se erguía detrás de mí, su pecho definido rozando mi espalda. —Manos a la pared.

Dudé, luego extendí mis dedos sobre la pared.

Liam exprimió gel de ducha Creed sobre la esponja, el olor me recordó a su colonia más usada, y lujosamente enjabonó mi cuerpo antes de lavar el suyo. Sin esperar instrucciones, destapé el champú, enjaboné mi cabello y lo enjuagué bajo el chorro, que en algún momento comenzó a calentarse. Acondicioné las puntas, peinando con mis dedos los rizos enmarañados. Claro, me sentí más humana. Sin embargo, todo seguía doliendo.

Satisfecho de que ya no encarnaba a una mujer de las cavernas, apagó la ducha y me lanzó una toalla suave. —Sal.

Envolviéndome en algodón esponjoso, salí de la cabina.

—Esto termina ahora. — Con la toalla anudada a su cintura, abrió la puerta del balcón. —Te he dado tiempo para llorar, pero esta fiesta de lástima termina esta noche. Avanza.

—Avanza. — Mi agarre en la toalla se apretó. —No es tan fácil, Liam. Perdí a mi hermana —

—Kathy estaba loca. Si no hubiera llegado cuando lo hice, tú estarías muerta.

Estuvo a punto de preguntarle por qué vino al piso la noche en cuestión, pero la terquedad suprimió la curiosidad. —No tenías que matarla, — susurré. —Necesitaba ayuda médica.

—Eres tan ingenua, — gruñó entre dientes. —Irritantemente modesta pero delirante. Kathy Pearl era irredimible, Alexa. Cuanto antes aceptes su engaño, antes podrás avanzar.

—No me importan tus opiniones. — No lo podía aceptar. —Tu percepción de Kathy difiere de la mía. Para ti, ella era el enemigo —

—Tienes toda la razón. — Me miró fijamente debajo de sus cejas levantadas. —Esa cabrona estaba en mi lista negra de todos modos.

—Yo la amaba a pesar de todo. — La ironía salpicaba cada palabra. —Mi hermana significaba todo para mí.

—Tuvo suerte de que me cogiera desprevenido. Si no hubiera actuado por instinto, la zorra

ladrona habría soportado algo mucho peor.

Le creí. —¿Dónde la enterraste?

—No importa.

—Para mí importa. — La rabia se fue acumulando dentro de mí. —Necesito despedirme.

—Necesitas olvidarte de que alguna vez existió. — Se acercó a mi cara. —Deshazte de eso.

Furiosa, lo empujé y busqué una camiseta.

—¿Qué, me culpas por esta mierda? — Por supuesto, me arrastró de nuevo para enfrentar su ataque verbal. —Ella trató de matarte.

—Aún está ahí, Liam. — Mi mano se apretó contra mi pecho. —El dolor y la culpa. No puedes borrar cicatrices imborrables. Es imposible.

—Nada es imposible. — No me convenció. —No permitas que esto supure.

—Suéltame, — pedí con calma, ocultando pensamientos asesinos. —Ahora, Liam. No quiero estar cerca de ti. — El hombre incorregible me desafió. —Por favor, quiero dormir y olvidar
— — Sus dedos atraparon mi mandíbula. —Liam, ¡basta! Sólo porque eres un maldito sin corazón
—

Su boca se inclinó sobre la mía. Su beso era firme pero reverente. Me empujó contra la pared, e intenté rechazar su beso con todas mis fuerzas, pero su beso se intensificó. Su lengua recorrió la línea de mis labios, exigiendo entrada. Mis uñas se clavaron en su cuello, y mordí su labio inferior, preparándome para su castigo. Pero no disminuyó la exasperación. Me tomó de las mejillas, profundizando el beso, el sabor de su sangre filtrándose en mi lengua. —¿Quieres pelear conmigo? — Arrancando la toalla de mi cuerpo, me levantó en sus brazos fuertes y musculosos. —Pelea conmigo.

—Te odio. — Mi sollozo era una mentira. —No quiero esto.

—¿No? — Su fuerza superaba la mía. —¿No quieres esto? ¿No quieres sentirte bien, nena?

—Liam, — lloré en el pliegue de su cuello.

—Dime que me aleje. — Su mandíbula con barba incipiente y besos con la boca abierta quemaban mi garganta. —Necesito escucharte decirlo, Alexa.

Apretando su cabello, uní nuestros labios, besándolo como si fuera el aire que necesitaba para respirar. Su miembro se forzó en mí, y gemí con la invasión. Aferrándome a sus hombros, me ajusté a su grosor. Me estiró de una manera insoportable pero hermosamente. Sus dedos se hundían en mis caderas, se retiró un poco y luego me penetró más profundo. —Liam. — Mi excitación lubricaba su eje. —Mierda.

—¿Me sientes? — Sus embestidas eran duras, ajustadas y determinadas. —Nena.

—Sí, — jadeé, los músculos de su espalda flexionándose bajo mis palmas. —No pares.

Liam nos alejó de la pared y me bajó a la cama. Su mano atrapó mis muñecas, inmovilizándolas por encima de mi cabeza. Mi columna se arqueó fuera del colchón, y él gimió su aprobación, agarrando mi cintura con sus manos ásperas. Con los dientes apretados en su labio inferior, me embistió con vigor contenido.

Me llenó, y grité. Acomodé su longitud castigadora una y otra vez hasta que una ola combustible adormeció cada músculo en mi cuerpo. —Liam. — Su nombre escapó de mis labios como un ruego desesperado. —Mierda.

Me mantuvo hasta la base de él mientras descendía de mi parálisis. Cuando me desplomé contra el colchón, se retiró, y de inmediato lo extrañé. Su cabeza se movió hacia el sur, y lo sujeté por la nuca, manteniéndolo cerca. Chupando y mordiendo mis pequeños montículos, lamió la hendidura de mis pechos. —¿Te sientes bien?

¿Por qué seguía preguntándome eso?

Sus manos se deslizaban por mis muslos. Estiró mis piernas, me abrió completamente, me dejó al descubierto para él

—y luego su boca se cerró alrededor de mi delicado clítoris.

—No, — jadeé, mis caderas amenazando con elevarse del colchón. —Liam, es demasiado.

Sus pulgares dividieron mis labios hinchados para que su lengua atacara mi nervio sensible. Succionando en la suave piel de mi zona más íntima, lamió cada gota de excitación, su boca formó un círculo, y devoró.

Mis muslos temblorosos se abrieron sin vergüenza. Él gimió, con sus labios rodeando mi clítoris, chupando larga y profundamente. Nuestras miradas se encontraron cuando deslizó dos dedos en mí. Los movía de adelante hacia atrás, con su pulgar provocando mi dolor palpitante.

Sobreestimulada y abrumada, solté sonidos irreconocibles para mi oído mientras él me llevaba al borde. —Oh, Dios.

Me acarició y lamió una vez más, y me apreté alrededor de él, chocando contra otro orgasmo. Probando sus dedos, se arrastró por mi cuerpo y no podía mirar a ningún otro lugar. Estaba perdida en su mirada, en sus ojos cautivadores y su rostro apuesto. Su mano atrapó mi garganta, sujetándola con fuerza, y luego, muy lentamente, sus labios se encontraron con los míos.

Sus caderas se presionaron contra mí, mientras su pene empujaba mi entrada. Su cabeza ancha se deslizó hasta que lo sentí por todas partes. Enlacé mis piernas alrededor de su cintura, alentándolo a continuar. Con su cabeza cayendo sobre mi clavícula, murmuró algo indistinto en mi oído, mientras sus labios devoraban mi cuello.

Su pecho subía y bajaba mientras el placer se irradiaba a través de mí, mordí su hombro, aferrándome por un hilo.

Sus labios se sobrepusieron a los míos. —¿Puedes darme otro? — preguntó, respirando pesadamente en mi boca. —Vamos, nena. — Se colocó de tal manera que no había vuelta atrás, follándome despiadadamente contra el colchón. —Uno más.

Nuestros cuerpos chocando enviaron un rubor encendido a mis mejillas, pero, en secreto, no me importaba. Me encantaba cómo me golpeaba con dureza, cómo sus manos toscas reclamaban

cada centímetro de mi cuerpo.

Estaba impotente y a su merced.

El antebrazo de Liam se apoyaba sobre la almohada por encima de mi cabeza.

Abriendo mis piernas más anchas, dándole más espacio, me aferré a sus caderas empujando.

Sus movimientos se volvieron frenéticos mientras perseguía su liberación, sin embargo, cuando mi cuerpo se derrumbó debajo de él, disminuyó la velocidad. —¿Te sientes bien?

Apenas logré asentir.

Él tomó mi mandíbula en su mano, dándome un beso que dejaba una marca. Su pene descansaba pesadamente entre sus muslos cuando se retiró y se dejó caer de espaldas a mi lado. Mirando nuestros reflejos en el espejo del techo, pasé una mano por su pecho, descansándola en su abdomen bajo.

La decepción me inundó. —No te corriste.

Recobrando el aliento, se frotó las dos manos en la cara. —No es un problema.

—Parece un problema, — le dije, y él esbozó una sonrisa humorística. —¿Qué hombre no quiere el resultado final? ¿Es porque estás borracho?

Una risa incrédula vibró en su pecho. —Se me olvida.

Fruncí el ceño. —¿Olvidas qué?

—Lo joven e inocente que eres.

Lo que toda mujer quiere escuchar justo después de un sexo increíble, pensé.

—No me follaste como si fuera una chica joven, inocente y frágil. Me follaste como si fuera todo lo que importaba.

Liam se rascó la nariz. —Basta ya.

Oh, la bombilla se encendió, sí. —Estás con coca.

Me lanzó una mirada a media sonrisa. —¿Qué sabes del esnifado?

Lista para bajar de la cama, me moví sobre mis rodillas. —Suficiente para saber que mata tu mojo.

—¿Mojo? — Su chasquido disgustado merecía un sermón. —¿Por qué tienes que ser tan sensible? — Agarrando mi muñeca, me jaló hacia sus brazos. —¿Por qué te molesta esto?

Honestamente, no tenía una respuesta lógica. —No te pusiste protección.

—Sabía que no iba a terminar, — dijo, y mi ira alcanzó su punto máximo. —Por el amor de Dios. Si te molesta tanto, — sostuvo su pene con un puño apretado y la acarició, —ven aquí y envuelve esa boquita atrevida alrededor de él. — Su broma inofensiva me golpeó fuerte en el pecho. —¿Qué?

—Nada, — susurré, fingiendo una sonrisa. —No eres tú; soy yo. — Me senté cruzando las piernas, tragando bilis ácida. —Supongo que no quiero que te sientas decepcionado.

Su expresión irónica se desvaneció. Apoyándose en un codo, me tomó por la nuca y acercó mis labios a los suyos. Me derretí por su tierna caricia, mientras nuestras lenguas bailaban una danza apasionada. —¿Quieres que me corra? — preguntó ásperamente, y desvié la vista. —Mírame.

Nuestras miradas se alinearon. Empezó a acariciarse, despacio y de manera extrañamente erótica.

Miraba, cautivada, mis muslos apretándose.

Su gran mano realizaba una caricia ascendente, su pulgar extendía el líquido preseminal sobre su corona hinchada.

Era salivante.

Liam estaba de rodillas, una mano agarrando mi cuello y la otra trabajando su erección larga. Sus labios jugaban con los míos, besando y mordisqueando, mientras su respiración se iba haciendo cada vez más pesada.

Aunque me faltaba confianza para poner mi cabeza allí, la rebeldía me impulsó a desafiar su afirmación. Podía hacerlo alcanzar el orgasmo. Diablos, voy a complacer a este hombre. Así que abrí el cajón de la mesita de noche, saqué un condón, rompí la envoltura con los dientes y me detuve.

Una mirada de entendimiento se cruzó entre nosotros .

Él dejó la sujeción firme que tenía sobre sí mismo. —Póntelo.

Tirando de él con mi mano, lo acaricié, y él siseó, mientras sus ojos se cerraron brevemente en éxtasis. Enfundando su longitud, rezando para ser lo suficientemente buena, lo empujé de espaldas a la cama.

Tarareando profundamente, me observaba acomodarme sobre su cintura. Sus brazos se cruzaron detrás de su cabeza.

Atrapando su pesada longitud en mi mano, froté su carne dura contra mi hendidura, lo alineé y descendí sobre él.

Me concedí un momento para ajustarme a nuestra nueva posición. Inclinándome hacia abajo, inhalé su increíble aroma masculino y moví mis caderas, lo que demostró ser lo que él quería. Gimió, sus palmas acariciando la curva de mi trasero, y cuando sus dedos se hundieron en mi carne, me apreté alrededor de él.

—Alexa. — Su brazo se enroscó alrededor de mis hombros, pegando mis pechos a su pecho. —¿Vas a follarme, nena?

Aceptando el desafío, giré mis caderas y me moví sobre él.

—Joder. — Sus manos se trasladaron a mis caderas. —Eso es.

No me importaba qué drogas había consumido estúpidamente —estoy decidida a hacer que este hombre se derrumbe.

Sin aliento, lo follé duro y rápido.

—Ven aquí, — jadeó, y acerqué mis labios a los suyos. Su beso encendió mi alma, pero sabía que no debía sobreanalizar. —Nena, hazme correrte.

Sentí un orgasmo inminente y me reprendí internamente.

Mi rostro se acurrucó en su cuello. Lo lamí, luego mordí su carne, chupando hasta que los hormigueos entumecieron mi lengua. Sí, lo marqué. Lo reclamé de la única manera que sabía cómo. Lo que encontré más sorprendente fue el hecho de que nunca me detuvo. De hecho, su cabeza cayó hacia atrás para alargar su garganta, acogiendo la quemadura que dejé en su carne.

Sujetando mis nalgas, se empujó dentro de mí, encontrándome embestida por embestida. Su frenesí disminuyó. Sosteniéndome en su lugar, se vació dentro de mí, y nunca olvidaré su gemido ronco cuando se vino o cómo sus brazos se enrollaron a mi alrededor para asegurarse de que me quedara. —Joder. — Soplo un aliento estremecido. —Me mataste.

—¿Sí? — Besé su pecho. —Así que no podías correrte, ¿eh?

Me dio una sonrisa ladeada y baja. —No te pongas arrogante.

Lo sentí suavizarse. —Deberías deshacerte de eso.

Liam fue al baño en suite para deshacerse del condón.

Resoplando por la molestia entre mis muslos, me dejé caer de cara al colchón.

Minutos después, salió del baño y entró en el vestidor. Girando la cabeza, cerré los ojos, tirando del edredón sobre mi cuerpo. Lo sentí mirando mientras se cambiaba a un traje.

El deber llama, pensé.

Liam tenía que irse ahora. Se uniría a los hombres y conduciría hasta el Club 11. Sin embargo, no quería nada más que él se subiera a la cama y pasara la noche conmigo. Es injusto hacer tales demandas, sin embargo. El desapego aparte del sexo es lo que firmé. Pero mis sentimientos por él eran cada vez más difíciles de ignorar.

—¿Alexa? — dijo, y fingí estar dormida.

Más tarde me di cuenta de que me ayudaba a olvidar.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Liam

Entré al ático a la medianoche. Estaba oscuro dentro, pero capté un movimiento tenue en la cocina. La amiga y compañera de cuarto de Alexa, Chloe, buscaba bocadillos en el frigorífico a altas horas de la noche. Aun cuando caminó por toda la sala de estar con paquetes de comida bajo los brazos, no tenía idea de que yo estaba junto a la puerta principal cerrada con llave.

Su puerta de dormitorio se cerró con un clic.

Solté las llaves del coche y el móvil en el aparador de mármol y me aventuré a la habitación de invitados frente al dormitorio principal. Mi mano se detuvo sobre el manillar dorado de la puerta. Cada habitación ofrecía baños en suite, sin embargo, seguía usando el baño privado contiguo al dormitorio principal. Es la única vez que veo a Alexa.

Alexa luchaba con la muerte de su hermana, lo cual era inconcebible. Kathy, la enferma mental, intentó matar a su hermana menor. Si no hubiera aparecido cuando lo hice, Alexa estaría muerta. Aún así, la empática mujer lloraba y se atormentaba en horas de culpabilidad, aunque no tenía culpa alguna. La escucho sollozar a través de la pared desde el dormitorio de invitados cuando me quedo despierto en la cama por la noche. Sus sollozos se pierden en la almohada. Su dolor resuena en los pasillos. Odiaba cuánto lo sentía. Su dolor me traía dolor y una ansiedad emocional que nunca había experimentado antes. Requería gran resistencia no subirme a su cama y consolarla. Hicimos un acuerdo verbal. Es imprudente traspasar los límites, y compartir una cama es, sin duda, traspasar los límites. No se me permite pasar la noche con ella en mis brazos. Es una regla que implementé para asegurarme de que ninguno de los dos se vuelva demasiado apegado o involucrado. Sin embargo, me paro a su lado por la noche, escuchando su respiración suave, observándola dormir pacíficamente antes de que las oscuras memorias conviertan sus sueños en pesadillas, y sus sollozos vuelvan a comenzar.

Como ahora, por ejemplo. Abrí la puerta a la soledad y la oscuridad y aceché sobre su forma dormida. Una luz tenue del pasillo perfilaba su cuerpo. Parecía demasiado pequeña en la cama tamaño king. Su oscuro cabello se mezclaba con las sábanas y la colcha negras. Apenas se notaban las suaves motas de piel de gallina que adornaban su piel suave y cremosa y la camiseta de gran tamaño que había sacado del armario enterraba su figura esbelta.

Anhelaba tocarla. Me agaché al lado de la cama y toqué su mejilla con cautela. Sus cejas fruncidas se suavizaron al contacto detectable. Mi pulgar pasó por su mejilla manchada como si quisiera limpiar horas y horas de lágrimas manchadas. Deseabapoder quitarle el dolor. Deseaba tener el poder de hacerla sonreír una vez más. —Vas a superarlo, — susurré, sabiendo que no podía escucharme. —Lo prometo.

Los labios parcialmente abiertos de Alexa expulsaban respiraciones superficiales.

Acaricié su nariz con el borde de mi dedo e, inclinándome, besé la esquina de su boca deliciosa. Fue un beso suave pero prolongado. Tuve que alejarme, pero mi frente cayó en su hombro en su lugar, donde me quedé más tiempo del que debería para sentir su ritmo cardíaco normal debajo de mi palma hasta que ella percibió la presencia de preocupación y se sacudió en semiconsciencia.

—Liam, — susurró Alexa en mi oído, y cerré los ojos. —Oh, Dios. No quiero despertar. — Su voz alarmada apretó mi corazón. —Necesito seguir dormida. Por favor, dame algo para que se vaya.

Negué con mi cabeza.

Alexa trató de sentarse, y yo atrapé sus muñecas, inmovilizándolas en la cama. —Liam, — lloró, sus brazos retorciéndose bajo la sujeción de mis manos. —No quería que ella muriera. — Sus lágrimas calentaban mi mejilla mientras presionaba nuestras sienes juntas. —La amaba. Ella me amaba.

Sí, en el fondo, creo que Kathy amaba a Alexa. Sin embargo, ella amaba más a su captor de la infancia.

—Kathy estaba tan enferma, Liam. — Sus susurros tensos respiraban en mi oído. —Debería haber visto las señales de advertencia y ayudarla. Para eso está la familia. Se supone que deben ayudarse mutuamente, apoyarse entre sí. Le fallé. Ella me necesitaba y la dejé sola. Dejé que la mataras.

—No eres responsable de mis acciones.

—Si no fuera por mí, Kathy aún estaría viva.

No, Kathy traicionó al sindicato. —Iba a matarla de todas formas.

La respiración de Alexa se entrecortó.

—Se ha ido, — dije con voz áspera, y sus sollozos crudos se reprimieron. —Lo dije una vez y lo diré de nuevo. No me disculparé por elegirte.

Me preparé para otro argumento, pero la cabeza de Alexa cayó sobre la almohada en señal de derrota. Con los ojos llorosos, recorrió nuestra reflexión en el techo espejado.

Limpié sus lágrimas con los nudillos. —¿Realmente crees que ella lo hubiera dejado ir? — pregunté, y sus labios temblaron. —Pregúntate lo insoportable, Alexa. Si ella hubiera tenido que elegir, tomar una decisión improvisada, ¿habrías sido tú o él?

El rostro de Alexa se frunció.

Mi mano acarició su delicado cuello. —Te hice una pregunta.

Una lágrima cayó del rabillo de su ojo. —La perdí, ¿verdad?

—Sí, — dije con franqueza. —Ahora, puedes seguir con tu vida, reviviendo su traición, el dolor y la tristeza, o puedes aferrarte a los recuerdos preciosos que ni siquiera Dios mismo puede borrar. — Sus ojos redondos y húmedos se encontraron con los míos. —Aquí. — Ayudándola a sentarse recta, incliné su barbilla. —Comparte algo conmigo.

El cuello de Alexa se movió con un trago forzado. —¿Cómo qué?

Nunca aparté la mirada. —Tu hermana.

Su respiración se estremeció. —Solía esperar a que Kathy llegara a casa desde la ventana de mi habitación, — admitió con una sonrisa tímida. —Amaba a mi madre, pero la casa estaba demasiado silenciosa cuando Kathy no estaba. Algunas noches, me dormía en el banco de la ventana porque estaba muy cansada, pero me negaba a volver a la cama hasta saber que ella había llegado sana y salva.

—De todos modos, — continuó, —una vez oí ruidos fuertes y me desperté sobresaltada. Estaban discutiendo, Kathy y nuestra madre, porque ella llegó a casa demasiado tarde. Mi mamá estaba muy preocupada. Estaba llorando. Kathy estaba llorando. Yo escuchaba desde lo alto de las escaleras... — Su rostro se endureció mientras revisaba el recuerdo. —Mi mamá encontró anticonceptivos de emergencia en la habitación de Kathy. ¿Por qué no recordé eso antes?

No tuve respuesta.

—A veces pasa. Tengo fragmentos aquí y allá... — Alexa lanzó un vistazo a la ventana con cortinas. —Kathy subió las escaleras furiosa. Entré en pánico y me escondí detrás de la barandilla, esperando que no se diera cuenta de que estaba espiando. — Su sonrisa era triste. —Por supuesto, me atrapó. Pero nunca me gritó ni nada. Sólo tomó mi mano y me preguntó si quería ir de aventura.

—Kathy me ponía en primer lugar. Incluso cuando más sufría, yo era su prioridad principal. Sus lágrimas no importaban. El disgusto de mi madre no importaba. Yo importaba. Le dolía verme tan asustada.

—Esperamos hasta que nuestra madre se fue a la cama y nos escabullimos al bosque detrás de nuestra casa. — Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Y caminamos hasta el borde del acantilado y esperamos el amanecer.

—Fui una gran decepción. — Apartó la mirada. —Creo que me dormí en cinco minutos. Kathy me despertó a tiempo para ver a los pájaros volar hacia el amanecer.

La obligué a mirarme de nuevo. —Continúa.

—Es una tontería. — Sus mejillas se sonrojaron. —Kathy decía que, cuando creciéramos y dejáramos la casa, podríamos volar alto con esos pájaros. Podríamos ir a donde quisiéramos, siempre y cuando estuviéramos juntas. Yo estaba dispuesta a volar hasta el fin del mundo para quedarme con ella. — Ninguno de los dos apartó la intensidad de nuestra mirada. —¿Soy una tonta por creerle?

—No. Aférrate a ella, — dije, y pareció desconcertada. —Necesitas recordar a Kathy por lo que era, no por la persona en la que se convirtió. No te mintió, Alexa. Cuando tomó tu mano y te prometió un futuro mejor, lo decía en serio. Te puso a ti antes que a todos porque te amaba más de lo que se amaba a sí misma.

Alexa se aferró a cada palabra.

—El mal desgarró a tu familia, pero no tiene poder contra el vínculo innato del amor. Sí, Kathy estaba enferma y perdió el rumbo. Mantienes esos recuerdos vivos por ambas, y continuarás preservándolos porque es todo lo que te queda.

—Tengo miedo. — El terror se reflejó en sus pálidas facciones. —No sé cómo es la vida sin ella.

—Podrás haber sido la hermana menor, pero siempre fuiste la más fuerte.

—¿Cómo puedes decir eso? — hizo un gesto hacia sí misma. —Estoy hecha un lío.

—Has sobrevivido mucho más de lo que la mayoría hace en toda una vida. — Ojalá pudiera verse a sí misma como yo la veo. —Ver para creer, Alexa. Recuerda eso.

Su asentimiento fue concordante. —No importa lo que pase. Nunca dejaré de amarla.

No puedo relacionarme. Despreciaba a Kathy Pearl con cada fibra de mi ser. —Tengo que ducharme. ¿Por qué no vas a la cocina y te preparas algo de comer? — La mujer se negaba a salir del dormitorio. —Debes tener hambre.

—Es demasiado tarde. — Sus ojos me siguieron por la habitación. —Quizás mañana.

Las luces con sensor de movimiento iluminaron el amplio vestidor al entrar. Introduje el código en la caja fuerte, extraje munición, puños de diamantes, y contemplé entre trajes a medida. Casi seleccioné un traje Dormeuil Vanquish azul cuando Alexa se acercó a mi lado.

—Me gusta el traje azul porque combina con tus ojos. — Sus dedos investigativos recorrieron la fina tela del Brioni. —Pero el traje gris combinado con una camisa negra es mi look favorito en ti. Si acaso, los colores destacan tus facciones.

Estaba fascinado por su escrupulosidad. Normalmente, las mujeres que me entretenían notaban las etiquetas de precio y las marcas de diseñador, no los detalles de la apariencia. —Es sólo un traje.

Alexa sonrió ampliamente. —Entonces, ¿por qué el conjunto codificado por colores?

—Bueno, nunca se pueden tener demasiados... — Mis manos se hundieron en los bolsillos del pantalón. —La presentación es la clave del éxito. Es por una buena causa. — Ella rió una vez, y fue agradable escucharla. —Soy un aficionado a los trajes. Me atrapaste.

Cuando alcanzó el traje gris pizarra, incliné mi cabeza hacia su hombro y la besé allí. No fue planeado, pero se sintió natural hacerlo.

Nuestros ojos se alinearon. Sus tonalidades avellana contra mis azules curiosos.

¿Qué es lo que tienes? pensé de repente. Su belleza es incomparable. Sus ojos doloridos contaban historias tristes, pero rara vez hablaba de ellas.

Estaba completamente perdido en ella y eso me aterraba.

Tomando el colgador de su mano, coloqué el traje sobre el sofá chesterfield y me excusé para ir al baño en suite.

Alexa se había vuelto a dormir cuando volví a salir veinte minutos después.

***

—¿Cómo está Alexa? — Brad sopló aire caliente en sus manos frías y las frotó para generar calor, lo cual imagino es ineficaz ya que hacía un frío de muerte esta noche. —¿Se ha recuperado ya?

La desolación de Alexa era agotadora, aunque comprensible. Aprecio que amara a su hermana, pero Kathy Pearl no era digna de ser recordada. Me alegro de que se haya ido porque finalmente puedo lavarme las manos de esa mujer. —Alexa no ha puesto un pie fuera del dormitorio.

—¿Descubriste por qué Kathy la atacó? — Encendiendo el final de un porro, sopló humo hacia el cielo nocturno. —¿Crees que fue ella quien persiguió a Alexa?

—Es probable. — Exhalé pesadamente. —En cuanto a preguntarle, Alexa es bastante reservada. — Eso no era del todo cierto. Había interrogado a la chica, pero no era muy comunicativa. —Lo intentaré de nuevo en unos días.

—¿Qué? — Su ceño se frunció. —Haz que hable.

—Alexa puede revelar lo que quiera cuando esté lista.

—¡Mierda! — Brad lanzó a Nate una mirada cómplice. —¿Qué te dije? El Jefe se ha ablandado.

Ambos hombres rieron a mi costa.

—Nunca pensé que vería el día. — Brad me sonrió. —Y yo que pensaba que 'Warren exige respuestas'.

—Basta. — Ignorando su infantilismo, señalé la bola de pelusa en su cabeza. —¿Qué es eso?

—Es un maldito gorro con borla. — No entiende por qué siquiera pregunté. —¿Qué parece ser?

—Ya sé que es un gorro con borla, pedazo de mierda, — escupí, —pero eso no explica por qué lo llevarías puesto.

—Porque se ve bonito y hace un frío de cojones. ¿Te parece bien? — Dejó caer una gran bolsa de gimnasio a mis pies. —Aquí está todo lo que pediste.

—Te juro, más nos vale progresar esta noche. — Nate se armó. —Estoy harto de salir con las manos vacías. — Él ha trabajado incansablemente para localizar a Bajramovic y sus propiedades ocultas. Esta noche no es la primera vez que descubrimos uno de sus almacenes. —La tercera es la vencida, ¿eh?

Agachándome junto a la bolsa, la abrí, pasé armas de fuego a los hombres y metí una navaja automática en el bolsillo de mi traje. —¿Están listos los demás?

—Tenemos diez hombres ubicados en nuestro perímetro, esperando tus órdenes. — Nate encajó un cargador redondo en su arma. —Dejé a algunos en las camionetas, también. Por si necesitamos refuerzos.

—Aquí tienes. — Brad me dio un radio transmisor. —Compré estos para la ocasión especial.

—¿Qué pasa con los auriculares?

—Pensé que sería divertido. — Brad me mostró una sonrisa amplia. —Siempre he querido saber qué se siente jugar a la guerra moderna en la vida real.

—¿Por qué todo es una puta broma contigo?

—¿Qué? — Fingió estar ajeno. —Mi vida es bastante buena ahora mismo. Me la chuparon esta noche. Tengo una pistola en la mano y estoy a punto de matar a unos albaneses. — Dijo mientras el palillo que siempre estaba en su boca hacía equilibrio en su labio inferior. —Perdona por estar feliz.

Él y su puta felicidad.

—Dispersa y lidera a las tropas alrededor del edificio. Emboscada desde los cuatro costados. Mata a cualquiera que obstaculice el proceso. — Palmé el confiable Eagle. —Quiero cada kilo antes de evacuar.

Dejando a los hombres para que terminaran, me deslicé entre árboles sin hojas y bajé corriendo por la pendiente embarrada hasta una cerca metálica de ocho pies. Sujetándome a la malla de alambre, trepé hasta que mis zapatos tocaron el suelo al otro lado. Graffitis vandalizaban las paredes desmoronadas de un viejo edificio anidado entre densos bosques y un hielo invernal invasor. Un andamiaje tosco cercaba el exterior. La gente operaba en el interior. Escuché su regocijo a través del revestimiento metálico exterior. Escabulléndome entre dos enormes contenedores industriales amarillos, me acomodé contra la pared del edificio, atento a cualquier visitante no deseado, cuando guardias nocturnos patrulleros armados con rifles emergieron a través de densas neblinas. Conversaban en su lengua nativa, así que tuve problemas para entender su conversación, pero cuando el más grande de los dos hombres empujó su interés contra el contenedor para un beso caliente y apasionado, tomé su distracción como una ventaja. Guardando el Eagle, me puse guantes de cuero, abrí la navaja y, alisando el dedo a lo largo de la hoja afilada, me deslicé fuera de la oscuridad.

—Unë jam me brirë, — gimió el hombre más pequeño mientras su amante lo acariciaba . —Me merr. E vështirë.

—No aquí.

—Sí, aquí.

—Do ta jap ty. — Con la espalda hacia mí, se desabrochó los pantalones, liberando su creciente longitud, y usó la fuerza para girar a su amante. —Gime, — ordenó, alcanzando el cinturón y la cremallera del chico, tirando de sus vaqueros hasta la mitad del muslo hasta que dos culos iluminados resplandecieron. —Unë të dua.

Agarrando con fuerza el pelo largo y húmedo del hombre, hundí el cuchillo en su musculoso hombro, rasgando y aplastando la carne al girar y torcer la hoja. —No esta noche, — susurré en su oído, mientras su amante, demasiado aturdido por la brutal penetración del pene de otro hombre en su trasero, atrapado entre hombre y contenedor, trataba de recuperar su rifle del suelo. —¿Está aquí? — Sacando el cuchillo de la espalda del tipo, le corté la garganta, mientras sus gargajos ahogados caían en oídos sordos, y su sangre fluía por mis dedos recubiertos de cuero y lo arrojé a un lado con un pesado sonido. —No me gusta repetirme. — Sin ver la marchita verga entre las masas de vello púbico negro entre las piernas del hombre más pequeño, lo empujé contra el contenedor, manteniendo un firme agarre en su garganta. Burlándome de él con la hoja ensangrentada, le hice un pequeño corte en la piel debajo de su ojo. —Flamur Bajramovic. ¿Dónde está?

Gimió, agarrando mis brazos por los codos. —Por favor, déjame ayudarlo. — Sus ojos redondos y húmedos estudiaban al hombre moribundo en el suelo. —Va a desangrarse.

—La duración de su vida no es mi problema, — dije sin compasión. —Ahora responde la pregunta. — Cuando se negó a cumplir, le corté la mejilla con el cuchillo, mientras el corte limpio arrancaba gritos roncos de su garganta. —¿Dónde está?

—No lo sé. — Lágrimas mezcladas con sangre goteaban de su mandíbula en perlas. —Por favor, te lo suplico. — Su puño se estrelló contra mi mandíbula, y retrocedí dos pasos, sin haber previsto el golpe. —¡Do të vdesësh!

Rápido de pies, agarró el rifle y levantó los brazos, listo para disparar, pero yo fui más rápido, y estaba más enfadado. Le arrebaté el arma de su alcance, le agarré la muñeca, rompí los huesos, y le di un golpe con el codo en la cara, que lo dejó inconsciente. Sus rodillas chocaron

con el suelo antes de que su cuerpo se desplomara sobre el hormigón, levantando polvo de construcción.

—No es personal. — Perforando la nuca de su cuello con la hoja, la dejé ahí, y luego recuperé los rifles descartados. —Rápido pero efectivo.

Pasé por encima de los hombres medio desnudos que se desangraban en el suelo y perseguí el sonido de disparos incesantes a lo lejos. Temiendo por la seguridad de mis hombres, sostuve el estúpido transmisor, presioné el botón y lo acerqué a mis labios. —¿Qué ha pasado?

—Metralleta. — La línea de Nate crepitaba. —Se cargaron a seis hombres.

Mi mandíbula se tensó. —¿Brad?

—Jefe, — respondió.

Un suspiro de alivio salió de mis labios. —Mantén la cabeza fuera de tu maldito culo.

—Mi cabeza nunca está en mi culo, — respondió. —No sé tú, pero estoy listo para largarme.

Tirando la radio en el contenedor, vagaba discretamente por el almacén, cerca de las sombras, con los ojos muy abiertos y cauteloso. Disparos esporádicos resonaban en el interior, donde los hombres luchaban por sobrevivir. Me asomé desde la esquina del edificio cuando alguien me agarró del hombro. Me tomó por sorpresa, empujándome contra la pared. —Warren. — Su garganta sonaba gruesa por el cigarrillo en cadena. —Sonte do të vdesësh.

Preparándome para posibles desventajas, eché mi cabeza hacia atrás, golpeándolo directamente en la cara. —Hijo de puta.

—¡Ju pidhi! — rugió, agarrando su nariz rota. —¡Do të vras! — Me derribó al suelo, luchamos por una ventaja, lanzando brutales puñetazos a las mandíbulas del otro. —¡Budalla!

Mi cabeza se movió a un lado a tiempo para que su puño golpeara el suelo. Robándole el cuchillo serrado del ejército atado a su tobillo, lo apuñalé en el costado, su carne succionando la hoja dentada. El dolor irradiaba de su cuerpo vibrante. Observé cómo la vida se drenaba de sus

ojos, sentí su sangre fluir por mis dedos, y luego se desplomó encima de mí como un peso muerto.

Lo rodé a un lado y miré al cielo oscuro. Una vez más, limpié la sangre de alguien de mis manos revestidas de cuero, pasé por encima de su cuerpo sin vida y me dirigí hacia la entrada trasera oxidada: dos puertas dobles y un candado roto.

Desabroché el cerrojo, abrí el acceso y me dirigí al interior. Un hedor indescriptible irritó mis fosas nasales. La oscuridad y las sombras trepaban las paredes de desagües. Me detuve en otra puerta. Los disparos continuos se reiteraban, y gritos agudos resonaban mientras los cuerpos caían al suelo. Esperaba que los hombres estuvieran a salvo, pero tenía fe en mis más confiables. Me deslicé en el espacio cavernoso y oscuro lleno de cajas de madera. A medida que me acercaba al alboroto, había cada vez más luces brillantes y caos.

Escuchar la efervescencia de Brad me tranquilizó hasta que alguien entró en mi línea de visión. Entró en el pequeño espacio lleno de grúas de metal y de importación. Espumando rabiosamente, blandió un arma de fuego y apretó el gatillo, la bala silbante atravesó el aire húmedo y pasó por la parte superior de mi brazo. Quemaba, abrasando mi piel. Antes de que pudiera hacer más daño, dejé que el destino guiara el Desert Eagle y disparé ciegamente mientras ambos nos agachábamos detrás de contenedores para evitar la muerte. Soy un francotirador.

Mis habilidades de tirador no me fallan nunca.

Su pecho recibió el golpe final y, aunque estaba demasiado alterado para presenciar su caída, sentí triunfo, desplomándome en el suelo, apretando un brazo a la herida febril en mi brazo. —Hijo de puta, — escupí entre dientes apretados. Apoyando mi espalda contra la partición metálica, me quité la chaqueta del traje, perdí la manga de la camisa y examiné el daño. Mis dedos se adhirieron a la piel rota para detener la hemorragia. —Maldita sea.

Brad apareció en mi visión periférica. Ajustando su boina torcida, se apresuró entre los contenedores acumulados. —Mierda, jefe. — Agachándose frente a mí, evaluó la carne rasgada. —¿Cómo diablos lograste esta tontería?

—Escuché tu bocaza, — bromeé, ignorando el dolor. —Presumía claramente.

—Perdimos nueve hombres. — Sacó el pañuelo de seda de su chaqueta de traje de doble botonadura. —Pero salimos más fuertes.

Mi mandíbula se endureció. —¿Está Flamur aquí?

—No. — Sus dedos metiéndose en mi piel ensangrentada, buscaban la bala. —Casi.

—Joder, — gruñí, golpeando la parte trasera de mi cabeza contra la caja. —Apresúrate.

Sus dedos se cerraron alrededor de la bala hasta que cayó en su posesión. —Listo. — Tirándola sobre su hombro, ató el pañuelo de seda alrededor de mi brazo superior, evitando más pérdida de sangre. —Tendrás que aguantar hasta que regresemos.

Me puse la chaqueta del traje, abroché los botones, y seguí a Brad hacia el alboroto. En la distancia intermedia del almacén cavernoso, hombres leales encadenaron a los albaneses. Agrupados, encadenados y amordazados, lloraban lágrimas calientes a medida que me acercaba. Observé a los miembros del sindicato estacionados. Sus expresiones eran igualmente indescifrables, pero sus ojos se demoraban en los hombres que habíamos perdido. Me acerqué al más próximo, su cuerpo esparcido por el suelo, sumergido en sangre, y me agaché para obtener la cadena militar en su cuello. —¿De dónde sacamos las armas?

Nate levantó pesadas cadenas de dentro de una grúa abierta. —Las encontré aquí.

—Hostia. — Brad abrió una caja de madera. —Mira estas. — Mostró una ametralladora PKM y la apuntó a los albaneses. —Apuesto a que esta maravilla corta la carne como un cuchillo en la mantequilla.

Puse los ojos en blanco. —Brad
—

Accionó el arma, y la ametralladora devoró cinturones de munición, las balas desgarrando y volando en su víctima elegida, salpicando sangre y carne en su camino. —Maldita sea. — Su tono vibraba con emoción. —Mira eso. — Señalando al tipo muerto irreconocible en el suelo, lanzó un silbido bajo. —¿Qué te dije? Cuchillo en la mantequilla.

Mi ceño se mantuvo. —¿Satisfecho?

Pasando el arma a Nate, se sacudió las manos. —Hermosa.

Nate volteó el arma para leer su grabado. —Son militares.

Aceptando la palanca de Brad, cincelé en una caja de madera, levantando la tapa. Salió suavemente, mostrando zapatos de cuero empaquetados. Los arrojé a un lado, escarbé entre el aserrín y encontré paquetes de heroína y cocaína. Me dirigí a la siguiente grúa, descubrí las Glocks, los Hecklers, y me apoderé de una botella de vodka ruso importado. —Reversa los camiones, — ordené, y un soldado más joven corrió hacia el asfalto de carga. —Quiero todo distribuido esta noche. Nate, haz la llamada y organiza los puntos de entrega. Quiero la mercancía de vuelta en las calles de Londres.

Los camiones se reversaron cerca de la entrada abierta, y los hombres colectivamente cargaron el stock a bordo.

Empujando al albanés atado con su bota, Brad preguntó, —¿Qué hacemos con estos?

Una miríada de hombres me miraba desde el suelo, las cuerdas amortiguando sus súplicas llorosas. Probablemente tienen esposas en casa, posiblemente hijos. —No son mi problema.

La esperanza en sus ojos se desvaneció.

Desenroscando la botella de vodka, levanté mi brazo. El miedo reemplazó la tristeza mientras empapaba su ropa sucia y sus perfiles ensangrentados. Sus ojos suplicantes se fijaron en Brad, que jugueteaba con la caja de fósforos que le lancé.

Bebiendo el vodka sobrante, me aparté y admiré mi obra. —Quémalos.

—No, por favor, — gritó uno, su cuerpo espasmódico tratando de liberarse. —Te lo suplico.

Aullidos y gritos resonaron y rebotaron en las paredes, los hombres rugiendo, esforzándose por eliminar las limitaciones. Brad rascó el fósforo, encendió la llama danzante y la lanzó sobre el hombre mayor antes de repetir el proceso. Tonos naranjas y azules barrían y lamían sus cuerpos, el olor a carne quemada comenzaba a permear el aire antes inodoro.

Encendiendo un cigarrillo, observé cómo su piel se derretía y escuché sus lamentos agónicos mientras el calor danzaba calidez en mi rostro, el fuego capturando y reclamando su stock cercano.

Como todas las demás veces que encontramos una de las joyas ocultas de Flamur, los destruyo con un efecto cataclísmico para quemar su ego junto a las llamas ondulantes de sus establecimientos en ruinas.

Salgo del almacén con mis hombres y regreso a los Bentleys próximos. En el fondo, el edificio gemía. Las vigas de metal se arqueaban mientras el humo y las llamas incontrolables dispersaban brasas en el cielo sin estrellas.

—Tengo un hambre de la ostia. — Brad desbloqueó la puerta del vehículo, subiendo al volante. —¿Comida para llevar?

—De una. — Nate se agachó en el asiento trasero. —Tailandesa.

Relajándome en el asiento del pasajero, bajé la ventana. —Primero necesito que me cosan este brazo.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Alexa

El bullicio me despertó del sueño. Con la cabeza apoyada en una almohada, abrí un ojo, inmersa en la siempre presente penumbra. La vida nocturna caleidoscópica de Londres se reflejaba a través de las ventanas panorámicas.

Escuché la alegría de Brad por el pasillo y sonreí. Diablos, Nate parecía exasperado por el bromista. A juzgar por sus contraataques verbales a medias, él también es susceptible a las excentricidades de Brad. Es la única persona que puede soltar chistes inapropiados y escapar de las consecuencias.

Estirando las extremidades, me giré sobre mi espalda, quité la colcha de satén de mi cuerpo y estudié un rostro desconocido en el espejo del techo. La mujer que me miraba era nauseabundamente pálida y desagradablemente despeinada. Avergonzada por el deplorable estado de mi imagen, me bajé de la cama y me dirigí al baño para cepillarme los dientes.

Una vez más, me encontré con la vista de la mujer poco atractiva en el espejo. Me quité la camiseta, entré en la cabina de ducha y encendí el agua. Fragmentos de hielo atravesaban mi piel mientras lavaba los horribles recuerdos y las imágenes sucias de mi mente, cuerpo y alma. Pronto, la temperatura se calentó, y el calor cubrió el recinto. Sin sentirme mejor de lo que me sentía hacía treinta minutos, presioné dos palmas contra la pared de azulejos y me quedé bajo el chorro. Al menos estaba más limpia y menos fatigada.

Apagando el agua, salí de la cabina sobre la lujosa alfombrilla de baño y envolví la toalla blanca esponjosa alrededor de mi cuerpo. Limpiando el espejo de la condensación, evalué mi reflejo nuevamente, despeinando los mechones mojados que caían por mi espalda.

Regresé a la suite principal de Liam, me sequé con la toalla y me puse ropa interior de encaje. Casi entré al vestidor para buscar algo decente para ponerme cuando la ropa de descanso femenina doblada en el sofá de la esquina despertó mi curiosidad. Fingiendo no ver la costosa etiqueta de precio, desdoblé el conjunto de dos piezas gris pálido y sostuve los pantalones anchos a mi cintura. Era mi talla. Puede sonar presuntuoso, pero Liam debió haberlo comprado para mí.

Me puse el suave y cómodo conjunto y crucé el umbral hacia el pasillo de mármol.

Bien vestido con un traje de tres piezas, Nate estaba sentado en el sofá de cuero en forma de U, disfrutando de un contenedor de comida para llevar. Me vio y se detuvo con los palillos cerca de su boca.

—Alexa. — Su ceja perforada se arqueó. —¿Vas a unirte a nosotros?

Dudando, jugueteé nerviosamente con mis manos. —Tenía hambre.

Brad apareció de la cocina. Su camisa blanca desabrochada revelaba sus amplios pectorales, la etiqueta militar de oro blanco resplandecía bajo las luces del techo. Me miró con cautela cuando preguntó, —¿Te gusta la comida tailandesa, Alexa?

Asentí. —Claro.

Brad me hizo señas para que me acercara. Di pequeños pasos hacia la cocina y le agradecí por el contenedor de fideos. Sentada frente a Nate, me sumergí en la comida con hambre, no había comido en lo que parecían semanas. Sentía su vigilancia, su preocupación y ansiedad. —¿Está Chloe por aquí?

—Se fue a un club con unos colegas. — Nate anotaba pasajes crípticos en un cuaderno de cuero. —No creo que vuelva pronto.

Brad vertió whisky puro en un vaso.

Dejando la comida a medio comer en la mesa de centro, eché un vistazo a la puerta principal del ático. —¿Dónde está Liam?

Dejándose caer en el sofá, Brad sorbió whisky. —Se está duchando en su habitación.

Era una respuesta inofensiva, pero mi corazón se encogió. No estaba enfadada ni decepcionada de que evitara la habitación principal. Después de todo, el hombre renunció a su privacidad para ofrecerme alojamiento gratuito. Sin embargo, sentí un poco de culpa. ¿Por qué debería ducharse en otro lugar o dormir en otra cama por mi culpa? El ático le pertenecía a él, no

a mí.

—Está bien, — respondí, esperando que los vigilantes trajes no notaran mi insatisfacción.

Masticando unos bocados más, me dirigí al cubo de basura para tirar las sobras. Mientras estaba en la cocina, saqué la leche del frigorífico. Puse la tetera a hervir y preparé una taza de té dulce.

Necesito hablar con Liam en algún momento. Acordamos una relación sexual, pero invitarme a vivir temporalmente en su casa cambió la dinámica.

—Creo que deberíamos informar a Reginald sobre los grilletes. — Brad espolvoreó cáñamo en la plataforma preparada sobre la mesa de centro. —Sabemos que esa perra retorcida está metida en el trabajo esclavo y el tráfico de personas...

Añadiendo azúcar a la taza, sordo su conversación profunda.

—...Podría significar algo, — Brad pasó su lengua por la costura del papel de enrollar y lo enrolló entre sus dedos pellizcados. —Si podemos obtener información sobre sus actividades extracurriculares...

Pasos se acercaron por el pasillo, y mi columna se enderezó. Liam estaba sin camisa, con unos pantalones de jogging bajos. Gotas de agua de la ducha humedecían su cabello. Descendiendo las escaleras de mármol hacia la habitación abierta, ató la venda blanca en su brazo superior y se unió a sus hombres para relajarse.

—Guárdame algo. — La barbilla de Liam se movió hacia el porro enrollado en la mano de Brad antes de seleccionar un contenedor de comida sin abrir. —Y ya le mandé un mensaje a Reginald. Lo tengo a él y a un pequeño equipo investigando el paradero de Bajramovic
— — Dejé caer la taza, rompiendo la cerámica contra el suelo de baldosas. Tres pares de ojos se giraron en mi dirección. Las cejas de Liam se alzaron sorprendido. —Alexa, — dijo, lanzando una mirada insatisfecha a sus hombres. —¿Has comido?

Mi corazón latía acelerado en mi pecho, me agaché para recoger los pedazos rotos del suelo.

—Detente, — ordenó Liam, y me estremecí. —Tú. — Señaló al hombre de traje que

vigilaba la puerta principal. —Recoge eso.

El hombre de traje se apartó de la pared.

—No, está bien
—

Liam devoró el arroz. —Inmediatamente.

Genial. Ahora me siento mal por el tipo. Le di la espalda a todos y preparé otra taza, mientras el pobre hombre de traje limpiaba mi desastre y yo sólo me quedaba ahí.

—Buena llamada. — Brad encendió el porro con una llama de encendedor. —Reginald puede arrojar algo de luz y guiarnos en la dirección correcta.

—Flamur se escondió justo después de la gala. — Nate ajustó su anillo de nariz de titanio. —Señor, se mantendrá oculto y esperará la oportunidad para eliminarte.

La ansiedad y los recuerdos angustiosos se apoderaron de mi cuerpo. No quiero que Flamur alcance a Liam o dañe sus establecimientos. —Podría ayudar, — susurré, y los hombres continuaron parloteando, ajenos. —Liam...

Escuchando a Brad hablar sobre el posible escondite de Flamur, Liam dio una calada al porro.

—Liam, — dije firmemente, y sus ojos se alzaron hasta encontrarse con los míos. —Podría ayudar.

—¿Ayudar? — Se relajó en el sillón de cuero. —¿Cómo?

—Lo conozco, — admití, y su ceño se oscureció. —Bueno, ya no lo conozco. Pero solía conocerlo...

Brad y Nate intercambiaron miradas confundidas.

—¿Qué? — Las cejas de Liam se fruncieron. —¿De qué estás hablando?

Tragué bilis ácida. —Flamur Bajramovic es el hombre que me robó la infancia.

—Vamos, Kathy, — dije de mal humor, dejando caer las manzanas en el cubo. —Mamá dijo que debemos llenar todo el cubo, o no obtendremos pastel de manzana.

Recogiendo manzanas caídas del césped, froté las capas cerosas en mi vestido para quitar el barro.

Kathy yacía como un ángel en el suelo, mirando el cielo de verano. —Alexa, no quiero hacer ninguna tarta con mamá. Quiero ir al río con todos mis amigos. — Suspiró aburrida, lanzando una pelota de tenis al aire, atrapándola. —Además, Ben está allí. Quería verlo.

—¿Quién es Ben, Kathy? — Dejé caer otra manzana en el cubo. Mi hermana nunca había mencionado a Ben antes. —¿Te gusta?

Rodando sobre su estómago, apoyó su mentón en su puño cerrado. —Ben es mi novio. — Su cara se puso rojo remolacha. —Y es súper lindo, Alexa. La semana pasada, antes de que papá me castigara, Ben me llevó al cine y pagó por las palomitas. Fue la mejor cita de todas. Y... — mordió la esquina de su labio, —nos besamos.

Grité. —¡Besaste a un chico!

Puso una cara fea. —Bueno, no quiero besar chicas, Alexa.

—Yo nunca haré eso. — Mi nariz se arrugó de repulsión. —Besar es asqueroso.

—Estoy segura de que pensarás diferente, — sonrió de oreja a oreja, —cuando conozcas a tu Ben.

—Si conozco a un chico llamado Ben, me escaparé lo más lejos posible de aquí. — Tirando una manzana más en el cubo, conté rápidamente para asegurarme de que había suficientes para que mamá horneara. —Además, no puedes tener un novio. A papá no le gustará.

Las lágrimas le brotaron en los ojos. —No te preocupes tanto por lo que le gusta y quiere papá, Alexa. — Levantándose, miró sobre su hombro. —De todos modos, la última en llegar a la casa, — salió corriendo, —¡es un huevo podrido!

—¡Eso no es justo, Kathy! — Cubo en mano, corrí tras ella. —¡Hiciste trampa!

No sé por qué sigo jugando a este juego.

Kathy siempre gana.

Al llegar a la parte trasera de la casa, empujé la puerta trasera y me descalcé. —Mamá, conseguí las manzanas. — Mis pies golpeaban contra el suelo de madera. —Kathy no me ayudó a recoger ni una.

Entré en la cocina, buscando a Kathy, y pisé algo cálido y húmedo. Antes de poder revisar o recuperar el equilibrio, resbalé, enviando el cubo al aire. Aterricé de espaldas, con las manzanas cayendo y chocando a mi alrededor, y el cubo vacío rodando bajo la mesa de madera. —Ay, — lloré, tocando la parte trasera de mi cabeza. —Mamá.

Mi cabeza palpitaba.

Froté la molestia, me giré de lado para recoger la manzana verde... y vi que el rojo manchaba la piel verde cerosa.

Sentándome erguida, levanté mis manos manchadas de rojo. —¿Mamá?

Seguí el rastro carmesí en el suelo, y la manzana se me resbaló de los dedos y golpeó, golpeó, golpeó contra el suelo.

Mamá yacía en el suelo de la cocina, sus brazos relajados junto a su cabeza, la falda del vestido floral subida hasta la cintura, donde más rojo cubría sus muslos. —Mamá, — susurré, arrastrándome hasta su lado. —¿Estás durmiendo? — Una purpúrea manchaba sus muñecas y cuello, y había un bulto en su frente. —¿Qué ocurrió?

Abriendo uno de sus ojos, estudié su pupila. —Háblame. ¿Estás herida? No puedes estar

herida, mamá. Te conseguí manzanas.

—Era muy joven para entender. — Miré de Brad a Nate y luego a Liam. —Pero supe que algo terrible había ocurrido.

—Por favor, despierta, — lloré, bajando la falda de su vestido para cubrir sus partes privadas. —Tengo miedo.

—Mi madre tenía moretones oscuros en el cuello. — Recordando sus abrasiones crudas, toqué mi garganta. —Y su ropa... — parpadeé rápidamente para contener las lágrimas. —Le habían rasgado la ropa.

—Por favor, no me dejes. — Enterrando mi cabeza en su pecho, lloré, aferrándome a su cuerpo sin vida. —Me quedaré contigo, mamá. Lo prometo.

—Prometí sostenerla. — Vívidos recuerdos me inmovilizaron. —Rompí mi promesa.

—Mamá no va a despertar. — Una voz de hombre susurró detrás de mí. —No te asustes.

—¿Quién eres? — Abrazo a mi madre, mirando al hombre alto bajo las cejas fruncidas. —No recuerdo tu nombre.

—Oh, no te preocupes por eso. — Él se arrodilló en el suelo y alisó una mano sobre mi cabeza. —Ven conmigo, dulce Lexi. Kathy te está esperando.

Hice un puchero. —Ese no es mi nombre.

—Es bonito, — insistió. —Un nombre bonito para nuestra encantadora princesa.

—Pero sé que mi nombre es Alexa. Y no quiero irme sin mamá. ¿Qué pasa si se despierta? Se asustará y estará aterrada si no me encuentra.

—Vendrá después, pero debemos dejarla dormir primero. — Me ofreció una mano. —No quieres que mamá esté cansada, ¿verdad?

Mi pecho dolía. —No.

—Bueno, vamos. — Sus dedos se entrelazaron con los míos. —Tu hermana está esperándote.

—Mi ingenuidad de niña, — expliqué, deseando haber tenido el sentido de huir ese día, —le creyó.

El hombre me llevó afuera al vehículo blanco que nos esperaba.

—Seguí mirando hacia atrás, — dije con entumecimiento, —esperando a mi madre.

Otro hombre rodeó la camioneta para desbloquear la puerta trasera.

—¿Quién es ese hombre? — Pregunté, elevando mi cuello para mirar al sujeto que sostenía mi mano. —Se ve aterrador.

—Nadie de quién debas preocuparte, Lexi.

No sé por qué de repente me sentí asustada, pero algo me dijo que esto estaba muy, muy mal.

—Cuando llegué a la parte trasera del vehículo, vi a mi hermana en el suelo, atada, — continué, y Liam se inclinó hacia adelante y juntó las manos. —La golpearon en la cabeza con algo porque había un corte...

—¡Alexa! — Kathy gritó, forcejeando contra las ataduras de metal. —¡Corre!

—No sé qué pasó después. Sólo recuerdo oscuridad. Sin embargo, recuerdo despertar en un lugar desconocido. — Rápidamente reviviendo mi memoria, desvié la mirada al suelo. —Ocurrió mucho allí. Era engañosamente grande.

—¿Dónde está ese lugar, Alexa? — Brad pasó un brazo sobre el sofá. —¿Crees que sea posible que Bajramovic todavía se esconda allí?

—Sin lugar a dudas. — Acepté la taza de té recién llenada de Nate. —Ese lugar es su refugio. Es donde puede ser fiel a su vil naturaleza.

Brad ansiaba más información. —Cuéntanos cómo llegar allí.

—No puedo decirte la ubicación.

Liam se rascó la mandíbula. —¿Por qué no?

Hice una mueca. —Porque no recuerdo cómo llegar allí.

Los tres hombres conversaron con la mirada. Nate arrancó una hoja limpia del bloc de notas, hizo clic en la parte superior de su bolígrafo, y asintió con la cabeza. —La policía te encontró en la autopista.

Asentí.

—¿Cómo llegaste a la autopista? — preguntó Liam, y la punta del bolígrafo de Nate se detuvo en la línea hasta que respondí a la pregunta. —Incluso el detalle más insignificante puede ayudar.

—Yo... — Mis dedos golpearon la taza en mis manos. —Salté una cerca... Creo que fue antes de los árboles
—no, fue después de los árboles. Sí, yo...

Los labios de Liam se apretaron. —¿Cómo puedes olvidar eso?

—La ley de Murphy. — Me reí ante la insensatez. —Una terapeuta mencionó trauma. Creía que subconscientemente bloqueé ciertos aspectos para protegerme. Tiene sentido. Todo lo que sé es que huí con Kathy y nunca miré atrás.

Nate ajustó sus gafas de montura negra. —¿Por qué no presentaste cargos?

—Le conté todo a los detectives principales. — Contra las órdenes de Kathy, pensé. —Sin

embargo, no sabía su nombre. Con base en mi declaración, trataron de localizarlo... — Nunca lo encontraron. —Y luego, después de la cena benéfica, al darme cuenta de quién era, consideré ir a la comisaría para decirles lo que sabía... — Mis mejillas se calentaron. —Pero pensé...

—Querías que yo me encargara de él, — Liam completó las lagunas, y asentí. —Entonces, ¿por qué has tardado tanto en confiar en mí?

—No lo sé, — respondí sinceramente. —Quiero decir, ¿y si me equivoco? ¿Y si acuso a un hombre inocente de un crimen que no cometió?

—No, — dijo Liam enojado, y me encogí. —Esa no es una excusa suficiente. Sabes que es él. ¿Por qué estás empeñada en protegerlo?

Me estremecí, derramando té caliente en mis dedos. —Lo siento. — Necesitando estar sola, dejé la taza en la mesa de café y me levanté. —Debería irme.

Saliendo de la sala de estar, me apresuré por el pasillo, deseando haber mantenido la boca cerrada. Casi cerré la puerta del dormitorio cuando Liam irrumpió en la habitación.

Retrocedí.

Él cerró la puerta, privatizando nuestra conversación. —Huiste.

—Pensé que podría ser de más ayuda. Pero sucedieron tantas cosas en aquel entonces. Mi intención nunca fue protegerlo, Liam. Si recordara más, se lo habría informado a la policía. Dios sabe que lo intenté.

Él me estudió. —Podemos encontrarlo sin información adicional. No es un problema.

—Había un lago, — dije, pero él no parpadeó. —En el bosque, quiero decir. Había un lago y...

—Para, — dijo, su voz sonando dolorida. —Alexa, no quiero esos recuerdos si te arrastran de vuelta a un lugar oscuro. Como te dije, podemos encontrarlo sin información adicional. — Su nuez de Adán subió y bajó. —Lo mataré sin hacerte sufrir. Aunque, deseo entender algo. ¿Cómo

es posible, aunque sea involuntario, borrar tales atrocidades?

—Desearía poder darte una respuesta directa. — Me abracé. —Todo lo que sé es que cada paso que daba lejos de aquel edificio, menos recordaba. Claro, tengo flashbacks o me desconcentro y escucho conversaciones desmembradas, pero todo lo demás está borroso y desvanecido. Puedo decirle a la gente de qué color era mi camisón o cómo me dolían los pies en el suelo frío. Sin embargo, no puedo decirte una sola comida que comí mientras vivía allí, cuántas duchas me dio, o si alguna vez escuché música. Se esfumó. Él se esfumó. Si no fuera por su voz, nunca habría sabido que era él.

Sus ojos se suavizaron, y algo se apretó en mi pecho. No reconocí el sentimiento. Era más fuerte que un vuelco. Era más profundo que cualquier emoción que jamás hubiera experimentado.

Recuperando el control, rompí el contacto visual primero. Me alejé del tocador, lista para meterme en la cama cuando su mano capturó la mía. —Saliste del dormitorio. — Su pulgar circulaba lentamente sobre mi muñeca mientras reflexionaba. —Me alegro. Dos días más y te habría sacado a rastras, pataleando y gritando.

Me aclaré la garganta. —Tenía que salir eventualmente, ¿verdad?

Permaneció inexpresivo. —¿Por qué me miras así?

Avergonzada por la evidente admiración en mis ojos, miré hacia otro lado. —No lo sé.

—Deberíamos hablar de nuestro acuerdo. — Los músculos de su mandíbula palpitaron. —¿Ha cambiado algo?

Negué con la cabeza. —Aún te quiero.

—No, — dijo ronco, sus círculos con el pulgar en mi muñeca continuando. —Eso no es lo que quería decir.

Podría mentir o ser honesta. Elegí la honestidad. —Me gustas, Liam. — Sus movimientos con el pulgar en mi muñeca interna se detuvieron. —No te preocupes. No estoy locamente enamorada de ti. Pero me importas.

Mi respuesta lo apaciguó.

—Bien. — Exhalando un suspiro de alivio, me atrajo más. —A mí también me importas. De hecho, me importas demasiado.

Sentí sus reservas. —¿Pero?

—No soy el hombre adecuado para ti. — Se enfocó en nuestras manos unidas. —Te defraudaré. — Su voz era apenas un susurro. —No necesitas más decepciones en la vida.

—No te alejes. — Ya temía la vida sin Liam. No sé cuándo ni cómo sucedió, pero me volví bastante dependiente de él. —Al menos, no todavía.

—Soy demasiado egoísta para alejarme, Alexa. — Su risa fue baja y ronca. —Tener una debilidad es peligroso. Lo entiendes.

Asentí tímidamente.

—Nunca querré una relación. — Me llevó a la cama, y cuando caí sobre el colchón, se puso encima de mí. —Nunca podrá ser amor.

Amor, me pregunté mientras se inclinaba para robarme un beso.

¿Es eso lo que siento cuando sus labios aplastan los míos o cuando lo veo mirándome?

¿Estoy enamorada de Liam Warren?

—Estoy empezando a sentir cosas que nunca antes había sentido. — Sus manos presionaron las mías contra el colchón mientras me miraba profundamente a los ojos. —No sé qué hacer al respecto.

Mi corazón dio un salto.

Estoy cayendo fuerte por este hombre.

—No tienes que hacer nada, Liam, — lo aseguré, sabiendo que saldría herida de esta situación. —Soy una chica grande, ¿recuerdas?

Su pulgar separó mis labios mientras me besaba. Mi lengua se deslizó en su boca, y él gimió, sus caderas empujando mis muslos para abrirlos, para acomodarse allí. —Sólo te quiero a ti.

Mis pies se deslizaron bajo la pretina de sus pantalones de chándal para bajárselos por las piernas. No una sola vez salió a tomar aire. Incluso cuando me folló, lo hizo más lento de lo habitual, besándome hasta dejarme sin aliento.

Sí. Amor.

CAPÍTULO TREINTA

Alexa

Dejar ir a Kathy es el desafío más complejo hasta la fecha. Fuimos las mejores amigas alguna vez. No necesitaba a nadie más con ella a mi lado. Perderla es como perder una parte de mí misma. Su muerte fue más que un duelo. Se sintió como un abandono.

Si tan sólo hubiera podido encontrarla antes.

He vivido a la sombra de mi hermana desde el momento en que me puse de pie por primera vez y me fui dando tumbos detrás de ella. Seguí sus huellas, aprendí de sus errores y resolví sus problemas mientras ella resolvía los míos.

Vendería mi alma al diablo si pudiera alcanzar el pasado y traerla de vuelta.

Ahora, tengo que existir en un mundo sin ella, y eso duele más de lo que ella jamás sabrá.

Sellé la última caja con las pertenencias de Kathy. Me quedé con fotos y recuerdos, pero todo lo demás tenía que irse.

Para que yo pueda seguir adelante, tengo que abrir un nuevo libro y empezar el primer capítulo. ¿Quién sabe cómo termina la historia? Será una aventura, eso seguro. Tengo que reescribir el pasado y controlar mi propio destino.

Un miembro del sindicato llevó las cajas al coche, listas para la tienda de caridad. Espero que alguien encuentre valor en sus posesiones.

—¿Algo más? — preguntó el hombre de cara seria.

—No. — Observando al hombre de traje colocar la última caja en el maletero, me separé.

—Gracias.

Sin querer pararme al costado de la carretera y verlo marcharse, regresé al ático y pasé la tarde limpiando. Bueno, jugueteando con cojines, vaciando el lavavajillas y puliendo los muebles de mármol. La casa de Liam está impecable, por lo que es difícil encontrar cualquier desorden.

No obstante, el pequeño trajín ayudó a distraerme de todo.

Después de una larga ducha, me senté con las piernas cruzadas en la cama. Tenía que escapar de estas cuatro paredes antes de volverme loca. Cambiándome al uniforme del club, me apliqué maquillaje y dediqué más tiempo a mi cabello ya que le faltaba brillo. Deslizándome en unos zapatos de tacón, agarré la tarjeta de repuesto del ático y me liberé del duelo.

***

—¿Has vuelto? — Josh me arrastró para un apretado abrazo de oso en cuanto llegué al club. —Te extrañé tanto que parece anormal. — Metió las manos en los bolsillos de sus pantalones. —Apesta cuando no estás por aquí.

No estoy en un buen lugar mental o emocionalmente, estoy lejos de superar la muerte de mi hermana. Pero a pesar de eso, , necesito algún nivel de normalidad en la vida.

—Yo también te extrañé.

La noche en que volví al trabajo, todo pasó como en una niebla confusa. Me desconecté numerosas veces, rompí un número excesivo de vasos y hasta permití que Natalie continuara con sus reprobaciones sin contraatacar.

Liam me llamó a su oficina y expresó una gratitud severa por mi regreso. Su comportamiento indiferente y platónico me desconcertó, considerando que habíamos dormido juntos la noche anterior, pero supongo que su profesionalismo en el trabajo tiene sentido.

Brad me dio la bienvenida con un doloroso golpe en el hombro.

Nate preguntó si necesitaba ayuda.

Cherry me llamó Alannah.

Le mostré el dedo medio.

El trabajo se convirtió en la razón de la vida. Tomé cada turno, trabajé horas antisociales y me dormí de pie.

Después de tres semanas, a Liam le resultaba muy difícil encontrar rectitud y autodisciplina. Exigió que pasara por su oficina cada noche donde me atacaba antes de que una palabra pasara por mis labios. Sus besos apasionados y su deseo abrumador me revitalizaban. Dejé que me tomara contra esa puerta cerrada; voluntariamente me incliné sobre su escritorio y gemí su nombre mientras me follaba.

—¿Qué quería el jefe? — preguntó Josh, vertiendo cubos de hielo en tres jarras. —Te ves alterada.

Serví dos vinos blancos para el cliente. —Sólo estaba revisando, — le dije, discerniendo la atención puntual de Natalie. —Nada serio.

Josh creyó mi respuesta de mierda.

Natalie se olía la mentira.

No me importaba.

Los días se convirtieron en semanas.

Las semanas se convirtieron en meses.

A Chloe le encantaba vivir en el ático.

Comía demasiado helado.

—Baby, — murmuró Liam en mi oído. —¿Necesitas que te lleve a casa?

Luces de club parpadeantes y música ensordecedora nos rodeaban. Sonreí al cliente amistoso, entregándole cuatro chupitos de sambuca. —Depende, — jugué, mirándolo por encima de un hombro. —¿Quién me lo ofrece?

Liam pasó un pulgar sobre su labio inferior. —Tu jefe.

—¿Mi jefe? — deslizando las manos a mis caderas, me giré para enfrentarlo. —No estoy segura de que me guste mucho.

—¿De verdad? — Agarró la barra, enjaulándome. —Eso no es lo que decías anoche. — Tirando de mi lóbulo con los dientes apretados, murmuró, —¿Necesitas un recordatorio?

Recordando su cabeza entre mis muslos, devorándome como un hombre hambriento, me sonrojé aún más. Si no nos estamos desnudando en su oficina, está arrastrándose en mi cama (técnicamente, su cama) por la noche para consumir cada parte de mí.

Liam aún no se ha quedado a mi lado. Una vez que ha terminado de follarme hasta someterme, un beso fugaz, una corta conversación, una despedida de buenas noches. Su indiferencia es algo decepcionante pero esperado. Es lo que acordamos.

Sin embargo, en el trabajo, se está volviendo más descuidado. A menudo busca atención, con o sin la vigilancia de los demás. Como ahora, por ejemplo. Josh está junto a la caja registradora, presenciando nuestro acalorado intercambio, pero a Liam no le importa. Es casi como si quisiera que la gente supiera sobre nosotros.

—¿Alexa? — Con la mano apretando mi cadera, susurró besos ligeros como plumas a mi cuello. —No me hagas repetirme.

Por supuesto, esperé hasta que Liam terminara con los hombres de traje y acepté su viaje en coche de regreso al ático. En el segundo que entramos en el ático, me quité los tacones, salté a sus brazos y le demostré cuánto apreciaba el viaje a casa. Me llevó al dormitorio principal mientras nos desvestíamos, se dejó caer sobre mí en la cama king-size y me hizo gemir su nombre con cada culminación vigorizante.

Vivir con Liam Warren es ilógico, pero ninguno de los dos parecía preocuparse por explicaciones razonables. En su lugar, pasamos por alto lo que algunos podrían considerar anormal y seguimos con la rutina.

—Me gustan estos. — Chloe levantó bolas de cristal llenas de purpurina. —Mira, cariño. Están personalizadas.

Seleccioné la delicada decoración ovalada de cristal, contemplando la reacción de Liam. Estoy segura de que frunciría el ceño ante los sentimientos navideños. Sin embargo, mi segura predicción no me detuvo a la hora de comprar. De hecho, compré todo lo que había en la estantería.

—Parece que Papá Noel cagó por todo el ático, — medio bromeó Brad una noche, dándole una mirada de disgusto al árbol de ocho pies. —¿Sabe el jefe que has salpicado brillitos en su casa?

Me encogí de hombros mientras añadía cuentas metálicas a las ramas de pino. —Me encanta la Navidad.

—¿Por qué? — Las gotas de la ducha se deslizaban por su pecho desnudo. —Es sólo otro día.

—Porque me he perdido muchas. — Admiré la obra maestra demasiado elaborada que dominaba la ventana del balcón. —Es mi temporada favorita.

Brad me observó de cerca.

—Aquí. — Al abrir la caja de almacenamiento blanca, busqué entre ella y encontré la que le había comprado a él. —Te he conseguido una también.

Sin mostrar emoción, aceptó la bambalina comprada en la tienda. —Yo no vivo aquí.

No sé por qué sintió la necesidad de explicar su situación de vida; sin embargo, es bastante evidente con Brad duchándose, comiendo y durmiendo en el ático que prefería estar aquí. —No quería dejarte fuera.

Colgando cinta roja en la rama, colocó su chuchería personalizada. —Supongo que será suficiente.

La noche siguiente, ayudé a Josh a llevar botellas de licor vacías al callejón detrás del club, listas para la recolección de reciclaje de la mañana. —¿Crees que nevará? — Incliné la cabeza hacia atrás para estudiar el cielo oscuro. —Hace suficiente frío, ¿verdad?

—En Londres nunca nieva, — dijo, chocando los puños con un guardia trajeado. —Además, odio esa cosa. Me estropea el pelo.

Elevando una palma abierta hacia el cielo, sentí suaves copos de nieve en las yemas de los dedos. —Creo que podrías estar equivocado.

Los ojos de Josh saltaron al cielo. —Bueno, eso apesta.

—Sí. — Sonreí mientras los copos de nieve caían sobre mis pestañas. —Supongo.

Me encantaba trabajar en el Club 11. Últimamente, con las festividades navideñas entre nosotros, la vivacidad se disparaba de manera agradable y disfrutaba cada momento. De hecho, incluso compré gorros de Santa para el personal del bar.

Josh se quejaba del gorro. —¿Por qué tengo que llevarlo? Parezco ridículo.

Toqué el pedido del cliente en la caja registradora táctil. —Te ves lindo.

—¿Lindo? — Se mofó. —Sí, eso me hace sentir mucho mejor.

Vertiendo dos gin-tonics, me reí de su mal humor. —¿Quién no quiere llevar un gorro de Santa en Navidad?

—Es verde, — señaló.

—Bueno, entonces eres un lindo elfo.

—¿Un elfo? — Estaba horrorizado. —Me degradaron en menos de diez segundos.

Estaba de risa. —Creo que el color hace que tus ojos resalten.

—Resalten, — dijo en susurros.

—Oye, si te sirve de consuelo, — le dije en voz baja, —creo que ha funcionado con ellas. — Mis ojos señalaron al grupo de mujeres al final del bar. —¿Ves?

Josh se enderezó. —Voy a por ello. — Chocó los puños conmigo y no estaba preparada. —¿Cómo me veo? Y no digas lindo. Los hombres no quieren escuchar esa mierda.

—Te ves ardiente
—

—Eres tonta. — Me empujó en el lado de la cabeza. —Vuelve al trabajo.

Josh ligó esa noche.

Fuese por el gorro de elfo o no.

—Tienes que parar, — me reprendió Liam. —Esto se está descontrolando.

Estaba sentada en el suelo del ático, envolviendo regalos para Chloe. —¿Qué?

—Esto. — Levantó papel higiénico estampado festivamente. —A donde quiera que voy, veo al jodido Santa. Está en la cocina, en el baño y en el balcón. Abro el maldito armario, y, lo y he aquí, escucho villancicos navideños. — Cuando me reí, se enfureció. —Alexa.

—¿Qué? — Puse el paquete envuelto metálicamente debajo del árbol. —No puedo evitarlo, Liam. Estoy tan emocionada. Ni siquiera es gracioso. — Aún así, miré su cara enfadada y me reí. —Lo siento.

Colocó el rollo en el mostrador de la cocina. —Me cuesta permanecer molesto contigo.

Mi sonrisa se desvaneció. —¿Por qué?

—Es agradable escucharte reír de nuevo. — Se balanceó sobre los talones de sus zapatos. —No quiero aguarte el ánimo. — Y luego, frunció el ceño bruscamente. —¿Qué hay debajo del albornoz de seda, señorita Haines?

—Oh, esta cosita vieja, — bromeé, revelando mis pechos cubiertos de encaje rojo. —Es muy adecuado, ¿no crees?

Sus ojos se clavaron en mí.

—Señor Warren. — Reconocí el deseo en su mirada intensa. Quería que me acercara a él. Me levanté con gracia y me deslicé hasta su lado.

Estaba allí con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones. —Desvístete.

Por supuesto, obedecí. Dejé que la seda resbalara por la longitud de mi cuerpo, todo mientras mantenía sus ojos sobre mí, y, sin instrucciones, desabroché el sujetador. Ni una sola vez los ojos del hombre bajaron a mi pecho desnudo. Palpó mi mejilla, se inclinó y me besó suavemente. Su lengua buscó la mía en una danza apasionada mientras me empujaba contra el mostrador, donde me subí y abrí las piernas para que él se colocara entre ellas. Mi espalda se encontró con la superficie fría. Su cabeza bajó por mi cuerpo, y su boca, ansiosa por complacer, depositó un beso en mi sexo desnudo.

Si me enamoro más de este hombre, podría quemarme.

***

Gracias a Josh, tuve que estar en el Club 11 dos horas antes. Me indicó que me pusiera cómoda en el taburete de la cocina, ignorando al chef de la tarde que regañaba a los miembros de su equipo en el fondo. —Bien. — Organizó: vasos, jarras, cubetas de hielo, licores, jugos, sodas y frutas picadas. —El jefe necesita tragos y cócteles nuevos. — Mezcló bebidas. —Prueba.

Llevando la mezcla festiva a mis labios, sorbí. —No.

—Está bien. — Batió otro sabor junto. —Prueba este.

Granadas flotaban en el vaso. Probé. —No.

—¿No? — Bufó. —Vale, este debería ser un ganador.

Cerezas burbujeaban en la superficie. Bebí lentamente. —Oh, me gusta este.

—Aleluya. — Haciendo clic en la parte superior de un bolígrafo, lo marcó en el portapapeles. —El siguiente.

Era un whisky sour adornado con romero.

Le di el pulgar hacia arriba.

Señalando el cáliz, pregunté, —¿Qué es eso?

—Black Manhattan. — Lo deslizó por el mostrador. —Date un gusto.

Sorbí. —Sí.

Marcó la casilla.

—¿Alexa? — Llamó Brad antes de que la puerta de la cocina se abriera de golpe. —Mueve tu holgazán trasero al bar.

Me sentí ofendida. —No soy una holgazana.

Hasta sus ojos sonrieron. —Muévete, mujer.

—Está bien. — Josh me despidió con un gesto. —Puedo encargarme de esto.

Perseguí a Brad por el pasillo. —He llegado temprano, — le recordé, pero no le importó. —Técnicamente, no empiezo a trabajar hasta dentro de dieciséis minutos.

—Está ocupado.

—No es mi problema.

—Hice que fuera tu problema.

Hice lo que me indicó.

La medianoche marcó el reloj, pero los festejadores no tenían intención de irse del edificio en cualquier momento cercano. Debería haber ido al descanso hace quince minutos, pero tuve que esperar a Josh primero. Cuando finalmente apareció, corrí a la sala de descanso antes de que alguien más agotara mi energía. En el camino, hice una parada en la oficina de Liam. Levanté un puño cerrado para golpear la puerta del jefe cuando se abrió de golpe.

Apareció Natalie.

Su cabello rubio estaba ligeramente despeinado y sus mejillas estaban rojas, acaloradas. Pasando junto a mí con desprecio deliberado, caminó por el pasillo, arreglando su apariencia.

Entré en la oficina.

Liam estaba relajado en la silla de cuero detrás del escritorio, ocupado con papeles. —Alexa. — Me miró por encima de los monitores. —¿Qué puedo hacer por ti?

Un toque de celos aplastó mi pecho. —Sólo quería...

Me quedé en silencio.

Inclinó la cabeza. —¿Alexa?

—Josh casi ha terminado con el menú de cócteles para Navidad, — mentí, y Liam, innatamente perspicaz, notó mi deshonestidad. —De todos modos
—

—Espera, — me reprendió en cuanto traté de huir. —Entra. Cierra la puerta.

No voy a acostarme con él después de Natalie. —¿Hice algo mal?

—Estás molesta, — dijo mientras cerraba la puerta. —¿Qué pasó?

—Nada. — Odio la idea de que él esté con otras mujeres, especialmente Natalie. —Ha sido una noche larga, eso es todo.

Se acercó al frente del escritorio. Apoyándose en el borde tallado, cruzó los brazos y los pies. —¿Estás pidiendo más tiempo libre?

Negué con la cabeza. —No.

—Ven aquí, — ordenó, y volví a negar con la cabeza. —Alexa, eso fue una orden.

Mi traicionero corazón latía. Me separé de la puerta y me paré frente a él.

Atrajo la pretina de mis pantalones cortos, acercándome más.

—Liam. — Mis manos descansaron en su pecho. —No estoy de humor.

Sus cejas se fruncieron en confusión, pero continuó sus avances. Su mano alisó mi trasero mientras sus labios acariciaban mi cuello. —Quizás pueda ayudarte, — murmuró, dejando cálidos besos en mi piel. —A aliviar un poco de tensión.

—¿Y tú? — Pregunté algo amargamente. —¿No necesitas una liberación?

Retrocedió un poco para mirarme. —¿Qué está pasando?

Estaba molesta. —Nada.

—Estás mintiendo. — Tomó mi mandíbula, obligándome a encontrar su fría mirada. —Explícate. Ahora.

—Me gusta nuestro arreglo, — dije, y su mirada inquisitiva se agudizó. —¿Es irrazonable exigir algún nivel de respeto, sin embargo?

Sus labios se curvaron en una mueca. —¿Qué?

—Josh probablemente me esté buscando — — Su agarre se fortaleció. —Liam.

—Esto es sobre Natalie, — dijo, y nunca lo negué. —Adelante. Pregúntame.

Mi lengua lamió el techo de mi boca. —No quiero que tengas sexo con ella.

—Eso es algo que la gente que está en una relación diría, — dijo furiosamente.

Puse una expresión en blanco. —Estabas abierto a la negociación. Acordamos no compartir.

—También acordamos no tener comportamientos posesivos.

Me burlé en incredulidad. —Dicho por el hombre más posesivo que he conocido.

Liam se rió secamente. No fue una risa mutua. Simplemente expresaba diversión a mi costa.

Dejé la oficina sin una mirada atrás.

Liam no me llevó a casa esa noche ni la siguiente.

—Hola, cariño. — Chloe saltó en el sofá frente a mí. —¿No trabajas?

—Todos tenían la noche libre. — Metí helado de vainilla en mi boca. —Bonitos pijamas.

Sonrió. —Tesco.

—Los necesito en mi vida. — Sus pijamas tenían pequeños hombres de jengibre por todas partes. —También los calcetines de lana.

—Alexa, — me reprendió, y di un respingo con la cuchara en la boca. —Haces esto todos los años. Te compro regalos para Navidad, y luego tú lo arruinas.

Me quedé boquiabierta. —¿Cómo se supone que sabía que comprarías pijamas?

—Bueno, veamos. — Ella se tocó la barbilla. —Siempre compro pijamas a juego para Navidad porque te gusta que hagamos juego.

Sonreí con culpa. —Lo sé.

Intercambiamos los calcetines de la noche de Navidad.

—¿Puedo mirar?

—No, — advertí, pero la descarada todavía miró dentro del calcetín de punto. —¡Chloe!

—Está bien. — Anudó la media y la metió detrás de un cojín. —Veamos una película.

Chloe se quedó dormida quince minutos después. La cubrí con una manta de lana, despejé la mesa de café, lavé unos platos y me metí en la cama. No tenía la noción del tiempo cuando la puerta del dormitorio se abrió. Liam se quedó cerca de mi cama, quitándose la ropa.

Cerré los ojos, fingiendo estar dormida.

Levantando el edredón, se deslizó a mi lado, enroscando un brazo fuerte alrededor de mi cintura. —Alexa, — susurró, y olí el whisky en su cálido aliento. —Mírame.

Resistiéndome con terquedad, enterré la cabeza en la almohada.

—Cariño. — Su brazo se apretó más alrededor de mi cintura. —Odio cuando estás enfadada conmigo.

La voz preocupada de Liam hizo que abriera los ojos de golpe. Rodando sobre mi espalda, lo miré. Sus ojos estaban enrojecidos por el alcohol y las drogas. Mi dedo rozó sus cejas fruncidas. —No voy a compartirte con otras mujeres, Liam.

Sus labios hicieron homenaje al lado de mi cuello. —No la toqué.

Quería creerle. —Natalie siempre está en tu oficina.

—No me interesa Natalie. Para tranquilizarte, te lo explicaré una vez y sólo una vez. Mis empleados, hombres y mujeres, vienen a la oficina para entregar dinero o actualizaciones. Tú viste a Natalie salir antes y automáticamente pensaste lo peor de mí. No la toqué. Ella no me tocó. Si tienes que saberlo, ni siquiera he mirado a una mujer sexualmente desde que tú y yo hicimos nuestro acuerdo.

No había tergiversación en su tono. —¿Sólo yo?

—Sólo tú. — Sus labios juguetearon con la esquina de mi boca. —Bésame.

Enroscando una mano alrededor de su cuello, lo agarré con fuerza, inclinándome para un beso largo y apasionado. Eliminando mi camiseta, me jaló sobre él, con sus manos a ambos lados de mi cabeza, y sus labios dominando los míos. Su excitación descansaba entre mis muslos. —Alexa, — exhaló en mi boca. —Fóllame.

Me hundí en su longitud, sintiéndolo en todas partes.

Fusionando nuestras lenguas, me atrajo más cerca. Moviendo mis caderas, atrapé su labio inferior entre mis dientes. —Joder, — gimió, encontrándose con mis movimientos lentos. —Así es, bebé.

Nuestra cercanía se sentía apasionada.

Mi corazón se hinchó. —Liam, creo que algo cambió entre nosotros.

Sus dedos en mi trasero se tensaron. —¿Qué?

La proliferación de sus latidos retumbó contra mi palma. —No sé cuándo o cómo sucedió. Pero me enamoré de ti.

Su mirada se intensificó. —No, — se dijo a sí mismo, clavando una mano frustrada en su cabello. —Estás en el carril equivocado, Alexa. No puedes amar... — Sus ojos se cerraron brevemente. —No valgo la pena.

Mis mejillas enrojecieron. Me senté erguida, llevando la sábana a mi pecho. —No puedo evitar lo que siento.

—Sabía que esto era un error. — Se deslizó desde debajo de mí y fue al vestidor, poniéndose un par de calzoncillos limpios. Frotándose la cara con las manos, dudó en el arco. —¿Por qué complicarlo?

Nunca esperé amor correspondido, pero cuando su expresión se torció en decepción, me sentí increíblemente estúpida.

Abrió de golpe la puerta del dormitorio. —No soy el destino final, nena.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Alexa

Hoy es un día especial. Es Navidad. Aunque todos a mi alrededor no están celebrando de la manera convencional, no puedo controlar una incansable emoción. Me estoy divirtiendo, con o sin esos gruñones hombres de trajes.

En realidad, Brad es el único de los hombres de traje que espera con ansias las festividades planificadas. Tal vez no admitirá tanta emoción cuando Liam esté presente, pero el hombre me ha buscado sin cesar en el trabajo, añadiendo muchos artículos favoritos a nuestro menú de cena.

Modelando un vestido de satén rojo, recogí la bolsa de basura y pasé por la larga fila de hombres de seguridad cerca del ascensor. —Hice una tarta, — mentí, y el hombre de traje me miró por encima de sus gafas de sol negras. —Bueno, lo compré en el supermercado, pero aún así hice un esfuerzo, ¿verdad? — El ascensor sonó, y las puertas se abrieron. —Te guardaré algo.

Tomando el ascensor hacia abajo, salí, sintiéndome bastante ostentosa con mis tacones de seis pulgadas y mi atuendo brillante. A través de las puertas giratorias, salí del edificio y caminé cuidadosamente sobre la fina capa de nieve. Ligeros copos caían del cielo londinense. Era hermoso.

Tirando la basura al contenedor comunitario y sacando mi móvil, le envié a Josh una selfie con la pintoresca nieve y el hielo de fondo.

Josh: Maldita sea.

Yo: Me refería a la nieve.

Josh: Al diablo la nieve. ¿Llevas sujetador?

Yo: ¿Importa?

Josh: Sí.

Yo: Bueno, no es de tu incumbencia.

Josh: ¡LOL!

Josh: Hice zoom.

Yo: Por supuesto que lo hiciste.

Josh: Bonitos pezones.

Alexa: Feliz Navidad, Josh.

Él me envió una foto de él y su abuela.

Sonreí.

Yo: Qué envidia.

Josh: ¿Por qué?

Yo: Tu abuela parece increíble.

Josh: Ella es única.

Josh: Me puse el gorro de elfo para despertarla (inserta un emoji guiñando el ojo).

Pinchando la pantalla, hice zoom en la foto. Sí, el gorro verde de elfo estaba torcido en su

cabeza. Notando algo más en la foto, le envié otro mensaje.

Yo: ¿Qué es eso?

Josh: ¿Qué?

Tomé una captura de pantalla de la foto, dibujé un círculo alrededor de su pezón y la envié.

Josh: ¿Quieres lamerlo, verdad?

Yo: ???

Josh: ¡Es un piercing!

Yo: Oh-la-la.

Él me envió el emoji del dedo medio.

Yo: Te enviaré un mensaje más tarde.

Josh: ¿No estás trabajando esta noche?

Yo: No, Liam me dio la noche libre, así que me quedaré en casa y engordaré esta Navidad.

Josh: Tratamiento especial.

Yo: No te pongas celoso.

Josh: Espero que vengas a trabajar mañana con la peor resaca.

Josh: De todas.

Yo: Madura.

Antes de entrar de nuevo al edificio de apartamentos, noté un Mercedes aparcado al otro lado de la calle. Sus ventanas tintadas hacían difícil ver adentro, pero su aparición me había puesto nerviosa. La ventanilla se abrió ligeramente en el lado del pasajero, pero de nuevo, no pude ver al conductor
—

—Señorita. — Uno de los hombres de Liam me agarró del codo. —Debe regresar adentro.

Vi el Mercedes acelerar con un chirrido, desviándose hacia la siguiente calle. —¿Los conoces?

El pelirrojo de Traje miró por encima de mi cabeza. —¿A quienes?

Me quité el frío de los brazos. —No importa.

De vuelta dentro del cálido ático, subí la música un poco más, y se escuchaban los altavoces resonando con música navideña mientras trabajaba en la cocina. Mis habilidades culinarias son espantosas. Kathy no era mejor, así que vivíamos de comida para llevar o comidas de sencilla elaboración. Cuando Chloe se mudó, pensé que me dejaría en vergüenza, pero sus habilidades culinarias no eran mucho mejores que las mías.

Oremos para que no le dé una intoxicación alimentaria a todos.

Coloqué servilletas y copas de champán en la larga mesa de comedor junto con manteles adicionales para Brad y Nate. Ya casi son las dos de la tarde, y aunque Liam me ha evitado como la peste, me confirmó por mensaje de texto que asistiría.

—Oh, por Dios. Huele fantástico. — Chloe, descalza pero vestida con una falda mini ajustada y una blusa de gasa, corrió hacia los mostradores para robar una patata asada. —Estoy muerta de hambre.

—¡Oye! — Le di un manotazo a su mano que avanzaba hacia la comida. —Nada de comida, o te llenarás y no comerás tu cena.

—Por el amor de Dios, Alexa. ¿Qué soy, una niña de doce años? — murmuró con la boca llena de patata. —Soy una mujer adulta. Podría picar esta comida y aún comer todo lo que pongan en mi plato sin siquiera un eructo.

—Bueno, — dije con un fruncimiento de ceño, —quiero esperar a que lleguen Liam y los demás.

—Te gusta mucho ese tipo, ¿verdad? — Me dijo con su mano en su cadera, e inclinando la cabeza hacia un lado pellizcó dos puddings de Yorkshire. —No es que te culpe. Si no lo dejaras follarte por las noches, — me pasó una copa de vino para llenar, —seguro que lo haría yo.

Abriendo la botella de champán, serví burbujeo en nuestras copas. —Chloe, — susurré, pasando por alto la bola rellena que se metió en la boca a escondidas, —me dejé llevar e hice algo estúpido.

Chupó el condimento de su pulgar. —¿Qué hiciste?

Exhalé un mechón de cabello fuera de mi cara. —Tal vez le dije a Liam que estaba enamorada de él.

—Lo tomó mal, ¿verdad?

Asentí.

—No sé, querida. Veo la manera en que te mira. — Bebió champán. —Pero es complicado. Incluso si siente lo mismo, ¿puedes manejar su estilo de vida?

Me encogí de hombros.

—¿Es por eso que no ha estado en casa últimamente? ¿Están teniendo una pelea?

—Algo así. Le dije cómo me sentía. Se desmoronó. — Solté un suspiro exasperado. —Ojalá pudiera leer su mente.

—Toda mujer quiere esa habilidad, querida. Yo, seguro, la quiero. Si pudiera, leería la mente de Brad cada vez que entra en la habitación.

—¿Brad? — Arrugué la nariz. —¿Qué me estoy perdiendo?

—Oh, vamos, Alexa. ¿Has visto ese pedazo de culo? — Botella de champán en mano, se fue a la sala de estar. —Sería su zorra cualquier día de la semana.

Me senté en el sofá de cuero frente a ella. —No lo habías mencionado antes.

—Empezó como un pequeño enamoramiento. Ahora, me hago feliz pensando en su cara y su boca todos los días. — Abanicándose, me lanzó un guiño juguetón. —Es tan caballeroso. Y peculiar. Y divertido. Y tiene esta aura. ¿Lo ves? Y es divertido
—

Con burla, señalé, —Ya has dicho divertido.

—Es increíblemente guapo. ¿Ese cabello? Esa maldita sonrisa y el coqueteo que te hace perder las bragas. — Dejándose caer contra el respaldo del sofá, fingió un gemido placentero. —Sí, necesito que me folle, como ayer.

Mi sonrisa lentamente se convirtió en un ceño fruncido. —¿Es esto lujuria o...?

—Es lujuria y enamoramiento, creo. — Se mordisqueó el labio inferior. —Oh, mierda. Somos tontas, ¿verdad?

Levanté un hombro.

—Hemos compartido momentos, — continuó, y mi interés se avivó. —A veces Brad ronda por la puerta de mi dormitorio. Es como si quisiera entrar, pero no está seguro. ¿Qué crees que signifique su indecisión?

No me atreví a decirle a Chloe que Brad es simplemente Brad. La cantidad de veces que lo he encontrado ya sea recibiendo una mamada de una de las bailarinas o cogiendo con alguna chica del club en el cuarto del personal no es asunto de nadie. Sin embargo, mi amiga parece

bastante interesada en él, así que no quiero desilusionarla.

—¿Tal vez deberías ver qué pasa?

Chloe se rió. —Eso tiene que ser el peor consejo que me has dado.

Me eché a reír.

—Lo siento. — Volví a llenar las copas de champán. —Entonces, ¿qué otros momentos han compartido?

—No sé. — Ahora parecía dudosa. —La noche que festejamos en el Club 11, Brad me hizo un cumplido.

—¿De verdad? ¿Qué te dijo?

—Me llamó preciosa y dijo que le gustaba lo que llevaba puesto.

—¿Qué más dijo?

—No mucho. — Hizo una mueca. —Desde que vivo aquí, se ha esforzado por mantener una conversación, sin embargo. Creo que sabe que me gusta.

—Ten cuidado, Chloe. Brad es... — Es un mujeriego declarado. —Simplemente no inviertas ninguna emoción en ese hombre. — Mis palabras inofensivas eran contradictorias. —Lo mataré si te hace daño.

—De todos modos, ya casi son las tres. — Mirando su reloj de pulsera, preguntó, —¿Cuándo llegarán ellos?

Desbloqueé mi móvil.

Yo: ¿Todavía vas a cenar?

El teléfono dio un tirón en mi mano.

Liam: Surgió algo. No llegaré hasta tarde.

Chloe estudió el teléfono. —Entonces, ¿qué dijo él?

Me sentí desinflada. —Así que ellos comerán más tarde.

—¿Qué? Pero es Navidad, — señaló a las encimeras de la cocina, —¡y trabajaste tan duro cocinando para todos!

—Honestamente, Chloe, no me importa. Además, tenemos tres botellas más de vino para nosotras y más charla de chicas. — Traté de distraerla para que no viera la decepción en mi rostro. —Vamos a beber.

Ignorando la incomodidad en mi estómago, agarré botellas extra.

Necesito emborracharme.

***

Revisando mi reflejo en el espejo compacto, apliqué lápiz labial rojo a mis labios. —No puedo creer que te haya dejado convencerme de esto.

—Cariño, valdrá totalmente la pena. ¿Te das cuenta? Estoy borracha. Necesito sexo. He bebido suficiente vino como para exigir sexo. — Agarrando el reposacabezas del conductor, gritó sobre la música... —Bueno, no cualquier sexo. Uno con el que no puedo dejar de fantasear. ¿Qué dices? ¿Luzco bien para conseguir algo esta noche?

Nuestro pobre taxista está horrorizado.

—Ignórala, — dije despreocupadamente. —No sale mucho.

—¿Qué? Háblate a ti misma, cariño, — balbuceó. —Yo salgo bastante.

Una risa histérica burbujeó en mi pecho. Me encanta esta chica. Nunca deja de animarme.

Pagamos el taxi y nos dirigimos directamente a las puertas principales del club. Me arreglé por completo esta noche. Estoy usando tacones con los que apenas puedo caminar, pero complementan el atuendo a la perfección, y alisé mis rizos para un acabado elegante.

Descendiendo las escaleras de vidrio hacia la discoteca, Chloe tiró de mi mano. —¿Pagamos las bebidas primero?

—Sí, pero nada de esa mierda verde. — No puedo soportar esos chupitos otra vez. —Hola, Josh. — Saltando al taburete de la barra, coloqué el bolso en mi regazo. —¿Estás bien?

—Alexa. — Con sus brazos cruzados apoyados en la barra. —¿Qué pasó con 'me quedaré en casa y engordaré' esta Navidad? — Su tono es gratuitamente agudo y condescendiente. —Te juro, — miró a Chloe, —que Alexa está secretamente enamorada de mí.

—Cambié de opinión. — Desestimé su ridícula afirmación. —¿Podemos tener algunos de esos cócteles festivos, por favor?

Josh preparó nuestras bebidas.

Está inusualmente tranquilo todo aquí esta noche, con apenas clientes, la música relajada y suave, lo cual es tanto preocupante como refrescante. —¿Dónde está todo el mundo?

—Esto está muerto. — Josh dispuso los cócteles sobre la barra. —Este tiene ginebra, — señaló al verde, luego, moviéndose hacia el rojo, —vodka. — Estaba a punto de darle el pago cuando él agarró mi muñeca. —El jefe me mataría si te cobrara.

En muda aquiescencia, acepté la generosidad con una sonrisa afectuosa. Desde que me mudé al ático de Liam, él no ha aceptado ni un centavo de mí.

Al tomar el cóctel verde, Chloe murmuró, —Esto es asqueroso.

Probando un sorbo del mío, asentí en acuerdo. —Sí. Es seguro decir que no soy amante de la ginebra...

Nate se metió en nuestra conversación acurrucada. —¿Alexa?

—Hola, Nate, — dije, notando su expresión preocupada. —¿Qué pasa?

Él visiblemente tragó. —¿Sabe el jefe que estás aquí?

Su voz angustiada indicaba que algo estaba mal, pero me mantuve tranquila y serena. —Aún no. Le mandaré un texto en un momento, — mentí con una sonrisa falsa. —¿Puedo volver a mi bebida?

—Sí. — Miró por encima de un hombro. —Vuelvo enseguida.

Chloe arqueó una ceja. —¿Qué
—

No esperé a que terminara la frase. Seguí a Nate para averiguar por qué no debía estar ahí.

Chloe me persiguió entre la pequeña multitud. —¿Qué está pasando?

Dándole al portero un saludo a medias, arrastré a mi amiga por el pasillo y me dirigí directamente a la oficina de Liam.

Escuché risas masculinas y gemidos femeninos desde detrás de su puerta.

La mano de Chloe se apretó sobre la mía. —No creo que deberíamos entrar ahí, cariño.

El semblante preocupado de Nate lo decía todo. Podría gustarle como amiga, pero sus lealtades están con Liam. Quería preparar al imbécil.

Adoptando valentía, solté la mano de Chloe y empujé la puerta. Mujeres desnudas en tacones altos deambulaban por la habitación. Hombres trajeados e intoxicados fumaban puros y

esnifaban líneas de cocaína en la mesa. Ahogando la música, miré fijamente a Nate, quien estaba frente al escritorio, murmurándole a su jefe. Él sintió que estaba allí y giró el cuello para mirarme.

Mis ojos se posaron en Liam, relajado tras montones de cocaína. Cherry, con una sonrisa auto satisfecha, se cernía a su lado. Mientras me sostenía la mirada, ella bajó la cabeza para susurrar algo en su oído.

Liam alcanzó el Macallan y, bebiendo directamente de la botella, me miró fijamente. —Alexa, — dijo con voz ronca. —Siéntete libre de unirte a nosotros.

Mi sangre se calentó.

Arrancando la barra de sonido del compartimiento del estante, la lancé contra la pared, silenciando la música irritante
—y los gemidos pornográficos.

Brad se levantó del sofá para intervenir. Levanté mi mano, deteniendo sus avances. Sentí un apretón familiar en mi pecho, estrangulando mi tráquea. —Para. — Rogando a mi subconsciente que cediera y no me arrastrara de vuelta a esos recuerdos, cerré los ojos. —¡Dije, para!

—Fuera, — ordenó Liam, y al principio pensé que se refería a mí. —Ahora. — Todos se quejaron en protesta, pero abandonaron la oficina mientras su jefe se levantaba de la silla. —Alexa, necesitas respirar.

Dándole la espalda, inhalé profundas respiraciones para calmarme. Con las palmas presionadas contra la pared, bajé la cabeza y respiré a intervalos. —Te odio. — Su mano tocó la parte baja de mi espalda, y la aparté con un golpe. —No me toques.

—¿Por qué estás enfadada? — Sonaba borracho, lo cual era inusual. —Yo debería estar molesto. Acabas de entrar en mi oficina y lanzar una barra de sonido de quinientas libras contra la maldita pared.

—Cancelaste planes para quedarte en tu oficina todo el día. — Limpiando mis mejillas, lo enfrenté. —¿Por qué?

—No estamos en una relación, Alexa, — me recordó. —No te debo explicaciones.

Mi mirada cayó al suelo.

—Alexa... — Su antebrazo se apoyó en la pared sobre mi cabeza. Acercándose, trató de besarme, y giré, dándole mi mejilla. —No me mires así. Tú, — señaló en mi cara, —Estás jugando con mi cabeza.

—¿De verdad? — Discutí. —No estoy jugando, Liam. Ese es tu trabajo.

Sus ojos enrojecidos recorrieron mi rostro. —Estoy tratando de mantenerme alejado de ti.

—Yo nunca te pedí que te mantuvieras alejado.

—Cariño... — Su pulgar rozó mi mejilla. —Quiero algo sin complicaciones.

—No puedo evitar lo que siento. ¿Se supone que debo mentir?

—Sí. — Su dedo enrolló un mechón de pelo detrás de mi oreja. —Sí, quiero que mientas. No estoy pidiendo más. Te quiero a ti y a nadie más. Pero lo dejé claro, cariño. No soy el futuro para ti.

Negué con la cabeza. —No, no puedo fingir estar emocionalmente desprendida. Lo siento, pero me niego.

Su cabeza cayó sobre mi hombro. —Bésame.

—No. — Empujé su pecho. —No cancelas nuestros planes y luego exiges atención.

—Entonces, — se apartó de mí, —¿por qué viniste aquí?

—Para sorprenderte, — medio mentí, deseando no haber escuchado a Chloe. —No esperaba verte drogado, Liam. Difícilmente voy a querer tu boca asquerosa sobre mí después de quién

sabe dónde ha estado. Tú y los chicos prometieron estar en la cena. Me mentiste.

—No mentí. — Agarró la botella de Jameson del minibar. —Algo que debes saber sobre mí, Alexa, es que nunca miento. No lo necesito. Soy un hombre que cumple su palabra. Digo cómo son las cosas. — Su frialdad me dejó atónita. —Te lo advertí. — Señaló hacia mí con el cuello de la botella apretado en su puño. —Te dije que sería una decepción. Te dije que no confiaras en mí, pero lo hiciste de todos modos. Eso es cosa tuya. Asume tus errores y deja de culpar a los demás por tu mierda desdichada.

—¿La tocaste? — Pregunté, y él eligió no responder. —¿Tocaste a Cherry, Liam? ¿La dejaste tocarte?

—No. — Hizo una mueca de asco. —No cancelé la cena para acostarme con otras mujeres. Me quedé en la oficina para evitarte. — Bebió alcohol. —Y aquí está ella, diciéndome lo que debería y no debería estar haciendo. Aunque he insistido una y otra vez que no se trata de otras malditas mujeres.

Me estremecí. —¿Por qué te comportas así?

Retrocedió hacia el escritorio. —Te pedí que no complicaras las cosas entre nosotros.

—Lo intenté. — Una lágrima solitaria rodó por mi mejilla. —Pero hiciste que fuera demasiado fácil enamorarme.

—Entonces, — suspiró, —creo que deberíamos renegociar.

Eso suponía. —Está bien.

—Disfrutamos nuestro tiempo juntos.

Tragué fuerte.

Su mirada sostuvo la mía. —Se terminó, cariño.

Me costó todo no derrumbarme en lágrimas. —Dejaré el ático, — dije, y su mirada se estrechó. —Liam, no puedo vivir contigo y apagar todo esto.

Haciendo un ruido de frustración, rompió el contacto visual. —No hay prisa, — dijo tensamente. —Seguirás viéndome en el trabajo, así que, ¿qué importa?

Mi corazón se disparó. —No, me gustaría presentar mi renuncia.

—¿Qué? — Su mandíbula se tensó. —No tienes que dejar el club.

—Es lo mejor, — dije, y en el fondo, sé que estaba de acuerdo. —¿Puedo irme sin previo aviso adecuado, o reclamarás por daños y perjuicios?

—Obviamente no, — respondió cortante, rascándose la barba incipiente. —Eres libre de irte sin obligación.

Fui hacia la puerta.

—Alexa, — llamó, y me detuve. —Algún día, me agradecerás por esto.

Como me siento ahora, lo dudo enormemente.

—No valgo la pena.

Lo miré.

Él me miró.

—Mi corazón no está de acuerdo.

Con una última sonrisa, salí de la oficina y caminé hacia nuevos comienzos.

Cada paso rompía mi corazón.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Liam

Brad apareció en la puerta. —Jefe. — Su lengua desplazó un palillo hacia la comisura de su boca. —¿Quieres hablar de ello?

Levantando la botella de whisky a mis labios, observé a Alexa y a Chloe salir del club a través de los monitores de seguridad. Los hombros de Alexa temblaban mientras sollozaba. Limpiándose las lágrimas de los ojos, escuchaba el discurso apasionado que Chloe le proporcionaba.

—Maldita sea. — Apagando la vigilancia, me giré en el asiento, mirando por la ventana, para supervisar la dispersión del club. El DJ apagaba las luces de arriba, avisando a todos que la noche había llegado a su fin, y los clientes, apurando el alcohol, se dirigían hacia la salida. —Alexa estaba enamorándose de mí, Brad, — admití mientras él se posaba sobre el escritorio. —No puede suceder.

Alexa lo superará.

Yo lo superaré.

Despegando la etiqueta de la botella, la arrugué en una bola y la arrojé sobre mi hombro. —Teníamos que romper eventualmente.

—Acaban de tomar un taxi hacia el ático. — Los pulgares de Brad tecleaban el teléfono, respondiendo al hombre de seguridad. —Odio ser el portador de malas noticias y todo, pero Alexa está viviendo contigo.

Mis músculos de la mandíbula se tensaron. —Alexa no se quedará. Se habrá ido antes del amanecer.

Brad se dirigió a la ventana. —¿Y qué pasa con el trabajo? — Señaló al personal nocturno que limpiaba el bar. —Será incómodo ahora, ¿verdad?

Ella no va a regresar. —¿Qué harías tú?

Él resopló. —Me largaría de aquí enseguida.

—Bajramovic aún no ha mostrado su maldito rostro. Quiero ojos sobre Alexa todo el tiempo, — di órdenes mientras giraba distraídamente mi anillo de pulgar. —Aseguren las medidas de seguridad: vigilancia las veinticuatro horas y verificaciones de antecedentes a posibles empleadores y empleados. Puede que no tenga trabajo o un lugar al que llamar suyo, al menos no todavía, pero ocurrirá pronto.

Nate entró en la oficina y me pasó un sobre marrón.

—Obtengan sus datos bancarios, — continué, rompiendo el sello, —y transfieran fondos. Sean generosos. No me gusta verla luchar para llegar a fin de mes. Conociendo a Alexa, discutirá el saldo. Quiero que se haga de todas formas.

—Jefe, — dijeron al unísono.

Recorriendo el documento con la mirada, pregunté, —¿Qué es esto?

Nate pasó la página. —Flamur usaba este lugar para encontrarse con su amante. — Señaló transacciones de pago resaltadas. —No obtuve mucho del gerente del hotel, así que tuve que hackear sus servidores para investigar. Kathy Pearl usó el apellido de soltera de su madre para hacer una reservación. Adaline Rutherford.

—Kathy siempre tenía compañía
—el Sr. Rutherford. Ahora, no tuve suerte con la vigilancia. No se puede ver a su amante entrando o saliendo del hotel. Decidí ir más allá. — Me entregó otra hoja. —Bajramovic llegaba de incógnito. Si no fuera por la matrícula albanesa, lo habría pasado por alto. ¿Es coincidencia que Kathy y Flamur se quedaran en este mismo hotel cada viernes? Personalmente, creo que aquí hay gato encerrado.

Girando en la silla, extendí las pruebas sobre el escritorio. —Repítelo.

Nate se rascó la mandíbula. —Creo que es seguro asumir que Kathy y Bajramovic tenían una relación sexual. — Su dedo tatuado tocó una imagen de Pearl en la entrada del hotel. —Para ser honesto, su arreglo es demasiado incomprensible para descifrarlo. Seguramente, ella no se metió en la cama de este hombre de buena gana.

—Bien, idiotas. Escúchenme. — Brad arrancó la imagen y la partió por la mitad. —Pearl vino aquí por él. Tiene sentido. Ella vino de la nada, te robó a ciegas. Bajramovic vino de la nada, te robó a ciegas, — reiteró. —Está claro como el agua cómo termina esta historia.

—Así que Kathy formó un vínculo con su captor de infancia, — reflexioné, encendiendo un cigarrillo. —Él la convenció de venir aquí, engañarme y robar cosas justo bajo mis narices. Y lo logró. Tomó dinero de la caja fuerte junto con registros confidenciales de clientes y le entregó los bienes. Mientras tanto, Bajramovic estrechaba manos con Darren, le ofrecía un trato dulce y lo persuadía para entregar Gateway. De nuevo, fue una operación victoriosa, pero esto no explica por qué Kathy intentó matar a su hermana. Además, ¿por qué Alexa ocultó esta información de mí?

—¿Cómo sabes que Alexa ocultó algo de ti? — Brad meditó, compartiendo una mirada inquisitiva con Nate. —Quizás ella no sabe sobre el amorío de su hermana. Todos podemos estar de acuerdo en que el acto violento de Kathy traumatizó a Alexa.

La alianza de Kathy con Bajramovic me repugnaba. —Síndrome de Estocolmo, — dije, y ambos asintieron. —Es la única explicación razonable. — Recostándome en mi silla, arrojé las pruebas a un lado. —No debería haber matado a Kathy. Esa perra debería estar abajo, colgada del maldito techo, soportando tortura cíclica. — La ira resurgió. —Contacten a Reginald y exijan más información. Necesito encontrar a este hijo de puta y poner fin a esta tontería.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Alexa

La Navidad era una tradición que extrañaba celebrar en mi infancia. Cuando estaba confinada al sótano inmundo, me acostaba sobre el concreto la mayoría de las noches y imaginaba qué adornos coloridos usaría para decorar el árbol y, si se me diera la oportunidad, cuántos regalos compraría para amigos y seres queridos. Por primera vez en mucho tiempo, tuve la oportunidad de hacer realidad los sueños con personas que, lamentablemente, permití que dejaran huella en mi corazón.

Ahora, no puedo pensar en nada peor que las celebraciones festivas. Maldita sea, nunca me gustó el ponche de huevo, de todos modos.

—Fue recientemente renovado. — Los tacones de la agente inmobiliaria resonaron contra el suelo de madera. —Como pueden ver, está decorado con un estándar impecable con un salón amplio y luminoso y muebles suntuosos. — Abrió las puertas del balcón. —Tienen vistas impresionantes del jardín desde aquí.

Chloe echó un vistazo a la cocina. —¿A dónde lleva esa puerta?

La agente inmobiliaria sonrió. —A la sala de servicios.

Las cejas de mi amiga se alzaron. —Impresionante.

—Suelo de parquet. — Sus tacones tocaron el suelo. —Ambas habitaciones tienen guardarropas espaciosos.

—Es encantador.

—Y caro, — dijo Chloe en voz baja. —¿No crees que está por encima de nuestro presupuesto?

Al oír la conversación unilateral, la mujer intervino. —Es el corazón de Notting Hill.

Después de dejar el ático, me registré en un bed-and-breakfast con Chloe, y nos hemos quedado allí desde entonces. Estoy harta del servicio de lavandería y de las comidas a domicilio. Es hora de un nuevo comienzo. —¿Nos puedes dar un momento, por favor? — Esperé a que la agente nos diera algo de privacidad y luego me volví hacia Chloe. —Creo que deberíamos tomarlo.

—Amiga, no gano lo suficiente, — susurró detrás de su mano. —Tú estás desempleada.

—Ofreceré pagar doce meses por adelantado, — propuse, y ella suspiró. —Tengo que usar el dinero de la compensación, eventualmente. ¿Qué mejor manera de gastar los fondos? Es un piso hermoso. Además, está en una zona agradable y segura. Mientras tanto, encontraré otro trabajo.

Los dedos de Chloe trazaron el papel tapiz con patrón floral. —Es un poco ostentoso.

Me reí ligeramente. —Estoy segura de que al propietario no le importará si redecoramos.

—Bueno, sólo son las habitaciones y la sala de estar. — Sus ojos recorrieron la habitación. —Todo lo demás es impresionante.

Estoy de acuerdo. —Entonces, ¿lo tomamos?

Después de una larga pausa, chilló. —Sí. Hagámoslo.

—¿Cuál es el veredicto? — preguntó la agente inmobiliaria.

—Lo tomamos, — dijimos al unísono.

Firmé un contrato de doce meses y recibí un juego de llaves seis días después. Mudarnos a nuestra nueva casa no fue nada complicado. Teníamos pocas posesiones pero una abundancia de optimismo.

Nunca creerían que habíamos vivido juntas antes. Todo se sentía nuevo y emocionante. Mientras despegaba el papel tapiz de la habitación, Chloe visitaba la tienda de bricolaje para comprar suministros de decoración.

—Rosa para mí. — Sosteniendo la lata de pintura rosa Middleton, lanzó la carta de colores. —¿Cuál querrás tú? ¿Rojo? ¿Azul? Me gusta el morado.

Pinté de rosa la pared. —Blanco.

—¿Blanco? — Se burló. —Bueno, eso es aburrido.

—Quiero algo brillante.

—¿Qué tal blanco y verde?

Lo pensé. —¿Qué, como verde botella?

Su nariz se arrugó. —Lima.

La miré boquiabierta. —No, gracias.

—Vamos, — insistió. —Vive un poco.

Mis hombros se hundieron. —Bien. Ve a lo loco.

Dos días después, tenía una habitación recién decorada en blanco y verde salvia con adornos dorados. Quiero decir, la decoración era mejor que el color lima, y me gustaba la alfombra blanca y esponjosa, pero también me sentía fuera de lugar.

Los ojos de Chloe brillaban con orgullo. —¿Qué te parece?

¿Por qué acepté decorar las habitaciones de cada una otra vez?

—Me encanta, — mentí, sin querer herir sus sentimientos. —¿Y esos cojines? Wow.

—¿Verdad? — Reorganizó los cojines de terciopelo de hojas de jungla en la cama doble. —Los compré en la tienda de caridad. El tipo cobró diez libras por el lote.

Tenía la cara salpicada de pintura rosa. Necesitaba urgentemente una ducha. —Hagamos un brindis. — Destapando la botella de champán, vertí el espumoso en dos tazas. —Por los nuevos comienzos.

Chocando nuestras tazas, dijo, —Por los nuevos comienzos.

Empezó la búsqueda de trabajo. Recién duchada, me senté en el balcón, buscando oportunidades laborales por mi móvil. Debo haber enviado más de treinta correos electrónicos a diferentes empleadores con adjuntos de historial de empleo previo. Para la mañana siguiente, casi todos respondieron con el mismo correo genérico.

Señorita Haines,

Apreciamos que haya hecho un esfuerzo para aplicar a un puesto en nuestra empresa. Recibimos aplicaciones de muchas personas. Después de revisar su material de solicitud y calificaciones, hemos decidido no ofrecerle una entrevista.

Por favor, aplique nuevamente en el futuro si ve una oferta de trabajo para la que califique.

De nuevo, gracias por aplicar.

Le deseamos lo mejor.

Me quedé estupefacta.

Marcando el número de la empresa, me coloqué el teléfono en la oreja y pasé por las opciones hasta que la recepcionista contestó. Pedí hablar con el gerente.

—Un momento.

Inflé mis mejillas.

—Habla Ian, — se presentó el gerente. —¿En qué puedo ayudarle?

—Hola, me preguntaba si podría ayudarme con algo. Apliqué a un trabajo en su sitio web anoche, y recibí un correo esta mañana diciendo que no tuve éxito. ¿Es posible alguna retroalimentación sobre en qué me equivoqué? Sólo para saber en qué fijarme al aplicar en otro lugar.

—Sí, — dijo, y escuché una puerta cerrarse detrás de él. —¿Cuál es su nombre?

—Alexa Haines.

Se quedó callado y luego respondió, —Sí, recuerdo. Soy la persona que rechazó su aplicación. Señorita Haines, tiene más que suficiente experiencia para trabajar en el bar del hotel. Dicho esto, tenía reservas.

Me senté en el sofá. —¿Sobre qué?

—Su empleador anterior.

—¿El Sr. Warren? — reflexioné, y él suspiró en el auricular. —¿Qué hay sobre él?

—Le ofreceré un consejo gratuito, Señorita Haines. Evite poner su nombre en las solicitudes de empleo. Le irá mejor sin él.

Terminó la llamada.

Menuda encrucijada.

***

En lugar de aplicar a trabajos en línea, me aventuré al centro de Londres para ir de puerta en

puerta. La gente puede juzgarme en persona. Tenía que evitar prácticas de contratación injustas. Maldita sea, en lo que a mí me concierne, nunca he trabajado un sólo día en mi vida. En todos los casos, las empresas evitaban cualquier conexión con Liam Warren, lo que incluía a sus antiguos empleados.

Caminé de tienda en tienda, de restaurante a bar, entregando formularios de solicitud. Escribir que no tenía experiencia laboral previa iba en mi contra. Gritaba pereza.

—¿Tiene alguna experiencia en trabajos de bar?

Quizás Ian aconsejó incorrectamente.

—Sí, — admití, y el gerente, un viejo con cara de piedra, esperó más detalles. —Trabajé detrás de la barra en el Club 11 a tiempo completo. Es un club nocturno
—

—Se lo que es, — dijo bruscamente, devolviendo el formulario de solicitud. —Escucha, pareces una chica agradable, así que seré franco contigo. Nadie en su sano juicio contrataría a alguien que trabajó previamente para Warren. Hazte un favor. Mantén esa información inquietante para ti misma.

—Esto es injusto. — Me estaba desesperando. —Estoy siendo castigada por la reputación de otra persona.

La pena suavizó su mirada. —Es lo que es, niña.

—Bien. — Metiendo el formulario de solicitud en mi bolso, elevé la barbilla. —Que se jodan todos.

—Muy maduro, — gruñó.

Le hice un gesto obsceno y me fui.

Necesitaba un café. Pedí un latte, me desplomé en la cabina y bajé la cabeza a la mesa. Estaba exhausta, física y mentalmente. Tenía muchas ganas de llamar a Liam y desatar mi

frustración.

Liam Warren.

La pesadilla de mi vida.

¿Es posible amar y odiar a alguien al mismo tiempo?

Desbloqueando mi móvil, hice clic en fotos y deslicé entre las tomas de nosotros juntos. Tenía muchas favoritas, pero la noche en su sofá fue la mejor. Llegó a casa temprano y se unió a mí en la cama improvisada.

Liam se veía tan feliz esa noche y, me atrevo a decir, enamorado. Me besó en la mejilla mientras tomaba selfies y le dio a la cámara una sonrisa rara.

Debí borrar las fotos, pero no estaba lista para borrarlo de mi vida.

—Llegas tarde. — Alguien se sentó en el banco frente a mí. —Quince minutos tarde, para ser exactos. — Tenía el cabello corto y decolorado, una mandíbula afilada y angular, pómulos cincelados y evidentes rellenos de labios. —Grayson Turner. — Me extendió la mano. —Debes ser Cheryl.

—Yo... ¿qué? — Bloqueando el móvil, lo guardé en mi bolsa. —Alexa Haines. Una clienta.

—Oh. — Sus labios se redondearon. —Bueno, perdona mis malos modales. Ha sido un día largo. — Rió una vez. —¿Qué piensas del café? No encontrarás mejor grano en ningún otro sitio.

Tuve que estar de acuerdo.

—Supongo que esa rezagada no aparecerá. — Miró por la ventana. —¿Qué tiene que hacer alguien para contratar personal decente?

—Estoy buscando trabajo, — solté, y sus cejas definidas se arquearon. —No, en serio. Lo estoy. Me acabo de mudar a un nuevo piso y, bueno, es caro. Si estás contratando, me encantaría

postularme para un puesto.

—¿Tienes experiencia?

—¿Sirviendo café?

—Con clientes.

—No, — mentí, y él hizo una mueca. —Mira, puede que no tenga experiencia, pero, como ves, — gesticulé hacia mí misma, —tengo grandes habilidades de comunicación verbal y una actitud positiva. Soy puntual, adaptable y flexible. No escucharás quejas de mí. Si limpiar mesas todo el día es lo que se necesita para demostrar mi valía, lo haré.

Él estaba impasible. —¿Memorizaste ese discurso?

—No, — volví a mentir, y sus ojos se abrieron de par en par. —Está bien. Busqué consejos en internet.

—¿Cuándo puedes empezar?

Le lancé una mirada incrédula. —¿Conseguí el trabajo?

—Sí. — Parecía tan desesperado como me sentía. —Conseguiste el trabajo.

Mi mandíbula cayó. —Bueno, puedo empezar de inmediato.

—Bien. — Una camiseta polo negra con el logo de la empresa impreso en el pecho aterrizó en la mesa. —Cerramos a las ocho.

Mi sonrisa se transformó en una mueca. —¿Cómo se llama este lugar?

—¿En serio? — Contestó con tono sarcástico. —Es la Coffee House.

***

—Woah, Alexa. — Grayson me arrebató la taza rebosante de la mano. —¿No te duele?

Examiné mi piel enrojecida. —Oh, Dios, — me retorcí, agitando el brazo como un pájaro. —¡Mierda, Grayson! ¡Duele mucho!

Se disculpó con el cliente impaciente en mi nombre, instruyó a otro miembro del equipo que interviniera y me llevó a su oficina. —Alexa, cálmate. — Me sentó en el escritorio de madera y abrió el botiquín de primeros auxilios. —Estabas muy distraída.

Mis ojos se llenaron de lágrimas involuntarias. —Lo siento.

—Basta de eso. — Me guiñó un ojo inocentemente. —Estoy más preocupado por tu piel. Aquí. — Aplicando una compresa fría en mi mano hinchada, examinó cada uno de mis dedos. —Debemos asegurarnos de que no haya demasiado daño.

—Está bien. — —Nada que una crema y un analgésico no puedan arreglar. —Ya se siente mejor.

Han pasado tres semanas desde que conseguí un trabajo en la Coffee House. En honor a mi excéntrico gerente, su nivel de paciencia es admirable. Quiero decir, nunca afirmé ser una barista destacada, pero prometí que mis habilidades con el café eran dignas de elogio
—mentiras. No soy mejor con esas malditas máquinas de lo que era vertiendo licores y cócteles en el Club 11. Hoy es la tercera vez que me quemo mientras estaba distraída con pensamientos deprimentes. También mezclo los granos equivocados, quemo paninis y doy órdenes incorrectas a los clientes.

Soy un desastre atroz a punto de ser despedida.

—Lo estás logrando, — mintió, y gemí. —Honestamente, Alexa. Te preocupas demasiado. Es café y tostadas. En unas semanas más, estarás volando.

¿Me encanta trabajar en la Coffee House? No del todo. Aparte de Gray, no parece que me lleve bien con los compañeros de trabajo. Posiblemente sea culpa mía. Mi mal humor constante no es agradable y es involuntariamente hostil, pero asistir a los clientes y hacer chistes no es lo

mismo sin Josh. Realmente lo extrañaba. Daría cualquier cosa por que me golpeara en el trasero con un paño de cocina o me llamara fea en este momento.

—Vamos a ver. — Si no fuera gay, pensaría que esas caricias innecesarias a mis dedos eran un avance coqueto. —Listo. — Devolviendo el botiquín a la alacena, sacó algo de cambio de su billetera. —¿Por qué no tomas un descanso temprano para almorzar? Consíguenos algo de café y sándwiches tostados.

—Hay cafés y sándwiches en el frente, — señalé. —¡Estás tratando de deshacerte de mí!

Gray me empujó hacia la puerta. —No, te estoy dando un descanso temprano para que te calmes.

—Está bien. — Deslizándome fuera del delantal negro, lo arrojé sobre su escritorio y agarré mi bolso de los casilleros. —Pero no acepto tu dinero. El almuerzo va por mi cuenta.

Antes de que Grayson tuviera la oportunidad de protestar, salí disparada por la puerta y recibí el sol de la tarde en mi cara.

Paseando por la calle, me detuve en el cajero automático y presioné el código PIN. Mi dedo se suspendió sobre la cantidad de retiro. No, tenía mucho dinero en el banco. —¿Qué?

—Rápido, — se quejó alguien detrás de mí. —No tengo todo el día.

—Un segundo. — Dije a la persona grosera con un gesto despectivo, tomé la tarjeta y entré en la sucursal. Apartando el cabello de mi cara, me acerqué al mostrador con partición de vidrio. —Disculpe. Tengo un problema con los fondos.

La cajera del banco, con gafas de montura dorada, me miró por encima de los lentes. —¿Cómo puedo ayudarla?

—Acabo de revisar mi saldo y es demasiado alto. Me preocupa que alguien haya transferido dinero por error. — Me reí nerviosamente. —Si lo gasto, me quedaré con una gran deuda para pagar.

—Inserte su tarjeta en el lector.

Escuché.

—Escriba su PIN.

Digité los cuatro números.

—De acuerdo, Señorita Haines. — Sus dedos tecleaban en el teclado. —¿Recibió cien mil el miércoles pasado que desea disputar?

Esos ceros me desconcertaron. —No es mi dinero, — susurré, necesitando sentarme. —Ha habido un error.

—Vino de Warren Enterprise. — Mostrándome la pantalla, me enseñó la transacción. —¿Está familiarizada con la empresa?

El hijo de puta. —No, nunca la he oído nombrar.

Sus ojos me miraron cortantes. —Recibió pagos de esta empresa al final de cada mes calendario.

—Bueno, sí, — me corregí, tamborileando mis uñas en el mostrador. —O sea, solía trabajar allí, pero no ganaba cien mil. — Componiéndome, exhalé un largo suspiro. —De acuerdo, escucha. No quiero el dinero. Necesito que lo devuelvan.

Me dio una mirada molesta. —¿No desea quedarse con los fondos?

—No. — No quiero estar en deuda con el hombre. —Por favor, devuelva el saldo inmediatamente. Gracias.

La cabeza de la representante bancaria se movió negando. —¿Va a retirar algún dinero esta tarde, Señorita Haines?

—Sólo un billete de diez. — Sujeté mi bolso fuerte contra mi pecho. —Mejor que sean quince.

Asintiendo, finalizó la transacción al pedirme que firmara un recibo y me deslizó dos billetes por el mostrador. —Puede retirar la tarjeta ahora. — Puso una sonrisa falsa. —Que tenga un buen día.

—Gracias. — Saliendo del edificio, metí todo en mi bolso y me dirigí a la hamburgería que despedía un olor embriagante en la esquina de la calle. Pidiendo dos perritos y gaseosas frías, pagué y volví a la Coffee House.

Grayson me siguió a la oficina. —El almuerzo huele increíble.

—Espero que te guste la mostaza. — Mordiendo el panecillo, me lamí los labios manchados de ketchup. —Esto es asombroso.

Asintiendo, Gray masticó su comida.

Terminamos el almuerzo y nos colocamos en nuestras estaciones designadas: Americano, caramel macchiato, latte alto, panini Croque monsieur y ensalada de mango. Juro por Dios que cantaré estos pedidos en mis sueños. Ha sido sin parar desde el momento en que volví a ponerme el delantal. —Gracias por elegir Coffee House, — recité entonando con alegría. Mi entusiasmo forzado complació a Gray. —¿Bien, no?

—Tus vocales necesitan trabajo. — Recargó el frigorífico con botes de zumo y agua con gas. —Se está haciendo tarde. Terminaré de limpiar las máquinas mientras tú ordenas el piso de la tienda. Antes de irte, lleva esta orden a la mesa junto a la ventana. No puedes perderte. Extremadamente sexy, — enfatizó con un movimiento de ojos dramático. —Toma nota.

Llevé la bandeja, sorteando mesas ocupadas. Vi a un chico de espaldas a mí, y su cazadora de cuero estirándose para acomodar su musculoso cuerpo. —Hola, — dije, y él levantó la vista, robándome el aliento. —Uh, pediste... — Inhalé profundamente. —Comida. — Chocolate caliente con mini malvaviscos, crema batida y galleta de mantequilla. —Tu orden.

Aunque mayormente cubierto de cuero y vaqueros, diseños intrincados envolvían su físico esculpido, desde representaciones fotorrealistas de iconos artísticos hasta patrones geométricos en espiral y ídolos religiosos. Tiene una imagen de tipo duro: cabello castaño peinado, mandíbula

y pómulos esculpidos, hipnotizantes ojos verdes de bosque, piercings faciales, anillo en la nariz y barbell en la ceja.

Me ofreció una sonrisa amistosa, que mostraba sus dientes perfectamente blancos y rectos. Su lengua asomó para alisar su labio inferior, dándome una breve visión de su barbell de titanio, y cuando dejó el periódico a un lado, me maravillaron sus manos y dedos tatuados. —Gracias, — dijo, su voz suave pero áspera.

—No hay problema, — chirrió, colocando su pedido en la mesa.

—Tengo que tener mi dosis de azúcar. — Levantó la taza a la boca, lamiendo la crema de sus labios llenos.

Me encontraba extrañamente fascinada por su inocente movimiento de lengua. —Oh, ¿tienes diabetes?

Su desconcierto añadió una pizca de rojo a mis mejillas. —No. — Rió, cruzando los brazos y recostándose en la silla. —Simplemente me gusta el azúcar.

—Bueno, ¿a quién no le gusta el azúcar, verdad? — Mano en la cadera, seguí parloteando, —Juro que prácticamente vivo de helado. Compro al menos seis litros por semana. Y no estoy bromeando. Me como esa delicia azucarada y busco sobras en el congelador.

Alexa, cállate.

—Vainilla es mi favorito, — le dije como si le importara. —Aunque también me gusta el chocolate. Y la menta se ha vuelto una necesidad en los últimos años...

—No, en serio. — Era lo suficientemente modesto para seguir el juego. —El helado es imprescindible. ¿Dónde pones todas esas calorías, entonces? — Sus ojos me recorrieron de pies a cabeza. —No se te notan.

—Oh, tengo unos muslos poderosos.

Alexa, deja de hablar.

—Hago deporte todo el tiempo.

—¿Deportes? — Soltó una carcajada. —Eso suena doloroso.

En realidad, no tengo idea; ni siquiera sé por qué dije eso. —De todos modos, — retrocedí, sintiendo la curiosidad de Gray perforándome la cabeza de lado. —Disfruta tu azúcar.

—Jace, — dijo, y me detuve. —Mi nombre es Jace.

Le sonreí. —Mucho gusto, Jace.

—¿Y tú eres...? — Su cabeza se inclinó ligeramente. —Supongo que tienes un nombre, también.

—Alexa, — finalmente encontré mi voz. —Mi nombre es Alexa.

—Alexa. — Sus ojos verdes se clavaron en los míos. —Gracias por la bebida, Alexa.

Un escalofrío nervioso recorrió mi piel sonrojada. Me di la vuelta, corrí detrás del mostrador y me ocupé limpiando. Sentí los ojos de Jace sobre mí todo el tiempo y no sabía muy bien cómo me sentía al respecto.

Mientras rociaba las encimeras con desinfectante, miré hacia la mesa de la ventana de Jace, viéndolo escribir un mensaje en su móvil. Como si detectara mi curiosidad, levantó la mirada, y una leve sonrisa se posó en sus labios.

Le saludé como una idiota.

Jace no es Liam, pero es atractivo a su manera. No usa trajes a medida, oro de veinticuatro quilates ni diamantes de hielo. No modela zapatos Ferragamo ni está armado para una destrucción masiva. Se conforma con un par sencillo de botas resistentes y unos vaqueros de mezclilla descoloridos.

Gruñendo en voz baja, apoyé la cabeza en el mostrador

—

—Alexa, — llamó Jace, y me giré rápidamente para enfrentarlo. —No pediste el pago. — Levantó una tarjeta bancaria. —¿Puedo liquidarlo ahora para poder irme?

Es penoso que asumiera que me llamó por otra razón. —Por supuesto, — susurré, limpiando los restos de limpieza de mis manos. Sosteniendo el PDQ, ingresé su pedido y lo pasé por el mostrador.

Jace insertó la tarjeta y confirmó la transacción con su pulgar. —No creo haberte visto aquí antes. — Hizo una breve charla. —¿Eres nueva?

—Relativamente. — La camiseta negra se estiraba sobre su amplio pecho, dejando poco a la imaginación. —¿Por qué lo preguntas?

—Curiosidad. — Se quedó unos segundos tensos, casi como si quisiera continuar nuestra conversación, y luego decidió no hacerlo. —Fue un placer conocerte.

Jace se alejó, y no respiré hasta que la puerta de la Cafetería se cerró tras él.

—¿Qué te dije? — Gray apareció milagrosamente a mi lado. —¿Guapo, no?

—Definitivamente es, — fruncí mis labios, —diferente.

—¿Diferente? — Su hermoso rostro se contrajo en horror. —Chica, ese tipo es un sueño húmedo. Definitivamente es mi sueño húmedo.

—Oh, Dios. — Riéndome, comencé a limpiar las bandejas de derrame. —Y yo pensaba que estaba enamorada.

Deliberadamente se lamió los labios. —Material para mis fantasías.

—Grayson, ¿te callas? Me estás dando asientos de primera fila no deseados para tus sesiones nocturnas.

—Vamos, admítelo. Vas a usar al Dios del sexo para complacerte más tarde.

—Absolutamente no. Estoy viendo a alguien… — Mi error fue un recordatorio duro y estúpido de que Liam y yo ya no éramos. —Olvídalo.

—Estoy viendo a alguien, — imitó. —¿Qué clase de respuesta es esa?

—Bueno, no. — Mi garganta se apretó. —Estaba viendo a alguien. Ya se acabó.

—Ahí lo tienes. — Sus manos aplaudieron. —Es hora de carne fresca.

Nuestra conversación bajó mi júbilo. —Es complicado. — No estoy lista para algo nuevo… —¿Café?

—Estoy bien. — Cruzó los brazos. —Entonces, ¿lo haces?

Parpadeé dos veces. —¿Hago qué?

Sus cejas se movían de manera traviesa. —¿Te complacías?

Literalmente no pudo haberlo dicho más alto.

—Joder, Gray. ¿Por qué no gritas más fuerte para que toda la Cafetería te escuche? — No tenía filtro. —De todos modos, ¿por qué te importa? Eres gay. Mis sesiones de masturbación no te afectan en nada.

—¡Soy un metiche, mujer!

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Alexa

Me paré junto a la ventana y observé el Mercedes negro anidado entre los árboles curvados en la calle. Lo noté antes de entrar al edificio anoche. Estaba aparcado en el mismo lugar. Estoy casi noventa y nueve por ciento segura de que es el vehículo exacto que vi afuera del ático de Liam la mañana de Navidad.

Cuando la puerta del conductor se abrió, contuve la respiración, esperando ver al conductor. Su bota bronceada tocó el concreto mientras se levantaba de las ventanas tintadas. Es alto, delgado y musculoso. Llevaba vaqueros gastados y una camisa paisley desabotonada sobre su camiseta blanca. Su atuendo casual contrastaba con su evidente gusto por los vehículos de alta gama para alguien que poseía un coche tan caro. Su coleta rubia, medio desordenada, colgaba apretada en la parte trasera, y su barba descuidada cubría su mandíbula.

Atenuando la ansiedad, desbloqueé el móvil, amplié la cámara en su placa de matrícula y tomé una foto. Subí la imagen en línea.

Encuentra al propietario del coche por número de matrícula del vehículo.

Hice clic en el enlace, ingresando los detalles en el motor de búsqueda.

Arben Biberi.

Una ola de mareo me invadió.

Albanés.

Mi mirada volvió a la ventana.

Arben cruzó la calle. Lo hizo tan tranquilamente como si estuviera dando un paseo matutino. Nunca sospecharías de él ni de sus motivos. Al detenerse en la entrada del edificio, miró de izquierda a derecha, abrió el buzón múltiple y buscó en las cartas de los residentes.

Dejé de respirar.

Tirando el móvil en la cama, salí corriendo del piso y bajé la escalera de dos en dos pasos. Abrí la puerta principal del edificio, esperando atraparlo en el acto. Cuando llegué a la entrada, había desaparecido. Incluso el Mercedes había desaparecido. No vi rastro de él. Sin embargo, cuando revisé el correo manipulado, olí un fuerte aroma a colonia en su estela.

Mis pies desnudos tocaron el suelo frío. —¿Qué quieres?

Y luego, aparcado al otro lado de la calle, vi el vehículo negro. Se reubicó y ahora me está observando. Lo siento en mis entrañas.

Cerrando el buzón, entré a tropezones.

Doble cerré la puerta delantera del piso, limpié el sudor de mis palmas y miré por la mirilla.

—¡Feliz cumpleaños! — Gritó Chloe , y salté como una adolescente atrapada en un acto travieso. —Estaba lista para saltar sobre ti… — Su vitalidad se desplomó. —Oye, ¿estás bien? Te ves un poco pálida. — Poniéndome una mano en la frente, murmuró algo sobre temperatura. —¿Alexa?

—Estoy bien. — Acomodándome el cabello húmedo detrás de las orejas, miré la puerta cerrada con miedo. —Tengo hambre, eso es todo.

—Bueno, planeo alimentarte. — Puso un sobre en mi palma. —Feliz cumpleaños, cielo.

—Aw, Chloe. No tenías que regalarme nada, — estoy mintiendo. La habría matado si no lo hacía. —¿Qué es?

Su sonrisa llegó a sus ojos. —Ábrelo y descúbrelo.

Rasgué el sobre, incapaz de contener la emoción: boletos para un palco privado para El Fantasma de la Ópera en el Her Majesty's Theatre. —Oh, Dios, Chloe. Estos boletos deben haber costado una fortuna. — Nunca había visitado el teatro antes. Es algo que Kathy siempre prometió que haríamos juntas. —Gracias. — Tirándola para un abrazo, la sostuve con fuerza. —Estaría perdida sin ti. ¿Lo sabes, verdad?

—Lo sé. — Su jactancia inofensiva me trajo una sonrisa a los labios. —Soy la mejor.

Sí, estoy bendecida.

—Tengo todo un día planeado.

La seguí hacia la sala de estar. —Tengo miedo de preguntar.

Señaló la bolsa de regalo rosa en la mesa de café. —Esta noche, saldremos con estilo. ¿Quién sabe? Incluso podríamos tener suerte.

No estoy lista para irme a la cama con otro hombre todavía. —¿Quién dijo que quería tener suerte?

—No es negociable. Necesitas seguir adelante, y creo que esta noche es la oportunidad perfecta. Y no te preocupes, — añadió, percibiendo el pánico en mis ojos. —No pondremos un pie dentro del Club 11. Escuché que hay algunos competidores decentes cerca, así que podemos echarles un vistazo.

—Chloe, es más fácil decirlo que hacerlo.

—Oh, no. — Su dedo apuntó en mi dirección. —No quiero escuchar su nombre.

—No se trata de Liam, — dije, y sus ojos visitaron el techo. —Estoy hablando en serio, Chloe. Sí, me importa.

Mierda, estoy locamente enamorada de él.

—¿Recuerdas cómo solía ponerme nerviosa si un chico siquiera me miraba mal? Me estremecía si me hablaban. Joder, me desmayaba en el acto si sentía sus manos sobre mí.

Sus hombros se hundieron. —Dejaste que Warren se acercara.

—Irónicamente, me hacía sentir segura, — expliqué, y ella escuchó atentamente. —¿Cuáles son las posibilidades de que alguien más me haga sentir así?

Expulsó un pequeño suspiro. —Nunca lo sabrás si no lo descubres.

Supongo.

—Es precioso. — Me compró un vestido burdeos de manga larga con dobladillo caído, diseñado en un lujoso tejido satinado. —Gracias.

Se dirigió a la cocina. —Abramos el prosecco.

Fruncí el ceño. —¿No es un poco temprano?

—Nunca es demasiado temprano para champán falso. — Una botella de prosecco, dos copas de cristal y una bandeja de frambuesas se unieron a nuestras celebraciones matutinas. —Por los cumpleaños y el sexo.

Le puse los ojos en blanco. —Eres incorregible.

Descorchando la botella, llenó las copas de burbujas. —Entonces, ¿estás lista para las travesuras de hoy?

Colocando dos frambuesas en la copa, bebí champán. —Sí.

—Primero sugiero ropa casual, — comenzó. —Podremos volver más tarde esta noche a prepararnos para la ópera.

—Ropa casual. Entendido.

Sus ojos brillaron. —Vayamos al spa.

Comenzó con más champán, un viaje breve a la sauna y tiempo de descanso en el jacuzzi. Continuó con un masaje desestresante en la espalda. Música de flauta pan sonaba de fondo. Me quedé dormida tres veces mientras la experta masajista trabajaba para desatar los músculos enredados de mi cuerpo. El paquete incluía tratamientos faciales: evaporación y exfoliación. Salí del edificio sintiéndome rejuvenecida.

Experiencia de té de la tarde en el Grosvenor House: una selección de sándwiches recién preparados sin corteza, bollería caliente con crema de nata y mermelada, bizcochos y tartas caseras.

—El Earl Grey está sobrevalorado. — Chloe dejó la taza de porcelana a un lado. —Prefiero café.

—Y perritos calientes, — bromeé, dejando el sándwich de salmón ahumado en el plato. —Me gusta su pan de mantequilla, sin embargo.

Tuvo una ocurrencia. —Vamos a descartar la decoración de tartas.

¿Íbamos a decorar tartas?

—Caminata de pub.

Corrí al bar más cercano.

***

El Fantasma de la Ópera era conmovedor. Era un desastre lloroso al salir del teatro. Entre el viento deslumbrante de Londres, temblé, secándome las lágrimas de las mejillas. —Es el champán.

Chloe se rió. —Eres un desastre emocional.

Hice un ruido extraño. —Pobre Fantasma. ¿Por qué nos emborrachamos antes de comer?

—No tengo idea, pero ese espectáculo fue épico. Y el champán de cortesía sabía de maravilla.

—Sí, — suspiré devastada. —Todo fue maravilloso.

—¿Sólo maravilloso?

—Está bien, el espectáculo fue fenomenal, — acaricié su ego, y ella sonrió pomposamente. —Un sueño
—o una pesadilla, dependiendo de cómo quieras verlo. Recitaré esa gloriosa orquesta en mis sueños.

Sin sentido de dirección, Chloe nos arrastró por la calle, girando y tomando muchas esquinas. —No fue romántico, sin embargo. — Poniéndose un mechón rebelde detrás de la oreja, añadió. —Eras más parecido a una relación abusiva. —

—Necesito comer antes de ir a más bares. — Mi estómago escuchó y gruñó para mayor efecto dramático. —¿Ves? Estoy hambrienta.

—Siempre tienes hambre. ¿Qué tal ese lugar? — Señalando al restaurante con pinta cara, miró por las ventanas. —Oh, luce celestial.

—Y extorsionador. — Leí el menú de alto precio. —Veintitrés libras por ravioli. Ni siquiera sé si me gusta el ravioli.

—Señoritas. — Un hombre alto en smoking negro recogió dos menús encuadernados en cuero del atril. —¿Reservación?

—Carpenter, — Chloe soltó, y le lancé una mirada inquisitiva. —Para dos.

—Está bien. — Revisando el número de reserva, abrió la puerta y nos ofreció pasar. —Su mesa las espera.

—¿Qué estás haciendo? — Agarrando la parte trasera de su vestido, caminé hacia nuestra reservación robada. —¿Quiénes son los Carpenters?

—Es el primer nombre que vi en su sistema informático, — murmuró para que él no oyera. —Sólo sigue el juego.

—Mi nombre es Will. Seré su camarero esta noche. — Tiró de nuestras sillas un poco, y nos sentamos con falsa elegancia y gracia. —¿Puedo ofrecer sugerencias? — Entregando los menús encuadernados en cuero, ajustó sus gafas de montura negra. —Pinot Noir del viñedo Le Musigny. Es un favorito con nuestro filete chateaubriand. El Veramonte Reserva Chardonnay complementa la langosta a la mantequilla asada.

—¿Podrían darnos un momento, por favor? — pregunté, y él asintió con la cabeza. Una vez que nos dejó solas, pateé la espinilla de Chloe debajo de la mesa. —¿Estás loca? Solomillo Chateaubriand, — me burlé. —No podemos permitirnos esta cuenta. ¿Has visto los precios de los entrantes? Catorce libras por seis vieiras.

Chloe vació su bolso sobre el mantel de seda blanca. —Estaremos bien. — Contando monedas de libra, las agregó al compartimento donde guardaba los billetes. —Sólo vivimos una vez, ¿no? Y es tu cumpleaños, Alexa.

Lamentará este momento cuando las facturas atasquen nuestro buzón.

—¿Están listas para ordenar, señoritas? — Impaciente, Will golpeó el bolígrafo Parker contra el cuaderno. —¿Han seleccionado un vino?

Arreglé la lista de precios al revés. —¿Saben qué? No tengo mucha sed. Agua del grifo será suficiente.

—Oh, no lo creo. — Quitándome el menú de vinos encuadernado en cuero de las manos, estudió la lista de precios crecientes con ojos temblorosos. —Sí, creo que yo también pediré agua.

—San Pellegrino está en oferta. — Nos sonrió amablemente. —Nunca ofrecemos agua del grifo.

Tomé una bocanada de aire. —¿Eso no es ilegal?

Él se encogió de hombros.

—De acuerdo, — me rendí, secándome el sudor de la frente. —Pediré calamares salteados con sal y pimienta.

—Hinojo asado. — Chloe está de acuerdo con mi gasto frugal. —Gracias, Will.

—¿Entrantes? — preguntó, y yo decliné. —Bien. Volveré con las bebidas.

Chloe observó al camarero deslizarse detrás de la barra. —¿Te gustan siquiera los calamares?

—No lo sé, pero era el plato más barato. ¿Qué persona en su sano juicio gasta sesenta y tres libras en un pollo al ajillo? Es una locura. — Ante mi declaración tajante, el hombre que cenaba con su esposa a mi derecha se quedó en pausa con el pollo sazonado colgando de su tenedor. —Quiero decir, ¿A qué persona no le gustaría?

Los ojos de mi amiga se cerraron fuertemente. —Alexa, por favor, cállate.

—Sí. — Girando en mi asiento, di la espalda a sus miradas de desaprobación y juicios altivos. —Voy a callarme ahora.

Me recosté y admiré la habitación. Cortinas bordadas hasta el suelo adornaban las ventanas ajimezadas. Finas sedas cubrían mesas de nogal oscuro y cubiertos pulidos brillaban debajo de los candelabros de cristal. Melodiosa música jazz sonaba desde el impresionante bar y los balcones de cristal, donde los comensales disfrutaban de su cena, robando el protagonismo del restaurante.

Will reapareció con agua embotellada. Eliminó nuestras copas de vino para verter líquido no alcohólico en vasos altos. —Disfruten.

Bebí en silenciosa serenidad.

Chloe bebió agua con ansia. —De todas formas, prefiero estar sobria.

Agradecí al chef cuando acomodó nuestros platos en la mesa. Con un tenedor, distribuí la guarnición colorida por el plato y mastiqué los calamares deliciosos.

—Querida, sé que es tu cumpleaños, pero me estoy pasando el mejor cumpleaños de mi vida.

—Bueno, me alegra que hayas tenido el mejor cumpleaños. — Secándome los labios con la servilleta, bajé el último bocado con agua. —También ha sido mi favorito.

—Claro que sí, — comentó, inclinándose sobre la mesa para chocar nuestros vasos. —Por los cumpleaños y el sexo.

Me sonrojé. —¿Dónde está tu filtro? ¿Y cuál es tu obsesión con el sexo?

—Que les den, querida. — Masticó palitos de espárragos. —No me importa lo que estas personas piensen de mí. ¿Y cómo no fijarse en el sexo?

Me vino a la mente una pregunta extraña. —Chloe. — Dejé el cuchillo y el tenedor en el borde del plato. —¿Puedo hacerte una pregunta personal?

Asintiendo, tomó el vaso de agua.

—¿Con quién te has acostado?

Mi amiga siempre hablaba sobre sexo con hombres atractivos, pero nunca daba ningún chisme jugoso sobre dichos hombres.

—No quiero entrometerme. Sólo es extraño porque nunca mencionas nombres ni nada.

—¿Qué? — Sus mejillas se tiñeron de rosa. —¿Qué tipo de pregunta es esa?

¿Está mal pedir detalles?

Chloe quería saber todo sobre el sexo con Liam. ¿Cómo besaba? ¿Era apasionado? ¿Era rudo en la cama? ¿Atento? ¿Cuántos orgasmos me dio? ¿Dolió la primera vez? ¿Duele siempre?

—Es una pregunta seria, — dije cautelosamente. —Ambas conocemos mi historia, pero tú nunca compartes tu vida sexual conmigo.

—Querida, soy una puta privada, — respondió con irritación por mi intromisión. —Créeme. El sexo es la vida.

Este restaurante es demasiado lujoso para lidiar con su bocaza.

—¿Sigues viendo a Harold Stone?

—No, — refunfuñó, cruzándose de brazos. —No ha pasado nada desde la noche en que lo conocí en la casa de mi padre.

La desafortunada noticia me retorció el estómago. Estoy tan envuelta en mis dilemas que no había considerado los suyos últimamente.

—Lo siento, Chloe. — Soy la peor mejor amiga del mundo. —Debería haberlo sabido.

—Oh, estoy bien. ¿A quién le importa si Harold no está interesado en más? Estoy pasando al siguiente. — Se inclinó para susurrar, —Oye, no mires ahora. Pero hay dos chicos en la barra que nos han estado mirando desde que llegamos.

Me enderecé en el asiento. —¿En serio?

Su mirada se llenó de emoción. —Deberíamos ir allí.

—No, — dije, pero ella lo tomó como un desafío. —Chloe, hablo en serio.

Se hundió en la silla. —Acaban de sentarse.

—Tal vez están en una cita.

—Oh, mierda. — Agachó la cabeza. —Su mesa es para cuatro.

—¿Cuán borracha estás?

—Querida. — Miró a través de sus dedos. —El chico rubio nos está invitando.

—Estás mintiendo, — susurré.

—Nope. — Llamando al camarero que pasaba, pidió la cuenta. —Alexa, quieren que nos unamos a ellos.

—No me uniré a ellos.

—Sí, — insistió, dejando el pago y una generosa propina en la mesa. —Vamos, querida. Será divertido.

Chloe se dirigió hacia el pecado sin mirar atrás.

Inhalando una respiración llena de confianza, agarré el bolso de mano.

—Señoritas. — El hombre de cabello negro se levantó para saludarnos. —Entonces, ¿quién es quién?

—Chloe. — Mi amiga se presentó, luego me señaló con el pulgar. —Ella es Alexa.

—Hola. — Le di un firme apretón de manos, deslizándome en la silla junto al caballero de

cabello claro.

—Jack. — Sus ojos plateados brillaban. —Ese es mi cuñado, Ryan.

Ryan tenía un anillo de bodas en el dedo.

Honestamente, me siento aliviada. Su estado civil significaba que estaba libre de obligaciones sexuales. No estoy lista para meterme en la cama con el primer hombre que veo.

Jack y Chloe se sumergieron directamente en la conversación.

Ryan pidió una botella de vino a la camarera. —Entonces, ¿a qué te dedicas?

—Sirvo café. — No era nada de lo que presumir. —Paga las cuentas.

—Bien. — Se giró en el asiento para enfrentarme. —Soy gerente de sucursal.

—Impresionante.

—Es tedioso.

—Me lo imagino.

Agradeciendo a la camarera por el vino servido, nos sirvió una ronda de bebidas. —Para ti.

El vino tinto bajó por mi garganta.

Ocultando el disgusto, dejé la copa en la mesa.

Su brazo se deslizó sobre el respaldo de mi silla, y cuando su pulgar rozó la parte superior de mi columna, me puse tensa. —Entonces, ¿cuánto tiempo llevas casado?

Ryan echó un vistazo a su cuñado antes de responder, —Cinco años. — Su mandíbula se tensó. —Ha sido divertido, — dijo sarcásticamente. —Si sabes lo que quiero decir.

No, realmente no sé, en realidad. No es que quiera entender los problemas de su relación.

Dos horas después de la noche, estaba tan sobria como un juez y aburrida fuera de mi mente. Chloe y Jack aún no han regresado del bar, y Ryan está realmente saturando los cumplidos vergonzosos. Está borracho y desesperado por atención. No soy una rompehogares. Está casado con hijos, sin embargo, insinúa sin sutilezas una estadía nocturna en un hotel cercano. —No tenemos que hacer nada, — murmuró en mi oído mientras masticaba cacahuetes salados. —Quiero decir, a menos que quieras hacer algo. No me opongo a ensuciarme contigo.

Internamente, me estremecí. —Suena maravilloso.

—Eres muy, muy atractiva. Creo que me gustas mucho.

—Apenas me conoces.

—Sé lo suficiente. — Su pulgar amasó la nuca de mi cuello. —¿Qué dices, Alex?

Me llamo Alexa.

¿Qué idiota?

—Me encantaría pasar la noche contigo, — coqueteé, y su sonrisa torcida se extendió por su rostro. —Tengo una idea. Hay un hotel al otro lado de la calle. Reserva una habitación para nosotros. Dile a la recepcionista que estoy por llegar.

—¿En serio? — Estaba tan emocionado. Casi me dio pena. —Entonces, ¿qué?

—Estaré allí en quince minutos.

—Entendido. — Presionando un casto beso en mi mejilla, metió la billetera en su bolsillo del pantalón y se levantó. —Te espera una noche salvaje, Alex.

Le di una media sonrisa. —No puedo esperar.

Ryan salió del edificio.

Escuchando la risa de Chloe desde el otro lado de la sala, le escribí un mensaje de texto.

Yo: Me voy a casa. ¿Quieres que te espere?

Chloe: ¿Qué pasó con Ryan?

Yo: Lo mandé a volar.

Chloe: ¡Alexa!

Yo: Está casado. Incluso si no estuviera enamorada de otra persona, nunca rompería la familia de alguien más.

Chloe: Supongo.

Chloe: Me gusta Jack.

Yo: ¿Quieres quedarte, verdad?

Chloe: ¿Te importaría?

Yo: Para nada. Es agradable verte sonreír.

Con eso, Chloe levantó la vista de su móvil y sonrió.

Chloe: ¿Estás segura?

Yo: Estoy segura.

Chloe: De acuerdo, me voy al casino por unas horas, así que no me esperes.

Yo: Disfruta tu noche. Te veré en la mañana.

Chloe: Te quiero, querida.

Yo: Yo también te quiero.

Fui al baño a aliviar la vejiga.

Lavándome las manos en el lavabo, arreglé mi apariencia, salí del baño y choqué directamente con el pecho de alguien. —Lo siento… — Liam me sostuvo por los codos. —Señor Warren, — susurré mientras lentamente retiraba sus brazos. —Me disculpo. No te vi.

—Alexa. — Sus cejas se fruncieron sobre sus intensos ojos azules. —¿Qué haces aquí?

Se veía increíble con su traje gris pizarra de dos piezas. No verlo mitigó el golpe del rechazo hasta ahora. Todo volvió de golpe, todas las emociones, tanto buenas como malas. Odiaba cuánto me importaba. Dolía mirarlo.

—¿Qué hace la gente normalmente en un restaurante? — Recordando una conversación con Josh, presioné mi espalda contra la pared. —¿Es tuyo, no es así?

Liam no respondió.

—No te estoy acosando, — me defendí, y la esquina de su boca se tensó. —Lo juro. Es mi cumpleaños. Chloe hizo reservaciones aquí.

—¿Celebraciones de cumpleaños, eh? — Su mirada recorrió la extensión de mi cuerpo. —Me gusta el vestido.

Era demasiado difícil estar cerca de él. Tenía que irme. —Adiós, señor Warren. — Su mano se aplanó contra mi sección media. Conteniendo el aliento, le di mis ojos, y una mariposas revolotearon en mi pecho. —Liam.

—Te ves hermosa. — Su voz era ronca. —Feliz cumpleaños, Alexa.

Tuve el repentino impulso de llorar. —Gracias.

Liam se alejó primero, llevándose mi corazón consigo.

Rechazando derramar otra lágrima por el hombre, vagué por el restaurante.

Bien, la noche tomó un giro extraño. No estaba preparada para ver a Liam. Josh había mencionado que nuestro jefe poseía un restaurante, sin embargo, nunca pensé en hacer más preguntas. Joder, ni siquiera sabía el nombre del restaurante mencionado. Ahora, parezco una exnovia psicótica incapaz de manejar el rechazo. Liam probablemente piensa que estoy acosando su trasero, y difícilmente puedo culparlo.

Me detuve junto a las puertas principales. El Mercedes de Arben Biberi estaba aparcado al otro lado de la calle. Se levantó del vehículo, vigilando los coches que se acercaban. Con las manos en los bolsillos de los vaqueros, corrió hacia el edificio.

He tenido suficiente.

Abriendo la puerta bruscamente, salí a la fría noche. —Oye, imbécil, — grité, y él ralentizó su paso decidido. —¿Por qué me estás siguiendo?

Divertido, encendió un cigarrillo. —No sé de qué estás hablando, — dijo con un fuerte acento albanés. —Nunca te he visto en mi vida.

—No, no es mi imaginación. Siempre estás ahí. Dondequiera que voy, veo tu coche.

—Y me llamas acosador, — dijo con desprecio. —Soy un repartidor. Me verás mucho en Londres.

No le creí.

Arben sopló humo en mi cara. —Alexa Haines, ¿verdad?

Que me conociera me descolocó.

Tragué con exasperación. —¿Qué quieres?

—No mucho. — Chascó la lengua. —No has visto a tu hermana, ¿verdad?

Disimulé mi incomodidad. —No sabía que mi hermana andaba con ratas.

—Kathy, — cortó. —¿Dónde está?

Mi arrogancia irradiaba. —¿Qué te importa?

—Nunca volvió a casa. — Ahora está cerca, demasiado cerca. —¿No sabes nada de eso, verdad?

A casa, pensé. —Aunque lo supiera, tú serías el último al que informaría.

—¿No a Bajramovic? — Meditó, y me crispe. —Ah, vi un destello de temor ahí. Se ofendería por tu desdén, especialmente porque fue tan bueno contigo.

—Tan bueno conmigo, — repetí con absoluta estupefacción. —No veneraré a un hombre tan vil.

—Deberías estar agradecida. — Una mayor rabia afiló su acento. —Podría haber acabado mal para ti, como para los demás.

A la mención de otros niños, me calmé. Es cierto, supongo. Si hubiera sido más desafortunada, podría haber acabado en una zanja en algún lugar, con ellos.

—Dime dónde está. — Su presencia intimidante se alzaba sobre mí. —Él vendrá a buscarla si no lo haces.

No estoy esclavizada por estos monstruos más. —Vete a a mierda.

Los ojos salvajes y delirantes de Arben se clavaron en mí. Su mano se lanzó, lista para agarrar mi garganta cuando alguien le agarró la muñeca. —Jones.

—Te estás poniendo un poco cariñoso . — Brad agarró la camisa del hombre. —¿Te está molestando, Alexa?

La espalda de Nate se convirtió en un escudo. —Así es como lo veo yo.

—No hice nada, — escupió Arben. —Pedí comida del restaurante. ¿Me la pueden traer pronto?

Brad empujó los hombros de Arben.

Aliviado ante la humillación pública, intentó escapar cuando Liam bloqueó la entrada del restaurante. —Arben. — Rodeó mi cintura con un brazo protector. —Me preguntaba cuándo vendrías.

El humo salió por las fosas nasales del hombre. —No tenía malas intenciones. — Me miró, y había una promesa de muerte en sus ojos penetrantes. —¿Verdad?

Girando el cuello, susurré al oído de Liam, —No confío en él. — Sus labios estaban cerca de los míos. —Lo veo en todas partes. Lo encontré revisando el buzón del edificio esta mañana.

Los dedos de Liam se clavaron en mi costado. —Pido una reunión.

Arben lo supo. —Rechazo.

—Pensé que dirías eso. — Liam se mantuvo con aire de indiferencia. —Tráelo.

El puño de Nate golpeó la cara de Arben. Esperaba confrontación, pero nada lo preparó para el puño de hierro de Nate. Su espalda se golpeó contra el suelo, y me retorcí en los brazos de Liam, incapaz de mirar mientras los hombres de traje lo arrastraban a su muerte inevitable.

Arben me acosaba por una sola razón: Flamur Bajramovic.

Aun así, me sentía culpable por la desesperación ineludible del hombre.

Me desconecté de la carnicería y avancé inestablemente por la calle. Saber el dolor que podría sufrir es bastante malo. No me quedaría para verlo.

—Alexa, espera. — Los pasos de Liam resonaron detrás de mí, pero seguí hacia la parada de taxis más cercana. —¡Alexa! — Respirando con dificultad, agarró mi codo. —Dije, espera.

—¿Y si me equivoco? — Mis ojos se llenaron de lágrimas. —¿Y si no tenía malas intenciones y yo sólo certifiqué su muerte? Sólo buscaba a mi hermana.

Mostraba una expresión sin simpatía. —No le debes nada.

—Tienes razón, — dije, breve y tensa. —¿Le torturarás?

—¿Importa?

Ignoré la pregunta.

—Me odias, — dijo entre dientes apretados. —Lo puedo ver.

Respiré hondo. —¿Por qué te odiaría?

Encogió un hombro.

—Mi amor no fue correspondido, — dije valientemente, y sus ojos se fijaron en mí. —Eso no es culpa de nadie. Sí, irme dolió, y estaría mintiendo si dijera que nunca pensé en ti. — Mi

garganta estaba demasiado apretada para tragar. —Pero culparte sería moralmente indefendible. Fuiste honesto desde el principio.

Mechones oscuros cubrieron su rostro apuesto.

—Oye, al menos no me comporté como una ex novia psicópata, — medio bromeé, y él esbozó una rara sonrisa. —¿Sigues cazando a Flamur?

Su labio inferior se mordisqueó. —Por supuesto.

Agradecida por su protección, levanté la mano, llamando a un taxi que pasaba. —Debería irme.

El conductor desaceleró junto a la acera.

—Llévala a casa sana y salva. — Liam arrojó dinero en la mano del conductor y abrió la puerta del asiento trasero para mí. —¿Estás bien?

—No seamos extraños. — Quedándome en la puerta abierta, sujeté el bolso contra mi pecho. —Oye, incluso podríamos ser amigos. — Es una broma, pero no es que me hiciera gracia. —O no.

Rodeó mi cintura. —Nunca podría ser amigo tuyo.

—¿Por qué no? — Siseé.

—Sé por qué. — Bajó su frente a la mía. —La seguridad antes que el cariño, Alexa.

Empezaba a entender.

Los labios de Liam rozaron un beso sobre mis nudillos. —Buenas noches, pequeña.

Mi corazón golpeó en mi pecho.

No me importaba su permiso. Acaricié su mejilla barbada, besé sus labios suavemente y, con gran renuencia, me metí en el asiento trasero.

—¿A dónde, amor? — preguntó el conductor.

Dándole las indicaciones, abroché el cinturón y miré por la ventana trasera.

Liam me observaba mientras el coche se alejaba.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Alexa

Literalmente tenía la peor resaca, habiendo prolongado las travesuras de cumpleaños con Chloe anoche. En lugar de beber agua cuando llegué a casa, bebí alcohol barato hasta altas horas de la madrugada. Aparentemente, pensé que era insensible a los efectos posteriores de beber en exceso.

—El siguiente, — refunfuñé, taza de café vacía y bolígrafo en mano. —Bienvenida a la Coffee House. ¿Qué puedo ofrecerte esta mañana?

—Alexa. — Gray tiró de mi delantal. —Son las dos de la tarde.

Con los ojos inyectados en sangre, miré a la clienta. —Bienvenida a la Coffee House. ¿Qué puedo ofrecerte esta tarde?

—Un espresso. — Sus ojos se movieron entre Gray y yo. —Quizá tú también necesites uno.

Le di una sonrisa amplia. —Creo que aún estoy borracha.

—Alexa. — Quitándome la taza de cartón de la mano, señaló la puerta de sólo personal. —Ve a mi oficina y traga un paracetamol. Me estás cansando.

Cumplí.

Me recosté en la silla de cuero maltrecha dentro de la oficina de Grayson y levanté la falda del delantal sobre mi cara.

¿Por qué me hago esto?

Bueno, en mi defensa, la intoxicación sin sentido tenía sentido después del encuentro fortuito con Liam Warren. No lo he superado, ni por asomo. Sin embargo, los meses separados aliviaron el dolor en mi corazón hasta que pasó lo de anoche.

Ahora, tenía que extrañarlo de nuevo.

El corazón quiere lo que el corazón quiere. A él.

—Alexa. — Gray descubrió mi cara. —¿Estás llorando?

—No, — mentí, limpiando la única lágrima. —Sólo me duele la cabeza.

Se apoyó en el escritorio. —No te contarán cuentos de cómo las chicas pueden ser peligrosas y aún así ganar. Sólo te contarán historias donde las chicas son dulces y amables y rechazan todo pecado. Supongo que para ellos, es un pensamiento aterrador, una caperucita roja que sabía exactamente lo que hacía cuando invitó al lobo.

Lo parpadeé. —Eso es bastante filosófico.

—Nikita Gill, — confirmó. —Soy un logófilo autoproclamado. — Sus preocupados ojos se posaron en mi rostro. —¿Quién era él?

—Eres perspicaz, ¿eh? — Es una afirmación, no una pregunta.

Sonrió. —Siempre.

Despeinando el nudo desordenado en mi cabeza, bajé los pies al suelo. —¿Te suena el nombre de Liam Warren?

Su rostro se volvió tres tonos de gris pálido. —¿Por qué?

La corriente de pánico en su voz era alarmante. —No importa.

—Alexa. — Sujetándome la muñeca, se inclinó más cerca. —¿Estás en problemas? Necesitas mantenerte alejada de ese hombre, muñeca. No es alguien con quien deberías alinearte.

Me sentí abrumada por la posesividad. —¿Lo conoces personalmente, Gray?

—No necesito conocer a Warren personalmente. — Su frente se frunció. —Todos saben de lo que trata ese salvaje.

—Defamar a alguien basado en rumores está mal. — Sus juicios me molestaban. —Liam puede tener una reputación, pero no lo conoces de la misma manera que yo. Es más que meros rumores.

—¿Por qué lo defiendes? — preguntó, mirándome de una manera más oscura. —Oh, lo entiendo. Él es el tipo que te rompió el corazón, ¿eh?

Hice una mueca fea. —Nadie rompió mi corazón.

—Vales mucho más que algún criminal depravado.

—Grayson, — sé que sólo intentaba defenderme
—Era un amigo y me ofrecía un consejo no solicitado pero amigable. —No quiero hablar más de esto.

Su mirada curiosa persistió por un momento. —Está bien. — Abriendo el cajón del escritorio, sacó una botella de agua y me la pasó. —Bebe un poco de agua y ayuda al chico nuevo al frente. Nunca pensé decir esto, pero es posiblemente el empleado más torpe hasta el momento.

—¿Qué chico? — pregunté mientras salíamos de la oficina. —¿Y a quién más te refieres? ¿A mí?

—Eras la más torpe antes de que él llegara. — Despeinó mi cabello con la mano. —Jace se quedó hasta las tres de la mañana para aprender los fundamentos. Y derrama más que sirve.

Me detuve de golpe, la sangre se drenaba de mi cuerpo. —¿Dijiste que se llamaba Jace?

—Sí. — Gray señaló a la caja registradora. —Volvió anoche y preguntó si estaba contratando nuevo personal. No estoy falto de empleados, pero no pude decir no. Son sus ojos. — Sus labios se fruncieron. —Me matan.

Jace, ajustándose el nudo del delantal, negociaba juguetonamente con una cliente voluptuosa, conquistándola con su sonrisa coqueta y magnetismo natural.

—Ayúdalo a terminar. — Gray me lanzó la bayeta y el espray limpiador. —Luego muéstrale cómo organizar todo para la mañana.

Me quería morir.

—Mmhmm, — balbuceé, incapaz de parpadear, respirar, pensar. —Sí, no soy la mejor candidata para esto.

—¿Por qué no? — Abrió la caja registradora para agregar monedas de libra. —¿Alexa?

Astutamente, observé al hombre glorioso sobre el hombro de Gray. —Jace es intimidante.

—Te acostaste con Warren, — dijo groseramente, y mi mandíbula se aflojó. —No me digas que algo te asusta después de ese monstruo.

Quería patearlo. —Está bien, — escupí entre dientes apretados. —Ayudaré al chico.

Jace percibió mi avance antes de que llegara a su lado. —Alexa, — dijo, sonriendo afectuosamente. —Asumí que era tu día libre.

—Tomé un pequeño descanso. — Mis palmas se frotaron juntas. —Así que, ¿necesitabas un trabajo, eh? — No sé de dónde vino la inquisición, pero tenía curiosidad. —No mencionaste nada entonces.

—¿Por qué lo haría? — Su ceño frunció. —No eres la gerente
—y no somos amigos.

Tenía un punto válido. —Gray dijo que despejáramos el piso. — Rodeando el mostrador, le pasé el espray. —Es bastante simple. Prefiero limpiar mesas que hacer café.

En las siguientes tres horas, organizamos el piso, disponiendo y limpiando mesas, rociando desinfectante en los menús laminados y discutiendo sobre las preferencias musicales.

Jace es un tipo increíblemente agradable. Su espíritu juguetón y sus bromas pícaras me ayudaron a olvidar mis problemas recientes. Además, es bastante atractivo, lo cual es una ventaja.

La cafetería cerró a las ocho de la noche.

Caminé a casa junto a Gray y Jace. Cuando Gray llegó a su edificio de apartamentos, Jace se ofreció a acompañarme hasta mi casa. Por mucho que me gustara mi nuevo compañero de trabajo, no estaba segura de confiarle mi dirección. —Estoy bien, — dije, deteniéndome fuera del metro de Londres.

Jace se apoyó en la pared, colocando un pie detrás de él. —No muerdo, Alexa.

El calor se apoderó de mis mejillas. —Tus insinuaciones dicen lo contrario.

Arrastró la barra de titanio entre sus dientes. —Vale. — Alejándose de mí, señaló con la barbilla hacia la estación de metro. —Llega a casa segura. Nos vemos mañana.

Pensé en él durante todo el trayecto.

***

Ruidos fuertes instaron a mis cansados ojos a abrirse. Desde la cama y en oscuridad absoluta, yacía boca abajo escuchando conversaciones distantes y pasos pesados.

Frotándome los ojos para despejarme, me giré sobre mi espalda. —¿Chloe? — Colocando mis piernas sobre el colchón y hundiendo los pies en la alfombra, avancé arrastrándome por el pasillo. —¿Estás despierta? — Toqué la puerta de su dormitorio antes de asomarme al interior. Su cama estaba impecable, ni un pliegue en la colcha.

Entré en la sala de estar, esperando verla bebiendo alcohol con algún chico que pudiera haber conocido en un bar, pero nuevamente, sólo había una oscuridad inquietante. La puerta principal resonó y me estremecí. —¿Chloe? ¿Eres tú?

Nada.

Mi corazón se atascó en la garganta.

Exhalando un suspiro calmante, me dirigí hacia la puerta principal y miré por la mirilla.

¿Voy a ser tan estúpida como las chicas en las películas que deciden que es una buena idea abrir la puerta y encontrar a Sweeney Todd al otro lado?

Con manos temblorosas, giré la llave, quité la cadena de seguridad y eché un vistazo al vestíbulo de hormigón.

Nada.

Cerré la puerta y la volví a asegurar, pero sólo di tres pasos hacia el dormitorio cuando volvió a suceder.

Toque. Toque. Toque.

Mi cuerpo se congeló en el lugar.

Definitivamente voy a ser una de esas chicas de las películas porque hay un cien por ciento de certeza de que un asesino psicópata está llamando a la puerta.

Corriendo hacia la cocina, rebusqué en el cajón de los cubiertos y escogí un cuchillo de carne. Con los dedos temblando en el mango de madera, lo sujeté firmemente y, con la respiración contenida, miré hacia el pasillo a oscuras. Me gustaría creer que soy capaz de usar un arma.

—¿Hola? — Una vez más, entreabrí la puerta y eché un vistazo al vestíbulo vacío.

Nada.

¿Qué mierda estaba pasando?

Quizás unos adolescentes estaban jugando en mi puerta.

Casi retrocedí, luego noté el pequeño paquete en el felpudo de bienvenida.

Metiendo el paquete bajo mi brazo, cerré con llave, fui al dormitorio y encendí la lámpara. Rasgué la cinta, giré la caja boca abajo y saqué el sobre blanco del interior. Tocando el sello con las uñas, comprobé primero si había un destinatario, y luego cayeron impresiones de polaroid en mi palma. Es una niña pequeña. Está acurrucada en la esquina del sótano, con las rodillas levantadas contra el pecho, y el cabello cubriendo su rostro mientras llora.

Una combinación desgarradora de náusea, devastación e ira reemplazó las dudas iniciales. —¿Por qué? — susurré a la nada, examinando imagen tras imagen, recuerdos pornográficos que pertenecían a un monstruo.

La última foto trajo lágrimas a mis ojos. Es una niña de ocho años complaciendo a un hombre.

Mi dulce Lexi.

Sé que me llamo Alexa.

Tiré todo a un lado, tropecé al levantarme de la cama, con la mano apretando mi boca mientras corría al baño. Mis rodillas golpearon el suelo de baldosas justo a tiempo para vaciar mi estómago. Sollozando entre violentos intervalos de vómito, me agarré al inodoro y traté de borrar las imágenes de mi mente.

Limpiándome los labios, abrí el grifo de agua fría, junté agua en mis manos y me empapé el cuello y la cara. Estudié mi reflejo en el espejo montado en la pared, la tristeza en mis ojos evocando recuerdos desagradables.

Ya no lloro.

A él no le importa, a nadie le importa.

¿Por qué mamá se olvidó de mí?

¿Mi padre me quiso?

No, papá nunca estuvo presente.

Mamá estaba sangrando.

¿Por qué el Monstruo mintió?

Mamá no se despertó.

No estaba soñando.

Rojo. Todo era rojo.

Estoy sola.

Siempre sola.

Nadie me quiere.

Nadie me ama.

Todos se olvidaron de mí.

No, mi madre me amaba.

Sé que me amaba.

¿Por qué no me ha salvado?

Mamá quería salvarme.

Mamá murió.

Rojo. Ella estaba roja.

Recuerdo cuando la encontré.

Pensé que estaba dormida.

Creí que iba a despertarse.

No tuve la oportunidad de despedirme.

Si pudiera tener ese momento nuevamente, me despediría.

Le diría que la amaba y que lamento que tuviera que dejarnos.

Le susurraría un millón de promesas al oído.

Le tomaría la mano y le rogaría que se quedara.

Un bicho bolita pasó junto a mis pies descalzos, y me pregunté hacia dónde planeaba ir. Me imagino que encontrará una manera de salir de estas cuatro paredes para encontrar el verano. Eso es lo que a menudo imagino. Si pudiera salir de este lugar, pasaría mis manos por el césped, sentiría el calor del sol en mi rostro, recogería flores e inhalaría su dulce fragancia.

Tenía esperanza cuando tenía a Kathy. Claro, no dormíamos en la misma habitación, y nuestras visitas eran pocas y espaciadas, pero esos minutos juntas eran preciados.

Pero ya no veo a Kathy.

Kathy no me visita.

Kathy no me susurra al oído.

Kathy dejó de cantar.

A Kathy no le importó.

Ahora es insoportable.

—¿Somos las mejores amigas, Kathy? — Solía preguntar, siguiéndola al bosque, mientras las ramas se rompían bajo nuestro peso.

—Somos hermanas, tonta. — Ella esquivaba rocas anidadas. —Somos más que amigas.

—¿Eso significa que me quieres?

Kathy encontró mi mano, entrelazando nuestros dedos. —Sí.

—¿Para siempre ?

Ella besó mi mejilla. —Para siempre.

Una lágrima cayó por mi mejilla.

Mi hermana se olvidó de mí.

Mi hermana rompió su promesa.

—Unë të dua, — el Monstruo murmura, acariciando mi cabello. —¿Lexi?

Enterré mi rostro en el frío suelo, pretendiendo que no podía verme.

Él acarició mi cabello. —¿A me do ti, Lexi?

—No te entiendo, — me quejé. —No sé lo que estás diciendo.

Inhaló mi cabello.

Odio su toque.

Odio su olor.

Lo odio.

—Significa que te amo. — Sus manos se deslizaron por mis brazos. —¿Me amas?

—Me llamo Alexa, — susurré, sonriendo al bicho bolita que se ocultaba bajo el rodapié. —Mi mamá me llamó Alexa.

—No. — Sus dedos se clavaron en mi cadera. —Tu nombre es Lexi. Y no hablamos de esa mujer.

—Mi mamá me ama.

—Tu madre te odiaba con todas sus fuerzas. Soy yo quien te ama.

—Me ama, — grité, levantándome de un salto, con las manos en los oídos. —¡Tú no me amas! ¡Me lastimas! ¡Siempre me lastimas!

—Lo siento, Lexi. — Sus oscuros y malvados ojos se clavaron en los míos. —Es injusto que

te mantenga aquí, pero no puedo perderte. Cuando seas mayor, podremos hacer esto correctamente, ¿de acuerdo? Te dejaré salir y seremos felices juntos.

Mis ojos se cerraron.

Su mano rozó mi mejilla.

—Por favor, — grité. —Quiero ir a casa a ver a mamá. Por favor déjame ser libre.

—No me grites. Sabes que no me gusta. — Me abofeteó en la mejilla, y manchas oscuras bailaron tras mis ojos. —Nunca aprendes, Lexi. ¿Cuántas veces debo castigarte? ¿Por qué no puedes comportarte?

—Duele, — sollocé, sosteniendo mi mandíbula. —Somewhere over the rainbow —

—Me esfuerzo contigo, pequeña, pero me lo haces difícil. — Enrollando mi cabello alrededor de su puño, me arrastró hacia las escaleras del sótano. —¿Cuántas veces te he pedido que no cantes esa maldita canción? Lo haces de todos modos. No levantes la voz, Lexi. Sin embargo, todavía me gritas.

Otro dolor agudo cruzó mi rostro. —Por favor. — Mis piernas golpearon las escaleras. —Quiero morir. — La muerte sería mi único consuelo
—mi libertad. —Sólo quiero morir.

—Ahora, te voy a llevar a mi habitación. Quiero tomar algunas fotos hoy. ¿Puedes hacer eso por mí? Sé una buena chica y escucha.

—No. No quiero ir. Seré buena. — Mis uñas arañaron su antebrazo. —Lo prometo. No cantaré más. Lo prometo
—nunca rompo mi promesa.

Me arrastró por el pasillo y abrió la puerta de su dormitorio. Rompiendo mi ropa, me arrojó sobre la cama, y me acurruqué en una bola.

Me quedé desnuda para él.

Me sentí sucia
—constantemente sucia.

Lloré. Ojalá no hubiera llorado.

—Buena niña.

Se quitó la ropa.

El cinturón cayó al suelo.

Sus botas lo siguieron.

—Por favor, no me hagas daño. — Las lágrimas quemaban mis ojos. —No quiero que me duela más.

—Ya eres mayor, Lexi. — Tocó mi brazo con tanto amor y cariño. Es como si quisiera que todo estuviera bien para mí. —Creo que estás lista.

Sé que está mal.

Tocarme está mal.

Forzarme a tocarlo está mal.

—¿Estás lista?

Tragué bilis ardiente. No puedo creer que haya llegado este día. Me ha hablado de esto en muchas ocasiones
—que será él quien reclame mi virtud.

No sabía lo que significaba eso hasta que me sentó y me explicó lo que iba a pasar entre nosotros.

Estoy aterrorizada.

Lo ha intentado en el pasado pero no tuvo éxito. No sé por qué. Me desmayé en ambos intentos.

Es mi culpa, me dijo.

Eres inmadura, me dijo.

Flash. Flash. Flash.

Parpadeé rápidamente por las luces intermitentes mientras hacía fotos.

Inclinándome sobre la cama, vomité hasta que la bilis salpicó el suelo.

Él me abofeteó en el trasero. —Bueno, eso es decepcionante, Lexi. Quería ver tu cara, pero no puedo estar inhalando todo ese vómito en tu aliento, ¿verdad?

Mis hombros se hundieron en alivio.

Y entonces, sucedió.

Él me inmovilizó la cara contra el colchón.

Su cuerpo descansó sobre el mío.

No se contuvo.

El dolor.

La quemazón.

La fuerza.

La aspereza.

Me siento sucia.

Me siento disgustada.

Quiero ser libre.

Quiero morir.

Y entonces veo la pintura en la pared.

Conservó mi pintura.

Mis ojos se cerraron.

—Alexa. — Mamá añadía ropa a la cuerda de tendedero. —Espero que no estés bajando esa colina.

¿Cómo lo sabe?

—Nunca lo hice, mamá, — mentí, separando dos sábanas para mirarla.

Mi madre me sonrió, su lustroso cabello oscuro ondeando en el viento. —No visitaste el bosque.

Había una acusación en su tono calmado. —No lo sé.

Arrodillándose frente a mí, ella apartó el cabello detrás de mis orejas. —¿Estás triste?

—No quiero que te enfades conmigo.

—¿Por qué me enfadaría?

—Porque no te escuché.

—Bebé. — Se empujó las gafas de sol sobre la cabeza. —¿Sabes por qué mamá te dice que te quedes donde puede verte?

Mi cabeza negó.

— —Para que pueda protegerte.— Me besó en la frente. —¿Cómo puedo cuidar de mi pequeña si insiste en esconderse de mí?

La abracé. Quería que el abrazo durara para siempre.

Con mi cabeza apoyada en su pecho, ella miraba a los pájaros volar arriba. —Te quiero, cariño.

Mi madre me encontró.

Puedo olvidarme de él por un momento.

Puedo correr en el jardín.

Puedo cantar con ella.

Me perdí en mi memoria.

Me perdí en mi felicidad.

Él no esperó.

Lentamente se apartó de mí.

El dolor entre mis piernas permaneció.

Escuché el flash de la cámara.

No me moví.

No aparté la vista.

Cada vez que me traía de vuelta, yo volvía a casa con mi madre.

No importa cuánto esfuerzo haga para seguir adelante, él me atormentará para siempre.

No puedes olvidar a alguien que te roba la inocencia. Está incrustado, mancillando tu cuerpo, mente y alma. Es un recordatorio espantoso de que, aunque hayas sobrevivido, nunca podrás superar lo que te sucedió.

Puedes darte una ducha y lavarlo.

Puedes tragar medicamentos y dormirte.

Puedes sonreír ante los demás y fingir.

Pero no puedes borrar ni evadir los demonios en tu cabeza.

Quitándome la goma del pelo, eliminé la ropa y llené la bañera con agua tibia. Me metí en la bañera, me recosté y vi cómo el grifo llenaba hasta el borde.

Cerré los ojos y me hundí bajo la superficie.

El Monstruo ya no puede tenerme.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Liam

—Ves, Arben, puedo hacer esto toda la noche. — Di una calada al cigarrillo, y exhalé el humo en su cara golpeada y magullada. —No me voy a ninguna parte.

Me quito el sombrero ante el albanés. No importa qué métodos de tortura sufría, no delataba a su jefe.

La búsqueda de Flamur Bajramovic se estaba volviendo agotadora.

Su sed por Alexa Haines era exasperante.

Quería verlo muerto y enterrado. Sólo entonces ella estaría verdaderamente a salvo.

—Te estás quedando sin salvavidas. — Quitándome la chaqueta del traje, me arremangué la camisa hasta los codos. —¿Y para qué? ¿Crees que a tu jefe le importa un carajo?

Nate me puso un hacha en la mano.

—¿Crees que Bajramovic está perdiendo el sueño? — Antes de que respondiera, golpeé la afilada hoja contra su pie, arrancando un grito agonizante de él. La orina goteaba entre sus muslos peludos. Aparté su carne hecha pedazos de una patada. —Estoy impresionado, — dije, y los hombres se rieron. —Le tomó más tiempo que a la mayoría mojar los pantalones.

Brad ajustó las cadenas de Arben y, estirando sus brazos arriba, lo fijó al techo bajo hasta que su posición vertical quedó colgando de las cadenas. —Huele a mierda. — Brad dio una patada en el trasero desnudo de Arben. —¿Qué demonios has estado bebiendo?

Balanceado en un pie, Arben se movía lentamente. Su sudoroso cuerpo estaba hecho jirones.

Laceraciones en carne viva se desangraban en hilillos carmesíes. —Vendad las heridas, — ordené, y Nate, poniéndose un par de guantes de látex, arregló lo necesario. —No quiero que se desangre todavía.

Destapando una botella azul, Nate empapó la cabeza y el cuerpo de Arben. Energizado por el dolor inesperado, se retorció mientras el ácido corrosivo derretía su carne en trozos llenos de ampollas.

—Por favor. — Con el pelo desgreñado enmarcando su rostro irreconocible, Arben gimoteó por piedad. —Te lo suplico.

Me coloqué guantes de cuero sobre las manos. —Suplicar es para cobardes.

—Pareces un poco jodido, Arben. — Brad lo pateó en el estómago, el golpe despiadado le sacó el aire de los pulmones. —Quizás quieras empezar a hablar.

—¡Que te jodan! — La adrenalina anuló en parte el dolor , y lo hizo sacudir las cadenas. —Chupa un puto pene.

—Arben, — interrumpí, desplegando una navaja. —No aprecio tu falta de respeto hacia mis hombres.

La derrota consumió sus rasgos doloridos. —Como dije, — ahogándose, su pecho se agitaba mientras luchaba por respirar. —Chupa mi puto pene.

—Sabes, cuando traigo traidores aquí abajo, no los torturo para obtener respuestas porque, como tú, — apunté la navaja hacia él, —procrastinan, evaden preguntas y desperdician mi tiempo. ¿Toda esta tortura en vivo? — Hice un gesto por la habitación, indicando a los hombres. —Es para nuestro beneficio y entretenimiento. Es divertido, placentero, bastante sádico pero emocionante. — Le hice un corte en el muslo con la punta más afilada de la navaja y sus músculos se tensaron. —Yo no hago daño, Arben, — susurré en su oído. —Hago que la gente sufra.

Le agarré su pene pequeño con un puño firme y chilló. —¡Por favor, espera! Puedo ayudarte; sé dónde está o dónde podría estar. Incluso puedo trabajar para ti, — sugirió. —Sí, eso es. Puedo conseguirte información
—lo que quieras.

Mi mano se suavizó ligeramente. —Sigue.

—Flamur, él está fuera del país. Aún no volverá. — Se lamió los labios agrietados y hinchados. —Pero regresará. Sí, desde Tirana, Albania. Umm, dos semanas. Estará recogiendo chicas. ¿Sabes? Para la subasta.

—Eso no es lo que quiero escuchar, Arben. Quiero que me hables de sus escondites. Quiero que me señales en la dirección correcta. No es pedir mucho. — Miré a los hombres. —¿Es mucho pedir?

Los soldados murmullaron acuerdos.

—Las almacena en Brixton. Entonces él
—sí. Las recogerá de Cainsbury high. ¿Conoces el lugar? Es la casa del conserje. Las pone en el sótano.

—Ves, — solté su pene y tragó un pulmón lleno de oxígeno, —todo lo que estoy sacando de esta conversación ilógica es que Bajramovic es un hijo de puta retorcido que tiene una predilección por las chicas menores de edad.

Escupió saliva manchada de rojo. —Puedes liberar a esas adolescentes. Puedo ayudarte.

—Somos una hermandad, — expliqué, y sus ojos cansados rodaron hacia atrás. —¿Qué implica La Hermandad, Brad?

—Lealtad. — Agarró mi hombro. —Juras fidelidad a Warren y al sindicato.

—Eres desleal, — añadí, arrastrando cuidadosamente la navaja a lo largo de su atractiva mandíbula. —No tienes aceptación ni fiabilidad. ¿Por qué demonios invitaría a Judas a mi guarida?

Arben escupió flema en mi cara.

Cerré los ojos y conté hasta tres.

—No debiste hacer eso. — Sujetándole el miembro, le clavé la navaja en el músculo flácido.

Sus gritos reverberaron por las cámaras mientras su sangre se derramaba en mi mano. Apretándole la mandíbula, le abrí la boca y, con fuerza, le introduje el pene amputado por la garganta.

Con los ojos llorosos por la invasión, Arben se atragantaba, tratando con todas sus fuerzas de rechazar el objeto extraño de su tráquea.

Mantuve mi mano enguantada sobre sus labios para evitar que lo desalojara. Vómito mezclado con sangre salpicó entre mis dedos. Su cuerpo se retorció en las ataduras. Y entonces esperé, silbando junto con la melodía que resonaba desde la sala de baile del club. —Es un luchador.

—Supongo que al final consiguió chuparse su propio pito. — Brad usó un paño húmedo para limpiarme la saliva de la cara. —Creo que está muerto.

Nate bajó el cuerpo sin vida del hombre al suelo.

Pisé la zona de sangre. —Desháganse de él.

El hombre había sido una pérdida de tiempo.

***

Dentro del baño privado, lavé mis guantes en el lavabo y los dejé secar.

Mientras preparaba whisky en el minibar, golpearon la puerta, y vi a Natalie esperando por la cámara de seguridad. —Adelante.

Natalie entró en la oficina. —He terminado por la noche, señor Warren. — Colocando las ganancias de la noche en el escritorio, se ajustó el sujetador. —Quería preguntarle si necesitaba algo antes de que me fuera a casa.

Mirándola a su atuendo mínimo y su cabello rubio liso, me dejé caer en el sofá. —Cierra la puerta.

Una sonrisa de deleite danzó en sus labios. Moviendo deliberadamente las caderas, cerró la puerta de la oficina y se colocó entre mis piernas flojas. —¿Dónde me quieres?

Alcé el cuello para mirarla a esos ojos azules. —De rodillas.

Cayendo de rodillas ante mí, deslizó sus dedos sobre mis muslos. —Sabía que volverías a mí.

Mis sentidos están embotados. Tenía que volver a la normalidad. Sin embargo, cuando consideraba a otras mujeres, pensaba en Alexa.

La extrañaba.

—¿Señor Warren? — Natalie ronroneó, y parpadeé. —Puedo ayudar. — Subió a mi regazo, con sus brazos envolviendo mi cuello. —Déjame ayudar.

Olfateé a vainilla.

Toqué curvas.

No, se sentía mal.

—Puedo cabalgar, — gimió en mi oído. —Estoy tan cachonda.

Bebiendo un trago de whisky, apreté el vaso. —No lo estoy sintiendo.

Los labios de Natalie se separaron en shock. —Si me dejas intentar
—

—No. — Echándola a un lado, me moví detrás de mi escritorio. —Lárgate.

—Bien. — Cruzando la habitación enfadada, abrió la puerta de golpe. —Estoy harta de ser tu juguete.

—Lo mismo digo. — Reponiendo el vaso, me desplomé en la silla de cuero. —Vuelve al trabajo.

Vacilando en la puerta, preguntó, —¿Qué tiene ella que yo no tenga?

Giré el líquido ámbar en el fondo del vaso. —Todo.

Sus labios se tensaron. —Te odio, Warren. — Su tono se heló con amargura. —De verdad eres una mala pieza de trabajo.

—¿Sí? — Alcé un hombro despectivo. —Es una suerte que no me importen las opiniones de los demás, ¿no?

Sus tacones resonaron en el pasillo.

—Joder. — Enfurecido, lancé el vaso contra la pared. Se hizo añicos en pedazos. Una explosión de ira no alivió el dolor en mi pecho de manera efectiva. Abriendo de golpe el cajón del escritorio, saqué el archivo lleno de actualizaciones sobre Alexa y hojeé las páginas hasta leer los detalles de su nueva dirección. Notting Hill. Mi mujer se consiguió un piso decente.

Aléjate, Warren.

Alexa siguió adelante.

Sin embargo, yo no podía. Estaba emocionalmente involucrado.

Ella me besó, aunque fue breve, pero aún estaba allí, esa insaciabilidad entre nosotros.

Tiré el archivo en el escritorio.

Palmeando el móvil, escribí un mensaje.

Yo: Sé que está mal que haga esto, pero no puedo dejar de pensar en ti.

¿Qué mierda, Warren?

Borré el mensaje y escribí otro.

Yo: ¿Estás bien?

Borrar.

Yo: ¿Podemos hablar?

Envié el mensaje. Falló.

Marcando su número, acerqué el móvil a mi oído. Fue directo a su buzón de voz. Hurgando en contactos, hice clic en el número de Chloe. Tres timbres después, la mujer escupió, —¿Qué mierda quieres?

—Cuida tu tono. — La música retumbaba en el fondo. —¿Alexa está contigo?

—¿Por qué tendría que decírtelo?

—Maldita sea, Chloe, — ladré, y ella se calló. —Quiero hablar con Alexa. Ponla al teléfono.

—Estoy fuera con amigos de trabajo, — dijo, luego regañó a alguien sobre el derrame de alcohol. —Alexa está en casa. No, no te diré nuestra dirección.

Colgué el teléfono.

Como ya tenía la dirección, introduje las direcciones en el móvil y salí por la puerta de

emergencia. Caminando por el callejón, saqué las llaves del coche, desbloqueé la puerta del Bentley y me senté detrás del volante. Arranqué el motor, acelerando, di marcha atrás hasta la carretera principal, giré el volante y, subiendo el volumen de la música, conduje hasta el edificio de pisos de Alexa.

No tenía una razón razonable para verla.

Sin embargo, la honestidad era la mejor política.

Esta noche llevaba mi corazón en la manga.

Poco después, me detuve frente al edificio moderno. Apagué el motor, salí del coche de un salto y subí los escalones de concreto de dos en dos.

Abriendo la puerta común, verifiqué de nuevo la dirección en mi móvil y fui al tercer piso.

Parado frente a su puerta, hice crujir mis nudillos y golpeé el llamador de bronce. —Alexa, — llamé, con mi corazón latiendo salvajemente en mi pecho. —Escucha, sé que estás ahí. No estoy aquí para causar problemas. Quiero hablar contigo.

—Cuando me ignoró, retrocedí, listo para irme, y derribé la maceta, que esparció el abono por todo el suelo. —¡Joder!

Arreglando la planta volcada de manera torpe, reposicioné la maceta junto a la alfombra y, al notar un ligero brillo en el suelo, recogí la llave de repuesto de la puerta principal.

¿Aprendería alguna vez?

Limpie la tierra de la llave y la inserté en la cerradura. Dándome la bienvenida a su hogar, cerré la puerta detrás de mí y, con los ojos recorriendo el amplio pasillo, caminé hacia la sala de estar. —¿Alexa? — Un destello de luz brillaba desde debajo de la puerta del baño. —Lo entiendo. Me odias, y difícilmente te culpo. Es sólo que... — Sin saber qué decir, me froté el pecho. —Escúchame.

Nada.

—¿Alexa? — Silencio. —No me hagas derribar la maldita puerta.

Sentí un pinchazo en el pecho.

Algo iba mal.

Golpeando la puerta con más urgencia, escuché el agua corriendo. Sacando la pistola Eagle, apunté al picaporte y apreté el gatillo, una, dos, tres veces para desactivar la cerradura. Guardando la pistola en la cintura de mi pantalón, entré al baño. Al ver el cuerpo inerte de Alexa en la bañera, me tambaleé momentáneamente antes de que el instinto de luchar o huir entrara en acción. Sumergiendo mis brazos en el agua helada, levanté su cuerpo en mis brazos y la coloqué en el suelo.

—Alexa, — gemí, sintiendo su piel fría al tacto. —No. — Sacudí sus hombros, coloqué mi oído en su boca, le pinché la nariz y puse mi boca sobre la suya, soplando oxígeno en sus pulmones. —Vamos, — repetí el proceso, comprimiendo su pecho con ambas manos, dándole respiración boca a boca. —Abre los malditos ojos.

Mi boca presionada contra sus labios, y escuché un sonido gargajeante en el fondo de su garganta. —Mierda.

Me aparté bruscamente y ella exhaló con fuerza, arrojando agua sobre su pecho. —Buena chica. — Girando su cuerpo hacia un lado, le froté la espalda mientras el agua se proyectaba sobre el suelo. —Sácala.

Sus dedos se aferraron a la ropa tirada en el suelo. Sus ojos redondos y aterrorizados encontraron los míos. —¿Liam? — sollozó, castañeteando los dientes. —No quise hacerlo.

—Ven aquí. — Tirando de ella hacia mis brazos, la insté a enfrentarse a mí directamente. —Cariño
—

—No tienes derecho a llamarme así. — Su cuerpo temblaba por el shock. —No quiero que estés aquí, — lloró, con lágrimas corriendo por sus mejillas. —No puedes verme así.

—No me voy a ir. — Mi abrazo se hizo más fuerte. —Alexa, — advertí mientras ella se

removía contra mí, y su cuerpo mojado empapando mi ropa. —¡Deja de luchar conmigo!

Su cabeza retrocedió con miedo. —¿Por qué disfrutas tanto haciéndome daño?

El dolor en su voz se sentía como un cuchillo en mi garganta. —No. — Mi frente tocó la suya. —Podrías haber muerto.

—Soy débil, — lloró contra mis labios. —Estoy tan rota, Liam.

Sostuve la nuca de su cuello. —Ya no eres esa niña.

La angustia de Alexa se sentía entre nosotros. —Todavía puedo sentir su dolor.

—No estás rota. No eres débil. — Descreyendo mis palabras, intentó darse la vuelta. —Tú no te escondes. Eres una mujer empoderada. No necesitas que te reparen. Eres una sobreviviente implacable que enfrentará a cualquiera que se interponga en tu camino. — Mis dedos se enredaron en su cabello. —Cariño, necesito que lo digas.

Evitó mis ojos. —No soy débil ni estoy rota.

—Buena chica, — le dije suavemente, envolviendo cuidadosamente una toalla alrededor de su cuerpo.

—No me escondo. Soy una mujer empoderada. — Sus manos abrazaron mis hombros. —Soy una sobreviviente implacable que enfrentará a cualquiera que se interponga en mi camino.

—Está bien sentir dolor a veces, — dije, y ella parpadeó para contener las lágrimas. —Está bien no estar bien, Alexa, pero no buscas una salida. Luchas cada jodida vez. — Dejé que esas palabras calaran en ella por un segundo y luego la ayudé a levantarse. —Vamos. Vamos a calentarte.

Alexa me miró largamente y con atención. —Quieres quedarte aquí.

No quería estar en ningún otro lugar. —¿Quieres que me quede?

—Tengo debilidad por ti, Liam. — Sus labios teñidos de azul se juntaron. —Sabes cuál es mi situación. Fui honesta contigo. Si lo que siento es demasiado, entonces vete porque no puedo hacer esto dos veces.

—Volví de todos modos.

Alexa apretó la toalla. —Dame un segundo, — dijo con una voz llena de pánico, luchando con la puerta de su habitación. —Necesito arreglar las sábanas.

—No me preocupan las sábanas
— — Ella cerró la puerta en mi cara. —¿Alexa?

Momentos después, la puerta se abrió de golpe. Vestida con una camiseta grande, se apartó y me ofreció entrar. —Entra antes de que Chloe llegue a casa. Se volverá loca si te ve.

Entré en el dormitorio.

Alexa se quedó al lado de la cama.

—Es más grande. — Quitándome la chaqueta del traje, la colgué sobre la silla de terciopelo. —Tu cama, quiero decir.

—Bueno, me acostumbré a la cama tamaño king en tu casa... — Corriendo las cortinas, se sentó en el otomán tapizado para ponerse calcetines hasta las rodillas. —Fue una ganga.

Mirándola de manera significativa, empecé a desvestirme. —¿Qué pasó?

Sacudió la cabeza. —Preferiría no hablar de eso.

Pausé por un momento. —Intentaste suicidarte. No es algo que pueda ignorar.

—No puedo hacer esto esta noche. — Sus ojos tristes encontraron los míos al otro lado del dormitorio. —Por favor, Liam
— — Su puerta principal se abrió. —Mierda.

—¿Alexa? — Chloe balbuceó en el pasillo. —¿Estás despierta? Compré fideos.

Ella me tiró hacia la ventana. —Escóndete.

—¿Qué? — Fruncí el ceño. —No voy a esconderme.

—Liam, — susurró con urgencia. —Por favor, hazlo por mí. No estoy de humor para lidiar con la charla de Chloe esta noche.

—Está bien. — Tiré de la cortina delante de mí. —¿Contenta?

—¿Alexa? — La puerta del dormitorio chocó contra la pared. —Bien. Estás despierta. Nunca adivinarás quién me llamó.

Maldita chismosa.

—Warren, — dijo teatralmente. —Estaba buscándote.

—¿En serio? — Alexa sonaba nerviosa. —Bueno, eso es una locura.

Una larga pausa. —¿No vas a hacer más preguntas?

—¿Por qué lo haría?

—¿En serio? Lloras todas las noches por ese idiota. Pensé que querrías actualizaciones.

El arrepentimiento tiró de mi corazón.

—No, estoy cansada. ¿Podemos hablar por la mañana?

—¿No quieres fideos?

—No. Gracias por pensar en mí, sin embargo.

—Está bien. — Chloe se retiró. —Tengo trabajo por la mañana. Te enviaré un mensaje a la hora del almuerzo.

—Buenas noches, Chloe.

—Buenas noches, cariño.

Incluso cuando la puerta se cerró, me quedé detrás de la cortina.

Alexa apartó la tela para mirarme. —Por favor, borra toda la conversación.

Mis manos se deslizaron alrededor del cuello de Alexa. La besé, introduciendo mi lengua en su boca. Sus manos subieron por mi pecho y descansaron en mis hombros desnudos. Enredando un brazo alrededor de su cintura, la atraje hacia mí y profundicé el beso, habiendo echado de menos su sabor. —Si sirve de algo, — susurré en su boca. —Yo también pensé en ti.

Sus pestañas se abrieron. —No puedo manejar otro corazón roto.

Asentí, acariciando su mejilla con el pulgar. —¿Quieres saber un secreto?

Contra los eventos traumáticos de esta noche, sus labios se convirtieron en una sonrisa complacida. —Sí.

La miré profundamente a los ojos. —Nada me asusta más que tú.

Ella tocó mi pecho, y mi corazón palpitó. —No temes a nada.

Relamiéndome los labios repentinamente secos, susurré, —Temo perderte.

Su respiración se agitó. —Debemos dormir.

Entrelazando nuestros dedos, salí de detrás de la cortina, apagué la luz y, echando el edredón hacia atrás, arrastré a Alexa a la cama. En mis brazos, ella cayó, con su cabeza anidada en mi pecho. Inhalando su cabello mojado, la mantuve cerca, protegida.

Tenía que tomar algunas decisiones difíciles. Si me quedaba con ella, arriesgaba perderla ante los adversarios. Pero si la dejaba ir, me preguntaría sobre nosotros por el resto de mi vida.

¿Soy lo suficientemente egoísta para arriesgarme?

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Alexa

La luz del sol de la madrugada se filtraba a través de las cortinas de la ventana. Entrecerré un ojo y el segundo lo siguió, recordando el comportamiento infernal de anoche que sofocaba mi pecho. Llena de arrepentimiento y vergüenza, exhalé un aliento tembloroso, voltee mi cabeza hacia un lado y, con una reacción retrasada, noté una figura grande extendida en la cama a mi lado.

Liam Warren estaba en mi cama.

Su brazo se extendía protector alrededor de mi cintura, y su espalda musculosa estaba cubierta de sudor pegajoso.

La cama doble parecía extremadamente pequeña e incómoda para este hombre. Era demasiado grande, demasiado alto. Sus pies colgaban del borde. Su cabello despeinado irritaba sus ojos suaves y entrecerrados. Sus labios llenos se separaban en respiraciones casi imperceptibles.

Estoy enamorada de él.

Pasando una mano por mi cabello desordenado, levanté con cuidado su brazo inerte de mi estómago y me deslicé fuera de la cama, tratando de no molestarlo. Miré la hora en mi teléfono: las diez a.m. Era tarde. En el universo de Liam, se le esperaba en el Club 11. Debería estar con los hombres. Pero no estaba en el trabajo. Estaba aquí conmigo. Pasó toda la noche conmigo.

El colapso de anoche se estrelló a mi alrededor. —Mierda.

Fui al baño para aliviar la vejiga, me lavé las manos en el lavabo, puse pasta de dientes en el

cepillo y me miré en el espejo. Mortificada por mi apariencia despeinada, me preocupé por mi cabello. No quería que me viese así

—

—Hola. — La voz ronca de la mañana de Liam surgió desde la puerta, y me ericé. —¿Por qué no me despertaste?

Capturé su mirada en el espejo. Puso un hombro en el marco de la puerta, sus manos moviéndose hacia el sur distraídamente, relajándose sobre el bulto debajo de la pretina de sus calzoncillos negros. Su torso cincelado y gloriosa línea V tentaban mis ojos a vagar en áreas prohibidas. Me seguí cepillando los dientes vigilante para evitar que el dentífrico goteara de mi barbilla, le dije, —Acabo de levantarme.

Liam se movió hacia el inodoro y, sin vergüenza, orinó. Rascándose el pecho desnudo, miró al techo y, extrañamente, me fascinó su vulnerabilidad. Parecía despreocupado y relajado en mi hogar. Además, no era frecuente que lo viese sin su traje, desarmado y sin defensas. Él, relajándose, sin preocuparse por su apariencia, no era algo normal.

Tirando de la cadena, se lavó las manos en el lavabo. —¿Tienes uno de repuesto? — Abriendo el armario montado en la pared, tomó un cepillo de dientes empaquetado, rompió el sello, añadió dentífrico a su cepillo y se cepilló los dientes. —¿Cómo dormiste?

—Bien, — murmuré sobre las cerdas, esperando a que se retirara antes de escupir los restos del dentífrico mentolado de mi boca.

Alguien reemplazó la puerta del baño. —¿Hiciste eso? — pregunté, volviendo al dormitorio. —La puerta, quiero decir.

Liam verificó la hora en mi móvil. —Tuve a los hombres aquí más temprano. — Agarrando la parte delantera de mi camiseta, me obligó a montar sus muslos. Sus dedos se deslizaron debajo del material holgado para tomar un puñado de mi trasero. —¿Estás bien?

Su despreocupación me desconcertó. —¿No se supone que debes estar en el club?

—Más tarde. — Se dejó caer de espaldas, llevándome con él. —Quería pasar el día contigo.

—¿Quieres pasar el día
—conmigo, — repetí, mirándolo escépticamente. —¿Por qué? — Una comprensión humillante me asaltó. —No, no pretendas que te importo o que sientes lástima por mí, Liam. No soy una carga; no soy una suicida. — Intenté escalar fuera de él, pero su abrazo se tensó. —No necesito vigilancia las veinticuatro horas porque piensas que podría intentar suicidarme otra vez. Fue un momento de debilidad.

—¡Cállate! — Su mano se cerró alrededor de mi garganta, acercándome. —Te gusta poner palabras en mi maldita boca. Estoy aquí por ti, — enfatizó, su voz áspera y resuelta se sintió violenta por mi piel cálida. —Sí, me preocupa. Quiero saber por qué explotaste anoche. — Me giró bruscamente debajo de él, con sus caderas empujando mis muslos para apartarlos y poder acomodarse entre ellos. —Te conozco, — susurró contra mis labios. —Algo sucedió. Sólo te pierdes cuando algo te provoca.

De nuevo, me dejó sin habla.

—Tu amiga se fue temprano al trabajo. — Su mano aplicó presión en mi garganta. —No entres en pánico. Chloe no me vio. — Nuestros labios se rozaron. —Te tengo toda para mí.

Perfilé sus rasgos con ojos curiosos. —¿Qué está pasando? ¿Por qué estás aquí, Liam? De hecho, ¿por qué viniste ayer? — Balbuceé pregunta tras pregunta. —¿Cómo sabías...?

—No sabía nada, — dijo con furia. —Pasé a verte. ¿Qué importa? ¿Desearías que no lo hubiera hecho? ¿Desearías que me hubiera marchado y te dejara lograrlo?

Mi sangre hirvió. —Ya te lo he dicho, no soy una suicida
—

—No, simplemente trataste de ahogarte por deporte, — escupió, desplomándose sobre el colchón a mi lado. —Joder.

Mi corazón se atascó en mi pecho. —Estoy avergonzada, — admití, mordiéndome el pulgar. —No quería que me vieras así.

Liam se apoyó en un codo y extendió una mano sobre mi estómago. Sus ojos evitaban los míos. —Soy un hombre envidiado y despreciado por muchos, — dijo, sus dedos trazando mi ombligo. —Cualquiera que se junte conmigo inmediatamente tiene un blanco en la espalda. Desde que establecí el sindicato, he perdido a muchos hombres a lo largo de los años.

Se estaba abriendo. —Liam...

—Me juré a mí mismo hace mucho tiempo que las mujeres eran sólo un medio para un fin. — Sus ojos buscaron los míos. —No necesito una debilidad, Alexa. — Contuve la respiración. —Es peligroso. Ya discutimos esto, ¿verdad?

No pude controlar la hipertensión completa. No necesitaba confirmación vocal. Él llevaba su adoración en esos ojos hundidos, sin importar cuánto intentara negarlo. —¿Admites que podrías preocuparte por mí?

Me lanzó una mirada significativa. —Ya sabes que sí.

Lo miré incrédula. —Bueno, tienes una manera divertida de demostrarlo, Liam. ¿Esperas que crea que soy especial? No viniste a mi cena navideña para estar con Cherry.

—Nunca la toqué. — Parecía repulsado por la acusación. —Sin embargo, quiero tocarte a ti.

—Liam, — advertí, empujando su pecho mientras escalaba sobre mí. —No voy a acostarme contigo.

Su confiada sonrisa me irritó. —¿Estás segura? — Me agarró entre los muslos, presionando el talón de su mano contra mi sexo. —Puedo hacerlo placentero para ti.

—Todavía no has respondido a mi pregunta. — Respiré por la nariz. —Esquivas responder directamente.

Sus labios provocaron la concha de mi oreja. —¿Cuál era la pregunta?

Incliné la cabeza, mirando profundamente a sus ojos. —¿Por qué estás aquí?

Reflexionó brevemente. —Te extrañé.

Mis pulmones se expandieron. Quería creerle.

Liam me quitó la camiseta, su mirada llena de lujuria se posó en mis pechos. —Estar contigo es incorrecto, — dijo, tomando un pequeño montículo en su mano áspera, mientras su pulgar estimulaba mi pezón. —Seguir contigo es peligroso. — Inclinó la cabeza, girando su lengua alrededor de mi pico erguido, y me succionó en su boca. —Pero no he sobrevivido siendo un ciudadano moral. — Empujando hacia abajo en mis muslos internos, me abrió para él y dejó caer su escrutinio a mi sexo expuesto. —Soy egoísta, exigente, insaciablemente codicioso. — Su cabeza desapareció entre mis muslos, y cuando su lengua se aplanó contra mi clítoris, me doblé para él. —Y siempre consigo lo que quiero.

Un gemido estrangulado salió de mis labios. —Liam. — Alcanzando su cabeza, enredé mis dedos en su cabello. —Mierda.

Sus malévolas caricias con la lengua sacaron gemidos eróticos de mí. Devorándome con una determinada minuciosidad, succionó con fuerza, introduciendo dos dedos dentro para localizar mi punto G. Lo encontró, profundamente, y bombeó dentro y fuera. Su lengua lamía y acariciaba, y su boca succionaba el pequeño bulto, llevándome al orgasmo. Me golpeó como un tren de carga. Mis paredes mojaron sus dedos mientras explotaba contra su boca. —Liam. — Su boca implacable prolongó la tortura climática. —Oh, Dios.

—No. — Retiró su mano, chupó mi excitación de sus dedos y murmuró con aprobación. —Liam Warren.

—Está bien, Lothario. — Admirando su bulto, me mordí el labio inferior. —Quizás te necesite después de todo.

El soltó una risa breve y cáustica. —Pensé que no querías sexo. — Sus manos se apoyaron a ambos lados de mi cabeza, y su mirada recorrió mis rasgos. —Eres jodidamente hermosa.

Mi corazón palpitó.

Deseaba decirle a Liam cuánto lo amaba.

Llámame loca, insensata, irracional y delirante, pero lo extrañaba mucho. —Tú no estás tan mal, Sr. Warren.

Mi pretendida lascivia le ganó una sonrisa divertida. —Vuelve al club, — musitó, y mi sonrisa afectuosa desapareció. —No necesitas trabajar en el Café, sirviendo cafés por un sueldo

irrisorio.

Por supuesto, sabe dónde trabajo. —Soy feliz allí, Liam. — Amo a Grayson, Jace es un amigo potencial, pero preferiría funcionar junto a Josh. Dicho esto, ya no tengo fe en Liam, al menos no lo suficiente como para volver.

¿Qué pasará mañana o al día siguiente?

Su indecisión afectó mucho a mi corazón.

No, yo tengo las cartas poderosas.

Soy autosuficiente e independiente.

No necesito el Club 11.

Él acarició mi mejilla. —¿Qué significa esa mirada?

Fruncí el ceño. —¿Qué mirada?

—Puedo ver el mecanismo de tu cabeza funcionando . — Sus dedos peinaron mi cabello. —Dímelo.

Me mordí el interior de la mejilla. —¿Qué estamos haciendo?

—Estamos probando las aguas, — dijo, y rodé los ojos. —No nos compliques, Alexa. Quiero ver cómo van las cosas.

Decidí jugarle a su propio juego. —No.

—¿No? — inquirió, y contuve mi lengua. —¿Me dirías que no?

No parpadeé. —Sí, en realidad.

—¿Hay alguien más? — preguntó genuinamente, y tuve que chupar mi labio superior para evitar reír. —¿Entonces?

—Quiero decir, ha habido tantos
— — Sus dientes se hundieron en mi hombro. —¡Liam! — Golpeé su trasero. —Eso dolió.

—¿Qué hombre? — preguntó, su seriedad reemplazando el humor fingido.

Incitando intencionadamente al cavernícola autoritario, pretendí hacer memoria. —Oh, bueno, había un hombre que conocí en el... — Sus penetrantes ojos azules ardían con intensa furia y celos sin sentido. —Estoy bromeando, — susurré. —No salgo con nadie aparte de ti, Liam.

—Mentira, — jadeó. —Llamas la atención cuando entras en una habitación.

Levanté la cabeza para darle un suave beso en los labios.

—Cariño, no me tientes con otros hombres a menos que estés dispuesta a firmar su certificado de defunción. — Los músculos de sus hombros estaban rígidos. —¿Entendido?

Contuve el aliento mientras se retiraba de mí.

Liam se levantó de la cama, ajustando sus bóxers. —Hay algo que quiero discutir contigo. — Recogió su traje descartado. —Y luego quiero que te prepares para esta noche.

—¿A dónde vamos? — Bostezando, me bajé de la cama y me estiré. —¿Podemos dejar las conversaciones serias en la puerta por un día? Me gusta este sueño. No quiero despertarme.

Liam miró por la ventana mientras se ponía los pantalones. —Es sobre tu hermana.

Me puse a la defensiva. —¿Qué pasa con ella?

Abriendo la ventana por completo, puso un cigarrillo entre sus labios y prendió el extremo. —Dime cómo escapaste esa noche.

—Te lo dije. Kathy me encontró. — Fruncí el ceño. —No podría decirte qué día o momento era. Sabía que era tarde porque estaba oscuro afuera. La única forma de huir del recinto era nadar. — Recordando el agua helada, froté mis brazos. —Nuestra ropa empapada se había secado para cuando llegamos a la autopista. Fue como respirar por primera vez.

Liam tiró el cigarrillo por la ventana. —Los registros policiales sugieren que Kathy no recordaba nada, — dijo, y retrocedí. —Pero tú sí.

—No sabes quién nos llevó o quién nos retuvo cautivas.

—¿Por qué? — pregunté, sin querer mentir. —Ellos nos ayudarán.

Kathy sollozó en mi oído. —No quiero que se enfade.

—No sé lo que ella les dijo. — Construí una pared impenetrable entre nosotros. —Fue hace mucho tiempo.

Me analizó de cerca. —¿Por qué Kathy intentó matarte esa noche?

—Creo que estaba drogada. — Abriendo el cajón de la mesita, seleccioné una camiseta doblada. —Probablemente sabes más sobre su condición que yo, así que tú dime.

—Heroína y crack, — reveló, y sentí el estómago revuelto. —Cocaína, éxtasis. Puro veneno. Estaba metida en cosas bastante pesadas.

Mi corazón latía con fuerza. —Subestimé cuánto nos traumatizó y afectó nuestro pasado.

—No simplifiques ni minimices las intenciones atroces de Kathy. — Agarró mi barbilla. —No puedo reducir lo que hizo, Alexa.

Me puse la camiseta de algodón sobre la cabeza. —Parte de mí cree que si no admito lo que

hizo en voz alta, entonces no es verdad.

Liam suspiró.

—Flamur autorizó nuestra fuga, — admití, y él me miró dos veces. —Kathy no me salvó. Quería alejarme de él.

Se quedó sin habla.

—Nunca entenderé completamente sus razones o motivos
—sólo ella tenía el poder de explicar y completar los espacios en blanco
—pero es evidente que se enamoró de nuestro captor y se convenció de que yo era una amenaza.

—Supongo que, de alguna manera, tenía razón. Él me tenía cariño. Yo era su favorita.

—Lo que no puedo comprender, sin embargo, es cómo no lo vi. Ni una sola vez, a lo largo de los años, me sentí amenazada por Kathy. A mis ojos, ella era inofensiva.

—¿Hasta la noche en que reapareció?

O cuando me persiguió en la calle. —Sí. — Su actitud impasible me dejó atónita. —No estás sorprendido.

—No, estoy al tanto del romance de Kathy con Bajramovic. De hecho, por eso quería hablarlo contigo. — Sus nudillos rozaron mi mejilla. —Sentí que tenías derecho a saberlo, pero parece que estás más enterada de lo que pensaba. Sin embargo, tengo otra pregunta. ¿Por qué mantuviste la malevolencia de Kathy alejada de mí?

—Como dije, no quería creer que su crueldad nacía de los celos. Mi hermana mayor eligió a un monstruo sobre mí. — Bajando hasta una rodilla, recuperé el diario de debajo de la cama. —Después de hablar con... — Pensé en Josh, pasando páginas. —Encontré el diario de Kathy.

Liam tomó el diario de cuero desgastado. —¿Has leído todo esto? — Sus ojos recorrieron los pasajes desordenados. —¿Cariño?

—Casi. — Crucé los brazos. —Es difícil de leer.

—No es verdad. — Señaló el párrafo. —Nunca pasé la noche con ella. — Pasando la página, leyó la siguiente entrada. —Ella quería que leyeras esto.

Mi ceño se mantuvo fruncido. —¿Cómo puedes estar tan seguro?

—¿Por qué más fabricaría nuestra relación? — Sus dedos anillados se detuvieron en la página. —Todo esto, — gesticuló con rabia, —es para molestarte.

No estuve de acuerdo. —Kathy era incapaz de prever nuestro encuentro, Liam.

—¿De verdad? — Insistió. —¿Por qué viniste a mí?

—¿Qué quieres decir?

—Deliberadamente buscaste mi atención, — me recordó. —¿Formulaste suposiciones por ti misma, o te llevaron a creer que yo era la respuesta a todas tus plegarias?

Me quedé sin palabras.

—La perra de tu hermana sabía que vendrías tras de mí para encontrarla —dijo lo impensable —. Kathy esperaba que yo te matara.

Un escalofrío instantáneo recorrió mi espalda. Estaba a punto de discutir, pero en el fondo sabía que tenía razón.
—Liam
—oye
—lo llamé mientras salía enfurecido del dormitorio
—. ¿Adónde vas?
—Lo seguí por el pasillo
—. ¿Liam?

Liam abrió la puerta principal y subió por las escaleras.

Lo perseguí hasta el jardín comunitario.

—¿Qué estás haciendo?

—Encendió una llama y la arrojó en el contenedor de acero

—. ¿Liam?

—Cuando arrancó páginas del diario y las lanzó a las llamas que lengüeteaban, vi rojo

—. ¡Liam! No puedes hacer eso. Es de mi hermana...

—Era —me corrigió, observando cómo las páginas crujían y se quemaban en el improvisado incinerador —. Kathy está muerta y nunca regresará. No necesitas indagar en su retorcida perspectiva.

Me tambaleé a su lado, viendo cómo las páginas gastadas por el tiempo se desmoronaban ante mis ojos.

—No tenías derecho...

—Me agarró del codo y me arrastró de vuelta al edificio

—. ¡Liam, déjame!

—Me retorcí contra él, pero me venció fácilmente, levantándome los pies del suelo y llevándome al piso

—. ¡No quería que hicieras eso! Nunca terminé de leer...

—Su boca tomó la mía, algo que hace para hacerme callar

—. Liam

—gemí, escuchando la puerta principal cerrarse detrás de nosotros

—. Borrar recuerdos es imposible. La amo sin importar nada.

Dentro de mi dormitorio, me respaldó contra la pared.

—Déjala ir.

—Sus labios rozaron los míos mientras buscaba a ciegas en el armario

—. Me gusta este.

—Rasgando la etiqueta de precio con sus dientes, me entregó el minivestido de satén rojo

—. Date una ducha y prepárate para que pueda sacarte a pasear.

No hay manera de razonar con este hombre.

—¿Adónde me vas a llevar?

—Voy a alimentarte —dijo, y juro que había un dejo de insinuación en su suave voz.

—¿No es este vestido un poco corto para un restaurante? Lo compré para ir de fiesta.

Con una sonrisa lobuna, se puso la camisa blanca, dejándola desabotonada.
—Lo llevas por mí.

Me peleé con el vestido rojo.
—Sobre anoche
—dije cautelosa
—. Tenías razón. Me sentí muy alterada.

Liam pareció complacido de que confiara en él.
—Continúa.

—Encontré una caja en el felpudo. —Abriendo la gaveta de mi mesita de noche, sostuve el sobre contra mi pecho, algo protegida —. Liam, me humillan estas fotos. Quiero mostrártelas porque creo que podrían ayudarte a localizar a Flamur. Pero por favor, si puedes evitarlo, pasa por alto el contenido nauseabundo.

Sacó las fotos polaroid del sobre. Si le repugnaron, no lo mostró.
—¿Confías en mí respecto a esto?
—preguntó, y me di cuenta tardíamente de la blancura de sus nudillos
—. El fondo es útil. Sin embargo, necesitaré que los hombres cooperen.

Asentí.

—Eras una niña. —Guardando las fotos, puso una mano sobre su boca —. Cuando lo mate, porque lo mataré, ten por seguro que lo haré por ti. —Sus ojos se cerraron brevemente —. Eres una mujer increíble, señorita Haines. —Besó la arruga entre mis cejas —. Si tan sólo pudieras ver lo que yo veo.

Tomé su mano y pasé mi pulgar sobre sus nudillos.
—¿Debo encontrarte en el club?

—No, pasaré a recogerte en tres horas. —Terminó de vestirse, guardando el sobre en su bolsillo —. Ponte el vestido.

Liam salió del edificio.

Todavía sonreía horas después.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Liam

Me duché, me puse un traje de tres piezas hecho a medida y me dirigí a la mesa de conferencias de caoba pulida donde me reuní con los hombres y nuestros dos invitados, el superintendente jefe Reginald Burton y Gregory Millan. Greg se especializaba en joyería exquisita. Es un gemólogo calificado, orfebre, relojero, grabador, engastador de diamantes y el proveedor de servicios más confiable del sindicato. Tiene casi ochenta años y usa un bastón de madera para moverse, pero el viejo, que caminaba con cansancio, se desplazaba a todas partes.

—Warren. —Greg desenrolló el terciopelo negro del lote invariable de cadenas —. Cien como se ordenó. —Levantó la cadena de cuerda de oro blanco con corte de diamante, exhibiendo su placa militar grabada —. Supongo que has contratado a nuevos hombres.

—El jefe siempre está al acecho —arrastró Nate, relajado en la silla de cuero —. Es parte del trabajo: reclutar, reemplazar.

—Ganas algunos, pierdes otros. —Brad le entregó la aglomeración de cadenas, anillos personalizados y pulseras de eslabones cubanos con diamantes, presentándolos sobre la mesa —. Es así de simple.

—Has solicitado mis servicios mucho últimamente, Warren. —Reginald aspiró un cigarro grueso, envolviéndose en una densa nube de humo —. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Flamur Bajramovic. ¿Por qué eso no avanza?

—Perseguí pistas. —Reginald miró a Nate —. Tu correo electrónico decía que el señor Bajramovic regresó a Albania, pero no hay evidencia que pruebe que abordó un vuelo. Tengo

todas las razones para sospechar que sigue en Londres.

Saqué las imágenes polaroid de mi chaqueta y las deslicé una a una por la mesa.
—¿Qué puedes ver?

Alexa se puso nerviosa anoche. Casi entro en su dormitorio, pero me cerró la puerta en la cara. Se oyeron movimientos apresurados. Momentos después se enfrentó a mí, con su figura oculta en una camiseta de gran tamaño, y se hizo a un lado para dejarme pasar la noche. Sentí que algo estaba mal. En ese momento, asumí que había ropa tirada por el suelo o la cama sin hacer, y luego, mientras me quitaba el traje, noté el cajón de la mesita de noche entreabierto. Sabía que escondía algo en ese cajón. Si no hubiera hablado, había planeado comprobarlo yo mismo. Pero me sorprendió. En lugar de hurgar, habló voluntariamente sobre las imágenes y me dio permiso para usarlas.

—No, joder, no. —Nate tiró la foto a un lado —. Te pone la piel de gallina. — Fulminó a los hombres con la mirada —. Soy muchas cosas, pero con los niños no se jode, hombre.

Las imágenes innombrables y repugnantes de la infancia de Alexa evocaron recuerdos desagradables en Nate. Después de todo, su hermana era producto de la violación infantil.

Reginald ajustó sus gafas de montura dorada.
—¿Cómo conseguiste esto?

—Creo que Bajramovic se las envió a Alexa —murmuré, encendiendo un cigarrillo.

—Yo era uno de los detectives que llevaban el caso de las Haines —me informó Reginald, y mi interés se despertó —. Tenía la sensación de que no eran del todo honestas con nosotros en aquel entonces. La hermana mayor, en particular, no era comunicativa. —Volteó las imágenes —. Hasta el día de hoy, nunca comprenderé sus motivos.

—Kathy se encariñó con su captor de la infancia. Le dijo a Alexa que mantuviera la boca cerrada antes de las entrevistas de investigación. La reticencia de Alexa a hablar es comprensible. Todavía era una niña. No sabía nada mejor.

—Creo que Alexa quería justicia —dijo Reginald, tomando un generoso sorbo de bourbon —. No podía recordar incidentes importantes. Los psiquiatras determinaron un trauma psicológico o algún elemento de amnesia disociativa.

Las cejas de Nate se fruncieron, confundido.
—¿Alexa no recordó nada?

—Aspectos —retornó, el cigarro pinzado entre dos dedos anillados —. Alexa nos dijo dónde dormía, qué comía y qué insectos merodeaban las paredes. Sin embargo, no pudo darme nombres, descripciones ni marcos temporales. Incluso identificar características fue prácticamente imposible para ella.

Gregory arrugó la nariz ante las polaroid.
—Sólo soy un orfebre
—dijo , con las líneas de arrugas apretando sus ojos
—. Esto no es mi fuerte.

Hice un gesto con la mano hacia la puerta.
—Eres libre de irte.

Se levantó de su asiento, su mano delicada aferrándose al mango del bastón de madera mientras se tambaleaba para ponerse de pie.
—Tu compra final.
—Colocó una pequeña caja de cuero negro junto a las cadenas militares y me agarró del hombro, con su piel translúcida, salpicada de lentigos solares
—. ¿Ella es especial?
—Su voz era gruesa y ronca mientras hablaba
—. ¿Diseñaré más para esta mujer en el futuro?

Brad miró la caja con intensa sospecha.
—¿Quién?

—No es asunto tuyo. —Arrebaté la caja antes de que obtuviera alguna idea, guardándola en mi bolsillo del pantalón —. ¿Por qué estás ahí mirándome? Recoge las fotos y haz tu trabajo.

Los músculos de su mandíbula se tensaron.
—No estoy interesado en mirar a una niña complaciendo a un maldito pedófilo.

Greg apretó mi hombro.

—Hasta la próxima, Warren.

—Se inclinó con su gorra de cuadros hacia los demás y salió de la habitación con la ayuda de dos miembros de seguridad.

—Sobre las pruebas —mostré una imagen —, omite la intención del captor y examina el fondo. En esta, puedes ver un paisaje a través de la ventana: vegetación, bosques, un refugio Anderson de aspecto arcaico. —Seleccioné otra —. En la cocina, sobre la mesa: alcohol extranjero, barajas de cartas, contenedores de comida para llevar.

Brad arrebató la imagen.

—Emblemas personalizados.

—Señaló las cartas de juego

—. Pertenecen a un club.

Nate se acercó al lado de Brad.

—Reconozco ese logotipo. Hay un pequeño pub en Brixton con un club de odio organizado. Racistas de mierda.

—Sí —apagó el cigarro en el cenicero —. Un supuesto grupo secreto de supremacistas blancos, que aboga por posiciones extremistas reaccionarias, el nordicismo y la anti-inmigración.

Le dirigí una mirada mortal.

—¿Por qué la Fiscalía de la Corona no los ha castigado por delito de odio?

—Es una presunta —sociedad — secreta, Warren. No puedes llevarlos a juicio sin pruebas.

Exhalé humo y apagué el cigarrillo.

—¿Estás familiarizado con los conserjes residenciales en los alrededores de Brixton, principalmente de la secundaria Cainsbury? ¿Y ha habido un aumento de personas desaparecidas recientemente?

Reginald pensó por un momento.

—Sí, a ambas.

—El conserje que patrulla Cainsbury es un narcisista cómplice. Supuestamente, es el

compañero en el crimen de Bajramovic. Ofrezco rumores infundados, pero si presentas una declaración jurada a los tribunales superiores y convences al juez de hacer una orden de allanamiento, es probable que descubras víctimas de trata de personas. —Me levanté, ajustando mis gemelos —. Sin embargo, las probabilidades están en tu contra. He oído que los albaneses planean llevar a esas chicas jóvenes a Tirana para subastarlas.

—Me sorprende que no hayas actuado tú mismo, Warren.

—Soy un hombre ocupado. —Curvé mi ceja —. Agradéceme la advertencia anticipada y vete.

—Gracias, Warren. —Reginald se dirigió hacia la puerta —. Un placer, como siempre.

Esperé hasta que Reginald estuviera fuera de vista.
—Tengo una cita esta noche
—informé a los hombres, y ambos me miraron con destellos interrogativos en sus ojos contrastantes.
—. Quiero que encuentren al grupo supremacista blanco y hagan preguntas. Averigüen cuál es la conexión entre ellos y Bajramovic. ¿Quién sabe? El albanés podría estar viviendo en el sótano, así que pongan el lugar patas arriba.

Nate me observó.
—¿Has olvidado que soy mestizo?

—¿Desde cuándo te importan los privilegios de bienvenida? —Provoqué sus demonios interiores —. Asegúrate de que esos racistas hijos de puta se arrodillen y besen tu maldita bota antes de que quemes ese agujero infernal.

***

Aparqué el Bentley frente al edificio de pisos de Alexa. En verdadero estilo de cita, fui a su puerta, llamé y esperé a que me honrara con su presencia. Por supuesto, la mujer impuntual se tomó su tiempo. Miré el reloj de pulsera Patek Philippe, exhalé un suspiro de exasperación y me apoyé en la barandilla.

—Un segundo. —El golpeteo resonó dentro del piso antes de que apareciera en la puerta —. Hola —dijo con emoción desbordada —. Estás aquí. —Su rostro se arrugó —. Quiero decir, te ves bien.

Alexa me dejó sin aliento. El satén rojo abrazaba su figura. Tacones de quince centímetros sostenían su elegancia. Su largo cabello oscuro, alisado en lugar de sus rizos naturales, caía suave por su espalda. Admiré abiertamente sus piernas, las finas tiras y el escote pronunciado, y capturé sus ojos en un largo y apasionado intercambio.

Mi nuez de Adán se movió.

Giro el tallo sin espinas de la rosa roja entre mis dedos pellizcados. —Señorita Haines, — murmuré, y, en tres zancadas, me erguí sobre ella. —Te ves deslumbrante.

Incapaz de esperar hasta más tarde, me acerqué y besé la comisura de sus labios pintados de rojo. Sus pestañas se cerraron en éxtasis. Sin embargo, nunca aparté mi mirada de su hermoso rostro.

El semblante de Alexa estaba teñido de carmesí por la timidez. —¿Adónde vamos? — preguntó mientras aceptaba la rosa. —Quizás debería coger una chaqueta.

—No hace falta. — Nuestros dedos se entrelazaron. —Espero que tengas hambre.

—No he comido en todo el día, — mintió, y yo sentí la diversión en mi estómago. —Vale, tal vez comí un poco.

Alexa estaba nerviosa, así que su parloteo se prolongó mientras la acompañaba al Bentley aparcado. Llevar a alguien a una cita es algo sin precedentes. Tenía que cumplir. Tenía que hacerlo bien. De manera caballerosa, desbloqueé la puerta del lado del pasajero y, rozando mi pulgar contra sus nudillos, la ayudé a tomar asiento. —Gracias, — dijo, abrochándose el cinturón de seguridad.

Cerré la puerta y vacilé.

Puedes hacerlo, Warren.

Me dejé caer detrás del volante, encendí el motor y me alejé de la acera. El silencio asfixiaba el aire entre nosotros. Me relajé contra el asiento de cuero para ponerme cómodo. La rosa yacía sobre sus muslos. Cambiando de marcha sin prisa mientras conducía por la carretera principal, bajé mi mano izquierda a su pierna y sentí la piel de gallina bajo mi palma.

Alexa me miró de reojo, y luego, tímidamente, cubrió mi mano con la suya.

Quince minutos después, giré el Bentley hacia el rascacielos y aparqué en el subterráneo. Tenía suficiente dinero para llevar a Alexa a restaurantes de cinco estrellas para una cena elegante, sin embargo, seleccioné el ático por la exclusividad romántica.

Sus ojos recorrieron la vasta extensión de concreto. —¿Olvidaste algo?

—No, — dije, y salimos del coche al unísono. —Este es el lugar donde te traigo. — Si estaba insatisfecha con los planes para la cena, no lo demostró. —¿Estás decepcionada?

Alexa inhaló el capullo de rosa. —No, estoy bien.

Nos dirigimos al majestuoso vestíbulo y esperamos el ascensor. Cuando las puertas de acero se separaron, Alexa entró primero. Pasé la tarjeta llave, presioné el botón del ático y miré su reflejo en el espejo envolvente mientras ascendíamos.

Pete, el chef francés contratado, aguardaba nuestra llegada. Alexa dejó el clutch y la rosa en el mostrador de mármol de la cocina, y una pregunta sin pronunciar se veía en sus ojos. —Pete, me gustaría presentarte a mi cita para esta noche, — dije, y el hombre que trabajaba en la cocina besó sus dedos. —Alexa.

—Hola, Pete, — dijo cortésmente, y reprimí la alegría. —Tu cocina huele maravilloso.

—Mademoiselle. — Pete se apresuró hacia ella con una cuchara de madera. —Debes probar la sopa.

Alexa estaba lista para declinar. —Puedo esperar
— — Él introdujo el caldo en su boca, y ella le dio un pulgar arriba. —Maravilloso. Gracias.

Pete llevaba un delantal blanco y dorado bordado atado a la cintura. Su cabellera gris desgreñada sobresalía de debajo del nudo de tela envuelto alrededor de su cabeza. —¿Tienes alguna alergia?

Alexa negó con la cabeza. —No
—

—Bien. — Regresó a lo suyo. —No atiendo a personas quisquillosas. — Las excentricidades del hombre dejaron a la mujer perpleja. —Lo prepararé en breve, señor Warren.

—Tómate tu tiempo. — Coloqué una mano en la parte baja de la espalda de Alexa y la incité al balcón. —Cenaremos afuera.

Una mesa de bistró envuelta en seda blanca, cubiertos de plata y pétalos de rosa se alzaba contra la pintoresca vista nocturna de Londres. Velas pre-encendidas titilaban desde el candelabro antiguo y el champán en hielo completaba el ambiente romántico.

—Liam, es perfecto. — Alexa se sentó. —Me encanta. Gracias.

Destapé el corcho del champán y vertí efervescencia en altas copas de flauta. —Para ti. — Le ofrecí la copa. Sus dedos se enrollaron en el delicado tallo. —Alguien podría haber ayudado.

Alexa sonrió. —Lo sospechaba.

Finjí estar ofendido. —¿Me crees incapaz?

—Bueno, no puedo imaginarte haciendo recados.

Touché. Encontré su pierna bajo la mesa, levanté su pie con tacón hasta mi muslo y acaricié su tobillo con el pulgar. No tengo experiencia en el campo de las citas. —Me está costando mucho esfuerzo no follarte en esta mesa.

El rubor subió a sus mejillas. —Y arruinar el entorno de la cena.

—A la mierda los platos de porcelana. — Había un toque de diversión en mi voz áspera. —Quiero que te inclines para poder marcar ese trasero tuyo.

—No estoy lista para acostarme contigo otra vez.

—Sigues diciendo eso. — Desabroché la correa de su tacón. —Pero puedo sentir tu deseo desde aquí.

Alexa bebió de golpe el champán para apagar la sed. —No sé de qué hablas.

—Deliberadamente te dejaste la ropa interior, — señalé, habiendo visto un atisbo en la abertura lateral del material anteriormente. —¿Por qué?

—Una mujer que prescinde del encaje no es una indicación sexual, Liam.

Desabroché su otro zapato bajo la mesa. —Dime, si pongo mis dedos entre tus muslos, ¿encontraré una entrepierna empapada?

—Liam. — Alexa se sonrojó intensamente. —¿Por qué eres tan grosero? No, — mintió, aunque quería que esas insinuaciones lascivas se hicieran realidad. —Estoy más seca que una monja.

Sonreí con malicia. —No puedes mentirme, Alexa.

Ella estalló en carcajadas.

Mi sonrisa cayó. —¿Por qué te ríes?

Alexa me mordió el labio inferior. —Simplemente porque sí, Liam.

Pete presentó nuestro primer plato. —Sopa de cebolla francesa. — Colocó los cuencos con las porciones en la mesa. —Disfruten.

Observé a Alexa apartar la guarnición para saborear las ricas y tiernas cebollas caramelizadas. —Esto está delicioso, — dijo con un suave gemido.

—Espera hasta que pruebes el postre, — dije en un tono calmado pero sugestivo. Mi coqueteo tuvo el efecto opuesto. Su semblante gris reflejaba incomodidad. —¿Qué pasa?

—Nada. — Sus hombros se alzaron en una inhalación. —Entonces, — cambió de tema, —sabes todo sobre mí, Liam. ¿No es momento de que te abras sobre ti mismo?

—¿Qué quieres saber? — Mis hombros se cuadraron como un mecanismo de defensa automático. —Soy un hombre de negocios.

—Un criminal de carrera, — agregó, y encogí los hombros de manera arrogante. —Liam, estoy familiarizada con tu estilo de vida y tus negocios.

Rellené nuestras copas.

—¿Y sobre cosas personales, entonces? — preguntó algo timidamente.

—¿Cuál es tu historia? ¿Dónde creciste? ¿Tus padres siguen vivos? ¿Tienes hermanos?

Le lancé una mirada feroz. —No.

Alexa parpadeó varias veces. —Oh, está bien. ¿Acaso
—

—No. — Aparté la sopa sin terminar.

—Vale. — Arrugó la nariz. —Bueno, ¿qué tal cuando eras
—

Mi sangre hirvió. —No.

—Joder, Liam, — protestó. —Si no quieres decirme nada, está bien. ¿Por qué tienes que ser

tan grosero?

—No soy grosero, Alexa, pero no me interesa hablar sobre mi pasado.

Pete cambió los cuencos de sopa por nuestro segundo plato. —Coq Au Vin.

Alexa mordió su mejilla interior. —Es un poco injusto, ¿no crees? Lo sabes todo sobre mí.

—No soy un maldito mártir, — dije con frustración. —Déjalo, Alexa.

—¿Qué estás diciendo, Liam? — Sus fosas nasales se ensancharon. —¿Que soy una mártir?

—¿Qué? — Maldije bajo mi aliento. —Eso no es lo que quise decir.

—¿En serio? — Su pierna se retiró de mi muslo. —Lo insinuaste.

Pete asomó la cabeza al exterior. —¿Les gustaría sus postres, señor Warren?

—Estás despedido, — respondí, y luego, tras una breve pausa, miré a la mujer enfurecida. —Crecí en el sistema. No conozco a mi padre. — Evité su mirada curiosa. —No recuerdo a mi madre. Según me dijeron, era una yonqui de la heroína, una prostituta. Recuerdo que alguien mencionó que murió antes de que los servicios sociales intervinieran y me llevaran a un hogar de acogida. — La oscuridad tiñó los recuerdos. —Me moví de un lado a otro por un tiempo, o hasta que supe lo suficiente.

Alexa luchó por leer entre líneas. —¿Dónde están tus padres adoptivos?

—¿Cuáles? — pregunté mientras innumerables caras pasaban detrás de mis párpados. —Aprendí a valerme por mí mismo a una edad temprana.

—¿Cuántos padres de acogida hubo? — sondeó, y la miré con dureza sobre el borde de la copa de champán. —Hablas como si hubieran sido muchos.

Permanecí impasible mientras hablábamos. —Perdí la cuenta.

Alexa parecía emocionalmente destrozada. Desolada por lo que había compartido, terminó el último sorbo de champán en su copa y luchó contra el impulso de consolarme.

Me desplomé en la silla. —No hagas eso.

—¿Hacer qué? — Se puso pálida ante la dureza de mi tono. —No estoy haciendo nada.

—Hostia puta. — Tiré el tenedor sobre la mesa. —No necesito ni quiero tu compasión, Alexa.

—¿Sabes qué? — Lanzando la servilleta sobre el plato, se levantó abruptamente y se dirigió hacia el interior. —Voy a dar por terminada la noche.

Joder. —Espera, — La llamé, mientras las patas de la silla rasguñaban el suelo mientras me ponía de pie. —Alexa.

Me precipité hacia el interior del ático. Alexa ya estaba casi en la puerta principal. Sus pies descalzos resonaban en el suelo de mármol, habiendo dejado sus zapatos en el balcón.

—Espera, — dije, desesperado por que me escuchara, por tener una oportunidad. —Lo estoy intentando. — Se detuvo cerca de la puerta, de espaldas a mí. —Meteré la pata muchas veces más. Te enfureceré. Te frustraré. Te romperé el corazón. — Sus ojos encontraron los míos desde el otro lado de la habitación. —Pero quiero ser un mejor hombre para ti.

La espalda de Alexa se apoyó en la puerta cerrada. —Valgo más que un hombre que me aterrorice.

Estoy enamorándome de esta mujer.

Cuando la miro, siento que mi corazón está siendo atacado. —No soy una amenaza para ti.

Mis ojos la invitaron a que se acercara.

Alexa se separó de la puerta. Ambos estábamos de pie en los extremos del mesón de granito, con sus dedos extendidos sobre el mostrador de piedra. —¿Empezamos de nuevo?

Le hice un breve asentimiento.

Una sonrisa traviesa apareció en su rostro. —Pregúntame.

—Alexa, me gustaría que te quedaras. — Metí las manos en los bolsillos del pantalón. —¿Te quedarás aquí conmigo, quiero decir?

—Sí. — Su respiración salió en un suspiro. —Sólo porque lo pediste amablemente.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Liam

Apagué las velas en el balcón, tiré los restos a la basura, llené el lavavajillas con los platos sucios y abrí una botella de vino blanco.

Alexa ocupaba el salón. Admiraba la vitrina de cristal que exhibía fundas de vinilo y recuerdos guardados de mis años juveniles. —Tienes una gran colección, — dijo, leyendo los delgados lomos. —¿Madness?

—El favorito de Brad. — Le entregué la copa de vino. —Junto con Dexys Midnight Runners y The Proclaimers. Tiende a invadir mi vida.

Sonrió con cariño. —¿Brad vive contigo? Pasaba mucho tiempo... — Cuando vivía aquí, terminé mentalmente. —En la habitación de invitados.

—No, Brad tiene un lugar al que llamar suyo. Aunque, bien podría vivir aquí porque nunca duerme allí.

Alexa seleccionó un estuche y pasó su dedo sobre la letra pequeña. —Nunca te imaginé como fan de Il Divo.

—¿Qué te dio esa impresión? — Quitando el disco de la funda, lo coloqué en el tocadiscos de estilo antiguo. —¿En qué momento se le permite a un hombre apreciar la música clásica sin ser juzgado? O cualquier música, para el caso.

Ella sorbió el vino. —Supongo.

—Isabel es mi favorita. — La observé mientras veía rotar el disco, y cuando la voz barítona de Carlos Marín alcanzó su punto álgido, la piel de gallina erizó sus brazos.

Alexa se sorprendió por los instrumentales y las poderosas vocales. —Es hermosa.

—Sí. — Me refería a ella. Levanté la aguja y devolví el vinilo a su funda. —Ven. — Colgando mi chaqueta del traje en el respaldo del taburete, me dirigí a la cocina. —Siéntate para que pueda alimentarte.

—Creo que he comido suficiente por una noche. — Subiéndose al taburete alto, colocó su vaso en el posavasos de pizarra. —Me encanta este detalle. — Sus dedos investigativos tocaron la encimera de mármol. —No cabe un alma en mi cocina.

Desabotoné las mangas de mi camisa, las enrollé hasta los codos y saqué el postre del frigorífico estilo americano. —Probablemente haya probado todos los postres bajo el sol. — Desenvolví el plástico del empaque. —Pero nada supera los profiteroles de Tesco. — Poniendo la olla de chocolate en el microondas, configuré los minutos. —¿Cuál es tu favorito?

Alexa mordisqueó la esquina de su labio. —Sorbete de limón.

Mis ojos rodaron. —Básicamente, cualquier cosa que se parezca al helado.

Ella me mostró una sonrisa cómplice. —Básicamente.

—Eres fácil de complacer. — Sacando el recipiente del microondas, rocié la salsa de chocolate derretida sobre nuestro plato. —Para ti.

Sus ojos se abrieron con un drama de alegría. Frotándose las manos, inspeccionó cada bola de crema. —Espero que estemos compartiendo.

—Son una misma cosa, — bromeé, pero ella eligió la más pequeña. —Debería imaginar que todas saben igual de satisfactorias.

—¿No vas a comer tú también? — preguntó, chupando la crema de su pulgar.

Vertí Jameson en un vaso de cristal. —Tal vez después.

—Quieres engordarme, — bromeó, mordiendo otra masa de choux. —Sé que hay una agenda oculta, Sr. Warren. Quieres algo de carne en mi delgado trasero, ¿verdad?

Maldición, ni siquiera sé por qué dijo esas palabras despectivas. Alexa es delgada en comparación con las mujeres que normalmente persigo, pero tiene un trasero pecaminoso, uno en el que me gustaría hundir mis dientes. —No quiero que cambies. — Limpié chocolate de sus labios con mi pulgar. —Me gustas tal como eres.

—Gracias. — se deslizó del taburete. —Está bien, entonces tengo intenciones traviesas.

—¿De verdad? — Intenté no reír pero fracasé miserablemente. —Sigue.

Sus ojos recorrieron la habitación en busca de algo. —Oh, Dios. ¿Por qué estoy tan nerviosa?

Mi sonrisa desapareció. —¿Qué pasa?

—No, Liam. — Sus mejillas estaban brillante rojo. —De acuerdo, sólo voy a — — Agarró mi mano y me llevó al sofá en forma de U. —¿Puedes sentarte para mí?

Miré el conjunto de cuero. —¿Qué está pasando?

—¿Recuerdas cuando dije que soy inexperta y... — Ella nerviosamente se retorcía los dedos juntos. —Mierda. Me estoy avergonzando, ¿verdad?

Antes de que se alejara, capturé su muñeca, la atraje cerca y presioné un suave beso en sus labios. —¿Estás esperando mi permiso? — pregunté, discerniendo su dilema. —Soy un participante dispuesto, nena. Toma lo que quieras de mí.

Su expresión angustiada tiró de mis fibras del corazón. —No quiero decepcionarte.

—Nunca podrías decepcionarme. No te estoy juzgando, Alexa. Dime lo que tienes en mente.

Ella exhaló un suspiro. —Me siento estúpida.

—Cierra los ojos, — ordené, y ella obedeció, cerrando lentamente los ojos. —Háblame.

—Quiero recrear la entrevista, — dijo en voz baja, y mi corazón palpitó. —Reescribir lo que sucedió.

—Dime, Alexa. — Deshice el lazo de satén detrás de su espalda y, con movimientos lentos, bajé las tiras de sus hombros hasta que sus perfectos pechos se revelaron. —¿Qué ocurrió realmente en la entrevista?

Con dedos temblorosos, comenzó a desabotonar mi camisa. —Te complací.

—Me complaciste. Pensé en ti toda la noche.

—De igual modo. — Eso me ganó una sonrisa. —En la entrevista, no era una pésima bailarina. De hecho, en mi mente, era tu favorita.

La esquina de mi labio se contrajo. —¿Estamos hablando de baile aquí o…? — No tenía idea de hacia dónde iba con este papel aleatorio. —Espero que no te refieras a las mujeres del club.

Alexa desabrochó mi cinturón y lo sacó de las trabillas. —En general. — Evadía cuando se le hacía preguntas directas. —Quiero ser tu persona favorita.

Palpé su mejilla. —Deja de dudar de ti misma y termina esta entrevista sensual.

Alexa abrió los ojos y, con mucha lentitud, , el vestido cayó a sus pies. Magnífica, pensé mientras catalogaba cada pulgada de su cuerpo impecable. Me senté, y cuando ella descendió a sus rodillas entre mis muslos, dejé de respirar. —No tienes que hacer esto, — dije, esas imágenes contaminadas resaltando por qué había evitado el sexo oral. —Me complaciste de más maneras de las que admití.

Bajo las luces del techo, esos matices avellana se veían más verdes, más vidriosos. Alexa extendió sus manos sobre mis muslos.

Eliminando mi camisa, la tiré en el reposabrazos, y todas las prendas de ropa siguieron hasta

que quedé desnudo para ella. —¿Qué pasa ahora?

Alexa aún no ha mirado mi pene erecto, pero soy demasiado consciente del dolor que descansa en mi parte baja del vientre. Con las manos posicionadas en mis muslos, se acercó, me miró, y recorrió con su lengua la parte inferior de mi eje, enviando un escalofrío a través de mi cuerpo.

Ha pasado demasiado tiempo desde que una mujer envolvió su boca alrededor de mí. Tener sus bonitos labios ahí abajo me emocionó aún más. He imaginado este momento demasiadas veces, lo he anhelado.

Alexa agarró la base de mi pene, apretó y tiró hacia arriba, extendiendo con su pulgar el líquido preseminal sobre la corona hinchada. Y luego, con la lengua aleteando en la cabeza engrosada, chupó, saboreó y gimió en aprobación.

Los músculos en mis muslos se tensaron.

Estaba a su completa merced.

Un gemido satisfecho salió de mis labios. Reuní el cabello lustroso de Alexa en una mano, manteniéndolo fuera de su cara, y vi cómo sus labios se separaban para llevarme hasta el fondo de su garganta. —Es una idea equivocada común, — dije ronco. —Las mujeres piensan que los hombres necesitan follarse sus bocas para eyacular, pero ese no es el caso. Tu apreciación hace más por mí que tu reflejo nauseoso. — Mi mano se aferró a su mandíbula. —Olvida lo que piensas que podría complacerme. Sé tú misma.

Alexa me acarició de la base a la punta. Su boca se cerró alrededor de mí, saboreando, succionando, lengua aplanándose. Pura éxtasis se dispersó por mis venas ardientes. Su hermoso rostro magnetizaba el deseo ardiente que sentía. Mi pene se contrajo en su mano acariciadora, y una gota de semen se filtró en su hábil lengua, que lamió con entusiasmo.

—Mierda, — escupí entre dientes apretados, la cuerda de músculos tensándose en mis brazos y abdomen. —Me estás matando. — Sus ojos encontraron los míos una vez más, y mi corazón se derrumbó. —Me estás matando, — susurré, sucumbiendo a esta pasión gravitacional entre nosotros. —Ven aquí, Alexa.

Una evidente confusión torció sus rasgos. Mi pene cayó de su boca con un chasquido

húmedo. —¿Hice algo mal?

La atraje a mi regazo. —Eres perfecta, — murmuré, ayudándola a ponerse a horcajadas sobre mis muslos. —Estuve cerca.

—¿No es ese el punto? — bromeó, sus brazos envolviendo mis hombros. —Estaba deseando saborearte.

—No quiero usar condón ni retirarme. — Quiero nada entre nosotros, pensé. —Estoy limpio. ¿Estás tomando algún tipo de anticonceptivo?

—¿Dije que el sexo estaba en la agenda? — Sus labios cubrieron mi mandíbula con diminutos besos. —No te has ganado mi coño

—¡Liam! — La tiré debajo de mí en el sofá y me arrastré sobre su cuerpo sonrojado. —¿Por qué debes manosearme?

—Porque te encanta. — Mi mano cubrió su pecho. —Y esa es la primera vez que has vocalizado explícitamente en mi presencia.

Se mofó. —No es tan explícito.

—Para ti lo es, — repliqué, con las mejillas que me dolían de tanto sonreír.

Sus dedos encontraron la excitación entre sus muslos, y ella acarició su clítoris. —¿Preferirías que dijera, jardín de la dama?

—No arruines este momento para mí. — Besando la línea entre sus pechos, chupé la piel tensa alrededor de su ombligo y, empujando sus muslos, abriéndola completamente, susurré un beso a su vello púbico recortado. —Desnúdate para mí.

Alexa exhaló un aliento tembloroso. Sus dedos separaron sus labios carnosos para que yo pudiera pasar mi lengua por su punto sensible. Su columna se arqueó, y yo aferré sus caderas, inmovilizándola mientras se frotaba descaradamente contra mi boca. Los jugos cubrieron mis labios. La devoré, succioné su dolor pulsante, y saboreé la excitación en sus dedos. Mi lengua latió una vez más. —Estás cerca.

Sus uñas rascaron mi cabello despeinado. —Estoy tomando la píldora.

Reuní a Alexa en mis brazos y, con las manos agarrando su trasero, la llevé al dormitorio principal. Pateé la puerta detrás de nosotros, cubriéndonos en soledad oscurecida, y colapsé en la cama.

Alexa se sentó a horcajadas sobre mi cintura.

Mis manos alisaron sus muslos. —Te compré un regalo de cumpleaños tardío. Está en el cajón.

—Me compraste un regalo, — chilló, inclinándose sobre mí para abrir el cajón de la mesita de noche. —No tenías que hacerlo. — Sosteniendo la caja de terciopelo entre nosotros, abrió la tapa, y sus ojos se abrieron un tanto. —¿Qué es esto?

Mi espalda descansaba en el cabecero. —Compro diamantes similares para los hombres. — extraje el collar de la almohadilla de terciopelo. —Cada uno tiene un número permanente. Al seleccionar el tuyo, no supe exactamente cómo posicionarte en las filas, así que decidí grabar la etiqueta en su lugar. — Colgué la cadena micro cubana alrededor de su cuello. Se asentó debajo de sus pechos, sobre su ombligo, las etiquetas de oro blanco incrustadas con auténticos diamantes de hielo y un halo de rubí.

Sonriendo ante la grabación, Alexa pesó las etiquetas en su palma. —Propiedad de Liam Warren. — Sus brazos se cruzaron. —¿Admites que pertenezco a tus amados hombres? ¿Quién está marcado con el número uno?

—Brad. — Mi corazón latió erráticamente. —No necesitas un número, Alexa.

—No puedes quitarme esto, — advirtió, acomodando su cabello detrás de sus orejas. —Es todo mío.

—No quiero recuperarlo, — susurré. —Esta es una entrevista extendida.

—Oh, sí. — Sus manos abrazaron mis hombros. —¿Dónde estábamos?

—Te estabas preparando para montarme
— — Sus dientes se hundieron en mi labio inferior. —Joder.

—Esta es una entrevista intensa. — Su vagina se estiró para acomodar mi longitud. —Mierda. — Temblando de deseo, intencionalmente apretó a mi alrededor, lo que hizo que el líquido preseminal se filtrara en pulsos. —Te extrañé, Liam.

—No tienes idea. — Con los dedos enterrados en su cabello, gemí en su boca. —Ni una jodida idea.

Alexa giró sus caderas hacia adelante, levantándose y bajando por mi eje. Elevé mis rodillas, dejándola hundirse más, y mantuve su trasero en mis manos. Su mano golpeó la pared por encima del cabecero, sus caderas se movían en un ritmo constante para buscar un ímpetu gratificante.

Sus pequeños pechos se sacudían frente a mi rostro. Sosteniéndola por la cintura, chupé su pezón tenso, lo acaricié con mi lengua.

Alexa no me defraudó, follándome hasta la sumisión. La precipitación goteaba por su pecho y, aunque trataba de evitar la combustión, tuvo un orgasmo. Capturé su cuerpo, la giré debajo de mí y me enterré hasta el fondo. —Eres hermosa, — dije mientras ella jadeaba en mi boca. —Me haces enloquecer.

Su cabello se desplegó por la sábana. Sincronizando sus tirones apretados, balanceándose duro, profundo, chupé la parte hueca debajo de su oreja, dejando una mancha territorial en su piel. Sus uñas se rascaron por mi espalda, y me tensé por completo.

Mi cerebro se mezcló con pensamientos incoherentes. Deslicé una de sus piernas de seda alrededor de mi cintura, reposicioné mis caderas y me estrellé contra su humedad.

—Liam, — gritó, aferrándose a mí.

Con ella enjaulada en el arrebato de mis brazos, fusioné nuestros labios, provocando otro gemido de su boca. Estoy increíblemente duro para esta mujer. —Estoy aterrado de mantenerte, — confesé mientras nuestros movimientos disminuían a un ritmo apasionadamente sensorial. —Y de perderte.

Alexa me miró profundamente a los ojos. —¿Hubo una mujer antes que yo? —, preguntó. —¿La perdiste?

—No, nunca dejé que nadie se acercara tanto. — Alexa es la primera mujer que ha venido a cambiarlo todo. —Es diferente. Tú eres diferente. — Su boca se abrió para responder, y sacudí la cabeza. —No. — Dejé caer mi cabeza sobre su hombro, agarrando con fuerza la sábana debajo de las almohadas, escuchando su respiración pesada. —No digas nada.

Sus uñas se clavaron en la nuca. —No puedes impedirme que te ame, Liam.

Junté nuestras frentes y besé la punta de su nariz. —Estoy sobrevalorado —, bromeé a medias, moviéndome lenta pero resueltamente. —Te cansarás de mí, eventualmente.

—Por favor, no menosprecies lo que siento por ti con superficialidades. Antes de conocerte, ni siquiera podía soportar la admiración de un hombre desde lejos, y mucho menos que me tocara. — Su susurro vibró contra mis labios. —Me ayudaste a superar la oscuridad, Liam.

Agarré la sábana y empujé más profundo, más fuerte. Sensaciones que lo consumían todo se extendieron por mí. Sujetando sus caderas, aumenté el ritmo y la follé con una precisión determinada hasta que estuve allí, justo en el borde. —Alexa —, gemí en su cuello. Sus piernas se apretaron alrededor de mí, manteniéndome cerca, y me desmoroné. —Joder —, susurré en su oído. —Joder, me debilitas.

—Creo que deberíamos seguir.

—Podría necesitar unos minutos, cariño. — Me apoyé en mis antebrazos y la miré hacia abajo. —Estás probando la funcionalidad de mi polla... — Su sonrisa forzada me desconcertó. —¿Qué?

Su dedo trazó mi ceja. —Así que aquí estamos. — Me retiré y ella se estremeció, presionando sus muslos juntos. —Sí, yo también necesito unos minutos.

Me estiré a su lado, descansando una mano en su bajo vientre. —Te quiero.

Su ceja se arqueó. —¿Cinco minutos más?

—Malinterpretaste lo que quería decir.

Alexa pertenecía aquí, en mi cama, en mis brazos.

¿Es tan malo? Ella. Yo. Nosotros. No quería a nadie más.

—Joder. — Me pasé la mano por la barba incipiente. —¿Deberíamos intentarlo? Tú y yo.

Su cuerpo se giró hasta que quedó frente a mí. —¿Cuál es la propuesta?

—¿Quieres que me lo gane, eh? — Dije con voz ronca, y la perplejidad brilló en sus ojos. —Ayúdame un poco, cariño.

Los labios de Alexa se ensancharon. —¿Me estás pidiendo que sea tu novia?

Hice una mueca. —Exclusividad... — Su sonrisa se estiró. —¿Qué? No me mires así.

—De acuerdo, fingiré que esta conversación no me embelesa —, bromeó a medias. —Entonces, ninguna otra mujer.

Alexa quizás no me crea, pero no ha habido nadie más desde que la contraté. —Esa regla funciona en ambos sentidos.

—Oh, por favor. — Resopló. —No veo a ningún hombre lanzándose a mis pies.

Eso es porque saben que no deben pisar mis terrenos. —No te das suficiente crédito —, dije conversacionalmente. —Las cabezas se giran cuando entras en una habitación.

—Cuidado, Liam. — Su expresión se volvió seria. —No quieres que me enamore más.

Sonreí mientras me inclinaba para besarla. —Aceptarás seguridad las veinticuatro horas —, dije, omitiendo a los conductores rotativos que ya vigilaban su edificio de pisos. —Esto significa que un miembro del sindicato aparcará fuera de la cafetería y de tu casa. Aceptarás múltiples

dispositivos de seguimiento: teléfono, llaves de la casa, bolsos y zapatos. Así, en caso de que algo malo te ocurra, puedo llegar a ti en quince minutos. Todo lo anterior es innegociable. Salir con un criminal no puede tomarse a la ligera. Tengo enemigos. Entiendes.

—Sí —, dijo sin aliento. —Y estoy completamente comprometida. — Su pierna se levantó alrededor de mí. —Ahora, continuemos con la entrevista.

Me arrastré sobre ella y estabilicé ambas manos sobre la almohada a cada lado de su cabeza. Respirando con fuerza contra sus labios, la llené con una embestida y pasé de lento a rápido. Sus labios se separaron en un jadeo sibilante, lo que me incitó a ralentizar, tomarme mi tiempo. Estaba demasiado absorto para mirar a otro lado. Sus gemidos fueron todo lo que hizo falta para exhortarme. Deslicé mis brazos detrás de su cabeza y, sintiéndola por todas partes, la besé con una pasión cruda, el tipo de beso que deja moretones en tus labios y recordatorios en tu pecho.

—No te detengas —, gimió entre besos fervientes. —Por favor, no te detengas.

Mi boca nunca se levantó. Saboreé cada segundo, besándola con hambre. Caliente, rápido y profundo, su lengua tomó el control, acariciando la mía. Sus uñas se clavaron en mi espalda, y siseé, mordiéndole el hombro. Mi mano subió por su pecho y se apretó alrededor de su garganta mientras la dominaba con embestidas controladoras.

Nuestros cuerpos se deslizaban juntos sin esfuerzo. Con su cabello envuelto en mi puño, la inmovilicé en la raíz de mi miembro y gemí, —Estoy cerca.

—Entonces, vamos a ralentizar —, susurró en mi oído. —No quiero que esta noche termine.

Lamiendo el contorno de su oreja. —Suena perfecto.

—En realidad, sigue. — Sus manos agarraron mi trasero. —Quedan muchas horas en el reloj.

CAPÍTULO CUARENTA

Liam

—Las víctimas de la esclavitud moderna en Gran Bretaña son cinco veces más numerosas que hace apenas seis años. Las fuerzas del orden llevaron a cabo una colosal investigación al amanecer, donde arrestaron a nueve hombres bajo sospecha de esclavitud y trata de personas, incluidos niños explotados sexualmente.

Reginald aparece en la pantalla grande, con el auricular torcido en su oreja. —Esto fue una sinergia fantástica —, dijo, demasiado excitado para mirar al camarógrafo. —El departamento de policía metropolitana toma todos los informes de esclavitud moderna y delitos sexuales con extrema seriedad y se compromete a procesar a aquellos que participan en este pernicioso crimen.

—Apágalo —, ordené, y Brad apuntó el mando al televisor de la pared. —Actualizaciones.

—Era un bar de mala muerte. — Nate dejó caer un sobre en mi escritorio. —Como se especulaba, son un grupo de odio supremacista blanco con el símbolo nazi tatuado en sus puños. Estamos lidiando con hermanos en armas si estalla una guerra.

—Nate se quedó en el coche para que yo inspeccionara el lugar primero. — Brad se apoyó en el borde del escritorio. —Pedí una bebida, me senté en un taburete y actué como si no fuera consciente de mi entorno, pero creo que esos imbéciles me reconocieron. — Chupó los dientes superiores, lo que causó un sonido de succión. —Antes de irme, le pregunté a dos tipos si conocían al albano. Ambos hombres me miraron a los ojos y mintieron. Aparentemente, nunca oyeron hablar de él. Sé que exigías hostilidades, vituperios y, no sé, una hoguera humana, — alzó un hombro, —pero tomé una decisión. Salí con mis miembros intactos y deliberé posibilidades con Nate en su lugar. Al fin y al cabo, si su lealtad está con Bajramovic, se necesitaría más que doblarles los brazos para que capitulen.

—Señor, es usted demasiado impulsivo e imprudente, — dijo Nate, y levanté las cejas. —Eso no quiere decir que no confiemos en su juicio. Tiene razón. Indiscutiblemente, hay una conexión entre el partido nazi y la mafia albanesa. — Cruzó los brazos. —Sin embargo, creo que

es de nuestro mejor interés esperar una oportunidad para atrapar a Bajramovic.

Habiendo ya concebido un plan de acción, Brad asintió de acuerdo. —Sugiero que contratemos a un espía para ganarnos a los lameculos nazis e infiltrar agentes dentro de su vecindario para vigilar a esos pequeños capullos.

—En caso de que Bajramovic decida asomar la cabeza. — Nate mordió una barra de proteínas. —Nos dará una posición ventajosa para atacar y traerlo sin problemas con nuestros hooligans racistas.

—Bueno, eso si el espía gana su voto favorable.

—Incluso eso es improbable. — Nate se rascó la mandíbula. —Pero vale la pena intentarlo.

—La operación de Reginald salvó a treinta y ocho jóvenes. — Mis ojos volvieron al televisor apagado. —Algunas no tenían ni diez años. Es un día emocional para Londres. Parejas dan la bienvenida de vuelta a sus seres queridos. Padres llevan a sus hijos a casa a salvo. Por el contrario, este sentido de duelo y la abrumadora muestra pública es incompatible con la insatisfacción de Flamur porque él cree que es indomable. Habría ordenado a sus secuaces que acecharan en cuanto perdió a las demás. ¿Quién es el siguiente? —, medité, y ambos hombres miraron en blanco. —La adolescente que camina a casa desde la escuela. Quizás el niño travieso en el parque que no escucha a su madre. Corre y cae en manos de un monstruo.

La mirada de Nate bajó brevemente al suelo.

Exhalé humo de cigarro. —Es una bendición mixta, el retorno de esas jóvenes. Aunque la vida nunca será la misma para ellas, me alegra su seguridad. ¿Y las inminentes abducciones, entonces? Bajramovic debe reemplazar a las que ha perdido. TIENE QUE MORIR, — añadí con enfado. —Si no por las innumerables víctimas que esclavizó, entonces por la venganza de Alexa.

Brad se puso en posición, con las manos entrelazadas justo debajo del cinturón. —Órdenes.

—Pongo atención. — Soplé halos de humo hacia arriba. —Envía a alguien al grupo supremacista blanco para hacer amigos e investigar. Primero, necesito que tú, — señalé a Nate, —recojas el envío de Gateway. Entrega la mercancía de contrabando a nuestros traficantes de armas para su distribución en las calles. Una vez que hayas finalizado el pago, quiero que visites a este tipo, — le arrojé un sobre, —y le des una paliza. Se está lucrando o está mal de

matemáticas. De cualquier manera, me debe dinero.

Nate metió el sobre en el bolsillo de su traje. —Señor.

Esperé a que saliera de la oficina antes de dirigirme a Brad. —¿Tienes un momento?

—¿Para ti? — Guiñó un ojo, colocando un palillo entre sus labios. —Siempre.

—Como sabes, he retomado la relación con Alexa recientemente, — dije, y el perspicaz hombre ni siquiera se inmutó. —Es serio.

Percibió mi estado mental conflictuado. —¿Qué sucede, jefe?

—Ella me ama, — le confesé, pero nuevamente, no se mostró sorprendido. —Sabes cuánto intenté alejarme. Es imposible. Soy un hombre de veintinueve años que está completamente obsesionado. Me he enamorado, Brad. Me he enamorado profundamente. Esas, — señalé a las bailarinas a través de la ventana, —mujeres no significan nada para mí. No quiero tocar a nadie más que a ella. Si fuera por mí, estaría en el ático y detrás de la barra donde podría vigilarla. Quiero todo con ella.

Su mirada me siguió hasta el minibar.

Agarrando la botella de Jameson, vertí whisky puro en el vaso de cristal. —Mi egoísmo la matará. Lo sabes. — Bebí el trago de un sorbo. —Lo sé.

—Cualquiera conectado a Liam Warren está a merced de una muerte sacrificial. Sin embargo, creo que ella está más segura contigo. — Su mirada se agudizó. —¿Es correspondido?

Fruncí el ceño. —¿Qué?

—Su amor.

La pregunta de Brad resonó en mi mente. Apartándome de su mirada intrusiva, bebí otro trago de whisky, observando a las bailarinas desfilar en las jaulas elevadas y podios de cristal a

través de la ventana.

—Jefe, — insistió en voz baja, poniéndose hombro con hombro conmigo. —¿Amas a Alexa Haines?

Sacudo la cabeza.

—Entonces déjala ir, — aconsejó. —Déjala ser feliz. Se moverá y encontrará a alguien más. ¿Eso está bien, verdad? — Me apretó el hombro. “Puedes vivir con otro hombre deseándola, ansiándola, tocándola en lugares prohibidos...— Mi mano aplastó el vaso de whisky. —Eso no te molesta, ¿verdad?

Exhalé por la nariz. —Sal de mi cabeza, Brad.

—¿Qué? — Fingió no saber de qué hablaba. —Sólo te doy una visión clara de su futuro. Tienes problemas de celos. Eso no es culpa mía.

Él es el maestro de los juegos mentales.

—¿A qué le temes?

—A perderla, — dije con la voz entrecortada, y él dio un paso atrás. —Tengo miedo de perderla, Brad. — Tiré el vaso sobre el escritorio, agarré mi chaqueta del respaldo de la silla y me la puse. —¿Contento?

—¿No tienes derecho a ser feliz? — Se atrevió a desafiar.

Consideré sus palabras. —Juraste no comprometerte con nadie, no después de Tiffany.

Su frente se frunció al mencionar a su exnovia. —Sabes por qué elegí el camino de las relaciones sin compromiso. No tenía nada que ver con los negocios del sindicato o los adversarios. Sí

—y este es un gran, enorme sí

—si fuera capaz de enamorarme, lo abrazaría. Lucharía por ello. Mataría a un cabrón por interponerse en mi camino.

Le presté toda mi atención. —¿Y qué hay del blanco en su espalda?

—Desventajas del inframundo. — Sonrió sombríamente. —El logro tiene un alto precio. — Puso una caja sin sellar sobre el escritorio. —Vigilancia ubicua lista para el centro de operaciones del satélite de Nate como se solicitó. Ahora, tengo un buen pájaro esperándome abajo...

—Adelante, — autoricé su partida.

Se dirigió directo a la puerta. —¿Jefe?

Descolgué las llaves del Bentley del escritorio. —¿Qué?

—Si te consuela, creo que Alexa vale la pena el riesgo.

Brad salió de la oficina.

Me serví otra bebida fuerte.

***

Llamé a la puerta delantera del piso de Alexa. La última vez que la visité, no pasé más allá de su dormitorio y el baño. No presté atención a su nuevo hogar porque, en ese momento angustiante, cuando la encontré en la bañera, no me importaba su paleta de colores ni sus muebles recién comprados. Sin embargo, esta noche tengo un interés especial en su situación de vida. Quería ver dónde se relajaba por la noche, o más bien si necesitaba ayuda financiera para el mantenimiento y la conservación.

—¡Un segundo! — Alexa llamó antes de que la puerta se abriera de golpe. —Gracias a Dios. Estoy hambrienta. — Sus ojos estaban enterrados en un bolso negro donde hacía sonar cambio suelto. —¿Cuánto es el pedido? — Cuando levantó la mirada, vi el horror destellar en sus ojos. —¿Liam? ¿Qué haces aquí?

Mi mujer vino a la puerta en un conjunto de satén negro con encaje blanco y calcetines hasta la rodilla dispares. Si no fuera por la espesa mascarilla verde en su rostro y los pepinos medio comidos en sus ojos, ya la habría inmovilizado contra la puerta. —¿Qué demonios le hiciste a tu cara?

Se quitó los pepinos cortados. —Hidratación.

Simplemente la miré.

—Chloe me obligó.

—¡Mentirosa! — gritó su compañera desde algún lugar.

Alexa hizo una mueca. —¿Qué hay en las cajas?

Sin invitación, entré en su piso y cerré la puerta detrás de mí. —Atrapé al repartidor antes de que llamara. — Entregándole la comida para llevar, coloqué las cajas con los dispositivos de rastreo sobre el aparador de madera en el pasillo. Miré la mascarilla verde en su rostro una vez más. —¿Es comestible?

—No, a menos que te guste el aguacate machacado mezclado con avena seca. — Cuando Alexa llevó la comida para llevar a la sala de estar al final del pasillo, me quedé hasta que regresó. —Chloe servirá mientras yo me quito esto. — Abriendo bruscamente la puerta del baño, tapó el lavabo y abrió los grifos. —¿Tienes que mirar? Ya estoy mortificada.

Vi a Chloe en una bata de color rosa brillante desde el umbral de la sala de estar. —¿Quieres algo? — preguntó, brandiendo una cerveza en botella. —¿Fideos de ternera?

Desempaqué los dispositivos de rastreo. —No.

Rodó los ojos y murmuró, —Como quieras.

Colocando chips de GPS micro en el tocador, agarré el bolso de Alexa en el perchero. Pegué un rastreador del tamaño de una moneda en su móvil, ocultándolo debajo de la cubierta adornada con joyas, y luego coloqué otro en el llavero de C-Link.

—¿Seguro que no quieres algo de comer? — Apareció Alexa, con el rostro fresco pero ligeramente fruncido el ceño. —¿Qué estás haciendo?

—Apegándome a nuestro acuerdo. — Tocando suavemente la cadena alrededor de su cuello, mantuve sus ojos mientras colocaba el chip en la parte trasera de la chapa militar de oro blanco. Con mucho cuidado, dejé que la cadena cayera entre el valle de sus pechos, y luego, moviendo mis dedos a lo largo del costado de su cuello, apreté una mano alrededor de su garganta y la acerqué más. Estaba lo suficientemente cerca como para detectar el rastro de vodka en sus labios suculentos. Sus pestañas se cerraron en deleite. Me deseaba tanto como yo la deseaba a ella. Estimulando su apetito, incliné la cabeza como si fuera a besarla. Cuando sus labios se separaron en una inhalación sin aliento, mi pulgar borró la mancha imaginaria de aguacate en su barbilla. —Te perdiste un lugar, — dije con voz ronca, retrocediendo para poner espacio entre nosotros. —Come. Debes estar hambrienta.

Los párpados de Alexa se abrieron lentamente. —Sí, — dijo susurrando. —Yo, um, ¿quieres comer? ¿Quisieras una bebida?

—Estoy bien. — Previamente, escondí una botella de Macallan en la caja. —¿Me permites entrar a tu dormitorio?

La pregunta me hizo sonreír. —Puedes.

Alexa consumió la comida de medianoche con Chloe en la sala de estar mientras yo me atrincheraba en el dormitorio. Al igual que en su propiedad anterior, la cama doble dominaba el espacio reducido, y los muebles disparejos de madera maciza alineaban las paredes blancas.

Empecé dentro del armario. Implanté chips de GPS en sus zapatos, bolsos, carteras y algunas hebillas de cinturón, las cuales dudo que use, pero más vale prevenir que lamentar.

Sí, los dispositivos de rastreo son extremos para los ciudadanos comunes. Sin embargo, estoy lejos de ser normal. Acumular enemigos es un componente de mi línea de trabajo. No nací en el seno de la riqueza o eminencia. Gané el éxito junto con la difamación y los enemigos rencorosos y rivales vengativos pero incomparables. Camino por la línea del peligro que amenaza la vida a diario, de ahí la multitud de seguridad omnipresente. Tener una debilidad fortalecía el campamento del ejército opuesto. ¿Qué mejor manera de destrozar el corazón de un hombre que destruir a las personas que más le importan?

Desenroscando la botella de Macallan, tomé un sorbo.

Nunca me perdonaría si alguien atacaba a Alexa sólo para herirme a mí.

Tomando asiento al pie de la cama, bebí en una meditación reflexiva. Terminé de colocar el equipo de localización, pero no tenía prisa por irme. Disfrutaba de la compañía de Alexa y a menudo la extrañaba cuando estábamos a kilómetros de distancia. Quizás podría pasar la noche.

Oí la puerta del dormitorio abrirse y cerrarse.

—Lo siento. — Alexa corrió las cortinas antes de sentarse en el tocador. —Rehusé comer en exceso porque... — Sus ojos se iluminaron con picardía. —Bueno, en caso de que planearas tener algo de diversión conmigo.

Gruñí. —Nunca podría negarme.

Alexa mordisqueó tímidamente su labio inferior.

Incapaz de comprender la irregularidad de mi pulso, la observé mirarme, y algo inexplicable pasó entre nosotros.

Contra mi mejor juicio, tomé una decisión consciente de depender de otra persona. Tengo muchos vicios, pero nunca una adicción.

Hasta ella.

Debería estar en la oficina o en el ático.

Sin embargo, estoy aquí.

Y aquí es exactamente donde quiero estar.

Mis ojos atrajeron su atención.

Alexa se deslizó del tocador. Sus pies se hundieron en la alfombra blanca peluda, que acentuaba sus uñas de los pies pintadas de rojo. Frente a mí, se puso de pie. Sus largas y delgadas piernas invitaban a las palmas ásperas de mis manos. Toqué la parte trasera de sus muslos hasta que su suave trasero cayó en mi posesión. Besando la ligera revelación de su abdomen tonificado, sentí sus dedos diligentes peinando mi cabello. Era una caricia afectuosa e íntima. Mis ojos se cerraron mientras mi frente descansaba en su ombligo. Susurré, —Pregúntame.

—¿Qué debo preguntar?

—Lo que sea que tengas en mente.

Sus uñas masajeaban la nuca. —Me preguntaba si te irías pronto.

Bese su hueso de la cadera. —¿Es eso lo que quieres?

Una pequeña pausa. —No.

Mis manos viajaron hasta su cintura. La tiré sobre mi regazo, y ella me rodeó el cuello con sus brazos. Ahora, a la altura de los ojos, podía ver su hermoso rostro. Sus ojos hipnotizantes me dejaron sin palabras, sólo con pensamientos
—a muchos de ellos inexpresables. Mis dedos tocaban su columna vertebral como si fuera un piano, haciendo que su espalda se arqueara. Hice una pausa. —Alexa?

—Soy un poco, — se estremeció cuando procedí, —cosquillosa.

—¿En serio? — Mi tarareo vibró en su garganta. —Bueno, ya sabes lo que dicen. Debes aprender técnicas para suprimir tener una respuesta emocional.

Sus ojos se agrandaron. —No te atrevas a
—. — Mis dedos presionaron ligeramente su cintura. —¡Liam! — Su contagiosa risa me hizo sonreír de oreja a oreja. —Oh, Dios. Por favor, detente
—¡dije, detente!

Sus risas raspadas aumentaron mi ritmo cardíaco. Rodé sobre ella hasta que nuestros cuerpos se extendieron sobre la cama. Su pecho subía y bajaba en inhalaciones entrecortadas mientras buscaba respirar con regularidad. Mis dedos se deslizaron a través de su cabello alborotado que se desplegaba en la colcha en masas lustrosas. Me encantaba su cabello. También me encantaban

sus ojos, y el completo puchero de sus labios y lo correcto que se sentía tenerla atrapada dentro de mis brazos.

Sonreí mirándola. —Debería desnudarme.

—Sí. — Sus dedos desabotonaron el botón superior de mi camisa. —Me gusta bastante tener un hombre desnudo en mi cama.

Mordisqueando su lóbulo de la oreja, gruñí, —No cualquier hombre.

—No. — Un botón a la vez, separó la camisa para exponer mi pecho. —Sólo tú.

—Sólo yo, — susurré, quitándome los zapatos de cuero. —Necesitas una cama más grande.

Desabrochó mi cinturón. —¿Acaso esta cama doble es muy pequeña para su señoría? — Hice un ruido de indiferencia, y ella me dio una palmada en el trasero. —Hombre troglodita con derechos. No todos pueden permitirse muebles barrocos, Liam.

Lancé la camisa y la chaqueta al suelo, y los pantalones siguieron. —¿Te gusta este sitio?

Asintió. —¿Por qué?

—Es acogedor, — dije con cautela. —Odio que vivas en un edificio de inquilinos, sin embargo. No es seguro.

—No, no me voy a mudar.

—¿Acaso lo sugerí?

—Puedo leer entre líneas, Liam.

Touché. —Bueno, si alguna vez es una opción, puedo ayudarte a encontrar un lugar más adecuado.

—No, — dijo firmemente. —Me gusta aquí. Está a sólo quince minutos del trabajo, y es céntrico con respecto a los servicios. No quiero empacar y empezar de nuevo. — Al percibir la preocupación en mis ojos, suspiró, envolviendo sus piernas alrededor de mi cintura. —Estoy segura aquí.

Aunque no muy satisfecho, le di un breve asentimiento.

Alexa fue al baño a cepillarse los dientes, lista para acostarse. Por supuesto, consumí dos tragos de whisky antes de aceptar el cepillo de dientes adicional que compró para cuando apareciera sin planearlo. Cuando regresé a su habitación, estaba oscura, calmada y somnífera. Cerrando la puerta con llave, puse mi móvil en la mesita de noche y, arrastrándome en la cama, me acomodé a su lado. Ella yacía inmóvil de lado. Metiendo un brazo bajo la almohada, aplané una mano en su estómago y la acerqué a mi pecho. La quería cerca. —Ven aquí, — exhalé en su oído, y ella se reposicionó para mirarme. —Puse la alarma. Tengo que estar en la oficina a las cinco.

Sus dedos recorrieron mis labios. —Estás falto de sueño.

—Deberías regresar.

—¿Y lidiar con la amargura de Natalie? No, gracias.

—Que se joda Natalie, — dije enronquecido. —Vuelve por mí.

Fingió considerar la idea. —Me gusta la Coffee House.

—Está bien, — cedí sin mucha pelea.

Mis ojos se cerraron.

Alexa se movió en mis brazos. —¿Liam?

Gruñí.

—¿Puedo preguntarte algo?

Mis ojos se reabrieron. —Depende.

—¿Aprecias algún recuerdo de tu pasado? No tienes que responder. Es sólo por nuestra conversación en el ático. Bueno, ha estado en mi mente.

Soplé un beso sobre su hombro. —Sí.

—¿En serio? — sonaba sorprendida. —¿Compartirías uno conmigo? —

Ain't no sunshine when she's gone. Only darkness every day. Ain't no sunshine when she's gone. And this house just ain't no home. Anytime she goes away.

Su voz suave de barítono resonaba en los segmentos más oscuros de mi mente. —Tal vez en otra ocasión. —

Alexa nunca insistía. En lugar de eso, me dio un beso de buenas noches.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Liam

Vida Antes

No recuerdo a mi madre. No podría decirte si heredé su cabello negro o sus tendencias sociopáticas. No sé dónde vivía ni si sus padres estaban vivos.

Ni siquiera sé su nombre.

Según todas las versiones, mi madre era alcohólica, prostituta y adicta a las drogas. Era la declaración de la trabajadora social. Me senté fuera de su oficina en una de esas sillas azules desgastadas, escuchando cómo explicaba mi historial a la pareja irlandesa que quería adoptarme. Presentarán una petición para revocar los derechos parentales en dos meses. Lo garantizo.

—Liam es un niño dulce pero dañado, — dijo. —Sólo necesita rutina y amor. —

La recepcionista rolliza me miró por encima del monitor del ordenador, y le hice una cara fea.

—Tal vez podamos ofrecerle una acogida temporal, — respondió el hombre. —Hasta que encuentren un cuidado permanente para él. —

Tenía seis años.

Mi familia temporal devolvió su mercancía no deseada e insatisfactoria a Briar House siete semanas después.

—No nos dijiste que Liam era mudo, — la mujer susurra-gritó a la trabajadora social. —No ha dicho una palabra desde que amablemente le ofrecimos un techo. —

La recepcionista rolliza me ofreció una sonrisa comprensiva por encima del monitor del ordenador, y le lancé una mirada determinada.

—Está alterando a nuestros hijos, — intervino el esposo. —Tenerlo en nuestro hogar ha sido una experiencia traumática para ellos. —

Me hicieron dormir en el sofá.

—¡Trató de matar al perro! —

Su Rottweiler trató de comerme.

—Abrio la puerta principal, sabiendo que el perro no tiene sentido del camino y lo dejó afuera toda la noche. —

—Y estaba lloviendo, — agregó ella. —El pobre animal tuvo que ir al veterinario. —

—No es saludable ni para nosotros ni para Liam llevarlo a casa con nosotros. —

Se fueron sin mirarme de reojo.

Mis piernas colgaban de la silla. Las pateaba alternadamente, deseando ser lo suficientemente alto como para tocar el suelo con los dedos de los pies.

Tres semanas después, la trabajadora social se sentó con otra pareja. —Liam sólo necesita rutinas. — Su recitación y perorata emocional nunca dejaban de hacerme sonreír. —Su angustia y ansiedad causaron mutismo selectivo. —

La recepcionista rolliza arqueó una ceja por encima del monitor del ordenador, y le di una sonrisa cómplice.

—¿Por qué los padres adoptivos anteriores de Liam retiraron la solicitud? ¿Es común que los niños susceptibles desarrollen trastorno de apego reactivo? —

No soy vulnerable.

—Como cualquier niño que ha sufrido una experiencia traumática, Liam tiene miedo, está triste y es moderadamente irritable. No sonríe. No busca consuelo y muestra poca respuesta al recibir confort. Nunca busca apoyo ni orientación. No tiene interés en interactuar socialmente ni en participar en juegos interactivos. —

Las parejas amorosas que ya tenían hijos decían que querían ayudarme. Es más fácil decirlo que hacerlo cuando a sus hijos no les gustaban los extraños. Por alguna razón, piensan que robaré a sus padres y causaré problemas, por lo que deliberadamente antagonizan las situaciones para asegurar mi partida.

Una vez, tuve que enfrentarme a dos hermanos. Aparentemente, les robé el mando de la tele. No era cierto. Ni siquiera me gustaba la tele tanto. Fue su hermana. Ella escondió el mando y me culpó, lo que realmente molestó a los gemelos . Me dieron una paliza y dos moretones enormes para probarlo. Sí, dolió. Tal vez lloré esa noche.

Por supuesto, fue mi culpa.

Yo soy el culpable de los objetos desaparecidos.

Yo soy el culpable de los nudillos agrietados de sus hijos.

Yo soy el problema fundamental.

Mis padres adoptivos nunca me creyeron.

Mis padres adoptivos prefirieron a sus hijos.

Mis padres adoptivos hicieron mi maleta.

Mis padres adoptivos me devolvieron.

Ahora tengo diez años.

Briar House era lo más parecido que tenía a un hogar.

—Existe una gran preocupación por el bienestar de Liam. La institucionalización daña su desarrollo físico, emocional y psicológico. Basta es basta, — la trabajadora social se dirigió a otra compañera. —Necesitamos trabajar hacia un proceso a largo plazo de desinstitucionalización. ¿Ha habido algún desarrollo? ¿Se comunica con otros niños en su ala? —

La recepcionista rolliza me lanzó un caramelo de menta duro por encima del monitor del ordenador, y lo desenvolví y le susurré, Gracias.

—A Liam le gusta la música, — dijo el trabajador social masculino, y yo estuve de acuerdo en mi interior. —Ha mostrado un interés entusiasta en los coches, la lectura y las habilidades motoras finas. —

Sí, me gustaba leer no ficción y autobiografías en la biblioteca. Ambos son conocimientos y realistas. Aprendo más leyendo que en las clases educativas que ofrece Briar House. Mi lectura actual es La Autobiografía de Malcolm X. —He tenido suficiente de la propaganda de otra persona. Estoy por la verdad, sin importar quién la cuente, — recité de corazón, con el viejo, raído libro en mis manos. —Estoy por la justicia, sin importar para quién o contra quién sea. Soy un ser humano ante todo, y como tal, estoy a favor de quien y lo que sea que beneficie a la humanidad en su conjunto. —

La recepcionista rolliza levantó una ceja interrogante por encima del monitor del ordenador, y miré hacia otro lado, avergonzado.

—He notado lo bueno que es Liam con sus manos, — continuó el trabajador social masculino desde dentro de la oficina. —Es creativamente pensativo, y ciertamente establece altos estándares entre sus compañeros. Desde mi punto de vista, sí, es sombrío, poco comunicativo y evidentemente inquieto por la falta de amor, pero ese joven es un prodigio académico en ciernes. Si dentro de diez años vinieras y me dijeras que Liam no tuvo éxito, venderé mi trasero. —

Sí, a veces estoy amargado.

No sé por qué mi madre nunca me amó o por qué mi padre no estuvo presente. Quiero decir, nunca pedí estar aquí. Sin embargo, estoy aquí. Vivo en un gran edificio con otros niños no deseados y no amados. Aun así, me siento solo.

—Deberíamos tener cuidado con lo que discutimos mientras él está sentado ahí fuera, — dijo la trabajadora social femenina. —Puede que no lo entienda, pero no vale la pena arriesgarse. —

Entendí cada palabra.

Es mi cumpleaños en dos semanas; casi tengo doce años.

Caminando por el largo pasillo, tiré mi mochila al suelo y me senté en la silla azul.

Mis pies tocaron el suelo.

La pubertad comenzó. Empecé a crecer pelo bajo mis axilas, en mi mandíbula y en la entrepierna. Hablando de entrepierna, ese músculo entre mis piernas ciertamente se hizo más grande en los últimos meses. Una de las chicas del centro me tocó el hombro la semana pasada, y el maldito traicionero convenientemente cobró vida.

Imaginen mi horror.

Mi falo tenía mente propia. Me despierto en la mañana con un sexo doloroso que levanta mis calzoncillos. Es embarazoso. Comparto habitación con otros dieciocho chicos, lo que significa que tuve que esconder la evidencia. Lo llamo el método de —encubrir y esquivar —. Básicamente, me deslizaba entre las camas de metal con un cojín sobre los pantalones de pijama, me metía al baño y miraba fijamente al pene determinado a llamar la atención. No sabía que un toque aquí y un toque allá resultaban en una euforia que hace curvar los dedos de los pies. La cosa blanca que salió del otro extremo me disgustó hasta que me di cuenta de que realmente me gustaba lo bien que se sentía.

Sí, estoy creciendo, pero no tuve una figura paterna que me explicara la adolescencia. Investigué en la biblioteca. Naturalmente, la curiosidad pudo más que yo. Una vez que estudié el desarrollo físico en los niños, aprendí sobre la pubertad en las chicas y lo lamenté casi instantáneamente.

—Liam cumplirá doce años en dos semanas, — dijo la trabajadora social envejecida. —Estoy segura de que una residencia permanente será el mejor regalo de cumpleaños. —

Admiré los lienzos de acuarela en las paredes blancas y conté las baldosas verdes del suelo. Mientras los posibles padres adoptivos ponderaban futuras posibilidades en la oficina, me escapé al espacio. Dejé de escuchar sus conversaciones hace años cuando sabía que los posibles padres terminaban mal para mí. Hoy, sin embargo, sentí que era diferente. Eché un vistazo por la puerta entreabierta y estudié a la pareja de mediana edad frente al escritorio de la trabajadora social.

Gillian y Trevor.

Tenían una granja de estilo antiguo y deseaban hijos.

—Trevor siempre ha querido un niño, — explicó Gillian, tocando tiernamente el hombro de su esposo. —Alguien que ayude con los animales y los campos de trigo. —

La recepcionista rolliza me ofreció una sonrisa tranquilizadora por encima del monitor del ordenador, y le di una mirada de disgusto.

—Nos encantaría ofrecerle a Liam un hogar lleno de amor para siempre. — Trevor sonrió cariñosamente a su esposa. —Dios sabe que merece un poco de luz en su vida. —

Mi trabajadora social sonrió ampliamente. —Presentaré los documentos. —

Salía del sistema de nuevo.

La recepcionista rolliza me guiñó un ojo por encima del monitor del ordenador, y le di una sonrisa emocionada.

Empaqué la mochila con las pocas pertenencias y recé para no volver a ver esas camas literas precariamente ensambladas y techos agrietados nunca más.

Incluso si Trevor y Gillian cambiaban de opinión, no tenía intención de volver a Briar House.

En la yuxtaposición de bosques tenebrosos y pintorescos campos de maíz, una granja idílica se escondía detrás de paredes adoquinadas y matas de hierba pajiza. Según Gillian, su abuelo construyó la casa en los años 50. Pilotos de aviones de combate utilizaban las vastas hectáreas de

la granja como pista de aterrizaje de vez en cuando.

Tenía mi propio dormitorio. Tenía muebles y ropa de cama nueva. Pero dejé mis pertenencias en la bolsa sobre el escritorio. No tenía ganas de desempacar o acomodarme. Tenía un hogar permanente, pero se sentía impermanente como los otros.

—Puedes usar el baño al final del pasillo, — dijo Gillian mientras corría las cortinas. —Voy a preparar la cena pronto. ¿Te gustan el guiso de ternera y los dumplings? —

Como nunca lo había probado antes, me encogí de hombros.

—De acuerdo. — Su mirada recorrió mi cuerpo. —Bueno, si necesitas algo, no seas tímido. Estoy en la cocina. —

Deseaba ducharme y cambiarme, así que fui al baño, me froté la piel bajo el chorro caliente y me sequé con una toalla mientras volvía a mi espacio privado. Me encantaba la habitación. Es peculiar. Pinturas al azar exhibidas en las paredes empapeladas con flores, alfombras orientales con patrones cubrían el suelo y muebles desparejados proporcionaban espacio de almacenamiento. Aún así, me gustaba la cama. Está tibia, y el edredón olía a ropa de cama recién lavada.

Antes de despedirme de Briar House, tomé un libro de la biblioteca: La Riqueza de las Naciones de Adam Smith.

Gillian llamó por las escaleras para invitarme a cenar.

No tenía hambre, así que seguí leyendo.

Ninguna sociedad puede vivir con dicha y florecimiento si la mayoría de sus miembros son pobres y miserables.

Un hombre siempre debe vivir de su trabajo, y su salario debe ser al menos suficiente para mantenerse. Deben incluso, en la mayoría de las ocasiones, ser algo más; de lo contrario, sería imposible para él formar una familia, y la raza de tales trabajadores no podría durar más allá de la primera generación.

Eso me gustó.

Cansado, coloqué el libro bajo la almohada.

Mañana, podré explorar.

Esta noche, dormiré.

Gillian horneaba galletas y bizcochos caseros. También me ensordecía con su voz inarmoniosa cuando limpiaba a las seis de la mañana. Puede que esté de malhumor al amanecer, pero ¿de dónde saca tanta energía?

—Buenos días, — canturreó, corriendo las cortinas. —Confío en que dormiste bien. —

Gruñí en la almohada.

—Arriba, — ordenó ella, y yo me levanté de mala gana de la cama. —Debes ducharte y desayunar. ¿Puedes ayudar a Trevor a recoger los huevos de las gallinas?

¿Yo? ¿Huevos? ¿Gallinas?

Asentí mientras me rascaba la nuca.

Trevor mantenía las gallinas en gallineros estáticos. Esas aves cacareantes y aleteantes tenían libertad para deambular por el césped en busca de alimento, pero la mayoría nunca dejaba su nido, y cuando un intruso llegaba a recoger huevos, usaban la agresividad para picotearte la mano hasta el cansancio.

Tengo cicatrices que lo demuestran.

—¿Irás al pueblo? — Gillian extendía masa en la encimera de la cocina. —Necesito mantequilla sin sal.

Asentí.

—Puedes pedir prestada la bicicleta de Trevor, — ofreció, pero yo no sabía montar en bicicleta. —Es sólo un poco más adelante por la carretera. Toma. — Desabrochando su bolso, me dio el dinero. —Puedes darte un gusto a ti mismo. Estoy segura de que encontrarás juguetes divertidos en la tienda de regalos.

Pedí prestada la bicicleta oxidada de Trevor.

Gillian dijo que sólo tomaría quince minutos llegar al pueblo en bicicleta. Me tomó cuarenta y cinco minutos porque pasé la mayor parte del trayecto en el suelo. Aprendí a pedalear bastante rápido, pero me costaba frenar, lo que resultó en algunas colisiones dolorosas. Cuando finalmente llegué al pueblo, tenía manchas de césped en mi camiseta blanca, raspones en la mejilla y un dolor de cabeza infernal.

Compré la mantequilla sin sal de Gillian.

En lugar de gastar dinero en la tienda de regalos, pagué por —La Senda del Perdedor — de Charles Bukowski.

Trevor desaprobó. —¿Qué es esta basura? — Me arrebató el libro de segunda mano de la mano. —¿De verdad? Prefieres leer esta mierda a ayudarme con los caballos.

En mi defensa, intenté ayudarlo en los establos, pero el hombre es un perfeccionista. Hice todo mal. Gritó. Yo me quedé mirándolo en silencio. Me llamó un inútil.

—Oh, deja al chico leer su libro —, murmuró Gillian. —No está haciendo daño a nadie.

Trevor me golpeó el libro contra el pecho. Quería decir mucho más, pero en lugar de eso, gruñó, me empujó con el hombro y salió de la cocina por la puerta trasera.

Esa noche me acosté en la cama y marqué mis pasajes favoritos.

El problema era que siempre tenías que elegir entre un mal u otro, y sin importar lo que eligieras, te cortaban un poco más hasta que no quedaba nada.

A menudo me paraba frente al espejo solo, preguntándome cuánto podía llegar a ser de fea una persona.

Debes morir unas cuantas veces antes de poder realmente vivir.

Hay un lugar en el corazón que nunca será llenado.

Recapé el bolígrafo, metí el libro bajo la almohada y dormí hasta el amanecer.

Trevor me dijo que debía ganarme el pan. Me proporcionó una caja de herramientas y exigió que arreglara el cobertizo. No me importaba, en realidad. Era un día abrasador, y el sol ardiente garantizaba un bronceado. Mientras escuchaba a Trevor y Gillian discutir en la cocina, clavaba tablones de madera en el desgastado cobertizo de almacenamiento. Sus gritos de dolor pronto siguieron. Sabía que la había golpeado antes. Escuchaba sus peleas cuando intentaba dormir por la noche.

—Zorra. — Trevor irrumpió por la puerta trasera, botella de cerveza en mano. —Malditamente inútil. — Sus nudillos estaban golpeados y magullados. Sangre de Gillian salpicaba su camiseta blanca de tirantes. —¿Qué diablos estás mirando? Vuelve a trabajar, imbécil holgazán.

Gruñéndole al viejo imbécil, lancé el martillo en la caja de herramientas oxidada, me limpié las manos con un paño húmedo y me dirigí a la cocina. Gillian pelaba patatas en el fregadero. Las lágrimas escapaban de sus ojos enrojecidos. Sus labios temblaban mientras suprimía la angustia.

Estuve a punto de preguntarle si estaba bien, pero luego recordé no hablar.

—No me juzgues. — Sumergía zanahorias en agua fría del grifo. —No es asunto tuyo, Liam.

Sacudí la cabeza.

—Es tanto una bendición como una carga. — Encendiendo la cocina, salaba la olla de patatas hirviendo. —Tu mudez. A menudo me pregunto qué dirías en ciertas situaciones.

Le diría que tuviera agallas y se divorciara de su marido abusivo.

—Es un buen hombre, — dijo mientras miraba por la ventana de la cocina. —Trevor, quiero decir. Es el alcohol. Lo convierte en un monstruo. Ay, cómo desearía que buscara ayuda o guía.

Saqué agua embotellada del frigorífico.

—Debes estar tan decepcionado, — susurró. —Imagino que esperabas mucho más.

Tenía un techo sobre mi cabeza, comida en mi estómago y una cama cálida para dormir por la noche.

¿Qué más podría pedir en la vida?

—Bueno, corre. — Gillian abrió la puerta de la cocina. —Tengo que preparar la cena.

Volví a los campos para terminar las tareas.

Esa noche, me uní a Trevor y a Gillian alrededor de la mesa del comedor. No me gustaba Trevor, ni un poquito. Prefería mantenerme fuera de su camino, especialmente cuando bebía licor. Sin embargo, me preocupaba Gillian. La mujer es pequeña, frágil y quebradiza. Pensé que si me sentaba con ellos a menudo, podría mantener a Trevor bajo control. Está más tranquilo cuando estoy cerca. En lugar de insultar a su esposa, hablaba de pesca, caza y deportes conmigo. —Es el arte de la masculinidad, — balbuceó. —Solomillo de venado envuelto en tocino. — Dramatizó un beso de chef. —Gillian es una buena cocinera, ¿verdad? Cuéntale del venado de cola blanca que cacé el año pasado. Pesaba más de cuatrocientas libras.

Tonto borracho, pensé.

Gillian vertió salsa sobre el pollo asado en mi plato. —¿Viste las astas en el vestíbulo?

Asentí.

—Grandes, ¿eh? — Trevor se jactó. —No hay cazador como yo. Bueno, puedo enseñarte a

cazar. Y pescar. Vamos a cazar venados mañana, y luego Gillian puede hacer su famoso solomillo. ¿Qué dices?

Asentí.

—Si nos levantamos lo suficientemente temprano, podemos pescar también, — continuó Trevor. —¿Qué te parece? Me gusta el bacalao. También el eglefino. Tal vez podamos pescar algo de salmón. Eso sería genial, ¿verdad?

Asentí.

—Déjalo terminar su comida, Trevor.

El puño de Trevor golpeó la mesa.

Antes de que pudiera reprender a su esposa por insolente, asentí con vehemencia, aceptando pescar con él por la mañana.

—¿Por qué no hablas? — Me miró de reojo. —Es selectivo, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

Trevor creyó mi mentira.

Disfrutamos la cena en silencio. Ayudé a Gillian a recoger la mesa y lavé los platos antes de subir las escaleras. Después de una larga ducha, me subí a la cama y leí pasajes del libro que guardaba bajo la almohada.

Trevor y Gillian discutían abajo.

Escuché objetos romperse.

Deseando poder hacer entrar en razón a Gillian, cerré la puerta del dormitorio. Hace frío esta

noche. Me puse el chándal que Gillian me compró el otro día, me metí debajo del edredón y me quedé dormido con el sonido de su voz chillando.

Horas después, escuché la puerta del dormitorio chirriar al abrirse. Gillian me revisó antes de irse a la cama. En realidad es agradable. Significaba que le importaba, supongo. Su mano tocó mi cabeza. Bien, eso es nuevo. Es amable conmigo, pero nunca afectuosa físicamente.

La cama se hundió bajo su peso.

Fruncí el ceño.

El edredón se levantó cuando ella se metió detrás de mí.

Abrí los ojos.

No, no es Gillian. Puedo oler el sudor acre y el fuerte alcohol. Trevor me besó la nuca, y yo me quedé quieto, mirando el cielo oscuro a través de la ventana. —Shh, — susurró en mi oído mientras su mano descendía por mi estómago. —Sé que estás despierto. Puedo oírte respirar. Está bien, Liam. Sé que no puedes hablar, pero puedo prometerte que esto será bueno para los dos. Sólo quédate ahí y deja que te enseñe.

No, no soy un muchacho impresionable. Sé la diferencia entre el bien y el mal. Soy más inteligente de lo que parezco.

La mano de Trevor acarició mi entrepierna. Todo el tiempo, su erección presionaba contra mi espalda baja. Me sentí enfermo, violado. Tuve un impulso intenso de matarlo con mis propias manos.

Debo haber sido bastante fuerte para un niño de doce años porque en el segundo que sus sucios dedos se deslizaron bajo el elástico de mis pantalones de chándal, liberé demonios dormidos.

Golpeándolo en la cara con el codo, me tambaleé hasta ponerme de pie y corrí hacia la puerta. Trevor gimió, pero el golpe en su cara no fue suficiente para mantenerlo abajo. Su pecho chocó con mi espalda. Mi mejilla se estrelló contra la puerta.

—Está bien. — Se frotó contra mí. —No dolerá mucho. Te gustará.

Pensando rápido, eché la cabeza hacia atrás y lo atrapé directamente en la nariz. Gritó, sosteniendo su nariz rota con dedos temblorosos.

Podría correr, gritar pidiendo ayuda.

Pero estaba francamente loco.

¿Cómo se atreve a meterse en mi cama?

¿Cómo se atreve a intentar tocarme?

Él tomaría mi inocencia sin misericordia, sin remordimientos, y yo tendría que vivir con esos oscuros y perturbadores recuerdos por el resto de mi vida.

Lo abordé de manera contundente hasta el suelo. Sin aliento por el contraataque, jadeó y trató de levantarse. Estaba sobre él en un instante, montado en su cintura, golpeándolo una y otra vez en la cara. Incluso cuando la puerta se abrió de golpe, chocó contra la pared y la luz se encendió, cegándome, continué golpeándolo.

—¡Liam! — Las manos de Gillian tiraron de mis hombros. —¡Detente! ¡Vas a matarlo!

Vi rojo.

Rojo de sangre.

Cuerpos rojos.

Ambiente rojo.

Ningún otro color pintó mi visión.

El mal reemplazó la voz humana en mi cabeza.

—He dicho, ¡para! — La mano de Gillian se estrelló contra mi mandíbula, y parpadeé hacia la consciencia. —Déjalo en paz.

Trevor vomitó en el suelo.

Entonces me levanté, estudiando la sangre en mis manos.

—Voy a llamar a tu asistente social. — Ayudó al marido maltratador. —No me sorprende que todos te manden lejos. ¡Repugnante animal! ¡Podrías haberlo matado!

Me dolía la mandíbula por el puño de hierro de Trevor. Parpadeando para contener las lágrimas, agarré la mochila del suelo y metí los libros dentro.

—¿Qué estás haciendo? — Gillion dejó a su marido en el suelo para seguirme por el pasillo. —Liam, espera. ¿A dónde vas? Es tarde. No puedes salir.

Ignorándola, atravesé la cocina.

—No te alejes de mí, joven, — me recriminó, y dejé de andar. —Podemos tratar este asunto por la mañana. Ahora, vuelve a tu cama inmediatamente.

Prácticamente hiperventilando, miré la puerta trasera.

—Por favor, — sollozó. —Vuelve a la cama. Todo estará bien. Yo me encargaré de Trevor.

La miré a los ojos. —Cobarde.

—Liam. — Se estremeció. —Puedes hablar. ¿Por qué guardas silencio?

—Se me valora más en silencio, — ronqué, y sus labios se separaron. —Adiós, Gillian.

Desbloqueé la puerta trasera.

Gillian me observó irme desde el porche, pero esta vez no me siguió. Fui al granero, robé la bicicleta de Trevor y pedaleé durante horas con sólo la luna como mi testigo.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Vida Antes

Liam

Supongo que la única vez que las personas piensan en la injusticia es cuando les sucede a ellas – la cita de Charles Bukowski estaba en primer plano de mi mente. La psicología de la elección depende del individuo: la desigualdad racial, los estereotipos, la segregación, la explotación infantil y el abandono son acciones injustificables ejercidas diariamente por personas sin principios.

La inmortalidad viene en diferentes tonos y numerosos rostros.

¿Qué entidad viviente es peor?

¿Los perpetradores sin corazón o la persona ignorante y sin educación que defiende su honor?

Gillian no es mejor que Trevor.

Gillian consentía la maldad de Trevor.

Trevor, el idiota borracho.

Trevor, el maltratador de esposas.

Trevor, el maldito abusador de niños.

Las personas que ignoran la maldad son tan malas

—si no peores
— que los imbéciles desequilibrados que cometen crímenes.

Cómplices.

Facilitadores.

Malevolencia narcisista.

Mirando fijamente la pantalla del ordenador, navegaba por internet en este sórdido cibercafé, intentando comprender las últimas veinticuatro horas.

Pedófilo: alguien que se siente sexualmente atraído por los niños.

¿Se considerarán aún como niños a los adolescentes?

Tengo doce años. Técnicamente, no soy un adolescente, pero tampoco me siento como un niño. He madurado más rápido que la mayoría. Supongo que tuve que crecer.

¿Cuál es la vida de un típico adolescente? Escribí en el navegador.

Los jóvenes problemáticos tienden a estar desilusionados, conflictuadoss y retraídos, lo cual proviene de la naturaleza y las circunstancias.

¿Qué significa desilusionado?

Según el diccionario de Oxford, desilusionado significa decepcionado por alguien o algo que uno descubre que es menos bueno de lo que creía.

Resoplé.

Relacionable. Excepto que no puedo estar decepcionado por las personas que me trajeron a este mundo porque nunca las he conocido. Además, tener altas expectativas hacia individuos que se hacían pasar por personas a las que importaba no tiene sentido. La vida me ha demostrado una

y otra vez que no puedo depender de nadie más que de mí mismo. Soy mi propia fuente de felicidad. Para ser valiente e independiente, tuve que aprender a sobrevivir. Solo.

El tipo a mi derecha dejó su ordenador desatendido para ir al baño. Su abrigo colgaba del respaldo de la silla. Mirando alrededor, saqué cambio del bolsillo de su abrigo e inserté monedas en el contador. Los fondos me proporcionaron treinta minutos adicionales en la red. Puedo continuar educándome. Me encantaría un refrigerio, sin embargo. Mierda, tengo hambre. Y sed. Y huelo a mierda. Me veo como mierda. Joder, me siento como mierda. También estoy malhumorado y cansado.

¿Mencioné que tengo hambre?

Mi mente volvió a Gillian.

¿Qué pasaría si Trevor la golpea porque me fui?

Gillian peca de delirante. Dejando a un lado el paraíso de los tontos, ella fue amable conmigo. No me importaba lo suficiente para extrañarla, pero me preocupaba por la esposa maltratada. Asimismo, esperaba que su inútil marido mantuviera sus manos lejos de ella.

Aún no entiendo por qué personas agradables como Gillian apoyan a escoria sin vergüenza. Aunque he leído innumerables artículos en línea, sigo cayendo de espadas perplejo.

Tecleé, —¿Qué se considera abuso sexual a un menor? — en la barra de búsqueda. Titulares perturbadores llenaron la pantalla. No soy una víctima. No pertenezco a esos sitios con niños abusados. No, sólo estoy molesto, enfadado. Quería saber mis opciones o si había alguien con quien pudiera hablar.

Bueno, si regreso a la Casa Briar, estoy seguro de que la trabajadora social demasiado optimista me ayudará. Pero también me devolverá al sistema.

Eso no va a suceder.

Un anuncio parpadeó en la pantalla.

—¡Detén la corrupción!

Interesante. Tengo una mente como una esponja. Absorbía todo y cualquier cosa. Inútil y útil. Beneficioso e inservible.

Tecleé corrupción en el buscador.

La corrupción es deshonestidad y comportamiento ilegal por personas en posiciones de autoridad y poder.

Bufé.

Y pensar que desperdicié dos horas de mi vida en este basurero.

Salí del cibercafé al anochecer. Recuperando la bicicleta robada que había dejado detrás de la pizzería en la esquina, me colgué la bolsa del hombro y pedaleé por las calles oscuras hasta encontrar un lugar seguro para dormir.

Un arbusto grandes.

Un contenedor maloliente.

Un puente oscuro.

¿Qué importa?

Preferiría dormir en la tubería de alcantarillado que tener a Trevor, el pedófilo, subiendo a mi cama. Podría dormir a la intemperie, pero no a plena vista. Empujé la bicicleta por el callejón lateral del pub, la dejé detrás del contenedor de acero y, escondiéndome de los idiotas borrachos del interior, me oculté de una posible exposición.

***

Mi viaje en bicicleta duró ocho días, con paradas frecuentes para sisar comida de estaciones de servicio abiertas las 24 horas o echar una cabezada detrás de vegetación oscura. Encontré la gran ciudad: Londres. Olía peor que un animal muerto lleno de pulgas y enfermo de SIDA. Las ampollas me pinchaban los dedos de los pies. El hambre se manifestaba. Sin embargo, me encontré frente a la Abadía de Westminster y supe que estaba en casa. Nada más importaba. Ni el hedor. Ni los dolores en mi estómago ni el dolor en mis pies. Me bajé de la bicicleta y, admirando el Big Ben y el Támesis, empujé mi única fuente de transporte cruzando el puente.

Durante demasiado tiempo, me senté en el muro de ladrillos, sintiendo el aire frío en mi cabello, escuchando conversaciones triviales mientras la gente pasaba. No estoy en contra de comer de contenedores, pero el tipo detrás de mí, el que estaba hablando por su móvil, con la comida para llevar en una caja dejada en el banco, necesitaba aprender una lección.

Sí, estoy equivocado por robar su comida de madrugada y escapar en la noche.

Sin embargo, lo pensará dos veces antes de quitarle el ojo a su comida en el futuro.

Llenar mi estómago se volvió sencillo y sin problemas. Estoy algo indigente, pero los guardias de seguridad ocupados mentalmente hicieron del hurto una tarea demasiado fácil. Mierda, incluso les sonreía al entrar a la tienda. Seleccionaba mis refrigerios favoritos, agua embotellada, y deslizaba todo en mi bolsillo y salía sin complicaciones.

Claro, ocasionalmente me sentaba frente a los restaurantes e imaginaba lo bien que sabrían esos platos de espaguetis, o rondaba cerca de los puestos de hamburguesas e inhalaba los agradables aromas de la carne que permeaban el aire.

No obstante, la vida me trataba bien. Los días se convirtieron en semanas, y las semanas en meses. Encontraba refugio durante la noche, evitaba a los policías como si fueran la peste (no me arriesgaría a exponerme a las autoridades) para evitar volver al sistema.

Soy un niño fugitivo.

A los ojos de la ley, no pertenezco a la calle. Pertenecía a la Casa Briar o a otra familia que sólo me quería por los cheques de pago.

Cuidarme a mí mismo me proporcionaba una sensación de realización. Era feliz, autosuficiente y despreocupado.

Bueno, eso creía hasta que la dinámica cambió.

Fue el día que conocí a Bill.

—"If yuh listen carefully now, yuh will hear," —, sonó una voz baja y ronca, y me detuve en seco. —"This could be the first trumpet. Might as well be the last. Many more will have to suffer. Many more will have to die."

Retrocedí, remolcando la bicicleta conmigo. Seguí el sonido del guitarrista, del vocalista, esquivando peatones y giré la esquina de la calle. Fuera de la Estación Victoria, vi a un hombre increíblemente alto con rastas hasta la cintura que, sin duda, las teñía de rubio. Se erguía orgulloso, rasgueando su guitarra mientras hacía una versión de la famosa canción de Bob Marley. Su abrigo de cuero marrón desgastado le llegaba hasta los tobillos. Su diente de oro brillaba con los rayos del sol, y largas cadenas de plata colgaban de su cuello. Era del tono más oscuro de marrón y, aunque tenía una voz excepcional y los lugareños parecían amarlo a él y a su entretenimiento en vivo, yo podía oler su hedor desde aquí. Observé sus botas destrozadas y me di cuenta tarde de que el hombre era un vagabundo
—igual que yo.

Dejando la bicicleta junto a la barandilla, me senté en el banco de madera y me devoré la bolsa robada de cacahuetes cubiertos de chocolate. Y allí desestresé el resto del día mientras el hombre derramaba su corazón en las calles de Londres.

Luego él se fue.

Sin embargo, yo me quedé.

En ese momento, no quería estar en ningún otro lugar. Había oído música antes (no soy completamente salvaje), pero era la primera vez que realmente escuchaba o prestaba atención.

Todos los días volvía a Victoria para escapar de la realidad.

Cantaba las mismas canciones y hacía los mismos chistes.

Transeúntes, turistas y visitantes dejaban efectivo en su estuche.

—Puedo comprarme algo para almorzar —, dijo, guiñándole el ojo a la señora mayor. —Tal vez una pinta.

Divertido, me comí los frutos secos.

Sus dedos rasgueaban la guitarra. Su voz áspera me asombraba. Admiraba su ética de trabajo y su júbilo bajo circunstancias angustiantes. Siempre sonreía. Bajo cualquier viento y clima, él sonreía. Apreciaba las cosas simples de la vida, los pequeños placeres, el sol en su rostro, el aire frío por la noche, el café de la tarde, reírse a carcajadas con la multitud, observar a los transeúntes y el agua helada en un día caluroso. Su música. Realmente amaba su música.

Robé un viejo reproductor de cassetes, auriculares y baterías desechables de la tienda de caridad. Me tomó cuatro días conseguir un cassete en particular. Lo encontré, no obstante. —"Don't let them fool you or even try to school you.". — Pedaleando por el Borough Market, navegaba entre hordas de turistas, tiendas, puestos y restaurantes. —"We've got a mind of our own. So, go to hell if what you're thinking is not right."— Instrumentalistas y vocalistas resonaban en mis oídos. —"Love would never leave us alone."

Pasando rápidamente por el puesto de frutas y verduras, levanté la mano y atrapé un aguacate del generoso propietario. —¡Buenazo!

El camino de la vida es rocoso, y tú también puedes tropezar. Así que, mientras señalas con el dedo, alguien más te está juzgando.

Escuchando a Bob Marley, monté durante veinticinco minutos hasta llegar a la Estación Victoria. Mierda, estaba sudado cuando llegué. Tiré la bicicleta al suelo, me senté en el banco y reflexioné sobre cómo pelar el aguacate. Miré al otro lado de la calle para ver si el guitarrista hacía acto de presencia. Cuando vi el lugar vacío, me llené de desilusión. Llegué quince minutos tarde, lo que significa que él estaba treinta minutos tarde. Eso no es bueno. Espero que no se haya mudado.

De cualquier forma, tenía un aguacate.

¿Cómo retirar la semilla?

No era una drupa.

¿Dispersión de semillas?

Lo que sea. Tenía que comer.

Una sombra cayó sobre mí.

—¿Qué estás haciendo? — Alguien preguntó, y salté del susto. —Necesitas un cuchillo.

Reconocí esas botas listas para la basura.

Mis ojos subieron.

—Dame eso. — El hombre con rastas me arrebató el aguacate de la mano. —Si no tienes un cuchillo. — Utilizó la cruz de oro de su cadena para cortar la piel verde. —Improvisa. Tienes suerte de que esté maduro. — Separó la fruta, frunciendo el ceño ante la gran semilla. —Tendrás que comer alrededor de eso.

Mi mandíbula se cayó en veneración.

—¿De dónde vienes? Te sientas solo aquí. Comes nueces. — Levantó sus gafas de sol a la parte superior de su cabeza. —¿Por qué?

Mi ceja se arqueó.

No tenía idea de lo que acaba de decir.

—¿Bien? — Preguntó. —¿Por qué me miras?

Parpadeé rápidamente. —¿Crees que podrías hablar en otro idioma?

—¿Qué? — Pareció ofendido. —Hablo inglés. Eres un bobo —.

Me aclaré la garganta. —¿Qué es un bobo?

Me miró fijamente. —Una persona tonta.

Me sentí ofendido por su insulto. —No soy ningún tonto.

—Demuéstramelo.

—¡Acabo de hacerlo!

—¿Qué quieres?

—Nada de ti.

—Me sigues.

—No es verdad.

Me miró fijamente.

Lo miré más fijamente.

—Responde a la pregunta.

—Me cuesta entenderte.

Sus mejillas se hincharon. —Responde, — dijo lentamente, —a la pregunta.

Sonreí de medio lado. —Entendí la primera vez.

—No tienes remedio.

Realmente me perdí. —¡Ves!

—¿Qué ves, hey?

—Lo haces a propósito, — discutí.

Sonrió. —Acepto mi culpabilidad.

—En serio, amigo. Dame un respiro.

Se rascó la barbilla. —¿Qué quieres?

—¿Cómo te diste cuenta de mí? — Miré al otro lado de la calle. —No soy tan visible.

—¿Por qué noté al chaval mirándome tocar cada día durante las últimas ocho semanas? — Moderó el acento. —Déjame considerar la pregunta por un momento para ver si puedo señalar lo obvio.

Incluso con la pronunciación moderada, todavía tenía un acento fuerte. Me hizo sonreír. —Me gusta tu música.

—Sí, — asintió, —a mí también me gusta mi música.

Abrí mi puño cerrado, ofreciéndole cacahuetes. —¿Quieres unos?

Sus ojos se posaron en mi palma sucia. —¿Y tu mamá?

—No tengo madre. — Mi corazón dolía. —Mira, ¿quieres comer o no?

—¿Y un papá? ¿Tienes uno de esos?

La vergüenza calentaba mis mejillas. —No lo sé.

—¿No lo sabes? — repitió, asombrado. —Supongo que algún bastardo simplemente te jodió, ¿eh?

—Algo así, — le medio di la razón, sin comprender del todo su lógica. —Nunca lo conocí.

—¿Cuál es tu nombre? — Se acercó, esforzándose en pronunciar las palabras. —Asumo que tienes uno de esos.

—Liam, — susurré, bloqueando el hedor a sidra en su aliento. —Liam Warren.

—Warren. — Sus cejas se fruncieron en una severa mueca. —Mi nombre es Bill. Ahora, dile a Bill. ¿Por qué estás solo?

Lo estudié atentamente. —Supongo que me tocaron malas cartas.

Subiendo la correa de la guitarra sobre un hombro, exhaló un suspiro cansado. —Bueno, creo que necesitas venir conmigo. ¿Qué dices? — Se alejó, creyendo que lo seguiría. —Tengo hambre, Liam.

Decidido y desconcertado, tomé la bicicleta e hice lo inconcebible; seguí a Bill.

Bill era jamaicano, lo que explicaba su acento, pero se mudó al Reino Unido para unirse a la marina real a los dieciocho años. —Bill estudió en el Colegio Naval, — me contó. —Me embarqué en mi primer barco de guerra a los veintidós. Bill viajó por todo el mundo. — Mientras caminábamos por la esquina de una calle, me llevó hacia un viejo edificio en ruinas donde descansaban los okupas con sus bolsas y perros desaliñados. —Todos son inofensivos, especialmente conmigo cuidándote.

Empujando la puerta sin cerrar, atravesó el vasto y oscuro espacio con mis pasos siguiéndole. Las paredes estaban cubiertas de hormigón grafiteado. Muebles de segunda mano yacían esparcidos por el suelo. Los alcohólicos se reunían junto a las ventanas tapiadas.

Apartándome de la mirada de los demás, me senté en un sofá verde manchado de alcohol.

Bill arrastró un contenedor de acero hasta el extremo más alejado de la sala. Reunió

periódicos dispersos en el suelo, arrancó artículos en pedazos, los arrojó en el contenedor e inició un pequeño fuego. —Deberías dormir, Liam. Bill nos encontrará un lugar mejor mañana.

Asentí.

Quitándose los guantes de cuero, Bill se sentó en la grúa metálica.

Metiendo las manos bajo la mejilla, me estiré en el sofá y miré las sombras que las llamas proyectaban en la pared.

Bill apoyó la guitarra en sus rodillas. Pasó el pulgar por las cuerdas. —Emancipate yuhself from mental slavery. None but ourselves can free our minds, — canturreó, y yo estaba demasiado fascinado para apartar la mirada. —Have no fear for atomic energy. 'Cause none of them can stop the time. — Su garganta se aclaró. —Redemption songs.

Me quedé dormido con la voz de Bill.

***

Bill me tomó bajo su ala. Me mostró los trucos del comercio. Me enseñó a sobrevivir con más que cacahuetes robados y fruta verde. —Nunca te pongas demasiado codicioso. — Me lanzó un sándwich prehecho. —Roba sólo lo esencial. Y no robes a la buena gente, Liam. Ellos no lo merecen. Apunta a las grandes cadenas. Acaparadores de dinero. ¿Entiendes?

—Claro, Bill. — Mordí un bocadillo de pollo con mayonesa. —Te escucho.

—Puedes robar en cualquier tienda cuando esté llena, — continuó. —La gente no se da cuenta. Has sobrevivido con comida de plantas suficiente tiempo. Necesitas meter algunos carbohidratos en tu cuerpo.

Devoré el sándwich.

—Bill debería ganar más dinero. — Mantenía su lugar en Victoria para conseguir dinero para su dosis de sidra. —¿Por qué no te ayudaron los servicios sociales?

Mi nuez de Adán se movía. —¿Dónde crees que he estado? — pregunté, lamiendo el condimento de mis labios. —No ayudan a chicos como yo. Nos tiran con todas estas diferentes familias hasta que deciden que ya no te quieren. Me escapé del último lugar. — Omití la parte donde Trevor se metía en mi cama. —Estaba cansado. Si volvía, todo empezaría de nuevo. Quería libertad.

Él asintió en reflexivo pensamiento. —Bueno, es un buen trabajo que me hayas encontrado, entonces. Puedes ser libre con Bill, Liam.

Según Bill, la vida en la calle era peligrosa, especialmente para los niños. Durante dos semanas, investigó propiedades abandonadas con carteles de no vendidas en las rejas metálicas, y finalmente, encontró un viejo cobertizo en la parte trasera de una propiedad no alquilada. Las paredes de madera eran poco atractivas pero acogedoras. Inquilinos anteriores habían dejado viejas latas de pintura, herramientas de jardín, gnomos rotos y memorabilia olvidada dentro. Logramos operar alrededor de ellos. Y de los insectos. Vamos, sobrevivimos a esos bichos arrastrándose. No me opongo a golpear a una araña de ocho patas si se arrastra sobre mi pecho por la noche.

Son ellos o yo, ¿no?

Me gustaba el cobertizo. Es mucho mejor que dormir a la intemperie bajo el puente. Debería haber sido temporal. Deberíamos habernos mudado. Pero con la casa sin vender acumulando polvo y el jardín cubierto de maleza, plantamos nuestra bandera y reclamamos la tierra.

Bill plantó frutas y verduras en el jardín. La mayoría murieron a causa de las babosas. Los tomates prevalecieron. Los pimientos se maduraron. Las fresas eran mis favoritas.

—Estás creciendo, — dijo Bill una tarde. —También tienes algo de pelo.

Sí, vello facial blando bordeaba mi labio superior y ensombrecía mi mandíbula. Sin embargo, está parchado. Tenía que arreglar eso. —Podría empezar a afeitarme.

—¿Por qué harías eso?

—Parece pelusa de trasero.

—¿Y qué parece la pelusa de trasero?

Señalé mi cara. —Eso.

—Si te afeitas, volverá a crecer más grueso. — Sorbió sidra. —No estás listo.

Me tumbé en la bolsa de dormir en el suelo. —Entonces, esperaré.

—Bien.

—Bien.

—Vale, — dijo cortante.

—Vale, — bromeé.

—¡Vete a dormir, Liam!

Sonriendo en la almohada, dije, —Buenas noches, Bill.

Una pausa. —Buenas noches, mi chico.

Siempre me despertaba solo en el cobertizo. Bill se marchaba temprano al trabajo. Bueno, a cantar en Victoria. Puede que sea un borracho sin hogar, pero trabajaba por centavos, y le respetaba por eso.

Cansado, me giré de lado y saqué el libro de debajo de mi almohada.

William Kennedy, *Ironweed.*

Lo robé de la tienda la semana pasada.

Bostezando en mi hombro, me acurruqué para mayor comodidad y leí un pasaje.

Quiero tomarme un descanso de todo para averiguar si aún estoy vivo.

Las calles bien iluminadas desalientan el pecado, pero no te excedas.

Es bastante extraño lo que uno pone en movimiento siendo uno mismo.

Pero el miedo es una emoción barata, aunque llena de sabiduría. Y, hablando emocionalmente, siempre me he considerado un hombre de gustos caros.

¿Y qué si bebo demasiado? ¿De quién es ese asunto? ¿Quién sabe cuánto no bebí?

Sólo una apuesta por lo imposible tiene sentido. Es un acto de fe y coraje que requiere un salto irracional sobre la razón. Un hombre gana simplemente haciendo tal apuesta.

El amor siempre es insuficiente, siempre es una mentira. Amor, eres la mierda limpia de mi alma. Estúpido, amor. Tonto, amor.

Cerré el libro.

Es surrealista cómo ciertos libros pueden ofrecer nuevas perspectivas. No soy fanático de las historias ficticias. Quiero las crudas realidades de la vida y las tragedias de la relación.

Enrollé la cama improvisada y la guardé en el estante de madera para más tarde. Destapando una botella de agua, puse dentífrico en un cepillo y me lavé los dientes. Abriendo la puerta de madera para disfrutar del sol de la mañana, me paré en la losa de concreto, enjuagué el agua en mi boca y escupí espuma en el parterre de plantas muertas. Bill no estará en casa hasta más tarde. Me cambié a un viejo chándal, me subí a la bicicleta y pedaleé hasta el centro de Londres para robar en las tiendas.

Dos años después, todavía montaba la bicicleta de Trevor para robar mercancías.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Liam

La vida antes

Hace frío. Me costaba mucho entrar en calor. La escarcha invasora comenzaba a escalar las grietas del cobertizo destartalado. Mi cálido aliento contra el aire helado se convertía en pequeños vapores. Estoy enterrado en una sudadera con capucha extragrande, pero los pantalones de chándal habían visto días mejores. El material estrangulaba mis tobillos, amenazando con rasgarse en las costuras. Por suerte, los calcetines térmicos mantenían el congelamiento a raya, y si el invierno arreciaba, tenía guantes aislantes.

Ahora soy más alto. También sueno más viejo. Es la voz de garganta, supongo. Es más gruesa, más profunda y más ronca que antes.

La erección matutina ocurría a menudo. Cuando vivía en la Casa Briar, odiaba la imprevisibilidad de mi pene. Tenía mente propia. Cobró vida en los momentos más humillantes, y debido a la falta de privacidad, era difícil aliviar la molestia. Ahora, con Bill levantándose al amanecer, yéndose a Victoria, tenía horas para matar. Se ha convertido en un ritual. Hacía mis cosas cada mañana antes de aventurarme en Londres y, bueno, se sentía bien, y me gustaba.

Que alguien me acuse.

Además, tenía más control sobre mi excitación. Mi pene ya no se despertaba impulsivamente, lo cual apreciaba. No hay nada más vergonzoso que una erección furiosa cuando estás cerca de chicas lindas.

Hablando de chicas, estoy bastante emocionado por esas piernas elegantes y esas curvas generosas. Prestaba atención a los detalles, el hueco en sus columnas, el sonido de su risa y la forma en que sus ojos se iluminaban cuando sonreían.

Sí, me gustan las chicas con ojos bonitos. Es su inocencia lo que más me calienta.

Verás, tengo debilidad por las chicas modestas. Si es linda pero humilde, me atrae.

Sin embargo, las chicas no me notaban. Incluso si lo hacían, dudo que quisieran buscar a un vagabundo que vivía en un cobertizo ruinoso con un alcohólico.

Con la aprobación de Bill, empecé a afeitarme hace tres meses. Tenía que arreglar la barba en crecimiento, eventualmente. Mi cabello hasta los hombros se mantenía en un moño mientras ahorraba dinero extra para ir a la barbería. Bill ofreció cortarme el cabello, a lo que decliné. Me gustaba Bill. Joder, a menudo lo quería. Pero él es un alcohólico funcional. No confiaba en él para recortar mi melena en su estado inestable. Sus manos temblaban debido a la abstinencia del alcohol. Bueno, hasta que acumulaba dinero para ir a la tienda de licores y conseguir su dosis. Sólo entonces terminaba su ansiedad.

Bill tenía un gran problema. Era reconocido en Londres. Cuando los dueños de las tiendas lo veían acercarse, se plantaban en la puerta y le negaban la entrada. Si reunía el dinero, le entregaban las mercancías.

Lamentablemente, para Bill, los días de robar en tiendas habían pasado hace mucho tiempo. No puede poner un pie sobre la puerta sin confrontación.

Bill es un tipo grande. Es alto, severo, intimidante, pero Bill es un blandengue de corazón. No le gusta el conflicto ni la confrontación. Nunca sería agresivo , haría demandas o golpearía a la gente para conseguir lo que quiere.

No, Bill es buena gente.

Intenta hacerlo mejor.

Ajustando el gorro en mi cabeza, coloqué dos botellas de sidra en el banco de trabajo y, soplando en mis palmas, frotándolas juntas, me desplomé en la multitud de sacos de dormir en el suelo.

Si Bill no está en posición de robar, puedo intervenir. Depende de mí ahora para proveerse siempre que no me atrapen.

Tenía un libro nuevo.

Sanando la vergüenza que te avergüenza de John Bradshaw.

Metiendo un brazo detrás de mi cabeza, me estiré en el suelo y leí pasajes subrayados.

La vergüenza se interioriza cuando uno se abandona. El abandono es el término preciso para describir cómo uno pierde su auténtico yo y deja de existir psicológicamente.

—Desde el período más temprano de nuestra vida, que era pre-verbal, todo dependía de la interacción emocional, — leí, pasando la página. —Sin alguien que reflejara nuestras emociones, no teníamos forma de saber quiénes éramos.

Tarareé.

—Para mí, el infierno es no encontrar nunca tu verdadero yo, no vivir tu propia vida ni saber quién eres.

Releí la cita varias veces.

—¿Quién soy yo? — Me levanté y empecé a caminar por el espacio abarrotado. —¿Quién soy yo? — Mis hombros se encorvaron. —Soy un niño no deseado. Vivo en un cobertizo con un tipo borracho. Como comida robada para sobrevivir. — Mirando la cama desordenada, me agarré la parte trasera de la cabeza. —No soy nadie.

—Tu nombre es Liam Warren. — Ante la intromisión de la voz de Bill, me giré para enfrentarlo. —No es que seas nadie. Eres alguien. — Se acercó a mí, con los ojos fieros y determinados. —Warren era inevitable.

Tragué el nudo en mi garganta. —Poético.

—Claro. — Se tocó la sien. —¿Sigues leyendo esos libros, eh?

Asentí.

—Bien, — aprobó. —El conocimiento es la clave del éxito. — Al quitarse los guantes de

cuero, los lanzó sobre la estantería metálica. —Gané unos dólares extra esta tarde. — Sacudiendo las gotas de lluvia de sus rastas, cerró la puerta desvencijada. —Te vas a alegrar, Liam. — Vio el alcohol sobre el banco de trabajo, y su júbilo se desplomó. —¿Qué hiciste?

Arqueé la ceja. —Te conseguí sidra.

Parecía triste pero agradecido. —¿Por qué hiciste eso?

Genial. Está enfadado. Siempre sé cuándo está enfadado porque acentúa cada maldita palabra en jamaicano. —Honestamente, no puedo manejar tus cambios de humor. Eres irritable sin alcohol.

—No bebo, — me reprendió, la vena en su cuello palpitando. —Estoy tratando de dejarlo.

Fruncí el ceño. —¿Desde cuándo?

—No más bebida.

Mi ceño se profundizó. —Sí, pero
—

—No, — me reprendió, y mis labios se sellaron. —A Bill no le interesa.

Para evitar una discusión, señalé la bolsa de transporte en su mano. —¿Qué conseguiste? ¿Y por qué huele tan bien?

—Te va a encantar. — Desenvolviendo dos paquetes de periódico, me mostró montones de patatas fritas y pescado rebozado. —Bill lo hizo bien, ¿eh?

Mi estómago gruñó. —Has estado hablando sin parar de las patatas fritas desde que te conocí.

Entregándome un tenedor de plástico y un sobre de ketchup, se sumergió en su comida con deleite. —Me encantan las fish and chips.

Revolviendo la comida grasosa en el periódico, me sumergí, probando la mercancía. —Joder. — La sal y el vinagre nunca supieron tan bien. —Querré uno de estos manjares todas las noches, ahora.

—¿Buenas, eh? — Sus ojos brillaban. —Bill necesita ducharse. ¿Sigue funcionando la manguera?

—Apenas, — dije, y él maldijo. —Es invierno. Maldito frío, también. Congeló la tubería.

—Basta, — murmuró, sus ojos oscuros y abatidos. —Bill tiene que dormir. — Sus manos temblaban mientras se quitaba el abrigo de cuero. —A la cama.

Todavía eratemprano. —Claro, Bill.

Bill se dirigió a su lado del cobertizo, desenrolló el saco de dormir y se acurrucó en posición fetal en el suelo. Sus ligeros ronquidos siguieron, y sus temblores aumentaron. Metiendo la comida sobrante en la bolsa de transporte, tomé la manta de mi cama y la coloqué sobre su cuerpo. Mierda, estoy preocupado por él. Hace demasiado frío, y no quiero que se enferme. Puedo sobrevivir una noche sin cobertores adicionales. Si todo falla, saldré y correré vueltas para entrar en calor.

Después de dos sesiones de trote, regresé al cobertizo, cansado y dolorido. Me quedé dormido por lo que parecieron minutos antes de que Bill me tocará el hombro. —¿Qué? — gemí mientras me pinchaba y empujaba. —¿Qué, Bill? Déjame dormir.

—Liam, — siseó, y mis ojos se abrieron de golpe. —Inquilinos.

Frotándome los ojos, me levanté tambaleante y miré a través de las grietas de madera. Al ver a una pareja joven desempacar su coche, transportando grandes cajas de cartón hacia la casa, reprimí mi decepción. —Tenemos que irnos, ¿no?

El empaquetado de Bill cesó, la mochila cayó a sus pies. —Sí.

Solté un suspiro agotado. —Pero me gusta aquí.

—A Bill también le gusta aquí. — Se pasó una mano por el rostro. —Está bien. Habilidades de supervivencia, ¿recuerdas?

No tenía mucho que empacar: dos libros y la ropa que llevaba puesta. —Entonces, ¿qué estamos esperando? — Pasando la correa de la bolsa por un hombro, señalé hacia la puerta. —Primero los mayores.

Dándome un golpe en la parte trasera de la cabeza, cruzó el umbral cojeando. —Bill no es mayor.

Discrepo.

Nunca encontramos un lugar decente para vivir de nuevo. Nada se comparaba con el cobertizo. De un callejón a otro, rebotábamos entre destinos inseguros con la esperanza de encontrar algún atisbo de hogar en el futuro. Los tiempos eran duros, pero Bill aún se levantaba al amanecer para caminar hasta Victoria, donde tocaba durante horas para ganar dinero. Yo, sin embargo, intensifiqué el robo. Verás, tenía un problema con pedir limosna a la gente. Era degradante, humillante.

—Por favor, señor. ¿Puedo tener un poco más?

Me reí.

No, no soy Oliver Twist. No me verás con las manos extendidas, suplicando por sobras o monedas de cobre.

¿Dónde es el mejor lugar para robar bolsillos?

Atracciones turísticas.

Turistas confiados e ingenuos.

El metro.

Viajeros estresados y preocupados.

Me quedo con el subterráneo. La gente será menos propensa a perseguirme allí. Para cuando robe algo, ya estarán en el tren. Es lo suficientemente fácil arrebatar bolsas o quitar móviles a los rezagados. Como la mujer sentada en el banco de metal absorta en la conversación con el hombre a su derecha. Su bolso negro estaba en el suelo junto a sus pies. Calculando la distancia desde aquí hasta las escaleras, me acerqué a la pareja y, sin pensarlo dos veces, arrebaté el bolso y huí de la escena. Nadie previó la intención maligna. Mierda, gritaron blasfemias mientras corría hacia la salida. No creo haber corrido tan rápido en mi vida.

Saltando en la bicicleta desde el callejón, equilibré el bolso en el manillar y pedaleé hacia un lugar seguro.

Descubrí una joya oculta esa tarde.

Huertos de Marsh Lane.

Numerosos invernaderos se apilaban en el patio cercado. Sabiendo que los edificios de vidrio privados tenían visitas frecuentes de sus dueños, busqué una posibilidad menos vigilada y encontré el lugar perfecto. Escondiendo la bicicleta en la maleza, inspeccioné la zona, abrí la puerta al cobertizo de madera de cedro y asomé la cabeza adentro. Está bien, las bolsas de compost y el fertilizante caducado ocupaban mucho espacio, pero había suficiente espacio para acampar.

Vaciando el bolso de la mujer en el suelo, tirando cosméticos, perfume y recibos a un lado, descomprimí la billetera de piel de serpiente y agradecí al cielo. Metiendo trescientos libras en mi calcetín para un día lluvioso, dejé suelto el cambio en mi bolsillo y pedaleé hacia Victoria.

***

—¿Cómo encontraste este lugar? — Bill se sumergió en arroz frito. —Me gusta. Bill quiere quedarse.

—Simplemente tuve suerte, supongo. — Me senté frente a él en el suelo, comiendo patatas fritas con salsa. —Oficialmente estoy adicto a la comida chatarra.

—Es buena comida. — Sonrió ampliamente. —¿De dónde sacaste el dinero?

Oculté el engaño. —Pedí cambio en el palacio.

Él resopló. —¿Cuánto?

—Mira. — Le entregué veinte libras, guardando el resto para más tarde. —Toma esto.

—Bien hecho, Liam. — Doblando el dinero, lo metió en su estuche de guitarra junto a sus ganancias. —Intentaré conseguirte una sudadera nueva y ropa interior esta semana. Estás demasiado grande para ese chándal. También estoy ahorrando esos libras para unas zapatillas nuevas, así reemplazamos las tuyas viejas.

Sí, tenía agujeros en estas zapatillas. —Está bien. Puedo aguantar un poco más. — Una idea se me ocurrió. —¿A dónde fuiste?

Bill me miró con cautela. —¿A qué te refieres?

—Vine temprano a Victoria. — No estaba tocando en su lugar habitual, pero se aseguró de estar allí a las seis de la tarde cuando debía llegar. —¿Fuiste a tocar a otro lado? — Cuando no respondió, miré para ver sus ojos abatidos mostrando derrota. —¿Qué pasa, Bill? Pareces un poco perdido.

—He estado pensando. Esta no es vida para ti, Liam. Todo este movimiento, pedir sobras a la gente común. — Se ató las rastas en la cabeza. —¿Te pasó algo malo mientras estabas en el sistema? ¿Es por eso que no quieres regresar? Aún es una cama caliente por la noche y comida decente en tu estómago, ¿verdad? Tienes catorce años. Sobrevive un año más, alcanza la edad legal, y el gobierno te pondrá en algún lugar. Tal vez un bonito piso de una habitación o un estudio. También te darán dinero hasta que consigas un buen trabajo. Quién sabe, podrías trabajar a medio tiempo, asistir al colegio y obtener un título. — Sonrió tristemente. —Podrías sentarte en una de esas oficinas de alta gama algún día.

—¿Qué hice? — susurré, y él parecía confundido. —No pedí estar en este mundo, Bill. No pedí caer en manos de padres que no me amaban. No pedí crecer en el sistema, pasar de familia en familia, ir de un sitio a otro. — Me puse de pie, limpiando una lágrima solitaria de mi mejilla. —¡No pedí nada de esto! Y, sin embargo, aquí estoy, aferrándome a un vago sin hogar para no tener que dormir solo por la noche...

Sus ojos se agrandaron, y de inmediato lamenté mi dureza.

—Lo siento, — dije, y lo decía en serio. —No quise decir eso, Bill. Estoy... enfadado, triste, dolido. —Te quiero. Eres la primera persona que me ha tratado como si no fuera una carga inútil...

Los ojos de Bill se fijaron en el suelo.

—No te preocupes. Debería estar agradeciéndote por tolerarme tanto tiempo. — Poniéndome la sudadera con capucha, alcancé la mochila. —No voy a volver a Briar House, Bill. Tienes razón. Un año más en estas malditas calles, y conseguiré algo estelar.

—No hagas eso. — Se levantó. —Te equivocas, Liam. No es porque no me importes. Si acaso, me importas demasiado. Simplemente siento mucho por ti, chico. No mereces vivir así.

—Pero soy feliz contigo.

Bill me agarró del hombro. —Y eso es lo que importa.

No entendí la expresión dolorosa de Bill ni por qué parecía tan conflictuado esa noche.

Serían semanas más tarde cuando lo sabría, luego de nuevas disputas.

—¿Dónde has estado? — Bill me reprendió. —¡Me preocupabas, Liam! Te fuiste antes del amanecer y no volviste hasta que la maldita luna estaba en lo alto!

Mierda, está de mal humor esta noche. —Encontré otra familia, — dije, y él puso los ojos en blanco. —¿Qué? No hablo con ellos. Sólo los observo interactuar y eso.

—Eso no es una locura en absoluto.

Lo miré sin parpadear.

—Estás malditamente loco, — escupió, y entré furioso en el cobertizo. —¿Qué mierda pasa contigo? ¿Por qué andas acechando a otras familias? Estás pidiendo problemas.

No estoy acechando a nadie.

Al menos, no lo considero acechar. Es divertido, algo conmovedor, ver a las familias juntas. El parque es mi lugar favorito. Padres que juegan fútbol con sus hijos. Madres que ríen con sus hijas. Simplemente como cacahuates, deseando poder unirme a ellos.

—Siéntate. Tengo algo que mostrarte.

Tirando la mochila al suelo, me senté en la bolsa de compost y esperé impacientemente. Mientras estaba ocupado, noté la botella vacía de sidra bajo su saco de dormir. —Pensé que habías dejado de beber.

—No me juzgues. — Su espalda se tensó. —Necesitas cerrar los ojos.

Cerré los ojos.

—Y no estés espiando, o te daré un bofetón.

Sonreí traviesamente. —Sabes que soy más grande que tú, ¿verdad?

—No eres demasiado grande para un bofetón. — Se acercó. —Y deja de ser insolente. No me gusta. No me importa lo alto que te pongas. Todavía puedo quitarte esa sonrisa de la cara. — Oí un clic. —Abre los ojos.

Abrí los ojos lentamente para ver una llama danzante.

Sosteniendo un cupcake con una vela encendida, se agachó frente a mí. —Feliz décimo quinto cumpleaños.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Adelante, — me instó. —Sopla la vela y pide un deseo.

Estaba paralizado. —¿Me has comprado una tarta de cumpleaños?

—Es un cupcake, — corrigió con suficiencia, y sonreí de medio lado. —No me hagas llorar, Liam. Sólo sopla la maldita vela y pide un deseo.

Me incliné hacia adelante, susurré un deseo sobre la llama y pedí a las estrellas que nos mantuvieran juntos. —Gracias, Bill. — Quitando la vela, enterré mis dientes en el glaseado de chocolate. —¿Quieres compartir?

—No después de que lo hayas lamido así, — bromeó.

Incapaz de mirarlo mientras hablaba, estudié el cup cake en mi mano. —Te quiero, Bill.

—Sí, — dijo con voz ronca. —Yo también te quiero, mi muchacho.

Esa noche, me desperté con el sonido de la voz ronca de Bill. Limpiando el sueño de mis ojos, me desemarañé del saco de dormir y me arrastré hacia la puerta. Bill estaba sentado en una maceta volteada, rasgueando su guitarra. —"It's not warm when she's away.".

Me uní a él, sentándome en la hierba.

Sus dedos se detuvieron en las cuerdas de la guitarra, y luego cantó, —"Ain't no sunshine when she's gone. And she's always gone too long. Anytime,", — rasgueó, —"she goes away..."

Odiaba la tristeza en sus ojos. —Has estado tocando esa canción mucho últimamente, Bill. — Mi garganta se cerró. —¿Por qué?

—No te metas en mis asuntos, — replicó, más gruñón de lo habitual.

Mis cejas se alzaron. —Alguien está de mal humor esta mañana. — Su melancolía desató

aprensiones. —¿Qué pasa? ¿Por qué guardas mierda para mí? Quiero que me hables.

—No es nada.

—Es algo.

Después de una larga pausa, dijo, —Está bien. — Dejó la guitarra en el suelo con un ligero temblor en la mano. —Bill tiene algo que decirte.

Sabía que era malo
—lo sentía en los huesos.

—Cumplirás dieciséis antes de que nos demos cuenta. — Sus manos se entrelazaron. —Supongo que has recorrido un largo camino desde el pequeño, insolente chico que encontré en el banco ese día… — Sus mejillas se hundieron en una baja inhalación. —Bill podría morir, Liam. El doctor dijo que no veré seis meses sin tratamiento.

—¿Doctor? ¿Tratamiento? — Tartamudeé. —¿Qué doctor? No me dijiste nada sobre ningún doctor. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Qué te pasa?

—No te preocupes. — Levantó las manos. —Todo está bien. Bill ya lo tiene resuelto.

Mi corazón dejó de latir. —¿Por qué estás enfermo?

Bill reflexionó sobre mi pregunta directa. —El cáncer es una mierda, ¿eh?

—No. — Mi mundo entero se vino abajo sobre mí. —No puedes tener cáncer. — Saltando de pie, pasé una mano por mi cabello. —¡Eso no es justo! No puedes dejarme. No quiero estar solo de nuevo. Lo sabes, no puedo vivir sin ti.

—¡Deja que te diga algo! — Igualó mi postura. —Fuiste puesto en esta tierra con absolutamente nada, pero esa mierda no te define. No necesitas a alguien que te tome de la mano. Eres un chico inteligente. Lo resolverás. — Agarró mi cabeza, y sus pulgares masajearon mis sienes. —No te preocupes por el viejo Bill, ¿de acuerdo? Vas a arreglar tu vida.

Una lágrima rodó por mi mejilla. —Pero no sé cómo.

Bill reprimió las lágrimas. —Te conseguí algo, — dijo espeso, revelando un arma de fuego antigua de detrás de su espalda. —Es una Colt Government. La conseguí de la Royal Navy. — Colocó el metal frío en mi palma. —Ahora es para ti.

—No quiero ninguna maldita pistola. ¿Qué coño te pasa?

—Escúchame, — gritó, y cerré la boca al instante. —Tienes que escuchar porque sólo voy a decírtelo una vez. Hay una comunidad cerrada en Kingston. No te perderás, Liam. Casas bonitas, en la mejor parte de la ciudad. Te sentirás asustado, pero no puedes echarte atrás. Número diecinueve. No te olvides de ese número. Es importante que encuentres el correcto. El dueño deja una llave bajo el felpudo. Podrías notar algo de vigilancia y señales de advertencia de perros, pero eso es pura ostentación. Toma la llave, abre la puerta principal y entra en la oficina. No preguntes cómo Bill sabe todo esto

—sólo presta atención. Nada extenuante ni complicado. El código de la caja fuerte es cuatro ceros

—muy jodidamente original. Quiero que abras la caja fuerte y tomes todo, y no dejes ni un sólo chelín. Necesitarás ese dinero.

Estaba alterado, confuso. —Pensé que no robábamos a la gente decente.

—Eso no te detuvo de robar bolsos de damas.

Oh, mierda. —¿Cómo lo supiste?

Levantó una ceja. —Dejaste la evidencia en un arbusto allí.

Pasé una mano por mi cara. —¿Quieres que irrumpa en la casa de una persona cualquiera y robe su dinero? — Pregunté incrédulo. —¿Qué pasa con la policía? Me atraparán.

Sus manos ásperas agarraron mis mejillas. —Redímete.

Entumecido, asentí.

—Tengo un deseo, y es que seas la mejor versión de ti mismo. Utilizarás tu dolor, ira y resentimiento para convertirte en un hombre. — Cuidadosamente deslizó la pistola en mi bolsa. —Si quieres algo lo suficiente, entonces tómalo. No aceptes nada menos que lo mejor.

Me limpié las lágrimas de la mejilla. —¿Por qué necesito una pistola?

—Tal vez no la necesites. — Se encogió de hombros. —Bill tiene el presentimiento de que la necesitarás.

Después de esa noche, todo cambió. Bill quiso vivir el resto de su vida en soledad, donde tuvo gran placer tocando su guitarra. Se volvió sombrío, débil y cansado. Ya no viajaba a Victoria para tocar música.

Tuve que aventurarme lejos y mucho para obtener suministros adicionales. Cada vez que corría con un bolso o robaba billetes de alguien retirando fondos del cajero automático, me volvía más y más indiferente, descuidado, retraído y antipático.

—¿Por qué no recibes tratamiento? — Pregunté una noche.

Bill miró el techo de paja de la caseta. —Tengo que firmar en el hospital.

Torciendo el libro de bolsillo, lo tiré a la papelera ya que no me importaba seguir leyendo. —Entonces, ve al hospital.

Sus ojos se cerraron en una exhalación forzada. —No te voy a dejar.

—Estaré bien solo.

—Tienes que cumplir dieciséis, — dijo somnoliento. —Entonces será seguro para ti.

La única persona que había amado en mi vida se estaba deteriorando ante mis ojos.

Mi corazón se rompió.

Bill duerme la mayor parte del tiempo. Tampoco come mucho más.

Dejó de tocar música.

Apenas comía.

Poniendo los auriculares en mis orejas, me senté junto a él una tarde, vigilando su respiración pesada. —"I see the crystal raindrops fall,", — canté en voz baja con la canción. —"And the beauty of it all. It is when the sun comes shining through. To make those rainbows in my mind. When I think of you sometimes.". — Las lágrimas cegaron mi visión. —"And I wanna spend some time with you."

—"Just the two of us,", — dijo ronco, entrelazando nuestros dedos. —"We can make it if we try. Just the two of us.".

Lamiendo las lágrimas de mis labios, susurré, —"Building castles in the sky.".

Su pulgar acarició mis nudillos. —”You and I”..

Mi cabeza cayó sobre su pecho y rompí a llorar.

—Está bien, mi muchacho. — Sonaba sin aliento. —Estarás bien. Tengo mucha fe en ti.

Esa noche, mientras Bill dormía, abrí el estuche de la guitarra y tomé prestado su cuaderno. Escribía letras en cada página. Encontré una hoja limpia en la parte trasera, la rasgué por la mitad y garabateé algo para él.

Bill,

Me amaste lo suficiente como para quedarte.

Te amo lo suficiente como para irme.

Nunca te olvidaré,

Liam.

Dejando la nota en su bolsa, me puse el gorro y dejé atrás mi vieja vida con la bolsa colgando de un hombro.

Lo que sentí fue inexplicable. Todo lo que puedo decir es que lloré más de lo que jamás había llorado en toda mi vida. Lo extrañaba con cada paso, pero sabía que había tomado la decisión correcta. Estaba muriendo justo ante mis ojos. Al menos, sin tener que cuidar a un chico abandonado, él podría ir al hospital. Claro, podría ser demasiado tarde para el tratamiento. Pero podría dormir en una cama caliente y fallecer pacíficamente en su sueño.

Pedaleé en cámara lenta, viendo pasar el mundo, repasando los últimos años en mi mente. Hice otra parada, me compré un sándwich y obligué a meter comida en mi estómago.

Nunca me había sentido tan solo como me sentí esa noche.

Mis dedos se metieron en los guantes de cuero de Bill. Como se me instruyó, tomé la llave de debajo del felpudo y abrí la puerta principal de lo que llamaría una mansión. Fui recibido por muebles lujosos, alfombras ricas, candelabros de cristal y pisos de mármol. Admiré el vasto vestíbulo y eché un vistazo a los retratos colgados en la pared. Una familia. Marido y mujer. Dos hijas.

La culpa golpeó mi pecho. Casi retrocedo. —Mierda.

Revisé las puertas hasta que encontré la oficina. Mirando por encima de un hombro para asegurarme de que no había nadie alrededor, entré en la habitación, dejé la puerta entreabierta y miré las cuatro paredes. Examiné el gran cuadro exhibido en el nicho. Mis dedos se enrollaron alrededor del marco dorado para revelar la caja fuerte oculta.

¿Cómo diablos sabía Bill todo esto?

Tecleé el código de la caja fuerte.

Se abrió.

—Santo cielo. — No creo haber tenido el placer de ver billetes de cincuenta libras antes. No me atrevo a contarlos. Tendré un ataque al corazón. Mientras vaciaba torpemente la caja fuerte y llenaba la mochila, volqué una caja de aspecto antiguo. Esparció joyas y documentos por el suelo. —Mierda. — Me agaché, lancé las carpetas y robé el oro.

Abrí un pasaporte,

El mareo casi me robó el aire de los pulmones.

Raymond Warren.

Examiné la foto.

¿Es esto una coincidencia?

Si es así, ¿por qué estoy al borde de vomitar?

Volteé una imagen.

Bill y Raymond estaban abrazados con la pintoresca isla caribeña como telón de fondo. —Hermano de otra madre, — leí la caligrafía. —¿Qué?

Me sentí traicionado, confundido, enfadado, herido.

Parándome de golpe, rodeé el escritorio, encendí el portatil y navegué por internet.

Raymond (Ray) Warren, CEO de la empresa de ventas, Telecomservices.co. Casado con su esposa, Evelyn, dos hijastras

—mi vista se desvió por detalles innecesarios, luego me detuve

—divorciado. Esposa anterior, V. J. W. —Vamos, — me quejé, abriendo artículos, esperando más

—cualquier cosa más.

¿Qué más necesitaba, sin embargo?

Es evidente por qué Bill me envió aquí
—a la casa de Raymond. ¿Un hombre que era su amigo? ¿Mi supuesto padre? ¿O estoy sacando conclusiones precipitadas? Mucha gente tiene apellidos similares
—la esposa, sin embargo. La que se divorció. ¿Podría ser mi madre? ¿Me importa lo suficiente como para averiguarlo?

Bill me mintió.

Nadie te quiso, Liam.

Sólo eres un don nadie.

Me llevé las manos a la cabeza.

Eso no es cierto.

Eres mejor que esto, Liam.

No necesitas hacer algo estúpido.

Deja todo y vete.

Sólo vete…

Mis ojos se abrieron.

Redímete.

Sacando el arma de la bolsa, la pesé en mis manos y miré hacia el oscuro pasillo.

La sangre rugía en mis oídos.

Raymond Warren me dejó pudrirme. Se casó con otra mujer. Dejó a mi madre sola para criar a dos niñas que eran de otro hombre. Vivía entre la comodidad y el lujo.

No te quería.

Alguien debe haberle informado de la muerte de mi madre.

Aún así, no te quería.

Fuiste puesto en el sistema.

Aún así, no te quería.

La ronca voz de Bill susurró en mi oído, —Conviértete en un hombre.

La rabia se apoderó de mi cuerpo.

Subí las escaleras.

Las viejas tablas del suelo gemían bajo mi peso.

Entré en el dormitorio principal y me paré junto a la imponente cama con dosel tamaño king. Toqué la colcha de seda con una mano inquisitiva y escuché su respiración suave: marido y mujer.

Raymond sintió una presencia. Su voluminoso cuerpo se revolvió y sus ojos, abriéndose en el horror, detectaron a un intruso. —Espera. — Levantando las manos en rendición, se enderezó. —Toma lo que quieras. Sólo no nos hagas daño.

Teníamos los mismos ojos azules. —Vacié tu caja fuerte, — dije, y sus cejas se juntaron en el centro. —Eres un hombre rico, Ray.

—Y tú sólo eres un crío. — Lanzó una mirada al arma en mi mano. —¿Por qué desperdiciarías tu vida? Sé sensato. Podría ayudarte.

No tenía idea de quién era yo.

Mis ojos se desenfocaron, y por un momento fugaz, el dolor emocional me inmovilizó. Durante años, observé a las familias desde lejos, deseando que mi madre organizara fiestas en el jardín y picnics, deseando que mi padre me llevara a esos parques y me enseñara a jugar al fútbol.

Tal vez saqué conclusiones precipitadas.

Quizás no sabía de mi existencia.

Ray lucía atormentado. —Liam, — dijo, y mis músculos se tensaron. —No puede ser.

—¡Oh, Dios mío! — gritó la esposa, con sus rulos rosas torcidos. —¿Quién es ese chico, Raymond? ¿Qué hace en nuestra casa?

—¡Cállate la puta boca! — Grité, apuntando el arma en su dirección. —Dile que se calme, o disparo.

—Querida. — Le dio una palmada en el muslo. —Por favor, cálmate. Deja de llorar. — Me lanzó una larga mirada. —Hijo...

—¡Me dejaste pudrirme! — Le lancé, y el ver que era consciente despertó una rabia que no sabía que existía en mí. —No te importaba...

Trató de levantarse pero se irritó cuando moví el arma. —Hijo
—

—No tienes derecho a llamarme así, — susurré mientras las lágrimas corrían por mis mejillas. —No lo sabías, Ray. No sabías de mí. Por eso nunca te vi. — La verdad se reveló en sus ojos arrepentidos. —¿Verdad?

Sus labios se apretaron.

—Egoísta bastardo, — murmuré, limpiando mis mejillas. —Mi madre murió, pero ya sabías eso, ¿verdad?

—Voy a llamar a la policía, — gritó la esposa, arrojándose las cobijas.

Entré en pánico y apreté el gatillo. Su cuerpo se desplomó desarticulado en la cama.

Palidecí.

¿Qué he hecho?

Maté a alguien.

Maté a alguien jodidamente.

—Liam, — se lamentaba Ray, su dolor aullando en la noche. —Asesinaste a mi esposa. — Su mirada me paralizó. —Diablo.

Mi labio se frunció en disgusto.

Apreté el gatillo.

—

—Jefe, — gritó Brad, y mis ojos se abrieron de golpe. —¿Qué, ahora dormimos en el trabajo? — Un palillo descansaba en la esquina de su boca. —¿Estás enfermo o algo?

—No. — Me pasé la palma por las facciones cansadas. —Cansado.

Sus ojos se entrecerraron. —¿Quién carajos es Bill?

Simulé desconcierto. —¿Cómo diablos debería saberlo?

Él era escéptico. —Mencionaste su nombre...

—¿Desde cuándo estás autorizado para hacerme preguntas?

—Cierto. — Se preparó para salir. —Me corresponde un tiempo libre, no literalmente, pero Cherry me espera abajo, así que llámame si necesitas algo. Si no, me gustaría mojar el churro en paz.

Esperé hasta que se fue antes de respirar.

Mis ojos aterrizaron en la pintura del Puente de la Torre.

Un guitarrista estaba de pie en el malecón.

Un niño pequeño lo escuchaba cantar.

La nostalgia infló mis pulmones.

Abriendo el cajón del escritorio, busqué los viejos guantes de cuero y alisé mi pulgar sobre las ranuras desgastadas.

Expresé gratitud por la redención divina. —Nunca te olvidé, Bill.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Alexa

Clientes impacientes abarrotaban The Coffee House. Entré por la puerta giratoria, barrida por el viento y tarde, tropezando con varias caras para llegar a la sala del personal. Metí mi bolso dentro de un casillero vacío, me quité el abrigo empapado por la lluvia y, tras revisar mi espantosa imagen en el espejo de pie, me até un delantal en la espalda. Me veía un poco peor por el desgaste, con ojos cansados y el cabello salvaje e indomable. La imagen desfavorable es totalmente culpa mía. Me quedé despierta hasta muy tarde con Chloe anoche, bebiendo vodka barato, comiendo comida para llevar comprada en la calle, viendo películas de terror una tras otra y, gracias a Michael Myers, gritando hasta altas horas de la madrugada. Sentada en el banco de madera, peiné mi cabello con cerdas suaves y lo estilicé en dos trenzas. Puedo pasar por alto el dolor de cabeza porque no es nada que unos analgésicos no puedan solucionar, pero la humedad es difícil de ignorar.

Envié un mensaje de texto.

Yo: Me estoy muriendo.

Mi móvil pitó con otro.

Chloe: Igual. Ya me he quedado dormida dos veces frente al ordenador.

Yo: LOL.

Fue su idea terminarse toda la botella de vodka.

Yo: Te culpo.

Chloe: Yo también me culpo.

Yo: Vamos a hacer una prohibición de alcohol.

Chloe: Aburrido.

Sonreí para mí misma.

Yo: ¿Limitación de alcohol, entonces?

Chloe: Puedo aceptar un compromiso.

Yo: Nada de licor barato hasta la próxima semana.

Chloe: Sí, necesito salvar los órganos que me quedan.

La gruñonería de Grayson retumbó por el pasillo.

Yo: Tengo que irme. Mi gerente está listo para enviar un equipo de búsqueda tras de mí.

Chloe: Suena como un imbécil.

Yo: No, Grayson es buena onda.

—¿Alexa? — La fuerte voz de Gray hizo que el móvil se me cayera de las manos. Miré hacia arriba y lo encontré parado en la puerta, mirándome fijamente. —¿Qué estás haciendo? ¿Has visto la fila? — Antes de que pudiera responder, levantó las dos manos en exasperación. —Estoy allá afuera, perdiendo clientes, mientras tú estás aquí, lamentándote como una rata ahogada.

Me mofé. —Gracias, Gray.

—Estoy bajo de personal, — gruñó con un puchero petulante. —Tres personas llamaron para reportarse enfermas esta mañana. Y ni hablar del perezoso del repartidor. Creo que se quedó dormido al volante en algún lugar. ¿Qué voy a hacer? — Pasó una mano por su recién teñido

cabello decolorado, y caminó de un lado a otro del pequeño espacio. —Tengo ocho entregas de oficina esta tarde. Ocho, — enfatizó. —Pero no tengo ensaladas, ni botes de proteínas, ni zumos ni batidos. El Elderflower es el favorito de los clientes. Podría perder clientes habituales por un servicio insatisfactorio.

Puse el móvil en el casillero. —¿Has intentado llamar al proveedor?

—Sí. — Se desplomó en el banco y dejó caer la cabeza entre las manos. —Podría vender la tienda e irme al extranjero.

Es tan dramático. —¿Qué puedo hacer para ayudar?

—¿Puedes hacer que aparezcan entregas milagrosamente? — preguntó, y yo hice una mueca. —Entonces eres inútil.

Sofocando la risa. —¿Quieres que llame a las oficinas en tu nombre? Puedo explicar que tenemos un problema con los proveedores, disculparme por los inconvenientes e incluso presentar una solución.

Grayson asintió. —Lo apreciaría.

—Mientras tanto, — lo ayudé a levantarse, —tómate un descanso antes de tener un aneurisma. Ve a la oficina y redacta las tarjetas de disculpa. Tal vez podríamos ofrecer un almuerzo y café gratis mañana. Reparará la relación entre tú y los clientes insatisfechos.

—Sí, — concordó mientras salíamos de la sala del personal. —No puedo permitirme perder el negocio de oficinas sostenibles por culpa de un repartidor holgazán.

Dentro de la oficina de madera de olor fresco, Grayson abrió la ventana y bajó las persianas. La alegría iluminó su rostro ahora menos sombrío. Sus manos dieron una palmada de júbilo, y miré por encima de su cabeza para localizar el origen de su repentina gratitud: un transporte refrigerado retrocedió al callejón.

—Aleluya. — Sus palmas se apoyaron en la pared mientras observaba al tipo bajar del vehículo. —Olvida las tarjetas de disculpa, Alexa. Puedes ponerte a trabajar mientras voy y le doy a este tipo un pedazo de mi mente.

El aroma a colonia de pino y sándalo permanecía en la estela de Grayson. Fui a la ventana y lo vi merodear hacia el repartidor, agitando un dedo condenatorio; el pobre tipo recibió una reprimenda severa. Jace se unió al alboroto con su vestir completamente negro y manos tatuadas. Estaba bien afeitado y sonriendo, atrayendo la atención a su suave y juvenil sonrisa. Limpiándose las manos en el delantal negro, ayudó al tipo a apilar las cajas dentro del contenedor desmontable con ruedas y transportó productos frescos al interior.

Empecé a trabajar en el piso de la tienda, recogiendo mesas y limpiando superficies. Después de todo, la recién contratada barista detrás del mostrador atendía las demandas de los clientes sin necesitar manos extras.

El ajetreo del mediodía comenzó. El tráfico de la hora del almuerzo congestionó The Coffee House, así que me puse manos a la obra en la máquina de espresso mientras Jace desempacaba sándwiches, baguettes y wraps y reabastecía los frigoríficos y enfriadores.

—¿Puedes cubrirme un rato? — preguntó la rubia de cara fresca mientras ajustaba sus gafas con montura púrpura. —Se supone que tenía que almorzar hace veinte minutos.

—Adelante. — Dejando la pequeña jarra de acero inoxidable a un lado, me trasladé a la caja registradora. —Siguiente.

Americano. Flat white. Cold brew. Matcha latte. Café helado. Verde diario. Chupito de jengibre. Ensalada de pollo. Ensalada Niçoise. Ensalada de pesto

—no soy fan

—y tazón de mango. —Oh, esto se ve divino. — Admiré la colorida presentación. —Puede que pruebe este más tarde.

—Altamente recomendado.

—Disfruta.

—Lo haré.

—Siguiente.

Palomitas de sal marina. Danés de canela. Trufas de avellana. Ensalada superfrutas.

—¿Quieres una bebida con eso?

—No. — El chico me pasó su tarjeta de débito. —De hecho, ¿a qué sabe el mocha helado?

Me detuve como un ciervo ante los faros. —No te sabría decir.

—¿No? — Tenía el semblante más dulce. —¿No has probado el menú?

—No. — He probado el café ocasionalmente, pero rara vez como o bebo aquí. Suelo comprar en el camión de comida de la esquina.

Él miró el menú suspendido. —¿Y qué tal el 'berry blast'?

—Es un favorito, — le aseguré. —Deberías probarlo.

—Está bien. — Me dio el pulgar hacia arriba. —Entonces tomaré dos.

Entregué los productos, pasé la tarjeta y le di el recibo. —Gracias por visitar The Coffee House.

La cadera de Gray me golpeó. —Estás muy alegre últimamente, Alexa. — Sus cejas se movieron traviesamente. —¿Alguien tuvo sexo anoche?

Este hombre está obsesionado con mi vida sexual. —No. — No he visto a Liam en casi una semana
—todo una semana desde que visitó el piso. Aunque no me perturba. Envía muchos mensajes de texto para compensar el tiempo perdido.

¿Cómo dormiste, cariño?

¿Cuándo vuelves a trabajar?

Estoy ocupado, pero no me olvido de ti.

¿Qué estás haciendo?

Envíame una foto de esa hermosa cara.

Te extraño, Alexa.

Pensé en ti anoche (este mensaje llegó con un emoji guiñando).

—Simplemente estoy bien, Gray. — Exhalando un suspiro soñador, apoyé los codos en el mostrador manchado de café. —Nada podría alterar mi ánimo ahora mismo.

—¿Alterar tu ánimo? — Se rió para ridiculizarme. —¿Quién dice eso?

—Yo lo digo. — Reabasteciendo el soporte de servilletas, sonreí como una tonta enamorada. —Y
—
— — Sintiendo una mano deslizarse sobre mi trasero, me giré para ver a Jace acomodar jarabes de sabores gourmet en el mostrador. Le lancé una mirada despectiva. —¿Acabas de tocarme el culo?

Jace levantó una ceja perforada. —¿Por qué querría tocarte el culo? — Abrió la vitrina y rellenó las cestas con productos de repostería empaquetados. —¿Mierda? ¿Hablabas en serio?

Mis venas se calentaron. —No...

¿Estoy imaginando manos errantes?

—¿Gray? — Sentí claramente una mano rozar mi trasero. Quizás el toque de Jace fue involuntario, o tal vez Grayson está jugándome una broma otra vez.

Las manos de mi gerente se alzaron en señal de rendición. —No tengo ningún interés en tu culo, muñeca. — Sus ojos se movieron entre nosotros. —Guarda las amenazas.

Soy una arrogante.

¿Cómo me atrevo a suponer que un roce desconocido entre compañeros significa un toque inapropiado? Saqué conclusiones demasiado rápido. —Lo siento mucho, — solté y volví a mis tareas para esconder mi vergüenza. —Pensé...

¿Pensaste qué, Alexa?

¿Que Jace te estaba sobando al azar y con Grayson presente?

Qué suposición tan egocéntrica.

Necesitaba escapar de las miradas ardientes. —Voy a limpiar el piso de la tienda otra vez.

Dejando a los hombres limpiando las máquinas de café, me dediqué a las tareas, rociando desinfectante en las mesas, vaciando los recipientes designados y llevando tazas sucias a la lavavajillas.

Paré para almorzar, me atrincheré en la oficina de Grayson y revisé si Liam había respondido a mi último mensaje de texto.

Liam: Sigo esperando la foto.

Asegurándome de que nadie estuviera en la puerta, deshice dos trenzas y posé. Verifiqué la imagen y la borré, luego tomé otra
—no. —Mierda. — Sin el delantal, me moví en la silla de cuero, angulé mejor mi cabeza y tomé otra foto. No es la mejor representación de mí misma, pero envié la imagen, esperando que aún así le gustara.

Veo tres puntos danzando en la pantalla y contengo la respiración.

Liam: Jodidamente hermosa.

Liam: Esos ojos, nena.

Casi le pedí que me devolviera el favor, pero Liam nunca tomaría selfies.

Yo: Gracias.

Liam: No me des las gracias por piropearte, Alexa.

Yo: ¿Qué haces?

Liam: Almorzando con los chicos.

Yo: ¿Restaurante?

Liam: En The Shard.

Parpadeé.

Yo: Qué bien. ¿Qué hay en el menú?

Liam: Salmón.

Yo: Bueno, eso suena maravilloso.

Liam: Pero si no te gusta.

Yo: No soy amante del pescado.

Liam: ¿Cuándo fue la última vez que comiste salmón?

Yo: Nunca.

Liam: Debemos rectificar eso de inmediato.

Yo: Puedo sobrevivir sin ello.

Liam: ¿Estás ocupada este fin de semana?

Yo: Depende.

Liam: ¿De qué?

Yo: ¿Planeas visitarme?

Liam: Sí.

Yo: Entonces no estoy ocupada.

Liam: Quizás podría interesarte quedarte.

Puse el sándwich a medio comer a un lado.

Yo: ¿Cuándo?

Liam: Este fin de semana.

Yo: ¿Todo el fin de semana...?

Liam: Sí.

Mi corazón aceleró.

Por supuesto que quería pasar todo el fin de semana con él.

Yo: No sé...

Liam: Incluso cocinaré para ti.

Yo: Ambos tenemos que trabajar este fin de semana.

Liam: Claro. Podemos permitirnos salir temprano.

Él puede permitirse no trabajar nunca más. Yo tengo cuentas que pagar.

Yo: Vale. Supongo que puedo trabajar y regresar al penthouse para nuestra noche de pijamas...

Liam: ¿Noche de pijamas?

Yo: Almohada, edredón, sofá, helado y noches de películas.

Liam: Empiezo a sentirme viejo.

Solté una risa inaudible.

Yo: ¿Por qué?

Liam: ¿Noches de películas y helado?

Yo: Nunca eres demasiado viejo para disfrutar de una buena película en el sofá, Liam. Además, implica abrazos bajo el edredón.

Liam: Continúa...

Yo: Quizás no lleve nada puesto si prometes mantenerme caliente.

Yo: ¿Lo aprobarás?

Liam: Definitivamente.

—¿Sigues comiendo? — Grayson asomó la cabeza en la oficina. —Se está volviendo a llenar.

—Ya salgo.

Yo: Tengo que volver al trabajo.

Cuando Liam no respondió, guardé el móvil, tiré el resto del sándwich y regresé a la tienda. Normalmente, me quejo de la alta demanda de clientes, pero hoy aprecié la vitalidad, ya que aceleró el tiempo. Estaba oscuro cuando la última cliente se despidió. Cerré la puerta detrás de ella, puse el cartel de cerrado y me uní al equipo para pasar por la lista de cierre. Es la parte tediosa de trabajar en una cafetería: verificar fechas de vencimiento, limpiar la cafetera, air-pots, máquina de espresso y otras piezas auxiliares. Estaba pasando por el registro de desperdicios nocturnos cuando Jace me rozó al pasar a limpiar los pisos y, sutilmente, sus nudillos rozaron la curva de mi nalga.

Levanté la vista del checklist.

Jace silbaba una melodía inquietante. Hundió la cabeza de la fregona en agua limpia y la pasó por el suelo, dejando estelas de espuma debajo de la mesa.

Mordisqueando mi labio inferior, hice clic en la tapa de la pluma, ignoré la sensación de incomodidad en mi estómago y comencé a apagar todo el equipo.

Grayson desbloqueó la puerta para dejar salir a los demás empleados. Está haciendo varias cosas a la vez, hablando con alguien por teléfono y contando la caja registradora.

Con los pisos relucientes, levanté las sillas tapizadas sobre las mesas de madera. Una vez más, sentí la palma de alguien recorrer la extensión de mi nalga y, sabiendo que no me lo estaba imaginando, derribé la silla apenas asegurada de la mesa, causando un considerable estruendo. Se estrelló en el suelo, la pata de madera se astilló con el impacto, y una serie de disculpas brotaron de mi boca. Sólo que, una vez superé la vergüenza inicial y la torpeza, le lancé a Jace una mirada acusatoria. Él ya me estaba mirando. Su silbido se volvía bajo, espeluznante, el tipo de silbido que se escucha en las películas de terror cuando el asesino en serie sigue a su presa sin prisa.

Le di una sonrisa ingenua.

El hombre imposible me devolvió la sonrisa.

Levanté la silla dañada y probé su peso. —Habrá que comprar una nueva.

—Está bien. — Sin levantar la vista de la caja registradora, Gray me hizo un gesto de desdén. —Tengo sillas de repuesto en el sótano.

Moviéndome a la siguiente mesa, rocié la superficie de madera y me sobresalté cuando la mano de Jace apretó descaradamente mi cadera. Miré el reloj montado en la pared y analicé cómo manejar su comportamiento inapropiado sin causar una escena innecesaria.

—¿Necesitas ayuda? — Sus labios me hicieron cosquillas en la oreja. —Pareces cansada.

—Estoy bien, — mentí. —Quizás pregunta a Grayson.

No me estoy imaginando el comportamiento inapropiado de Jace. En cuarenta y cinco minutos, ese hombre no ha apartado la vista de mí. Vigiló cada uno de mis movimientos, monopolizó conversaciones triviales y encontró excusas para tocarme de forma indelicada con esas grandes manos tatuadas.

—Alexa. — Jace está detrás de mí, con su pelvis presionando contra mi trasero. —Yo...

—Tienes que parar. — Girándome para enfrentarlo, lo clavé con una mirada asesina. —Jace, no puedes comportarte así. Es inapropiado, poco profesional, y además estoy en una relación con un psicópata celoso que no dudaría en enterrarte vivo. — Omití el nombre de Liam para evitar dramas innecesarios. —Y antes de que cuestiones mi racionalidad, no estoy loca. Tu mano se desliza demasiado. Me está haciendo sentir incómoda.

Jace parecía completamente horrorizado. —Yo... ¿Tú piensas que yo... ¿Cuál es la acusación? ¿Piensas que te estoy acosando sexualmente? — Se puso pálido. —Ese tipo de acusaciones puede meterme en problemas, Alexa.

Oh, ahora está actuando melodramático. —No, sólo estoy señalando que eres un poco demasiado tocón. Si quisiera causarte problemas, estaría sentada en la oficina de Grayson presentando una queja. — Tirando el paño sobre la mesa, me limpié las manos en el delantal. —Mira, no quiero pelear contigo. Somos compañeros de trabajo que pasamos más tiempo aquí

que en casa, lo que significa que estamos en compañía del otro mucho. Pero no podemos ser amigos si los toques inapropiados continúan.

—No estoy interesado en ti, Alexa. — Sus ojos burlones ardían en mí. —Ni en ninguna mujer, en realidad. Oh, vamos. No actúes como si no fuera evidente.

Parpadeé rápidamente. —¿Qué?

Se señaló a sí mismo como si fuera obvio.

—Ayúdame, Jace. — Fruncí el ceño, confundida. —No leo mentes.

Sus mejillas se sonrojaron. —Me gustan los...

Traté de rellenar los huecos. —¿Estás tratando de decirme que eres gay?

Jace asintió tímidamente. —Sí.

—Lo siento mucho. — La vergüenza me calentó el cuello y las mejillas. —No tenía idea, Jace. Yo pensé...

¿Pensaste qué?

Eres vanidosamente egocéntrica, Alexa.

No todo en la vida gira en torno a ti.

Frotando mis sienes, detuve las autocríticas mentales.

Jace es gay. Seré una ignorante, pero me costaba creer esta nueva información. Lo he visto ojear a mujeres todo el día. Además, si está tan interesado en la población masculina, ¿por qué su mano está siempre atraída a mi trasero?

—Tú simplemente no lo aparentas... — ¿Cómo lo digo? —Quiero decir, Grayson es obvio.

—Hey, — Gray me reprochó ligeramente desde la caja registradora. —Escuché eso.

Jace se rascó la nuca. —Bueno, Grayson es más abierto sobre su sexualidad, mientras que yo no lo soy. — Me dio una sonrisa débil y humillada, metiendo las manos en los bolsillos de sus pantalones. —Mira, Alexa. Lamento si di una impresión incorrecta o si te ofendí. Soy el chico nuevo, un chico nuevo nervioso que sólo intenta hacer amigos. Y, bueno, tú puedes ser un poco distante y fría a veces... quería que fuésemos amigos, eso es todo.

—Alexa está llena de sí misma, — Grayson bromeó desde el otro lado de la tienda. —Ignórala.

Dios, no está ayudando con esto.

—¡Gray! — Mis mejillas ardían. —¿Puedes cerrar la boca, por favor?

—Es verdad. — Mi parlanchín jefe se acercó a nosotros. —Alexa cree que todos los hombres la desean.

Le agarré la camiseta negra. —Gray, ¿qué te pasa?

Su sonrisa se parecía a la del gato Cheshire. Puso un brazo sobre mis hombros y me atrajo cerca. —Sabes que estoy bromeando contigo. — Miró de mí a Jace. —Escucha, guapo. Alexa tiene un amigo/novio por el que está obsesionada de manera extraña, así que dudo que esté buscando prospectos. Yo, en cambio, estoy soltero y listo para mezclarme. — Su sonriente cara me hizo reír. —Por si te interesa.

Jace se erizó. —Estoy bien, hombre.

—Qué pena. — Los ojos llenos de lujuria de Gray recorrieron el físico musculoso de Jace de manera sugestiva. —Soy generoso.

Me ahogué con aire. —Dios mío.

—Tomo nota. — Una risa nerviosa reverberó en el pecho de Jace. —Lo tendré en mente.

—¿Qué tal esta idea? Vamos a salir esta noche. Algo simple. — Gray ponderó con las cejas fruncidas. —Comida, cócteles y tal vez un poco de baile. ¿Qué piensas?

Nunca socializábamos fuera del trabajo. —¿Por qué?

—Para que podamos convivir. — Los dedos de Grayson pinzaban mi mejilla. —Vamos, Alexa. Será divertido.

—Claro. — Jace mordió su piercing en la lengua. —Estoy dispuesto a lo que sea.

Supongo que el alcohol y la comida nunca hicieron daño a nadie. —Vale.

Le texteé a mi amiga diez minutos después.

Yo: Creo que deberíamos romper nuestra prohibición del alcohol.

Chloe: ¡Qué sorpresa!

Yo: JAJAJA

Yo: Llegaré a casa pronto.

Chloe: Tendré las bebidas listas. Aunque no te compro la idea de salir.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Alexa

Convencí a Chloe de unirse a mí en una salida con la gente del trabajo, lo cual no fue problemático porque en el segundo que mencioné hombres guapos y cócteles asesinos, la mujer se despojó al estilo de Bruce Almighty y luego glamourizó su apariencia cansada en una vibrante belleza.

Viento tempestuoso y lloviznas frescas me saludaron al salir del taxi. Le di una propina generosa al conductor, chillando detrás de Chloe cuando el cielo se quejó y estruendosos truenos y lluvias torrenciales azotaron las calles de Londres.

Mi cabello mojado goteaba por mi espalda. Tal vez el vestido corto rojo fue demasiado atrevido para este clima deprimente.

Abrí la puerta rústica y entré en el restaurante estilo cabaña. Aromas deliciosos impregnaban el aire. Una capa de arena blanca cubría el suelo de madera, y pizarras de colores adornaban las paredes paneladas de roble. Mesas y sillas de madera desparejadas en rojo, amarillo, verde y negro salpicaban el espacio. Un retrato grafiteado de Bob Marley dominaba la pared del fondo. Lámparas colgantes de luz tenue, camareros amigables y música reggae. —You Want Me — de Vybz Kartel sonaba desde el escenario trasero, donde los asistentes a la fiesta ocupaban la pista de baile alfombrada.

—Señoras. — El camarero, vestido casualmente, recogió dos menús del mostrador de madera delantero. —¿Mesa para dos?

—Tenemos reservación. — Vi a Jace y Grayson sentados en una cabina privada en la esquina. —Estamos con ellos.

El camarero nos llevó a su mesa.

—Hola, chicos. — Me deslicé en el banco de cuero frente a los hombres. —Espero que no

hayan empezado sin nosotras.

—Bueno, ya era hora. — Grayson se pasó la mano por su cabello rubio platino. —Me estoy muriendo de hambre.

Miré mi reloj de pulsera. —Llegué quince minutos antes.

—Estás quince minutos tarde. — Ya estaba juguetón. —Debería estar borracho.

Estaba tonto. Ya había bebido lo suyo.

Chloe se movió junto a mí en el banco de cuero, metiendo su bolso de mano entre nuestros muslos casi tocándose.

—Trae dos más de estos. — Elevó la enorme pecera sobre su cabeza. —No te cortes con el ron. Planeo emborracharme sin medida y de forma insaciable.

El camarero amable le dio un pulgar arriba.

Examinando la lista de precios, murmuré, —Nada nuevo, entonces.

Honestamente, Grayson está resacoso seis de los siete días de la semana. Admiro su sociabilidad nocturna y su fiesta irreprimible. Diablos, ojalá tuviera su energía vigorosa.

—¿Cuál es tu secreto? — Jace le preguntó. —Yo estoy en la mierda durante días si mezclo demasiado alcohol.

Grayson sonrió orgullosamente. —Soy increíble.

—Claro... — Las cejas de Jace se fruncieron ligeramente. —¿Pero cuál es el secreto para no tener resaca?

La sonrisa de mi jefe se amplió. —Soy increíble.

Reí ligeramente.

Aunque nunca levanté la vista del menú, atrapé la cabeza de Jace inclinándose en mi dirección. Se veía atractivo en su camiseta negra ajustada y cazadora de cuero desgastada. Se había peinado el cabello castaño hacia atrás, por lo que lucía tatuajes intrincados en la parte posterior y a los lados de su cabeza. Cuando lo miré completamente, me sonrió con burla. —¿Estás bien por allí, Alexa?

Me sentí ligeramente alterada por él, lo cual encontré más incomprensible. —Sí, estoy decidiendo qué comer.

—Oh, podría ayudarte con eso. — Grayson me guiñó un ojo lascivamente. —Espero que te guste la carne jugosa.

Mi jefe es irredimible. —No tanto como a ti, aparentemente.

—Cuanto más grande, mejor, ¿verdad? — Se abanicó con el menú. —Me alegra que estemos en la misma onda.

La esquina del labio de Chloe se torció ligeramente. —¿Me estoy perdiendo de algo?

—Sí. — Gray se remangó la camisa metálica ostentosa. —Alexa me está diciendo que le gustan las salchichas grandes en clave.

—¿Qué? — No dije nada de eso. —Grayson, no seré el blanco de tus chistes lascivos toda la noche.

—¿Por qué no? — preguntó, y lo más preocupante es que estaba mortalmente serio. —Es divertido.

Chloe rió una vez. —¿Divertido para quién?

—Para mí. — Dijo sin expresión. —Me encanta verla retorciéndose en su asiento toda la noche.

Estuve a segundos de alcanzarlo y hundir su cabeza en la pecera. —No soy frígida.

Crujiendo sus dedos, Grayson ronroneó. —Oh, convénceme de eso.

—Yo puedo dar fe de la insaciable lujuria de esta mujer, — Chloe respondió en mi nombre. —Después de todo, soy su compañera de cuarto. Escucho todo.

Los brazos de Jace se cruzaron sobre la mesa.

—¿En serio? — Gray bebió alcohol a través de una pajita. —¿Como qué?

Los asesiné a ambos con una mirada feroz. —¿Por qué soy el tema de una conversación sucia?

—¿Qué crees? — Mi mejor amiga golpeó rápidamente su dedo en la mesa. —Toda la noche.

—¡Chloe! — Mis ojos se movieron de ella al dedo soplón. —Compórtate.

Gray miró con ojo crítico. —¿Qué, como, tocar la almeja?

—No, — interrumpió ella. —Follar a lo hardcore. Me estoy quedando sin auriculares de tanto oirlos como si no hubiera un mañana.

—Oh, Dios. — Me escondí detrás de dos manos. —No me magreo nada.

—¿De verdad? — Jace entró en la conversación. —¿Nunca?

Bajé las manos para mirarlo con odio. —¿Tocas tú tu propia flauta?

La pregunta repelió a Jace. —No.

—¿Es posible? — Gray bajó su mirada a sus manos de cuero. —Jace, imagina poder hacerte

autofelación.

—No. — Jace se rascó la ceja perforada. —No podría pensar en nada peor que chupar mi propia polla.

—Esto es como un juego de instrumentos sexuales. — Grayson miró alrededor de la mesa asombrado. —¿Qué tienen ustedes?

Chloe parpadeó perpleja.

—Ya sé, — dijo Gray con una sonrisa engreída. —El violín.

—¿Nos saltamos las presentaciones y fuimos directamente a una conversación sucia? — La rodilla de mi amiga rozó la mía bajo la mesa. —Soy Chloe. Tú debes ser Grayson. — Su dedo apuntó a Jace. —¿Y tú eres...?

—Jace. — Su voz áspera hizo que sus labios se fruncieran. —Un placer conocerte.

Con la barbilla apoyada en el talón de su mano, batió sus pestañas. —¿Estás soltero?

—No. — Sus ojos verdes se dirigieron brevemente hacia mí. —Tampoco estoy disponible.

Chloe se lamentó. —¿Por qué no?

—Estás ladrándole al árbol equivocado con este chico. — Grayson le dio una palmada en la espalda a Jace. —Yo tengo mejor suerte. — Le apretó la mandíbula enrojecida. —¿Verdad, guapetón?

Jace aparentemente odiaba la atención. —Sí.

—Oh, lo siento. — Sus manos tropezaron con los cubiertos. —Nunca lo hubiera adivinado. No pareces gay.

—¿Disculpa? — Grayson fingió ofenderse. —Deja los comentarios insensibles afuera, Ricitos de Oro. ¿Se supone que un hombre debe usar falda para representar a la comunidad gay?

En su defensa, tuve los mismos pensamientos cuando conocí a Jace. No tiene nada que ver con discriminación por orientación sexual. No se puede percibir la sexualidad de alguien basándose en la apariencia. Sin embargo, tiene ojos vagos en presencia de mujeres deseables. Tal vez las aprecia. Podría no ser atracción sexual, pero busca como un depredador a su presa en su cercanía.

Los ojos de Chloe se llenaron de mortificación. —No, yo...

—Sólo bromeo. — La sonrisa de Grayson no pudo suprimir sus ojos llorosos. —Oye, ya que estamos en el tema. — Miró a Jace con nostalgia. —¿Activo o pasivo?

—¿En serio? — Jace cubrió su boca con dedos tatuados. —No responderé eso.

—Soy versátil. — Gray llamó al camarero. —¿Cuánto más para el servicio?

Jace dio vuelta al menú en mis manos. —Tu lista de precios está al revés.

Simulé estupidez. —Lo sabía.

Él esbozó una sonrisa tímida.

Chloe dio las gracias al camarero por nuestras peceras. —Es agradable poner nombres a las caras. Alexa me ha contado tanto sobre ambos.

—¿De verdad? — La risa de Gray creció en crescendo. —No he escuchado absolutamente nada sobre ti.

—Eso es mentira, — llamé a su frivolidad. —Grayson me llama lesbiana porque hablo mucho de ti.

Gray asintió, agudo y vehemente. —Es verdad, — confirmó, y consideré enviarle artículos

sobre personalidades múltiples. —Creo que ella te ama en secreto, Ricitos de Oro. En este punto crítico, sé el tamaño de tu sujetador.

Chloe se volvió en la cintura para arquear una ceja hacia mí. —¿Les contaste mi talla de sujetador?

—No. — Le lancé a mi jefe una mirada enojada. —Obviamente ha bebido demasiado.

—Y revisé tus tetas en cuanto te sentaste, — admitió Gray, y Jace se rió detrás de un puño cerrado. —No te preocupes, soy inofensivo.

Contra el mejor juicio de Chloe, se rió, no molesta por su inocuidad. —Tu comportamiento petulante es una señal de senilidad, — dijo, y él se encogió de hombros despreocupado. —Pero tomaré tu comportamiento pervertido como un cumplido. — Sacando el menú de mis manos, revisó la plétora de platos principales. —Esta noche es mi primera visita a un bar caribeño, así que no sé qué ordenar. ¿Qué lleva una Rasta burger?

—No te preocupes esa cabecita, — dijo Grayson pomposamente. —Ordenaré por todos.

—Cabecita. — Se echó el cabello rubio liso detrás de los hombros. —¿Desde cuándo necesito ayuda para ordenar una maldita comida? No, — arrastró su pecera lejos de la mano codiciosa de él, —toques mi alcohol.

Compartí una mirada preocupada con Jace.

—¿Por qué tanta hostilidad? — La travesura pivotó en los ojos cortados de Gray. —Deja de quejarte y emborráchate conmigo.

Su frente se frunció. —¿Hay algo mentalmente malo contigo?

Escupí a media bebida, con el alcohol quemando mi garganta. —Chloe, — jadeé, y Jace me pasó una servilleta. —No puedes hacer preguntas así.

—Acabo de hacerlo, — replicó con osadía, torciendo una mirada al bocazas de enfrente. —¿Tenemos un problema?

—No, — Gray se rió, lanzándole una servilleta arrugada en la cara. —Estoy tratando de desatascarte el calzón.

Jace pasó una palma por sus preocupadas facciones. —Estoy tan jodidamente confundido.

Estuve de acuerdo. —Igualmente.

Nuestro camarero reapareció. —¿Listos para ordenar?

Grayson añadió bebidas adicionales a nuestro pedido interminable. —¿Cuánto tiempo estamos hablando? Mi barriga piensa que mi boca está en huelga. — Se dio una palmada en el estómago. —Necesita combustible.

—Servicio rápido, — aseguró el camarero mientras se retiraba al bar.

Mi cóctel inspirado en el Caribe consistía en dulce piña, zumo de arándano y ron de coco. —Esto es letal.

Jace miró la rodaja de piña. —¿Cómo es eso?

—Apenas se siente el alcohol, lo que significa que lo consumiré más rápido y estaré como una cuba dentro de media hora.

—Lógico, — bromeó. —No soy fanático del coco.

Sin embargo, eligió piña colada. —Quizás prefieras optar por el menú de cervezas la próxima vez.

Nuestros platos llegaron junto con varios cócteles de colores veinte minutos después. Las bebidas elaboradas ya estaban haciendo efecto. Estaba encaminada a ver doble de todo. —Esto es divino, — murmuré alrededor de la pajita de bambú. Hojas comestibles flotaban en el alcohol y rica escarcha decoraba el borde del vaso. —Y letal.

—Ya lo dijiste, — señaló Jace.

—Alexa es repetitiva. Ignórala. — Gray frotó sus palmas. —Bien, tenemos alitas solas, bocados caribeños, gambas con chile dulce, patatas fritas Dutty, plátano, ensalada de mango y salsa jerk. — Sus ojos rodaron hacia el cielo. —Prueba el cabrito al curry y deja que el coma alimenticio comience.

Compartimos platos, sirviéndonos porciones individuales en nuestros platos.

Creo que Chloe se está calentando con las excentricidades y la lengua incontrolable de Grayson. Engancharon una conversación ligera, discutiendo sobre una rave que ambos disfrutaron el año pasado.

—Alexa. — Jace ensartó pollo desmenuzado en su boca. —Hay un ligero acento en tu acento londinense. — Lamiéndose la salsa de los labios, masticó en silencio. —¿Por qué es eso?

—No nací en Londres, — dije, sorprendida por su perspicacia. —Soy originaria de Cornualles. Newquay, para ser exactos.

—¿De verdad? — Desgarró dumplings fritos. —¿Por qué te mudaste?

Pensando en una respuesta adecuada, tragué arroz. Quiero decir, sus preguntas inocentes no molestan, pero estoy socializando y disfrutando de cócteles, y las historias tristes sólo dificultarán la euforia. —Me mudé hace mucho tiempo con mi hermana. — Omití los detalles. Mi pasado no es un secreto, pero Jace no es consciente y quisiera mantenerlo así. —¿Y tú? ¿Dijiste que eras de Londres?

—De las afueras. — Miró a Chloe con un brillo cuestionador. —¿Ella es tu...?

—Mi mejor amiga. Kathy, — dije nostálgicamente. —El nombre de mi hermana es Kathy.

—Supongo que la conoceré pronto. — Apartó el plato limpio, cruzó sus brazos y se relajó. —Probablemente frecuenta la Coffee House para obtener bebidas con descuento, ¿eh?

Ensartando coleslaw, volví a enmascarar mis preocupaciones. —Kathy está mochileando por Europa.

—Impresionante. — Me estudió con una concentración considerada. —Pero la echas de menos, ¿verdad?

¿Por qué me siento encogida bajo su línea inofensiva de preguntas?

—Por supuesto que la extraño. — Nunca dejaré de amar a Kathy. Independientemente de su comportamiento antes de morir. —Nada que un buen vodka no pueda arreglar, — dije con humor fingido. —¿Y tú, Jace? ¿Familia?

Inhaló, su pecho se expandió. —Mis padres murieron hace unos años, — noté un tic de enfado en su cuello. —Eso es todo.

—Lo siento. — Cambié de tema antes de que nuestra noche se convirtiera en un desastre emocional. —Entonces, ¿tatuajes? — Mis labios rodearon la pajilla y succioné hasta justo antes de vaciarla. —¿Qué pasó?

—Si ya has terminado. — Jace reemplazó el bol vacío. —Podemos compartir. — Esperó a que sorbiera. —Soy tatuador.

—Bueno, eso explica tu amor por la tinta. — Mi móvil vibró en el bolso de mano, pero no tenía prisa por contestar. —Hora de preguntas. ¿Te tatúas a ti mismo? ¿Cuánto dolor sufres cuando alguien te clava una aguja?

—No, raramente me tatúo yo mismo. Prefiero que alguien más me lo haga. — Rechazó la oferta de Grayson de más porciones de dumpling. —El dolor es subjetivo. Disfruto las sesiones largas. Es bastante adictivo.

—¿Llamas disfrutable al dolor voluntario? — No, gracias. Prefiero no traumatizarme. —Me encantaría tener uno. Pero nunca podría soportarlo.

Su mirada recorrió mis brazos expuestos. —Creo que un poco de tinta te quedaría bien.

—Nunca va a pasar, — dije firmemente. —Lo digo en serio, amigo. Mantén tu pistola alejada de mí. Muero.

Él me miró profundamente. —Combativa.

Mi móvil volvió a vibrar. Me disculpé con el grupo, desabroché el bolso y contuve la emoción. —Hola, — contesté, con mariposas en el estómago. —¿Qué pasa?

—¿Por qué asumes que algo está mal? — preguntó Liam, su voz ronca me erizó la piel. —¿No puedo llamar a mi chica?

Sonriendo como una loca, mordisqueé mi labio inferior. —Nunca llamas.

—¿Qué? — chilló Gray, lanzando un cubo de hielo a Jace. —Y yo pensé que era un pervertido.

Jace apoyó un brazo en el respaldo del banco. —Soy honesto. — Discernió mi perplejidad. —En realidad te defendí. Gray cree que eres la desafortunada dueña de un par de copas A, así que lo corregí.

Sus ojos bajaron a mi pecho. —Más de un puñado es demasiado, ¿no? Creo que tienes unos pechos geniales.

¿Por qué escogería este momento exacto para decir algo tan gratuitamente inapropiado?

Mi corazón saltó a mi garganta. —Liam
—

—¿Dónde estás? — Era más confrontacional que conversacional, como esperaba. El hombre tiene la tendencia de perder la paciencia en un segundo. —¿Quién coño ha dicho eso?

Desollé a ambos imbéciles vivos con una mirada de desprecio. —Estoy en un restaurante con amigos del trabajo, — aclaré, ignorando las miradas juzgadoras de todos. —Te envié un mensaje antes
—

—Un compañero de trabajo que cree que es aceptable hacer comentarios licenciosos sobre ti.

Cedí, hundiéndome en mi asiento. —Sólo estaban
—

—No trivialices su comportamiento, Alexa, — advirtió, y supe que Chloe escuchó porque negó con la cabeza, desaprobando. —No estoy de acuerdo con esto.

Si Jace escuchó, parecía extrañamente impermeable a la amenaza implícita en la voz de Liam. —¿Podemos hacer esto después, por favor? — susurré, sonrojándome más con cada segundo que pasaba. —No frente a una audiencia.

Liam suspiró en el auricular
—y luego el imbécil colgó.

Con la boca abierta, bajé el móvil.

—¿Te colgó? — preguntó Chloe, estudiando mi móvil como si la hubiera ofendido. —En serio, Alexa. No sé cómo lo toleras. Ese tipo, — señaló hacia mí mientras se dirigía a los hombres, —está rodeado de mujeres desnudas todos los días. Y probablemente se tire a la mitad de ellas.

—Chloe, — la regañé, deseando que controlara su lengua suelta. —Sabes que eso no es cierto.

—Y sin embargo, tiene el descaro de enfadarse con mi mejor amiga porque está fuera con un grupo de chicos gay completamente vestidos. — Rodó los ojos. —Warren y sus malditos dobles estándares.

Jace me lanzó una mirada interrogativa. —¿Estás saliendo con Liam Warren?

No estaba segura de si el juicio implacable de Chloe provenía de la inebriación alcohólica o de una opinión normalmente reprimida. —Sí, — respondí, tropezando con el bol.

—Warren es jodidamente peligroso, — dijo Jace con aspereza. —¿Por qué demonios estás en la cama con un hombre así?

—Eh, vamos, chicos. — El humor relajado de Gray se desplomó bruscamente. —Alexa es

una adulta. Es su elección.

—¿No es un poco mayor para ti? — continuó Jace, y me pregunté de dónde venía su defensividad. —¿Cuánto tienes? ¿Dieciocho?

—Veinte, — corregí. —Y Liam sólo tiene veintinueve.

—Casi diez años mayor. — Sus ojos verdes se agrandaron. —Puede que no aprecies mi opinión o consejo amistoso, pero necesitas tener cuidado con él, Alexa. Hay una gran razón por la cual la gente evita a Warren.

Chloe no tenía derecho a hablar de mí así.

Los labios de Jace se apretaron. —No lo conoces tan bien como crees.

—¿Hablas por experiencia o por rumores infundados?

—Experiencia. — Jace tiró de su barbell entre dientes apretados. —Warren asesinó a mis padres.

Quedé atónita en silencio. No es un secreto que Liam había asesinado, pero conocer a alguien afectado por sus crímenes despiadados era un dilema. —¿Cómo sabes que fue Liam? — pregunté, dispuesta a defender su honor. —Si los mató, ¿por qué no está en prisión por asesinato? — Sabía por qué. Liam tiene una relación cercana con el departamento de policía metropolitana. Cubren ilegalmente sus fechorías. —¿Sabes qué? Prefiero no discutir este asunto, Jace. Me estás poniendo en una situación incómoda.

—¿Por qué no bailamos? — Grayson trató de enfriar nuestra discusión acalorada. —Yo —

—Paso. — Jace se levantó de un salto. —Voy a terminar la noche. — Abriendo su billetera, contó seis billetes de veinte libras y los dejó sobre la mesa. —Para la cuenta.

Jace se alejó.

—Mierda. — Lo vi alejarse con una molesta sensación en el estómago. —Vuelvo enseguida. — Trepé por encima de Chloe y atravesé el bullicioso ambiente de la cena. Empujando la puerta principal, miré de lado a lado y lo vi dirigirse hacia la estación de metro. —Jace, — llamé, persiguiéndolo por la acera. —Por favor, quiero disculparme.

Miró hacia atrás.

Lo alcancé. —Lo siento.

—Hey, no es tu culpa. — Un porro pre-enrrollado descansaba detrás de su oreja. —Es mi culpa. No debería haberlo mencionado.

—Fui insensible, — insistí mientras él revisaba algo sobre mi hombro. —Es complicado, sin embargo. Estoy con Liam. Lo quiero mucho. — Mis dedos se retorcían nerviosos. —Dios, no sé qué decir.

—No necesitas decir nada, Alexa. — Su expresión se oscureció ante mis ojos. —Quizás deberías regresar adentro. Ese Bentley se me hace familiar.

Un vehículo negro estaba aparcado al otro lado de la calle. Uno de los hombres de Liam estaba relajado detrás del volante. Estaba evaluando la escena, sin duda informándole a su jefe. Lo reconocí de fuera de la Cafetería esta tarde. Liam dijo que la protección y la vigilancia obligatorias no eran negociables para estar en una relación. —Es inofensivo.

Mi mirada regresó a Jace.

Desapareció como una aparición.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Alexa

Nunca oí la puerta abrirse cuando él entró al dormitorio ni el crujido del suelo cuando caminó hasta la cama. Olí el alcohol en su aliento cuando besó mi mejilla y sus dedos en mi cabello cuando me acarició la cabeza, sin embargo.

Pensaba que yo estaba dormida. Me escrutaba en la oscuridad mientras bebía cerveza hasta que dejó de mirarme.

Ahora, está parado junto a la puerta, mirando al pasillo.

¿Qué quería?

Mis ojos se abrieron de golpe.

Veo sombras en la pared.

Grité.

—¡Mami! — lloré, agarrando el edredón sobre mi cabeza, escondiéndome. —¡Por favor, Mami! No me gusta la oscuridad. ¡Odio la oscuridad!

—¿Alexa? — La luz brillante de arriba cegó mis ojos cuando mi madre corrió al dormitorio. —¿Qué pasa? — Me atrajo hacia un fuerte abrazo, y apreté mis brazos alrededor de su cintura. —¿Por qué estás llorando, cariño? ¿Qué pasó?

—Había un monstruo en mi habitación, — sollozé en su bata. —Lo vi, Mami. Me estaba mirando dormir.

Sus pulgares limpiaron las lágrimas de mis mejillas. —¿Estás segura de que no fue una pesadilla?

—No fue un mal sueño. — Me froté los ojos. —Él estaba aquí, Mami. Lo oí respirar.

—Está bien, — susurró, levantándose de la cama. —Espera aquí. — Arregló el rulo de pelo suelto que le molestaba la frente con manos temblorosas y caminó cautelosamente hacia el armario. Contuvo la respiración, se agachó hacia la manija y abrió la puerta de golpe, haciendo sonar las perchas de metal, perturbando la ropa planchada. —Mira. — Un suspiro de alivio salió de sus labios. —No hay nadie aquí.

Me agaché. —¿Qué hay debajo de la cama?

Para calmar a su hija alarmada, se arrodilló en el suelo y miró debajo de la cama. —Sólo veo paquetes de patatas escondidos.

Mis mejillas se sonrojaron. —Los comí hace un rato.

Su ceja arqueada apareció desde el lado de la cama. —La basura va en el bote, Alexa.

—¡Lo sé! — bufé. —Pero me dijiste que no comiera más, así que supongo que fui un poco astuta.

Los brazos de mamá se cruzaron. —Necesitas volver a la cama. Las niñas necesitan su sueño de belleza.

—No puedo. — Mi cabeza se sacudió violentamente. —¿Y si vuelve?

—Lo golpearé con una zapatilla.

Me reí. —Podría robártela y golpearte a ti en su lugar.

—Bueno, espero que no. — Me ayudó a bajar de la cama. —Bueno, está bien. Sígueme. Tengo algo que mostrarte.

Mis pies se hundieron en la alfombra. Agarré a Teddy del sillón de madera y seguí a mamá por el pasillo hasta su dormitorio.

Miré su cama desordenada. —¿Dónde está papá?

Mamá sonrió. Pero estaba triste y la sonrisa no llegó a sus ojos. —Está trabajando hasta tarde esta noche, — explicó. —Ahora, ¿dónde lo puse? — Abriendo la cómoda, buscó lo que estaba buscando. —Sé que lo puse aquí en alguna parte. Oh, — encontró lo que buscaba, —aquí está. — Suspendido de sus delgados dedos estaba algo adornado con delicadas plumas blancas y cuentas. —Lo hice para ti.

Estaba hechizada. —¿Qué es, mamá?

—Es un atrapasueños, cariño. — Admiraba el trabajo duro que puso para hacer un regalo tan hermoso y artesanal. —¿Qué te parece?

Vi las plumas bailar en la corriente. —Es bonito.

—Puedes colgar esto sobre tu cama. — Se arrodilló ante mí. —Te protegerá.

Curiosa, fruncí los labios. —¿Cómo es eso?

—Bueno, ves esta red, — indicó a las cuentas cosidas, —roba lo malo que te visita cuando duermes y evita que te asusten.

Mi boca estaba abierta de par en par. —¿En serio funciona?

Su mirada se suavizó. —¿Te mentiría?

Curvé un mechón de cabello detrás de su oreja. —¿Lo prometes?

—Lo prometo. — Besando mi mejilla, abrió la puerta de su dormitorio. —¿Lo intentamos?

—Vale, — dije con entusiasmo. —¿Podemos llevárselo a Kathy?

—De acuerdo. — Fuimos al dormitorio de Kathy. —Creo que está dormida.

Cuando la puerta chirrió al abrirse, miré la habitación a penumbras y encontré a Kathy parada junto a la ventana, mirando el jardín. —¿Qué pasa, Mami? — preguntó con la espalda hacia nosotros. —¿Estás bien, Alexa?

—Alexa tuvo una pesadilla. — La mano de mi madre se posó sobre mi cabeza. —¿Puede dormir contigo?

—Por favor, Kathy. — Corrí a la habitación y me lancé sobre su cama. —¡Mami nos hizo un atrapamonstruos!

Kathy compartió una mirada divertida con nuestra madre. —Claro. — Tiró de la colcha para que me metiera bajo ella. —Pero debes dormir, ¿de acuerdo?

—¿Estás bien, amor? — preguntó mamá a Kathy. —Te veo triste.

—Ben terminó conmigo, — dijo ella con tristeza. —Está bien, mamá. Estaremos bien por la mañana, ¿verdad?

Mi cabeza descansaba en la almohada de plumas de pato.

—No me lo creo, — mamá jadeó. —Oh, le daré un buen consejo.

—No. — Kathy hizo una mueca. —No quiero que hagas eso. Es culpa mía, en realidad. — Sus mejillas estaban muy rojas. —No soy, como, ya sabes?

No lo sabía.

Mamá, sin embargo, puso una cara extraña. —Los chicos, — susurró casi con asco. —No saben lo que les conviene. Si no pudo esperar hasta que estuvieras lista, entonces no te merece. Que se vaya a correr con otra.

Me puse a recoger mis uñas. —¿Esperar a qué, Kathy?

—No importa. — Mamá me pellizcó la mejilla. —Vete a dormir. Ya es muy tarde para ti.

Suspiré dramáticamente. —Odio ser pequeña.

—¿Por qué? — preguntaron al mismo tiempo.

—Porque hablan en secreto, — me quejé. —Me pierdo de todo.

Mamá colocó el atrapasueños en el medio del palo de la cortina. —Ahora, vete a dormir, jovencita. — Besó mi frente y luego la mejilla de Kathy. —Buenas noches, chicas.

Kathy esperó hasta que la habitación se oscureció antes de meterse en la cama. —¿Por qué tengo plumas en mi ventana?

—Nos protegerá de los monstruos.

Sus ojos buscaron los míos. —Los monstruos no son reales, Alexa.

—Sí lo son, Kathy, — respondí enfadada, deseando que me creyeran. —¡Los veo en mis sueños!

Golpeó la almohada debajo de su cabeza para inflar las plumas. —Lo que sea.

—No importa. Mami dijo que la red nos protegería.

—Nada puede protegerte de mí. — Su voz, irreconociblemente áspera, susurró contra mi mejilla. —Lexi.

¿Por qué Kathy intenta asustarme?

¿Por qué cambió su voz?

Me concentré en las plumas susurrantes arriba. —No me gusta cuando hablas así, Kathy.

—Tan ingenua, pequeña Lexi. — Su mano grande y áspera se deslizó debajo de mi camisón. —Siempre mi favorita.

Su mano, llena de cicatrices e tatuajes, tocó mi pierna.

—¿Qué estás haciendo? — Sombras oscuras bailaban detrás de mis párpados. —¡Para! — Mi cabeza se sacudió de lado a lado. —Por favor, para. Duele. Siempre duele

—Alexa. — La voz grave de Liam me devolvió al presente. —Cariño, despierta.

Inhalando bruscamente, me incorporé de un salto, con la sábana cayendo hasta mi cintura. Él estaba al lado de la cama, desabrochándose el cinturón. —Liam, — susurré, el miedo y la confusión aumentando por segundos. —¿Qué haces aquí? — Agarré mi móvil de la mesa de noche. —Son las cuatro de la mañana.

—Quería verte. — Tiró su camisa sobre la silla de para abrazos. —¿Estás bien?

Me levanté para mirar mi reflejo en el espejo. Tenía los ojos hinchados y estaba empapada de sudor. —Estoy bien, — mentí, y él se resignó con una sonrisa apretada. —Perdón, estoy medio dormida. ¿Por qué estás aquí? ¿Ocurrió algo?

—¿Necesito una razón para querer ver a mi chica? — preguntó con una ligera burla en su voz ronca. —Te extrañé.

Lo miré con sospecha. —¿Esto es por la cena con los chicos antes? — El silencio humedeció el aire. —Liam? — Cuando sus ojos acusadores se posaron en la cama, una rabia imposible salió de mí. —¿En serio? ¿Qué, pensaste que tenía a un chico aquí? ¿Eso es de lo que se trata esto?

Me dedicó una sonrisa vanidosa. —No me siento amenazado por niñatos, Alexa.

—¿En serio? Si otros hombres no te amenazan, — ignoré su risa desdeñosa, —¿por qué pasaste por aquí esta noche? ¿Esperabas pillarme en el acto?

—Estás dejando que esa mente sin sentido se adelante a sí misma.

Una risa ridícula salió de mí. —No, creo que estoy bastante acertada, imbécil. — Pasé a su lado, pero él me agarró la muñeca con un apretón firme. —Liam...

—Estás equivocada, — dijo decisivamente, sus dedos pellizcando mi piel. —Sé que nunca me harías eso. Pero sí quiero saber qué chico hizo comentarios inapropiados sobre ti esta noche.

La expresión triste de Jace pasó por mi mente.

—¿Por qué? — Pensé en la confesión de mi compañero de trabajo. —Necesito preguntarte algo.

—Aún no has respondido mi pregunta.

—Se llama Jace, — aclaré para complacerlo. —Y Jace es gay.

Un elemento de sorpresa marcó su expresión estoica. —¿Gay?

Asentí, recuperando mi brazo. Quería saber si era cierto, si Liam había asesinado a los padres de Jace. Debería saberlo, ¿verdad? Estoy trabajando junto al hombre todos los días. —¿Cuántas personas has matado? — No confiaba lo suficiente en Liam como para mencionar la historia de Jace. Consideraría a Jace una amenaza y actuaría por impulso. —¿Liam?

Pasaron minutos antes de que hablara. ¿Por qué?

—Tengo curiosidad. — Mi espalda descansaba contra la pared. —¿Diez? ¿Veinte? ¿Treinta?

Los musculosos hombros de Liam se cuadraron. —La conciencia es irrelevante.

Me reí para ocultar el desasosiego. —Seguramente, no más de cincuenta. — Mis ojos se abrieron cuando no respondió. —Joder, Liam.

—¿Por qué estamos discutiendo? — Sus dientes apretaron. —¿Cuándo prediqué prestigio? ¿Rectitud? ¿Honradez? ¿Cuándo te engañé, Alexa? Sabes lo que soy, sin embargo te metiste en mi cama de todos modos. ¿Te estás echando atrás ahora? ¿Tienes dudas sobre nosotros?

—No hagas eso, — argumenté valientemente. —Pones palabras en mi boca. Nunca dije que no quisiera estar contigo. Sin embargo, necesito algunas respuestas.

—Por lo general, eres indiferente a los negocios. — Dio un paso hacia mí. —¿Por qué de repente necesitas conocimiento y seguridad?

Necesito saber si Jace va a ser problemático. —¿Haces daño a las mujeres? — Pregunté en una voz suave y recatada. —¿A parejas casadas? ¿A víctimas que no se lo merecen?

—Presenciaste la muerte de Kathy. — Sus dedos se extendieron en la pared a ambos lados de mi cabeza. —¿Es eso suficiente validación para ti? ¿O necesitas un nombre? Quizás asesinatos ilustrativos: sangre, gritos, súplicas, armas, métodos de tortura.

Puse mi mano en su pecho. —Para.

—No vamos a hacer esto. — Se pasó una mano por la barba incipiente de su mandíbula. —Los negocios son los negocios. No debería tener que justificarme contigo, Alexa. — Maldiciendo entre dientes, agarró sus pantalones, listo para ponérselos. —A la mierda con esto.

—¿Qué? ¿Te vas? — El pánico me atravesó. —No te vayas en medio de una conversación. ¿Por qué molestarte en venir aquí?

—No te he visto en más de una semana, — respondió con furia, con sus pantalones desabrochados colgaban bajos en sus caderas. —En este punto, ni siquiera sé por qué esta animosidad creció o por qué diablos estamos discutiendo. Tuve una noche larga. Quería unas horas con mi chica. Quería follarte y luego de vuelta a dormir. — Sus mandíbulas se apretaron. —Pero no necesito el dolor de cabeza.

Me tambaleé hacia la puerta. —No te vas en medio de una discusión. — Mal vestido, avanzó

hacia mí y me empujó a un lado. —Liam, por favor. Lo siento mucho. Estoy buscando pelea... — ¿Por qué lo desafié? Lo elegí a él, con todo su ser. No puedo dudar de su estilo de vida porque Jace decidió contarme información angustiante. —Lo siento.

Su respiración era pesada pero controlada. —Me enfureces, — dijo en voz ronca, su mano reclamando mi garganta, aplastando. —Pero te idolatro.

Sus palabras consumieron mi alma. No será una declaración de amor eterno, pero fue suficiente para que yo lo sintiera.

—Literalmente adoro el suelo que pisas. — Su férreo agarre en mi cuello cortó el flujo de sangre. —Debería exigir una explicación.

Mis dedos se enrollaron alrededor de su muñeca, pidiendo en silencio que aliviara la presión. Su mano se suavizó y, cuando su boca tocó la mía, saboreé una noche de whisky. —Lo siento. — Mis manos se deslizaron por sus anchos hombros. Déjame arreglarlo, Liam.

Él soltó su control sobre mí. Lo miré a los ojos mientras descendía a mis rodillas, bajando sus pantalones y calzoncillos. Él asistió, pateando ambas prendas a un lado, y agarró su creciente miembro, dándose una caricia ajustada. —¿Tienes algo mejor que hacer con esos labios tan bonitos, cariño?

Mis manos se deslizaron por sus muslos, sintiendo sus músculos apretarse. Sin romper el contacto visual, deslicé mi lengua a lo largo de la parte inferior de su erecto pene y lamí el pre-semen salado de su coronada punta.

Al agarrar la parte posterior de mi cabello, siseó entre labios entreabiertos. —No puedo soportar esta vista tan hermosa. — Su garganta trabajó en un trago tenso. —Métetelo en la boca, Alexa.

Obedecí, reemplazando su mano con la mía, arriba y abajo, adorando su miembro con largas caricias.

Gimiendo su aprobación, se endureció en mi mano y bajó la cabeza para verme lamer y saborear la brillante corona, chupando el pre-semen de la ranura, llevándolo hasta las profundidades de mi garganta.

—Joder. — Sus dedos se apretaron en mi cabello. —Así es, cariño.

Lo devoré con avidez, con mi cabeza moviéndose, siguiendo sus órdenes, lamiendo su ardor hasta que inesperadamente retrocedió y me dijo que me levantara. —Necesito estar dentro de ti. — Rompió mi tanga, eliminó mi camiseta grande y desató mi cabello. Miró mis rizos desordenados caer por mi espalda. —Me encanta tu cabello, — susurró, y mi corazón reaccionó, latiendo con la intensidad de sus penetrantes ojos azules. —Abrázame.

Mis brazos envolvieron sus hombros.

Me cogió en sus poderosos brazos y me levantó del suelo.

Envolví mis piernas alrededor de su cintura y las crucé en los tobillos.

Su pene rozó mi entrada. —Vine aquí porque estaba celoso. — Se embistió dentro de mí con un sólo y agudo empuje. —No porque pensé que me traicionarías.

Inhalé un gran suspiro, lo retuve, ajustándome a nuestro ángulo, a su tamaño. Nunca me acostumbraré a su longitud, su grosor. Él es grande, demasiado grande, pero vale la pena el deseable dolor.

—Sólo hay un hombre para mí, — susurré contra sus labios. —Tú.

Por primera vez desde que conocía a Liam, presencié una insegura vulnerabilidad en sus ojos cuestionadores. —Es mi cumpleaños la próxima semana. — Sus caderas se sacudieron hacia adelante. —Cumpliré treinta.

El enfoque indirecto de Liam se registró. Necesitaba seguridad. Necesitaba que le prometiera que nuestra diferencia de edad no afectaría nuestro futuro, pero es demasiado terco para admitir aprensiones. En cambio, me reclamó con duras embestidas. Dejó caricias de boca abierta a lo largo de mi cuello, chupando, marcando, buscando mi boca y devorándome con besos voraces. Dímelo.— Cedió, sus caderas martillando contra las mías, clavándome a la puerta. —Necesito escucharlo.

—No voy a ninguna parte, — grité, mis uñas hundiéndose en la parte trasera de su cuello. —Liam.

Nos alejó de la puerta y abruptamente me lanzó a la cama. Me posicioné a cuatro patas. El colchón se hundió bajo su peso mientras se acomodaba detrás de mí. Sus dedos separaron mi hendidura empapada, acariciando mi núcleo dolorido expertamente. —Maldita sea. — Con sus ojos en mí, chupó mis jugos de sus dedos. —Me encanta este trasero. — Un golpe agudo en mi mejilla arrancó un gemido excitado de mí. Sosteniendo mis caderas, se impulsó hacia adelante, con su pene hundiéndose a su máxima capacidad. —Joder.

Mis manos se aferraron a la sábana con urgencia blanca de nudillos. Se empujó dentro de mí con tanta fuerza, el sonido de nuestros cuerpos golpeando juntos resonó alrededor del dormitorio.

Estoy completamente a su merced, atrapada debajo de él. Sus labios devoraron mi cuello. —Eres jodidamente hermosa. — Nuestros dedos se entrelazaron mientras él me sostenía las palmas contra el colchón. —Juegas con mi cabeza, Alexa.

Liam aceleró el ritmo, pero apenas era castigador e inmisericorde. Nunca admitiría su comportamiento en voz alta, pero me estaba haciendo el amor -su pecho contra mi espalda. Nuestras miradas se encontraron. Su beso crudo y magullador no era precisamente aliviar el sentimentalismo todo-consumidor.

—Liam... — Alcancé el pináculo de la combustión. Un placer agonizante recorrió mi cuerpo. —Oh, mierda.

Sus dientes se hundieron en mi hombro, lo que dolió y me llenó de placer. —Alexa. — Su verga palpitaba, vaciándose dentro de mí en tres cálidos chorros. —Joder.

Mi cuerpo estaba en llamas.

Su verga se retiró de mí mientras caía de rodillas. Susurrando un suave beso en la parte baja de mi espalda, se desplomó en la cama a mi lado. Su cuerpo era una obra de arte esculpida. A menudo me costaba mirar a otro lado. —Tuviste una pesadilla.

Asentí, con la mejilla presionada contra la sábana.

—¿Quieres hablar sobre ello?

—A veces, — dije, y sus ojos se fijaron en los míos, —veo a mi madre. Creo que son

recuerdos felices, momentos realistas que debimos haber compartido.

Se reacomodó de lado. —¿No estás segura?

—No sé si es fruto de mi imaginación. — Mis dedos arreglaron su cadena enredada. —Nunca obtuve respuestas, Liam. No sé cómo murió o si sufrió. Me gusta creer que su muerte fue repentina, sin dolor. En mis sueños, ella está feliz y siempre sonriendo o cantando... y luego la oscuridad se infiltra como sombras trepadoras y...

—No, — me advirtió, apretando mi labio tembloroso con su pulgar. —No es real, Alexa. La culpa abrumada no es la respuesta, tampoco. — Deslizó un brazo debajo de mi cuello, me atrajo hacia su lado y besó la parte superior de mi cabeza. —No terminaste de leer tu expediente.

No, pasé por alto la mayoría, ya que estaba demasiado angustiada por la traición de Kathy.

—Puedo elucidarte si quieres, — dijo, y giré mi cuello para mirarlo. —Sobre tu madre.

—La encontré, Liam. Recuerdo haberla visto en el suelo de la cocina. Estaba cubierta de sangre y le habían rasgado la ropa.

—Herida de bala en la parte posterior de su cabeza, — él completó los detalles. —Fue una muerte rápida. Sin señales de violación. — Estudió el techo. —Enterrada en Newquay.

Me acurruqué en su pecho. —Gracias, Liam. — Sabía que estaba mintiendo sobre que no sufrió prolongadamente, pero aprecié su necesidad de preservar mi recuerdo. —Tal vez la visite algún día.

Sus dedos me atraparon la barbilla. Me besó, lento y sensual, como si yo fuera el oxígeno que necesitaba para respirar.

—De todos modos, es tu cumpleaños la semana que viene. — Le lancé una sonrisa traviesa. —¿Lo celebraremos?

Parecía disgustado. —No.

Contuve una risa. —No podemos simplemente no hacer nada, Liam.

—Un fin de semana entero en la cama contigo es la máxima satisfacción celebratoria. — Sentí su sonrisa en mis labios. —Si tienes suerte, te alimentaré. — Ignorando su insinuación sexual, reflexioné sobre cómo acorralar a Brad y planear una fiesta de cumpleaños sorpresa. —Hasta entonces, — tiró de mi antebrazo, —creo que es tu turno.

Arqueé una ceja. —¿Mi turno?

—Siéntate en mi cara, — ordenó, y me sonrojé. —Déjame deleitarme contigo.

—Liam, — lo reprendí, pero el cavernícola usó la fuerza para montarme en su cara. —Eres demasiado vulgar... oh. — Su lengua se aplanó sobre mis labios mojados, y mis palmas golpearon la pared. —Oh, mierda.

Sus manos agarraron mis muslos. Barrió su lengua entre mis pliegues, chupándome en su boca. —No te metas, Alexa, — me advirtió, y asentí, mintiendo con intención. —No quiero ningún maldito regalo ni reuniones sociales, ¿entendido?

—Alto y claro. — Enterré mis dedos en su cabello, montándolo descaradamente en su cara. —Oh, Dios.

—Buena chica. — Metió dos dedos dentro de mí, buscando mi punto G; al encontrarlo, se hundió en mí con dedos hábiles, su lengua rodeando el palpitar dolorido de mi coño. —Joder.

Mi cabeza cayó hacia atrás mientras perseguía mi orgasmo.

Chupó mis labios, abriendo sus dedos en tijera. Estaba empapada, pero ahora no era el momento de la modestia. Lo monté hasta ponerme tensa sobre él, con su nombre saliendo de mis labios.

Liam no dejó espacio para la recuperación. Estaba de espaldas, con los brazos descansados junto a mi cabeza, viéndolo arrastrarse encima de mí con ojos entrecerrados. Sus dedos extendieron los jugos sobre mis labios, y los chupé limpios, saboreando la dulzura de mi excitación. —Espero que no estés cansada, — dijo, la cabeza gruesa y hinchada de su verga empujándome. —Todavía no he terminado contigo.

Como si pudiera decirle no a Liam Warren.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

Alexa

Soy una mujer traviesa.

Liam me advirtió sobre su cumpleaños, prohibiendo estrictamente celebraciones indeseadas y regalos pensados. No pregunté ni entendí su razonamiento y, aunque había prometido respetar sus deseos, rastreé a Brad Jones la tarde siguiente y exigí su complicidad en secreto.

Previamente había hablado con Grayson, pidiendo tiempo libre del trabajo para organizar una fiesta sorpresa en el Club 11. Gray accedió con estipulaciones, una invitación personal para él y sus empleados. Estuve de acuerdo antes de hablar con Jace, el problemático compañero de trabajo.

Jace se disculpó por su insensibilidad la noche que cenamos juntos. De hecho, el hombre casi me dejó sin palabras al explicar que podría haberse apresurado en sacar conclusiones sobre Liam. Aparentemente, había escuchado rumores de que Liam Warren era el responsable de la muerte de sus padres, pero nunca tuvo pruebas sólidas o evidencias concretas.

Quiero decir, sí, era algo escéptica sobre la súbita indiferencia de Jace. ¿Cómo puede un hombre difamar vehementemente a alguien una noche y luego actuar con calma e indiferencia sólo unos días después? Dicho esto, simplemente me alegré de que Jace hubiera dejado el asunto. Incluso preguntó si la invitación abierta lo incluía.

Después de agradecerle a Grayson por concederme el tiempo libre obligatorio, pasé el resto de la tarde de compras con mi hombre de traje favorito.

Optimista y confiado, Brad afirmó que Liam estaría encantado con las festividades planificadas una vez que superara el choque inicial.

Desde entonces, he evitado a Liam Warren como si mi vida dependiera de ello. Su falta de curiosidad y sospecha me tranquilizan.

Liam continúa enviando mensajes de texto, preguntando sobre mis días o patrones de sueño o si regresaré al trabajo para que podamos pasar más tiempo juntos.

Jugué fríamente con las preguntas inocuas de Liam, fingiendo estar ocupada en la Coffee House y prometiendo considerar sus incesantes ofertas de trabajo.

Actualmente, estoy en el medio de la sala principal del Club 11, viendo cómo se desarrolla la escena a mi alrededor. Hace tiempo que se han ido las bailarinas semidesnudas, los conversadores vociferantes, la música ruidosa del club y las luces estroboscópicas esporádicas. En su lugar, camareras sofisticadas y glamurosas entregan copas de champán a los invitados, la música agradable se sucede, y se sirven aperitivos y charla amena como entremeses.

Bajo la estricta recomendación de Brad, omití la tarta de tres pisos, los adornos celebratorios y la decoración ostentosa, aunque quería despilfarrar y hacer una celebración de cumpleaños extra especial.

Afortunadamente, Nate escoltó a Liam a Grape and Vine, haciéndole creer que el restaurante tenía un problema que necesitaba atención inmediata. Según Brad, Liam no sospechó de la mentira ni discernió su comportamiento deshonesto; la ausencia de su jefe nos concedió tiempo para comenzar la reunión sorpresa.

Me deslicé detrás de la barra alargada y coloqué la cartera de diamantes en el mostrador. —Hola, desconocido, — saludé un poco demasiado emocionada. —¿Cómo va la vida?

—Alexa. — Vestido para impresionar, Josh me atrapó en un abrazo apretado, con su ancho pecho musculoso aplastando la línea de mis vías respiratorias. —Te extrañé. — Su mano golpeó mi trasero mientras me soltaba. —Te ves increíblemente sexy. El jefe se volverá loco cuando te vea.

Elegí un vestido rojo de tirantes con cuello drapeado, espalda descubierta y una abertura lateral. Josh tiene razón. Liam se pondrá furioso cuando me vea. Es demasiado atrevido y revelador, pero una vez que supere la sorpresa, estoy segura de que estará encantado con la elección de la ropa, o la romperá de rabia y me follará sin piedad. —¿Me das una bebida, por favor?

Josh sostuvo un vaso alto, agregando dos chupitos de vodka cubiertos con limonada y fruta cítrica. —Para ti. — Guiñó un ojo de manera pícara. —¿Se me permite beber esta noche? Brad no especificó.

—No veo por qué no. — Mi codo descansaba en la parte superior de la barra. —Es una función privada. Disfruta.

Josh vertió Jameson en un vaso de cristal, agregando un poco de coca. —Vaya. — Silbó. —Te ves bien.

Seguí su línea de visión y sentí desaprobación en el estómago.

Mi némesis rubia, luciendo un vestido ajustado, un escote impresionante y tacones de seis pulgadas, se posó en un taburete acolchonado de la barra. —Hola, Josh. — Como soy una especie inexistente para Natalie, me ignoró, pidió champán y escudriñó nuestro entorno con intensa envidia. —¿Dónde está el jefe?

La odio tanto. No me quedaré aquí a escucharla suspirar por Liam.

Sin causar estragos, agarré el vaso y la cartera, dejé la barra y busqué a mis amigos entre la creciente multitud. Con traje azul marino de tres piezas, Brad me detuvo antes de ir más lejos. —Sólo un aviso. — Su barbilla señaló hacia la entrada. —Warren está en camino. — Frotó sus palmas juntas, y las pulseras doradas que adornaban sus muñecas tintinearon. —Que no te vea.

Mi mandíbula cayó al suelo. —¿Por qué?

—En caso de que se altere, — afirmó lo obvio, y resistí la tentación de darle un rodillazo. —¿Qué? Sabías que la hostilidad era una posibilidad.

Su jerga rimada casi me hizo sonreír. —Me aseguraste que lo superaría, — repliqué, y él sonrió con picardía. —¡Brad!

Brad me empujó suavemente hacia los puestos acolchonados de terciopelo. —Tus amigos locos están allí. — Sus dedos peinaron mechones rubios. —Escóndete hasta que se calme.

—Está bien, — susurré, poniendo una mano en mi estómago para calmar la intensa náusea. —Oh, Dios. ¿Y si Liam termina conmigo? Esto es una terrible idea. Cancelémoslo mientras aún hay tiempo.

—No. — Levantó un vaso lleno de ámbar a sus labios. —Emborráchate. Mantente de perfil bajo. Te encontraré más tarde.

Brad desapareció antes de que pudiera protestar. Como me indicó, me bebí el vodka para llenarme de valor y fui hacia Chloe, Grayson, otros compañeros de trabajo y... Jace. Genial. —Hola, — saludé, moviéndome entre los asistentes a la fiesta con sus vestidos de cóctel glamurosos y esmoquin negros. —Espero que no hayan esperado mucho. — Miré el único espacio al lado del hombre con cazadora de cuero y contemplé quedarme de pie. Me dejé caer en el asiento, giré la espalda un poco a él, y crucé mis piernas. —¿Qué están bebiendo?

—Cariño, lo amo. — Chloe lanzó un pulgar hacia Grayson. —Es adorable.

Ofendido por su alabanza infantil, Gray escupió en medio del trago. —Adorable, — se burló, señalando su camisa de seda bordada en oro y crema. —No es cool, Ricitos de Oro. ¿Desde cuándo Versace grita adorabilidad?

—Me refería a tu personalidad, imbécil. — Sorbió champán a través de una pajilla negra. —¿Por qué no puedes aceptar cumplidos, Grayson? Sólo cállate y toma tragos conmigo.

No entendiendo su nueva amistad, sacudí la cabeza.

—¿Qué estás bebiendo? — Jace se inclinó más cerca para investigar el contenido de mi vaso. —Ah, vodka. Lo bueno.

Su bebida limpia estaba en la mesa. —Encontré a un compañero aficionado al vodka, — dije, impresionada. —Bien.

Liam y Brad aparecieron en la entrada. Me hundí en el asiento. Oh, Dios. Liam está enfadado. Puedo sentir su tensión creciente irradiando desde aquí. Pasó por los invitados con sonrisas falsas mientras dominaba el arte de regañar a Brad como un ventrílocuo.

Con la cabeza cayendo contra el respaldo acolchado del puesto, me reí en el vaso.

—¿Por qué te ríes? — La ceja perforada de Jace se alzó en interrogación. —Eres tan extraña, Alexa.

—Lo sé, — estuve de acuerdo, indiferente a sus ligeros juicios.

Como una unidad, Liam y Brad descendieron la escalera de vidrio para unirse a la animada fiesta. El rubio de traje le dio unas palmaditas en el hombro al jefe antes de desaparecer entre la multitud, y Liam, obligado a conversar con los invitados excitados, alternaba dirigiéndose a quien demandara atención. Logró escabullirse haciendo un gesto hacia el bar. Ocultando su irritación, pidió una bebida a Josh, un vaso de whisky destilado. Con la espalda apoyada en el borde del mostrador mientras bebía y observaba las cercanías. Sabía que me estaba buscando, y casi me levanté para saludarlo hasta que Natalie se interpuso en su campo de visión, con la mano en la cadera, y su cabello rubio y lacio cayendo por su espalda.

Liam apuró el whisky de un trago y dejó el vaso vacío en el mostrador. Su alta e imperiosa estatura eclipsaba la figura corta y esbelta de ella.

Natalie sacudió algo de la manga de su traje, pelusa imaginaria, apuesto, y le batió las pestañas.

La envidia imposible resurgió.

Si Liam no pone a Natalie en su lugar, desataré el infierno en la tierra.

Su rostro permaneció impasible, pero cuando sus dedos agarraron la chaqueta del traje de él, no impuso ninguna regla. Le permitió tocarlo, aunque eso me incomodara.

—Alguien está de morros. — El brazo de Gray se extendió detrás del cuello de Chloe. —¿Un chupito?

—Por favor. — Frotándome los brazos del frío, lo observé servir Grey Goose puro en vasos de chupito neón. —Gracias. — Llevando el borde de plástico a mis labios, incliné la cabeza hacia atrás y disfruté del ardor que bajaba por mi garganta. —Podría tomar otro.

Mi mirada volvió a Liam, que aún entretenía a la rubia pagana.

Estoy furiosa.

¿Cómo se atreve Liam a reprocharme por otros hombres y luego jugar en manos de Natalie, sabiendo lo poco que la soporto?

La palma hambrienta de Natalie cayó al pecho de Liam mientras su rostro se acercaba para susurrar cosas dulces en su oído. Él dijo algo en respuesta

—me giré. He trabajado demasiado duro para que esta noche sea especial para él. No me castigaré con su exhibición visible.

Jace estaba enfrascado en una conversación con un hombre que no conozco. Es oscuro y misterioso, vestido con elegancia y atractivamente apuesto. Curioseaba abiertamente, medio escuchando su discusión sobre equipos de fútbol y pensando si Jace estaría interesado en su nuevo amigo.

Vertí vodka en un vaso, lo bebí y consideré irme.

Quizás Liam sabe que estoy aquí, pero me está castigando por ignorar sus demandas inflexibles. —Lo que sea.

El amigo de Jace se disculpó para usar el baño masculino. Mientras tanto, Jace cruzó los brazos, con su cazadora de cuero estirándose apenas aguantando sus músculos. —¿Qué te parece? — Lamió su labio inferior esperando mi aprobación. —Me ha dicho que nos vayamos a su casa.

No había imaginado a Jace tan tímido. —Si estás interesado, ¿por qué no?

Tarareando profundamente, frotó una palma contra su barbilla. —No lo sé. Está mostrando ser un poco pegajoso.

Arrugué la nariz. —¿Cuál es la definición de pegajoso?

—Alguien que se tropieza obsesivamente con otro.

Me di cuenta. —Oh, Dios. Entonces yo soy un desastre pegajoso.

Jace me miró dos veces. —¿Qué?

—Soy una novia posesiva, celosa y desastrosa, — aclaré, y sus ojos verdes se agrandaron. —¿Sabes qué me aterroriza? Cuánto lo necesito. Voluntariamente lo hice mi línea de vida. Si me dejara, no sobreviviría. — Estaba comprensiblemente perplejo. —No valgo nada sin él, — susurré la última parte. —Sé que romperá mi corazón de nuevo, pero sigo sentada aquí, — tragué otro chupito, —esperándolo como una tonta enamorada.

Girándose completamente hacia mí, Jace chasqueó su lengua perforada. —Alexa, — dijo, con una emoción indescriptible danzando en sus ojos. —Escucha, probablemente no soy la mejor persona para compartir tus problemas. No sólo soy pésimo dando consejos, sino que no soy muy fanático del tipo con el que eliges acostarte por la noche. Si diera mi opinión, la cual enfatizaste que es no solicitada, diría que mereces mucho más que Liam Warren.

Mi mirada bajó a su pecho, incapaz de soportar su expresión de preocupación. —Tal vez.

Sus dedos rozaron mi mejilla, y descrucé mi espalda. —Probablemente no te importe, pero hay un chico cerca del bar que te ha estado mirando por casi veinte minutos.

Le di una media sonrisa. —Podría tener interés en ti, — bromeé, indiferente a la apreciación de otros hombres. —Quizás deberíamos probar la teoría... — Vi sus ojos agrandarse antes del sonido familiar de un arma cargándose.

—Alexa. — La aterradora y autoritaria voz de Liam me golpeó hasta los huesos. —¿Quieres decirme por qué este hombre te está tocando?

Reconocí tardíamente la palma de Jace acariciando mi rodilla y me puse pálida. —Liam...

—Escucha, — intentó razonar Jace, levantando las manos en señal de rendición, —No es lo que piensas
—

—¿No? — El cuerpo inferior de Liam se presionó contra mi espalda. —Así que, todo está en mi cabeza, ¿eh? Tu mano no se subió bajo el vestido de Alexa.

—Liam, — intervine, poniéndome de pie con piernas temblorosas y colocándome en la línea de fuego. —Jace es un amigo.

Liam estaba furioso, con su ira aumentando a un ritmo febril. Sin mirarme a los ojos, agarró el frente de mi vestido y me arrastró cerca, pecho contra pecho, con el arma apuntando a la cabeza de Jace, y la decisión en sus fríos ojos azules.

—Detente, — ordené, notando miradas curiosas, algunas angustiadas, otras imperturbables, observando desde la periferia. —Liam, lo digo en serio. — Sentí su errático latido bajo mi palma. Estaba a segundos de perder la compostura. —Ya te dije que él es gay, — susurré en su oído sólo para que él escuchara y alcancé su mano para apartar el arma de sus rígidos dedos. —Por favor.

Mi espalda estaba hacia los demás. No tenía idea si mis amigos estaban preocupados o calmados o si Jace permanecía sentado.

Liam persistió testarudamente con belicosidad antagónica para desafiarme. —Quiero a ese hombre fuera de mi puto club, — escupió, y vi a Brad moverse en acción. —Tú. — Sus ojos se alinearon con los míos. —A mi despacho. Ahora.

Con un vigor injustificado, me empujó lejos de la mesa ocupada. Mi cara estaba increíblemente caliente. Recobrando mi equilibrio, enderecé mi vestido y me dirigí a la puerta privada que daba a la oficina de Liam con él pisándome los talones. Sonreí apenada al de seguridad mientras entraba al siguiente piso, y luego, esperando junto a la puerta como una adolescente traviesa, contuve la respiración y me preparé para su arremetida.

Liam marcó el código de su puerta y me empujó dentro de su oficina. —Una puta fiesta. — Cruzó la habitación con furia, agarró una botella de whisky del minibar y desatornilló la tapa. —¿Qué soy, Alexa? ¿Tengo dieciséis años? Tú, — me señaló con la mano apretada alrededor del cuello de la botella, —puedes querer pavonearte como una puta adolescente, pero eso no significa que yo quiera desfilar como uno contigo.

Sus palabras ofensivas me golpearon fuerte en el pecho. —Odio cuando te refieres a mí como una niña, Liam, — dije con calma, cerrando la puerta detrás de mí para que los de seguridad tomaran la pista de taparse los oídos. —Aprecio que estés molesto, pero por favor, abstente de insultarme.

—Y ni siquiera empieces con lo del supuesto maricón de abajo. — Su mandíbula se tensó. —Cualquiera con un par de ojos puede ver cuánto quiere follar tu coño.

—¡Liam! — La ira corrió por mis venas. —¿Cómo te atreves a hablarme así? Es vulgar,

ofensivo y absolutamente repugnante. Sí, Jace es gay. — Por favor, por el amor de Dios, Jace, espero que no me hayas mentido. —Y sí, te organicé una fiesta, pero eso no significa que sea infantil. Quería hacer algo bueno para ti. — Mis manos se cerraron en puños para evitar temblores ansiosos. —Y si hablamos de celos, no tienes derecho a pararte allí y juzgarme. No tenías ningún derecho a amenazar a una persona inocente, no después de que te vi con Natalie.

—¿Natalie? — La incomodidad llenó el espacio entre nosotros. —Me importa un carajo esa perra. — Me miró en un silencio fortificado mientras una lágrima rodaba por mi mejilla. Apoyándose en el escritorio, deslizó una mano por sus rasgos irritados y lanzó la botella a la pared, fragmentando el vidrio en pequeñas astillas. —Te pasaste de la raya.

Una furia burbujeó dentro de mí. —¿Por qué estás actuando de esta manera?

—Alexa, — reprendió, levantando una mano. —Cállate. Déjame pensar por un minuto.

—No me digas que me calle, — argumenté, forzándome a entrar en su espacio personal. —Se supone que soy tu... — Novia, pensé, despreciando lo inmaduro que sonaba. —Merezco respeto. — Sus ojos se fijaron en el techo. —Liam. — Mis palmas capturaron sus mejillas. —Háblame.

Su mirada recorrió mi rostro con reticencia pensativa. —No he tenido esto antes, — dijo, y fruncí el ceño. —Normalmente no celebro mi cumpleaños. No soy yo. Lo dije en serio, Alexa. Tú y yo, todo el fin de semana. Eso es lo que quería.

—Lo siento. Me lo dijiste. No te hice caso. — Mis manos abrazaron sus anchos hombros. —Por favor, no me odies.

—Alexa, joder. Nunca podría odiarte. — Sus manos agarraron mi cabeza. —¿Qué estás vistiendo? ¿Estás tratando de matarme?

Junté nuestras frentes. —Te amo.

Sus ojos se cerraron en una exhalación baja. —Desearía que dejaras de decir eso.

—¿Por qué? ¿Porque te niegas a decirlo de vuelta? — Lo desafié, y me lanzó una mirada filosa. —Si crees que comprometerte conmigo por completo garantiza mi muerte, entonces estás

más senil de lo que pensaba. No importa, Liam, — añadí, y se enderezó para alejarse de mí. —La gente nos ve juntos. Tus enemigos aprenderán quién soy de cualquier manera.

—Para. — Su dura y ofensiva réplica me atravesó. —Suficiente. No compliques lo que tenemos. No pongas malos conceptos en mi cabeza, Alexa. Déjalo mientras vas ganando.

Cedí, alejándome de su alcance.

—Tengo cosas que hacer. Deberías ir a casa. — Notó las lágrimas en mis ojos y exclamó otra maldición. —No hagas eso. Sabes que odio verte así.

—¡Entonces deja de herirme! — Mi pecho se agitaba mientras luchaba por mantener la compostura. —Adelante
—ciérrame la puerta. Estoy acostumbrada a tu basura.

Furioso, se cuadró frente a mí. —¿Qué diablos quieres de mí?

—Que me ames de vuelta, — lloré, tapándome la boca con una mano, lamentando las devastadoras palabras que pronuncié. —Liam, no puedo seguir haciendo esto. — Me dirigí hacia la puerta cuando su mano agarró la nuca de mi cuello. —¡Suéltame! — Luché en su inescapable agarre. —¡Liam!

—¡Basta! — Me atrapó en sus fuertes brazos. —No puedo mirar a otra mujer sin compararla contigo, — admitió en un tono bajo y grave. —No puedo pensar con claridad cuando no estás conmigo, ni respirar adecuadamente cuando entras en una habitación, ni dormir sin ti a mi lado por la noche. Alexa, no puedo imaginarme un futuro donde tú no estés.

Mi espalda golpeó la pared. —Liam
— — Su boca aplastó la mía, robándome el oxígeno que respiro. No era ni firme ni suave, sino decidido, firme, sellado con una promesa no hablada. —No. — Me aparté primero, dándole la mejilla. —Duele demasiado.

La cabeza de Liam cayó a mi hombro, y sentí su aliento cálido en mi oído. —Siéntelo. — Colocó mis dedos sobre su pecho. —Eso es lo mucho que me importa. — Su corazón golpeando contra mi palma. —Eso es lo mucho que te amo.

Mi respiración se cortó. —Eso no es amor.

Sus labios, suaves contra mi mejilla, susurraron: —Es amor, cariño. Me asusta. Pero es real. Lo siento cuando me miras, — dijo en voz baja. —Estoy irrevocablemente enamorado de ti.

Respiramos el aire del otro y nos asentamos en nuestro ambiente tranquilo.

Parpadeé para contener las lágrimas de felicidad.

Liam Warren se enamoró de mí.

Lo miré a los ojos. —Y yo estoy enamorada de ti.

Él sonreía mientras me besaba. —Voy a tomarme el fin de semana libre y lo pasaré contigo. — Sus pulgares recorrieron la longitud de mis clavículas. —¿Qué dices? Nadie más. Sólo tú y yo. Si te portas bien, hasta podría cocinar para ti.

Tocando mi barbilla con un dedo índice, fingí considerarlo. —¿Habrá mucho sexo?

Su sonrisa contagiosa hizo palpitar mi corazón. —Por supuesto.

Apoyando mi cabeza contra la puerta, desabroché el emblema de mi collar y lo sostuve entre nosotros. —Para ti.

Los dedos de Liam se cerraron alrededor de los míos al aceptar el regalo. —Me has hecho un regalo. — Sus labios temblaban mientras leía la inscripción, estudiando la placa militar de oro blanco. —¿Me estás marcando, cariño?

Respondí con una sonrisa jubilosa. —Claro que sí. — Se inclinó para susurrar un suave beso en la comisura de mi boca. —Quiero decir, es sólo mi nombre. Me contuve de ser demasiado posesiva y, no sé, reclamarte como mi propiedad.

Liam se rió, bajo y con la garganta. —Lo llevaré con orgullo. — Abrochó el eslabón de la etiqueta a su cadena larga. —Necesito enviar algunos correos electrónicos antes de irnos.

—Bueno, debería irme primero, — sugerí, y su expresión se volvió seria. —Necesito

empacar una bolsa, Liam.

Él miró el ordenador portátil en el escritorio.

—Envía los correos electrónicos. Iré a casa y volveré aquí antes de que termines.

—Ordenaré a uno de los hombres que te lleve.

—No es necesario, Liam. Le prometí a Chloe unos fideos nocturnos. Y antes de que protestes, — levanté una pierna y señalé mi zapato, —te recordaré que Nate puso un micrófono en mi calzado favorito. Déjame llenarme la cara de comida y luego te veré de nuevo en el ático.

Él luchó por no discutir conmigo. —Está bien.

Me alejé, mareada y ligeramente nauseada. —Oh, mierda.

Recogiendo pensamientos dispersos, abrí la puerta de la sala de baile y busqué a los demás, pero nuevos ocupantes habían tomado posesión de nuestro reservado. Recordando la predilección de Gray por fumar socialmente, me abrí paso entre las multitudes que bailaban, ascendí la escalera de vidrio y salí del club por la entrada principal. Vientos fríos soplaron bajo mi vestido. Agarré el dobladillo para evitar que se levantara, pisé la carretera principal y, con la cabeza moviéndose de un lado a otro, traté de localizar a mis amigos. No vi a los demás, pero al otro lado de la calle, Jace descansaba contra el muro de ladrillo. —Oye, — llamé, y sus ojos somnolientos se abrieron. —Oh, Dios. ¿Cuánto has bebido?

Relamiéndose los labios secos, Jace observó brevemente nuestro entorno. —Estaba esperando el autobús, — murmuró, tambaleándose para mantenerse erguido. —Quizás llame a un taxi.

—Ven aquí. — Envolviendo un brazo alrededor de su cintura, enganché su mano a mi hombro y ambos zigzagueamos por la calle como idiotas borrachos. —¿Por qué eres tan pesado? — me quejé, mi espalda tensionándose por su peso. —Joder, Jace. — Tropezamos alrededor de la esquina de la calle, y golpeé una mano contra la ventana de una tienda para mantenernos erguidos. —Necesitas dejar ese maldito azúcar.

—No estoy gordo, — murmuró, y solté una carcajada. —No te burles de mí.

Es difícil no reír. Jace borracho era cómico. —No digo gordo, pero grande.

—En más de un sentido, — sintió la necesidad de decirme, y casi muero en el lugar. —Es una broma. Bueno, no del todo. Soy grande ahí abajo, pero sí, debería callarme ahora. — Señaló un vehículo aparcado. —Ese es mi coche. — Se palmeó buscando las llaves. —Eres un diamante, Alexa.

—Jace, no puedes conducir en tu estado. — Traté de robarle las llaves. —Estás demasiado borracho. No es seguro.

Apuntando las llaves a sus ruedas oxidadas, Jace se quitó la cazadora de cuero y la arrojó al maletero. —Lo entiendo, — dijo, girando su cuello hacia un lado. —Entiendo por qué Warren es tan protector contigo.

—Sí. — Hice una mueca. —Lamento lo que pasó esta noche.

—Yo sería igual. — Sus ojos verdes se encontraron con los míos por unos segundos. —Eres jodidamente pecaminosa, Alexa.

Me puse rígida de pies a cabeza. —Quizás debería llamar a ese taxi.

—Sabes que no soy realmente gay, ¿verdad?

Jace dio un paso adelante. Yo di uno atrás.

Una negrura depredadora llenó sus ojos. —Todavía estoy tratando de entender cómo creíste eso.

—Tócame, — advertí, preparándome para correr, —y gritaré.

Una sonrisa siniestra se dibujó en sus labios. Su antigua sonrisa amistosa se volvió una amenaza. —Puedes intentarlo, — su mirada se posó sobre mi cabeza, —pero no llegarás lejos.

Un cuerpo se estrelló contra mi espalda. Grité, alcanzando la mano cubierta de cuero que

atrapó mi boca para ahogar los gritos.

—Quita los rastreadores, — dijo Jace, con tono de pánico, mientras sacaba mis zapatos. —Date prisa.

Rogué a Jace que se detuviera con los ojos acuosos, pero pronto mis sentidos murieron y los químicos desorientaron mi mente. Mi captor mantuvo el paño húmedo sobre mi boca hasta que tuve problemas para mantener los ojos abiertos.

—Nos pondremos en contacto contigo, — murmuró el hombre con un acento reconocible, dejándome adormecida. —Sácala de aquí.

Jace levantó mi cuerpo sin vida en sus brazos. Rogué internamente por Liam mientras me colocaban en el maletero del coche.

La oscuridad se infiltró y ocupó mis sueños, arrastrándome de vuelta al infierno.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

Liam

Acerqué la botella de Macallan del minibar, me dejé caer en la silla de cuero detrás del escritorio y bebí suficiente alcohol para relajar la tensión en mis músculos. Alexa se fue de la oficina hace sólo diez minutos y ya estoy ansioso esperando su regreso. Odio cuando estamos separados. Durante las últimas semanas, nos distanciamos, lo que puso a prueba mi obsesiva posesividad. Quería que volviera al club, trabajando detrás de la barra, y que volviera al ático, pasando las noches en mi cama.

Alexa, sin embargo, adoptó un enfoque diferente respecto a nuestra relación. Quizás su insistencia en quedarse en la Cafetería y dormir en su propia cama era una fortaleza impenetrable que construyó entre nosotros para protegerse de mí por si le rompía el corazón de nuevo.

Nos habíamos enviado una serie de mensajes de texto, aunque, pensé, desbloqueando mi móvil, leer el que me había enviado esta tarde.

Alexa: Lo siento, me perdí tu llamada. Estoy en cama con un resfriado. ¿Me haces sentir mejor? Te prometo amarte para siempre.

La pequeña estafadora mentirosa. Realmente me creí ese cuento de la enfermedad y me preparé para recogerla después del falso viaje a Grape and Vine para que pudiéramos pasar todo el fin de semana juntos en la cama. Lo tenía todo planeado. Estaba preparado para dejarla descansar mientras corría como loco a su alrededor, asistiendo a cada demanda y necesidad.

Específicamente protesté contra la idea de celebraciones, y la mujer desobediente tramó todo de todos modos. Incluso se atrevió a engatusar a los hombres.

Esta noche, al llegar, instantáneamente reconocí demasiadas caras familiares en la multitud. Personas con las que rara vez socializo a menos que sea para intercambiar favores. Las bailarinas, que usualmente visten con casi nada, estaban vestidas con ropa impresionante con un toque sofisticado de elegancia. Sabía que el champán caro, los esmoquin a medida y los vestidos

pretenciosos encarnaban una grandiosa rebelión, cortesía de mi hermosa mujer.

Me había calmado por un nanosegundo hasta presenciar la acogedora escena de Alexa con su compañero de trabajo, Jace, el aparente homosexual cuyos ojos astutos la desnudaban con altanería mientras hablaban. Alexa, tan confiada, ingenua y ajena, creía en sus mentiras y afirmaciones espurias. Yo, sin embargo, reconozco a una serpiente cuando me provoca tan audazmente.

Jace me observó avanzar. Incluso moderó una sonrisa cuando percibió el Desert Eagle amartillado. Trató de convencer a Alexa de que soy un tirano tempestuoso y él es un santo que predica la paz mundial, pues que se joda.

—Cancelé la fiesta. — Brad entró en la oficina. Su cabello y ropa estaban despeinados, la hebilla de su cinturón floja y chocando entre sí. —Pensé que habías superado las festividades... — Sus ojos parpadearon alrededor de la habitación. —¿Dónde está Alexa?

Le envié un mensaje a Nate.

Yo: Quiero que todos salgan del edificio.

Nate: Sí, señor.

—Alexa se fue a casa. — Me balanceé un cigarrillo en el labio inferior, encendí una llama e inhalé una larga calada. —Pasará el fin de semana en el ático y necesitará empacar una bolsa.

—Eso es bueno. — Brad se sirvió una copa del minibar. —¿Necesitas que la recoja?

Brad había bebido demasiado alcohol. No suele ser un problema porque es mejor conductor bebido, pero no voy a tentar al destino con mi mujer en el coche. —¿Dónde fuiste? — Señalé el lápiz labial y la base de maquillaje manchada en su cuello de camisa. —¿Con Cherry?

Se encogió de hombros, colapsando en el sofá de cuero. —No preguntes, — dijo sin vergüenza. —No entiendo a las mujeres.

Exhalé humo. —Dicho por cada hombre que vaga por este condenado planeta.

—Entonces, esta chica me deja darle desde atrás, — dijo, y me preparé mentalmente para la narración. —Y fue decente, divertida, lo que sea. — Sus labios se aplanaron en una línea sombría. —Pero era virgen.

Mis cejas se levantaron. —¿Te follaste a una virgen?

—Bueno, ella no me lo dijo, — respondió disgustado por el incidente. —Terminé con la pene ensangrentado y demás.

—Eso es lo que obtienes por ser irresponsable todo el tiempo, — respiré un montón de humo, observándolo de cerca. —¿Cómo manejaste a Jace?

Brad estuvo confundido por un momento. —¿Ah, el chico tatuado? — Encogió un hombro. —Bien. Se fue de buena gana. No discutió el asunto.

Extraño, pensé, girando ligeramente en la silla. —¿Ni siquiera un poco de rechazo?

Brad negó con la cabeza. —Se disculpó por ofenderte y se fue tranquilamente.

La inquietud mordía mi estómago. —No confío en él, — dije, y sus labios se estiraron en una sonrisa conocedora. —No. No tiene nada que ver con Alexa. Hay algo raro en él; lo siento en mi estómago.

Me rasqué la mandíbula, terminé el cigarrillo y tomé el móvil para revisar el historial de llamadas recientes. Hice clic en el número de Alexa. —Bienvenido al servicio de mensajería de o2
— — Terminé la llamada y le envié un mensaje de texto en su lugar.

Yo: ¿Estás lista?

Nate entró a la oficina, arrojó su chaqueta de traje sobre la mesa de café, rodeó el escritorio y cargó la vigilancia.

Yo: Te veías hermosa esta noche.

Le lancé una mirada afilada. —¿Qué coño estás haciendo?

—Señor. — Los dedos tatuados de Nate golpearon el teclado. —¿Conoce a este tipo? — Giró el monitor y amplió la imagen de un hombre de mediana edad, merodeando cerca de los baños. Está de espaldas a la cámara, con un teléfono en la oreja, pero mira con frecuencia por encima del hombro como si esperara a alguien.

La mano de Brad agarró el respaldo de mi silla. Sus ojos entrecerrados estaban fijos en la pantalla. —¿No es uno de los amigos de trabajo de Alexa?

No tenía idea. —¿Qué pasa con él?

Yo: Tal vez mantén el vestido puesto. Necesito algo en lo que agarrarme cuando te doble.

Nate minimizó la ventana y hizo clic en un ángulo de cámara diferente, confirmando que el hombre se había sentado previamente alrededor de la mesa con Alexa y sus amigos. Mantuvo una conversación íntima con Jace, pero prestó poca atención a los demás. —De nuevo, ¿qué pasa con él?

Yo: Que le jodan al vestido. Te quiero desnuda, retorciéndote debajo de mí, esas piernas pecaminosas envueltas alrededor de mi cintura mientras te follo.

Mi polla está dura sólo de pensarlo.

—Los dejó antes de que confrontaras a Jace, — explicó Nate, cargando un tercer ángulo de la cámara. —Después de usar el baño, dudó cerca de la salida de emergencia. Habló con seguridad y lo convenció de que lo dejara fumar un cigarrillo en el callejón. — Observamos a los hombres interactuar en la pantalla. —No sé por qué el portero lo autorizó, sin embargo.

Yo estaba ansioso por irme. —Bueno, llámalo a la oficina para que pueda preguntarle.

Yo: No te preocupes, bebé. También planeo hacerte el amor.

—No está abajo, — continuó Nate, y mi ceño se frunció aún más. —Así fue como supe que algo no estaba bien. La puerta de emergencia quedó abierta, sin señal de seguridad. Revisé la

vigilancia en mi portátil, sentí que su interacción extraña era destacable y te lo traje inmediatamente a tu atención. No sé qué significa esto, sin embargo. — Él no estaba convencido. Líneas de preocupación se fusionaron sobre sus cejas fruncidas. —Probablemente no sea nada.

Tamborileando los dedos sobre el escritorio, esperé ansiosamente la respuesta de Alexa.

El trasero de Brad se apoyó en el escritorio. Sacó su móvil, marcó un número y lo puso en su oído. —¿Cuál es tu puesto? — le preguntó a Tim, el jefe de seguridad de esta noche. —¿Quién está patrullando la parte trasera? ¿Alfie?

Nate me lanzó una mirada preocupada.

—Pues, ¿dónde coño está? — Brad preguntó, apretando el teléfono. —No. Alfie no está en la parte trasera y el jefe quiere saber por qué.

Escuché la voz elevada de Tim a través del receptor. —Dame eso. — Le arrebaté el teléfono de la mano a Brad y me lo coloqué en la oreja. —Tim, deja de hablar tanto o te arrancaré la cara. Encuentra a Alfie. Ahora. — Terminando la llamada, se lo lancé de vuelta a Brad y verifiqué mi pantalla, preguntándome por qué Alexa aún no había respondido. —Localiza a Alexa. — Mis aprensiones estaban escalando a una velocidad preocupante. Tal vez estoy cansado, irritable y hambriento. Necesito una buena noche de sueño. —¿Alguna suerte?

—La vigilancia en casa de Alexa está caída, — dijo Nate con cautela, y me senté más erguido. —Sin embargo, sus rastreadores están bien. — Contó los puntos rojos en la pantalla. —No, falta uno. — Uno por uno, las ubicaciones rojas desaparecieron intermitentemente del monitor. —¿Qué diantres está pasando? — ladró, incapaz de conceptualizar lo extraño de esta noche. —Señor

— mierda. — Arrebatándole el teléfono a Brad, marcó el número de Alexa, con los pómulos hundiéndose. —Algo está mal. ¿Por qué se quitó sus rastreadores?

Agarré el móvil y escuché el mensaje automatizado. —El número que ha marcado no está reconocido, — dijo la voz robótica femenina. —Por favor cuelgue y vuelva a intentarlo.

En medio de nuestra excesiva ansiedad, comenzaron a surgir vibraciones bajo nuestros pies. Gritos agudos y ráfagas de tiroteo esporádico les siguieron. —Mierda. — Me lancé de mi silla justo cuando la ventana se hizo añicos en un millón de pedazos, esparciendo esquirlas de vidrio por toda la habitación. Las balas cruzaron el aire mientras nos agachamos al unísono, nuestras rodillas chocando con el suelo, nuestras cabezas enterradas bajo nuestras manos. —¿Quién está

en el edificio? — grité, rodando sobre mi espalda para sacar la Desert Eagle de la cintura de mis pantalones. Parpadeando por el fuego incesante, cargué un cargador en la pistola. —¿Nate?

—Estaba en medio de evacuar a la gente antes de venir a ti. — Nate se arrastró hacia la puerta, desapareciendo en el espeso humo blanco y la dispersa efluvia.

Seguí a Brad al pasillo sobre mis manos y rodillas, cerrando la puerta detrás de nosotros, ocultando los productos químicos detonados que habían lanzado dentro de la oficina.

Gritos ensordecedores y disparos rebotaban desde abajo. Descendí las escaleras, pasé junto a la seguridad armada mientras oscilaban en diversas direcciones para oscurecer las rutas de salida del club, y me lancé hacia la sala principal de funciones. Mis zapatos resbalaban sobre la sangre acumulada. Cuerpos muertos estaban esparcidos por el suelo. —Mierda. — La gente se apresuraba hacia la salida para evitar el bombardeo, pero nuestros atacantes enmascarados dispararon con imprudente rapidez, eliminando a las víctimas y abriéndose paso a través de la seguridad.

Un hombre vestido completamente de negro y con un pasamontañas se puso delante de mí, con su brazo levantado, listo para disparar. Le agarré el antebrazo, le rompí la muñeca, sintiendo crujir los huesos bajo mis dedos, tomé su arma y le disparé a quemarropa con la misma bala que se atrevió a apuntar a mi cara. Cayó al suelo. Inclinado para desenmascararlo, comprobé que estuviera muerto y noté el tatuaje nazi en su cuello.

El pánico inundaba cada vena de mi cuerpo. Corrí hacia el tipo corpulento que luchaba con uno de mis hombres, le envolví un brazo alrededor del cuello y arrastré su cuerpo pateante y forcejeante hacia un lado. Empujando la pistola contra su columna, apreté el gatillo y atrapé su cuerpo lánguido y sin vida. Le quité el pasamontañas. Nuevamente, otro hombre no identificable, pero el Escudo de Armas tatuado en su cuello confirmó mis temores. Su cuerpo cayó al suelo, con el color carmesí cálido extendiéndose por el mármol. Pisé sobre él para localizar a Brad, peleando con alguien cerca del bar destrozado.

Por un largo momento, me quedé en la yuxtaposición de la pelea y las ráfagas de disparos, viendo cómo las balas destrozaban el interior del club. La otrora majestuosa sala yacía en pedazos ensangrentados en el suelo. No podía soportar mirar el vidrio fragmentado, los muebles volcados y el techo destruido.

—Deja que Nate termine, — ordené, arrancando a mi hombre de confianza del Albanés muerto. —Ahora. Brad.

Brad se pasó una mano por el cabello rubio y despeinado. Escupió saliva ensangrentada al suelo, esquivando cadáveres dispersos y, empujando groseramente a hordas de clientes gritando fuera de su camino, abriendo espacio para que saliéramos, se dirigió a la puerta principal.

Vientos fríos me saludaron, soplando mechones oscuros de cabello en mi rostro acalorado mientras corría por la calle.

Brad desbloqueó la puerta del Bentley estacionado, cayó detrás del volante y encendió el motor. —¿Y Nate?

—Está bien. — Cerré la puerta del lado del pasajero, abrí la guantera para sacar munición extra y recargué la Eagle. —Conduce.

El pie de Brad se aplastó contra el acelerador, y el Bentley arrancó por la calle. Condujo alrededor de la gente dispersa, el vehículo girando hacia la carretera principal, desapareciendo en la noche.

Mi móvil vibró en mi bolsillo. El alivio infló mis pulmones. Miré la pantalla para ver un número oculto parpadeando, y la inquietud resurgió. —Warren.

Un alarmante silencio se extendió por diez tormentosos segundos.

—Has perdido. — Su voz gutural e inconfundible acento albanés hicieron que mis músculos se tensaran.

—¿Te crees duro, eh? — Mi tono ansioso bajó a un arrastrado amenazante. —Me llamas a un número privado y te burlas de mí. — Con la ira alcanzando niveles peligrosos, golpeé el tablero del coche. —No has ganado, Bajramovic. Te voy a encontrar, — prometí, con el vehículo vibrando mientras Brad aceleraba por la calle. —Tu muerte será mi asesinato más brutal hasta ahora.

—Mund ta provosh. Ju nuk do të fitoni. — Se rió en el receptor. —Warren.

Cortando la llamada, lancé el teléfono al asiento trasero y me hundí contra el cuero. Miré por la ventana, para ver las calles de Londres pasando en un colorido borrón.

—Nate está bien, — dije, sabiendo que Brad necesitaba escucharlo. —Alexa está bien — — Un vehículo chocó contra la parte trasera del Bentley. —¡Mierda! — Mis manos instintivamente golpearon el tablero. —Brad.

Maldiciendo una retahíla de improperios, Brad giró el volante, los neumáticos chillando mientras intentaba enderezar nuestro vehículo. —Apúntales, Jefe.

Miré en el espejo retrovisor. —¡Agáchate! — Agachamos nuestras cabezas justo a tiempo para que la ventana trasera se rompiera con un fuerte choque, esparciendo pedazos de vidrio roto por los asientos de cuero. —Hostia puta. — Baje la ventana del lado del pasajero, me giré en el asiento, extendí un brazo al frío y disparé al Tesla negro. Las balas rebotaban en el exterior protector del coche y el conductor, girando hacia el siguiente carril, casi perdió el control del volante. —Sigue conduciendo.

Brad, enfocado como una navaja, presionó el acelerador y maniobró entre el tráfico que venía en sentido contrario.

Apunté al conductor, el que se preparaba para embestir el Tesla contra el Bentley. Mi dedo se deslizó por el gatillo de la Eagle. Solté una bala de la recámara. Pasó silbando por el aire, penetró la ventana del lado del conductor y lo alcanzó en la mejilla. Su cómplice, desprevenido ante la muerte de su amigo, no logró agarrar el volante. —Los tengo, — dije, hundiéndome contra el tablero para ver su coche girar fuera de control, la velocidad desbocándose a un ritmo rápidamente imparable, los neumáticos derrapando mientras el pasajero luchaba por recuperar el control.

El Tesla chocó contra otro vehículo, y Brad soltó un silbido bajo. —Bang, bang, hijos de puta, — canta mientras su coche vuelca, y el techo de metal raspa contra la carretera. Levanta una mano, contando con los dedos
—pausa. —Boom.

Una explosión que partía la cabeza lanzó escombros al cielo. Humo negro se elevó hacia el cielo oscuro. El vehículo y sus ocupantes se hundieron en un mar de llamas incontrolables.

Brad giró en otra esquina, desviando el Bentley hacia la calle de Alexa. Una asamblea de vecinos rondaba las aceras, tazas y cigarrillos en mano, con preocupación y devastación en sus ojos redondos y llorosos. —Para el coche, — susurré, y él desaceleró para aplicar presión al freno. —Ahora, Brad.

Abrí la puerta del lado del pasajero antes de que el vehículo se detuviera por completo. Me metí el arma en la cintura del pantalón y, ignorando la histeria del vecindario, me abrí paso con el codo a través de la multitud devastada. Entonces lo veo, humo incontrolable ascendiendo a los cielos deprimidos, el edificio gimiendo, desintegrándose, llamas violentas rojas y anaranjadas quemándose a través de estructuras sin ventanas.

Sentí el calor en mi rostro.

Coches de policía, camiones de bomberos, ambulancias y servicios de emergencia se aparcaron en la acera para acordonar el evento catastrófico.

Rompí en una carrera a través de la visión borrosa, me agaché bajo la cinta amarilla de seguridad y corrí directamente hacia el edificio en llamas. Un oficial corrió hacia mí, ordenándome que me detuviera
—le di un puñetazo en la cara y lo dejé caer. —¡Alexa!

—Jefe. — Brad me agarró por el cuello de la camisa, sus nudillos debajo de mi barbilla. —No puedes entrar ahí. Se ha ido

—Llámala, — ordené, jadeando por el aliento. —Llámala, Brad. Esa es una jodida orden.

Él soltó mi camisa, fluctuando con el teléfono en su mano. —Jefe

—Dámelo. — Le arrebaté el móvil y marqué su número. —El número que ha llamado
— Arrojando el teléfono sobre el césped de la calle, agarré mi cabello por las raíces. —Alexa no está ahí, Brad. El penthouse... — El dolor rasgaba mi pecho. —Alexa está en el penthouse... — Susurrando gemidos se prolongaban mientras el fuego se extendía rápidamente por el exterior del edificio, reclamando los pisos residenciales, el viejo ladrillo y la azotea en ruinas. —Brad...

¿Por qué la dejé desprotegida?

¿Por qué no prevení esto?

—Mierda. — Retrocediendo tambaleante, me restregué las manos por el rostro. —Ah, mierda. Sabía... — Nunca me quedo sin palabras. —Sabía que esto pasaría

— — Alguien me derribó al suelo, sacándome el aire de los pulmones. Mi cara se pegó a las hojas caídas y al barro húmedo. —Quítate de encima.

—No ha hecho nada, — Brad defendió mi honor, discutiendo con el oficial que me incrustaba la rodilla en la parte baja de la espalda, inmovilizándome en el suelo. —¡Joder!

Luché y cedí.

El oficial me retorció los brazos detrás de la espalda y me puso esposas en las muñecas. Probando lágrimas saladas en mis labios, cerré los ojos, inhalé por la nariz y ahogué un sollozo

—No lloro. No debo mostrar emoción, debilidad o miedo. —Hostia puta.

El oficial me levantó bruscamente del suelo, y jactándose, murmuró en mi oído, disfrutando enormemente de mi arresto. —Liam Warren, te arresto por agredir a un oficial de policía. — Nos puso nariz con nariz. —No tienes que decir nada. Pero puede perjudicar tu defensa si no mencionas cuando te pregunten algo que luego usarás en el tribunal

—

Le escupí en la cara.

—Jefe, — advirtió Brad.

La saliva golpeó la barbilla del oficial. Cerró los ojos, limpió mi falta de respeto sin preocuparse y continuó, —Cualquier cosa que digas puede ser usada como prueba. ¿Entiendes?

Aparecieron seis oficiales, anticipando una lucha. Parpadeé, reprimiendo las lágrimas, lamiendo el rocío fino de mis labios. —Eres un puto granuja, — le dije, respirando con dificultad. —Todo el mundo sabe que tengo a Londres agarrada por los putos cojones.

Sus ventanas de la nariz se ensancharon, y sus mejillas enrojecieron.

Me moví a propósito, y él se estremeció, arrancándome una risa seca. —Tres días, cabrón, — le advertí mientras sus compañeros oficiales intervenían, usándome fuerza innecesaria para arrastrarme hacia el vehículo policial. —Voy a por ti.

—Jefe, cierra la boca, — aconsejó Brad, manteniéndose a distancia. —Vamos a estar justo detrás de ti y…

Con fuerza descontrolada me arrojó al asiento trasero antes de que la puerta se cerrara de golpe en mi cara. Con la cabeza enterrada en el cuero, bajé los párpados, enfrenté las consecuencias y lloré como un puto bebé.

Alexa Haines me robó el corazón.

No lo quiero de vuelta.

Continuará...

Gracias por leer mi libro; significa mucho para mí. Por favor, considera dejar una reseña en Amazon. Espero sinceramente que lo hayas disfrutado.

El tercer libro se publicará en unas pocas semanas. Actualmente lo estoy revisando, y debería estar listo para su lanzamiento pronto. Si deseas que te avise cuando se publique, suscríbete a la lista de correo en el enlace de abajo. ¡Gracias!

subscribepage.io/nataliaes